

vinda mirinda

DOS MANERAS DE DECIR

te quiero



vinda mivinda

**DOS
MANERAS
DE DECIR**

te quiero

©2018 NINA MININA

©2019 de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Ediciones Group Edition Word

Dirección: [www. groupeditionword.com](http://www.groupeditionword.com)

Primera edición: Abril 2019

Isbn:

Corrección: Nina Minina

Diseño portada: Nina Minina

Maquetación: Nina Minina

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la ley. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico, actual o futuro, incluyendo las fotocopias o difusión a través de internet y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo público sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

*A las madres que tan bien nos parieron.
Carmen y Pepita.*

*El amor puede ser raro,
puede ser bello,
mágico, emocionante, abrumador,
puede ser como una droga.*

Maldito Axel

TRAS LLAMAR CON LOS NUDILLOS repetidas veces y esperar una respuesta sin éxito, empecé a golpear la puerta como una loca hasta que me dolieron las manos. Eran las siete pasadas y el maldito Axel no daba señales de vida. Paré un momento para consultar el móvil por si había visualizado mis últimos *wasaps*, pero las dos marquitas seguían grises. ¿Dónde se habría metido ese imbécil? En su habitación, no, porque de ser así, mi retahíla de golpes lo hubieran despertado, al igual que a los demás huéspedes que habían asomado las cabezas a sus puertas para gritarme de malos modos que me fuera a tomar por saco. Maldito Axel. Ayer le avisé por activa y por pasiva que no se liara con las copas en el piano bar, pero ya sabía yo que no era un tío de fiar. Cuando subí a la habitación, a eso de las diez y media, él bailaba a lo Fred Astaire agarrado a una rubia pechugona y debí suponer que no cumpliría su palabrita de niño bueno.

Me tenía harta. Odiaba que la empresa nos hubiera asignado a los dos el circuito de presentaciones del proyecto FreeEnergy por todas las delegaciones españolas y latinoamericanas. Era un proyecto importante. ¡Qué digo importante! ¡Era el proyecto de mi vida!, y Axel no podía ser más informal. Mientras yo me dedicaba a hacer relaciones laborales, mi atractivo y descarado compañero se dedicaba a relacionarse con toda la fauna del sexo opuesto, sacando pecho como un gorrión con el mal seco. Enfermedad aviar bastante contagiosa en este tipo de eventos, pues la mayoría de machos se quitaba el anillo de casado y se lo tragaba a palo seco si hacía falta, con riesgo de morir tontamente con tal de echar un polvo.

Sin embargo, y a pesar de todos los sentimientos negativos que Axel provocaba en mí, por un segundo me asusté. ¿Habría muerto? ¿La rubia pechugona era una asesina y escondía entre los implantes un arma letal (era el único sitio factible, dadas las dimensiones de su casi inexistente vestido de cóctel)? ¿Debía llamar a recepción y pedir que me abrieran la puerta? Con un agobio nivel diez en el cuerpo, apoyé la frente en la madera y traté de calmarme

mientras tomaba una decisión. Si no salíamos ya del hotel íbamos a perder el avión.

Fue finalmente una morena pechugona quien de sopetón abrió la puerta de par en par y sobre la que caí de bruces al entrar en estampida, quedando mi boca pegada a la altura de su generoso canalillo.

—*¡Wow, my God!* —exclamó, apartándose de golpe y dejándome allí sin ningún soporte, por lo que acto seguido caí al suelo, machacándome las rodillas con todo lo que duele eso.

—Eso digo yo, unas tanto y otras tan poco —mascullé de mal humor mientras me levantaba.

El móvil me sonó en la mano. La aplicación de taxis me avisaba por tercera vez que el chófer estaba en la puerta esperando impaciente. Exasperada y sin ningún objetivo real, le grité al aparatejo:

—¡¡Ya voy, ya voy!!

La morena pechugona se había posicionado delante, obstaculizándome el paso con sus voluminosas caderas, pero no era rival para mí aun sacándome un palmo y medio. La aparté de un empujón y, como un toro tirando a cornear, me enfilé hacia la cama ignorando lo que ella me decía.

—¿Tú eres tonto o eres tonto, Axel?

Tapado hasta la cabeza con el edredón, respondió lastimosamente:

—No grites. Me va a estallar la cabeza.

Sin pensar mucho, tiré del edredón, dejando su cuerpo por completo al descubierto. Estaba en pelota picada y aunque él había mencionado su cabeza, mis ojos no pudieron evitar clavarse en su otra cabeza, la que al parecer regía la mayor parte de sus acciones. No debí hacerlo: la tenía en pie de guerra, y supe que borrar de mi propia cabeza esa imagen pletórica de su miembro iba a ser algo bastante difícil.

—Estallar no lo sé, pero puede que yo te la abra de un lamparazo. —Cogí la lamparilla de la mesita y la alcé en alto—. El taxi nos está esperando y tú, tú... —aproveché para echar un vistazo general al resto de su geografía corporal: pedazo abdominales, por favor—... Con todo eso lleno de alegría —le dije, señalándole molesta la entrepierna con el móvil.

Axel, con los ojos adormilados aún, remoloneó perezoso en la cama. Era guapo a rabiar incluso con el cabello alborotado por tanto revolcón. Desinhibido y sin cubrirse, y a sabiendas de lo mucho que me había impresionado su hinchado miembro, soltó socarrón:

—¿Te gusta lo que ves?

A lo de guapo a rabiar había que añadir que no se podía ser más cretino, dato que no dudé en poner en su conocimiento.

—No eres más tonto porque no te entrenas. Si dedicases medio segundo del tiempo que dedicas a entrenar ese... —hice un alto para escanearle de nuevo ese torso de anuncio de calzoncillos—... Cuerpo a ejercitar tus estúpidas neuronas no estaríamos a punto de perder el avión —le grité—. ¿Qué haces así aún? ¿Y quién es esta tía? —La señalé con desdén con el móvil.

—¿Y a ti qué te importa?

—Pues claro que me importa. Le he chupado sin querer media pechuga —argumenté mientras pensaba que a mí en realidad no me importaba un pepino, pero la situación me sacaba de mis casillas. En media hora teníamos que estar en el control del aeropuerto y no había cosa que me pusiera más fuera de mí que llegar tarde.

Axel se desperezó, riéndose, y yo añadí:

—¿Y si me he contagiado de algo malo? De todos es sabido que el pollo crudo puede provocar salmonelosis.

—¿Estás celosa?

—¿Celosa, yo? ¿De ti? —Me dieron ganas de reírme en su cara como las brujas de las pelis.

—Es Jenny, inglesa y muy golosona. Si te apetece podemos hacer un trío. Se me está bajando la moral, pero si me enseñas una tetita tardo medio segundo en recuperarme —comentó socarrón.

—Deja de decir gilipolleces y sal de la cama. —Fui a tirar de su brazo justo en el momento en el que Axel se daba la vuelta y le agarré de lleno la extremidad que calzaba entre las piernas—. Uy, perdona, te la he cogido sin querer —me disculpé con una risita tonta (imbécil de mí, ¿sería posible que le hubiera agarrado la minga?), sacudiendo su miembro viril como si le estuviera saludando formalmente.

—El gusto es mío, señorita —dijo él con sorna—. Ya veo que sí te apetece. Dame un segundo, nena. —Levantó las cejas con picardía.

Al punto se la solté (algo que debería haber hecho antes, tan pronto me di cuenta del error, pero la cabeza no me regía con mucha claridad saturada como estaba de testosterona ambiental) y a continuación me restregué la mano a conciencia sobre la falda para borrar cualquier resto orgánico u olfativo en mi piel.

—Pero ¡tú te pinchas! ¡¿En qué estás pensando?! —grité ofendidísima.

La tal Jenny nos observaba desde un lado mientras se colocaba las medias de

un modo sexi y delicado. Era una tiaza de esas que solo se ven en los Grandes Premios de la Fórmula Uno, ligeritas de ropa y con un paraguas en la mano, sonriendo a diestro y siniestro perpetuamente como una Barbie. Su presencia me hacía sentir incómoda. Ella tan alta y tan exuberante y yo tan baja y tan poquita cosa.

—Date prisa. ¡Es muy tarde, tarde, tarde! —Me encabrité dirigiéndome al armario.

—Pero ¿qué hora es? —preguntó él, sentado en el borde del colchón, restregándose los ojos.

—Las siete y media. —Abrí el armario y con una mano arrastré las pocas prendas que había colgadas e hice una bola con ellas, luego la solté sin cuidado sobre la cama.

—¿Es que vas a ayudarme a vestirme? —preguntó todavía sentado... ¡Y desnudo!

—Pero ¡quieres hacer el favor de vestirme! ¿Dónde está tu maleta?

—Ya voy, ya voy, qué cansina eres —dijo por fin levantándose y dirigiéndose al escritorio, donde a un lado, sobre la estructura a propósito, estaba la maleta.

—¿Cansina? —Llevé los ojos al cielo, pidiendo mucha paciencia, las siguientes semanas iban a ser duras—. ¿Puedes taparte eso?

—¿Por qué? Si ya os habéis presentado. Formalmente sois amigas. —Se volvió hacia mí y movió la cadera en círculo, dibujando todas las horas con su miembro ya relajado, dando bandazos y golpeándose las ingles, antes de darse la vuelta y presentarme, de nuevo formalmente, su trasero desnudo. Un trasero muy muy muy majo.

Me senté en la cama, mientras Axel entraba en el baño, intentando no pensar en qué clase de marranerías habrían hecho esos dos en esta pocas horas antes, y comprobé de nuevo el móvil: cuarto aviso del taxi. No había cosa que detestase más en el mundo, aparte de un compañero gilipollas, que la impuntualidad. Yo, tal y como habíamos quedado durante la cena de rigor con el cuerpo directivo de la delegación de Madrid, me encontraba de punta en blanco en la recepción a las seis y media gestionando la salida del hotel, y mis maletas, por supuesto, ya estaban a buen recaudo en el maletero del taxi. Bufé de mal humor y rodé la vista por la habitación.

La morena pechugona apoyada en la pared me observaba. La escané fugazmente: ¿qué clase de vestido era ese?

—¿Pasa algo? —le dije exasperada, notando que sus ojos seguían clavados en mí.

—¿Vas a pagarme tú? —me preguntó en inglés.

—¿Qué? —La miré alucinando.

—Mis servicios. —Me sonrió lánguida.

No me lo podía creer. Era una profesional del sexo. Dudé unos segundos si pagarle o no, y dejárselo al follador sin escrúpulos de mi compañero, pero me incomodaba bastante su presencia y, además, no quería que perdiésemos más tiempo en gestiones monetarias cuando Axel saliese del baño, así que eché mano al bolso.

—¿Cuánto?

—Quinientos.

—¿Tú estás loca? ¿Por un mal polvo?

La morena me sonrió con una mezcla de orgullo y desdén y asintió, extendiendo la mano en mi dirección.

—No fue malo —dijo.

—¿Y tú qué vas a decir? —farfullé.

Se encogió un poco de hombros y recalcó el movimiento de la mano.

—No llevo ese dinero encima.

—Tengo datáfono —respondió, sacando uno de su bolso.

Aluciné más.

2

Yo iba en un taxi

DANDO TUMBOS CON LAS MALETAS salimos por patas del hotel. El taxi seguía esperando y el conductor se encontraba apoyado en el capó disfrutando de un cigarrillo matinal.

—¡Deje de quemarse los pulmones y arranque! —le grité conforme era expulsada de la puerta giratoria, pasando como una apisonadora por delante de Axel que, sin peinar ni duchar y aun así guapo hasta la muerte, iba tras de mí.

Me subí de un salto al vehículo y, cerrando de un portazo, le dije al taxista:

—Al aeropuerto, volando.

El hombre me miró por encima del hombro.

—¿No esperamos a su compañero?

Miré a mi lado y encontré vacío el asiento. Me cabreé todavía más. ¿Dónde estaba el maldito Axel? Aplastando la nariz contra la ventanilla, lo vi tratando de escapar de la puerta giratoria. Un grupo de japoneses había invadido la salida y mi estúpido compañero había sido absorbido por el enjambre, orbitando en la noria de vidrio como un satélite alrededor de la Tierra. No salía de mi asombro: ¿se podía ser más tonto-el-haba?

—Pero ¿qué hacías ahí dentro? —le espeté en cuanto se acomodó a mi lado.

—Ha sido por tu culpa, doña Prisas. Ibas tan lanzada que me has cerrado el paso y obligado a dar otra vuelta en la puerta esa —protestó molesto.

—Si no estuvieras tan *apardalado* no te pasaría eso —le solté con desprecio—. ¿Que no te queda claro de a las seis y media en la recepción?

—No me ha sonado el despertador.

—¿Y? Esa no es una buena excusa, podrías tener algo más de ingenio —repuse.

—Chiss —dijo Axel, llevándose un dedo a la boca—. Tengo resaca.

—No me da la gana de callarme —le respondí engrescándome—. ¿Cómo puedes ser tan irresponsable?

Se encogió de hombros y, mirando hacia el otro lado con el morrito apretado,

respondió:

—Estaba durmiendo. Necesitaba descansar, se me hizo un poco tarde anoche. Ya sabes.

Bufé exasperada, me ponía a parir demonios.

—¿No tienes nada más que decir?

—Sí.

—¿El qué? —Esperé una disculpa.

—Que te calles ya. —Hizo una mueca y se tapó los oídos.

Me puse más rígida que un palo de mocho y en el asiento le di la espalda, obligándome a mirar por la ventanilla, mientras el vapor que salía de mis fosas nasales dibujaba cuchillos de hoja afilada en el cristal.

Fuimos dejando atrás el centro de Madrid en completo silencio y la mala leche revoloteando en el ambiente.

—Me debes quinientos euros —dije, cuando avisté la torre de control de Barajas.

—¿Yo? ¿De qué?

—De ese polvo que has echado. No sabía que eras un putero.

—No lo soy. ¿Te ha pedido quinientos pavos? —dijo sorprendido—. No tenía ni idea de que fuera una fulana.

—Ya, claro...

—¿Tú crees que yo necesito pagar para estar con una mujer? —dijo, señalándose el cuerpo y ladeando la cabeza, esperando un «no» por respuesta.

—Si todas las mujeres de la Tierra fueran como yo, sí.

—Mentirosa.

—Ególatra.

—Cromañón.

—Mala madre.

—Yo no tengo hijos.

—No me extraña. La naturaleza es sabia.

—Serás hijo de... —Estuve muy tentada de arrearle un guantazo.

—De una buena madre, no lo dudes —me frenó él con una sonrisa desquiciante.

—Pues debes ser hijo único. Tu madre tras parirte seguramente decidió extirparse el útero y hacernos un favor al género femenino —gruñí, dándole de nuevo la espalda.

—Al contrario, mi madre me adora, no como la tuya que cuando naciste te puso el pañal en la cara.

Estábamos los dos discutiendo como unos colegiales, cuando de pronto el taxista puso *La marcha de los toreros* de Bizet: *tantarataratán tantarataratán tantatarara taratán; tantarataratán...* A todo meter. Luego se volvió hacia los dos y dijo:

—Me encanta la ópera. ¿Y a ustedes?

—¿Qué hace? ¿No ve que tengo resaca? —fue la respuesta de Axel que, enfurruñado, cerró los ojos y arrugó toda la cara entre sus manos.

—Insensible —le dije.

—La música amansa a las fieras —dijo el taxista—. Deberían escucharla y dejar volar la mente, vaciar los elementos discordantes que bañan sus pensamientos de una negrura infinita.

—Al contrario, soy fotosensible, mis retinas no soportan la luz solar —me respondió Axel, ignorando la cháchara del taxista, mirándome entre los dedos despatarrados con el ceño fruncido.

—A ti no hay quién te soporte.

—Pues anda que a ti.

—Ustedes están diciéndose cosas muy muy feas, si los oyera mi madre. —El taxista dejó a un lado sus recomendaciones musicales dispuesto a poner paz.

—Estoy seguro de que su madre está oyendo la música en este momento —le replicó Axel con bastante mala baba—. ¿Puede bajar el volumen?

—Solo si ustedes paran de insultarse y escuchan una poesía. La poesía vuelve a estar de moda, ¿lo sabían? —añadió con una sonrisa que le llegaba de oreja a oreja.

Axel y yo nos miramos y, por primera vez en cuatro días, estuvimos de acuerdo en algo: nos había tocado el premio gordo de radiotaxi.

El taxista amante de la ópera siguió a lo suyo y dijo:

—Voy a recitarles una poesía que he escrito yo mismo.

Ambos proferimos por respuesta un «no» rotundo.

—Pero qué acritud, qué mal carácter —dijo el taxista sin perder la sonrisa.

—No son horas para poesía —dijo Axel.

—Cualquier hora es buena. Ya saben lo que se dice: a quien madruga Dios le ayuda.

—Y usted ya sabe lo que se dice: a los taxistas mudos, les llueven las propinas.

El taxista ignoró por completo las palabras de Axel y siguió taladrándonos los oídos con patéticas poesías sacadas de la manga, amenizadas con *tantatatán, tantatán, tantatatán...*

El día no podría haber empezado peor.

Voy en un avión, quiero viajar y las suaves nubes tocar...

ECHANDO PESTES PARA MIS ADENTROS facturamos los equipajes, pasamos el control de pasajeros, recorrimos a toda pastilla la terminal y, por fin y gracias, subimos al avión cinco minutos antes de que cerrasen las puertas. Tenía previsto tener una charlita seria con Axel; yo era muy profesional, responsable, previsora, ordenada y... Puntual, en exceso, puntual, y no estaba dispuesta bajo ningún concepto a quedar mal con los jefes por su culpa, pero eso sería más tarde. Por lo pronto necesitaba calmarme un poco y a ser posible a una distancia prudencial de su no grata persona. Por eso, en cuanto tuviera oportunidad, me dirigiría a la primera auxiliar de vuelo que tuviera a mano.

—¿Lo ves, exagerada? Hemos llegado con tiempo de sobra —dijo Axel burlón a mi lado, quitándose los zapatos.

Le miré los pies enfundados en unos simpáticos calcetines azules con dibujos de ositos trajeados.

—Me vas a atufar —gruñí, pensando que eran muy monos.

—Te aguantas. Es un viaje largo y me gusta ir cómodo. Te recomiendo que hagas lo mismo. Con la altura se te van a hinchar los dedos de los pies como salchichas de Frankfurt y no podrás luego quitarte esos zapatos ortopédicos que llevas.

Miré mis zapatos. No eran ortopédicos, sino cómodos. Le dirigí una mirada de odio y agarré por el brazo a una señorita de Iberia que pasaba por ahí en un intento desesperado de que me hiciera caso.

—¿Podría cambiarme de asiento?

—Lo siento, señorita. —Apartó mi garra de su antebrazo con la tranquilidad de quien ha combatido la misma situación infinidad de veces—. El avión va lleno y están todos ocupados.

—¿Puede preguntarle a algún pasajero si me lo cambia? No me apetece ir sentada con este tío. —Miré a Axel y le dediqué una mirada asesina.

—No entiendo el porqué, su compañero es un hombre muy guapo. A mí no

me importaría sentarme a su lado. —La señorita de Iberia hizo una caidita de ojos propia de un camello a mi compañero.

—Pues todo para usted, se lo cedo encantada. Quizá yo pueda ocupar su asiento de azafata y servir las bebidas. Fui camarera hace unos años.

La señorita de Iberia puso los ojos en blanco y se marchó a sus quehaceres.

—No vas a librarte de mí tan fácilmente, Evita.

—¡Eso digo yo! Evita hablar conmigo mientras dure el vuelo —le repliqué, ofreciéndole la visión de mi espalda.

—¿Siempre eres tan ingeniosa?

—Solo cuando me topo con gilipollas como tú —respondí por encima del hombro.

Mientras asumía que tenía que aguantar el largo vuelo junto al estúpido de Axel haciendo miraditas con la azafata camella, un señor con poncho de lana y gafas del revés se aposentó a mi otro lado. Llevaba un peinado clásico y peculiar: el típico calvo con melena bajera. Su calva brillaba de un modo extraordinario, seguramente la frotaba con algodón mágico. Gran producto que aumentó su cota de venta en los 90, y de cuya invención fueron culpables las clases de pretecnología tan en auge en aquel momento.

—Disculpe, señor.

El hombre me miró por encima de la montura de las gafas.

—Señor Pornis, Agapornis Izaguirre.

—¿Es usted vasco?

—No, señorita, soy mexicano. Y toda una eminencia. Me resulta extraño que no haya oído hablar de mí.

—Lo siento, pero es la primera vez que escucho su nombre. —Con lo raro que era tenía claro que de ser así lo recordaría.

Axel intervino en la conversación tendiéndole la mano al señor Pornis.

—Axel P. García. No haga caso a mi amiga. Es cortita de nacimiento.

—Me hago cargo —respondió el extraño ser humano.

—Disculpad, ¿me estáis llamando lerda?

—No, señorita, solo pretendía ser amable con su amigo.

—No es mi amigo.

—Entonces, ¿qué son? —Me miró de un modo extraño, demasiado intenso, diría yo.

—Compañeros de trabajo, aunque eso también es de dudosa calificación, pues los compañeros trabajan en equipo y el señorito P. García no lo hace —respondí con rapidez.

—Me hago cargo.

—¡Usted se hace cargo de todo! —exclamé algo exasperada.

—De su situación... La de ambos. —Levantó las palmas en dirección a los dos.

—¿Y cuál es esa situación si se puede saber, señor Agapornis? —quiso saber Axel estirando el cuello para dirigirse al enigmático hombre, que dudó un instante antes de responder. Cuando se decidió a hablar, lo hizo con tal vehemencia que sus palabras parecían una verdad física universal.

—Ustedes dos no lo saben todavía, pero su situación es especial y lo descubrirán ustedes mismos, por su cuenta, en muy poco tiempo. Creo, además, que son ustedes dos ejemplares humanos de agapornis precisamente.

—¿Acaso es usted adivino? —dije entre risas.

Él me miró muy serio, sin un asomo de guasa en el semblante, y respondió:

—Efectivamente. Vengo de grabar un especial de Mediaset con Esperanza Gracia. Será emitido la próxima semana en la madrugada.

—¿No se supone que la gente llama en directo?

—En este programa no. —El señor Agapornis abrió un libro que tenía en el regazo dando por consumada la conversación y dejándonos a ambos intrigados con su presencia y su sintomático misterio.

Miré a Axel y este dibujó un círculo en el aire con el dedo cerca de la sien.

—Loco es el que hace locuras —afirmó el hombre al ver de reojo el gesto de Axel—. Y me resulta curioso que ustedes no quieran saber lo que es un agapornis, animal al que admiro y por el cual adopté mi nombre.

—Ya que se pone, ilumínenos y díganos qué es ese dichoso agapornis —dijo Axel.

—Pues verá, señorito, el agapornis es un ave exótica de la familia de los loros africanos y su nombre deriva del griego, significando «pájaro del amor», calificación derivada de su monogamia y de los fuertes vínculos que establece con su pareja. Por el mismo motivo, lo llaman también el Inseparable —nos explicó y, tras una honda inspiración, añadió—: Y ahora déjenme descansar, el viaje es muy largo.

—¿Qué crees que ha querido decir? —le pregunté acercando la boca a la oreja de Axel para bajar la voz. Una bocanada de su perfume me inundó las fosas nasales y sentí que me llegaba hasta algún punto recóndito del cerebro, poniendo en marcha un engranaje que no venía a cuento con la situación. Pisé el freno y me reprendí. Axel era idiota y además estaba cabreada con él.

—Creo que se refería a que tú y yo... —Formó un círculo con el pulgar y el

índice de la derecha y acto seguido lo atravesó con el índice de la izquierda.

—Serás marrano —le asesté un codazo que tuvo que dolerle—. No creo que el señor Agapornis haya querido decir semejante cosa.

Él rompió a reír echando la cabeza hacia atrás de un modo encantador. Odiaba que su forma de reír me resultara encantadora, a pesar de lo cretino que era. Pero Axel me provocaba ese tipo de reacciones incongruentes: lo mismo tenía ganas de estamparlo contra una pared (la mayor parte de las veces), que lo mismo me daban ganas de estamparme contra él en el sentido más bíblico, y eso era algo que aún me sacaba más de quicio. No me entendía ni yo.

—¿Por qué no repasamos la agenda? —dije para cambiar de tema y apartar esos pensamientos nada adecuados para con mi compañero.

—Te la sabes de memoria.

—No es cierto —mentí con la boca pequeña.

—Seguro que sí.

Gruñí por lo bajo porque tenía razón, aun así saqué mi iPad del bolso. Encendí el dispositivo y abrí la agenda para repasarla por enésima vez. El circuito de presentaciones del EnergyFree marchaba según el calendario previsto y así seguiría siendo mientras yo me ocupara de que mi compañero no se liase con quien no debía y la fastidiara a base de bien.

Las malas lenguas aseguraban que Axel era un mujeriego de campeonato, y eso era algo que había podido comprobar por mí misma en los últimos días. Parecía que en cada puerto tenía una mujer y no perdía la oportunidad en cuanto una se le ponía a tiro. Lo había observado. Vale, lo admito: no podía apartar mis ojos de su persona. Y no entendía por qué. O sí, pero más bien prefería no pensar en el porqué de ello. Era contradictorio. Y eso era algo que me estaba poniendo un poco del revés. Desmontando teorías y creencias mías. Echando por el suelo firmes convicciones sobre cosas que yo nunca haría. Me sentía idiota. Me pesaba demasiado que, a pesar de todo lo que él representaba y yo odiaba, me resultase tan atractivo y deseable.

Nuestro destino, tras nuestro paso por Barcelona, Bilbao y Madrid, delegaciones en las que nos había ido francamente bien, era Bogotá, donde se encontraba la delegación más importante del continente americano, luego iríamos a Argentina, México y terminaríamos en Miami, donde la empresa había tenido el detallazo de reservarnos tres noches en un resort para un merecido descanso tras tan abarrotado periplo laboral.

Suponía una gran responsabilidad que me hubieran confiado desde los altos mandos llevar a cabo la presentación del proyecto, no obstante, era bien sabido

por todos que yo conocía mejor que nadie los entresijos del mismo, pues junto al equipo de ingenieros había diseñado el prototipo desde que el EnergyFree fue un apunte de embrión hasta implementarse en una fantástica planta piloto, demasiado grande de momento para lo que se pretendía de ella. Hoy en día el prototipo era inviable a nivel doméstico, y ahí es donde entraba el rol de Axel. Era un hacha en su trabajo. Un virtuoso de las estrategias económicas. Tras el capital que esperábamos inyectar de los inversores americanos, pretendíamos poder escalarlo tanto económica como volumétricamente y que, en unos pocos años, pudiera llevarse a los hogares de cualquier hijo de vecino, revolucionando el consumo energético doméstico y dándole una merecida patada en el culo a las compañías eléctricas.

Antes de empezar el circuito solo conocía a Axel de verlo de pasada por los pasillos. Era muy alto, tan alto que resultaba imposible no reparar en él y siempre llevaba una media sonrisa perezosa y fanfarrona dejada caer como un requiebro inmortal. Ya sabía de su libertinaje y de lo indiscutiblemente atractivo que podía llegar a estar a las ocho de la mañana, pero nunca había intercambiado con él más que un frugal saludo dejado caer de lado en algún cruce acelerado.

La presentación formal había tenido lugar hacía poco más de un mes. El director de proyectos nos reunió a los dos en su despacho. Entré allí, abrazando contra el pecho una carpeta, y allí estaba Axel, de pie frente a la ventana, con su enorme espalda enfundada en una chaqueta de traje azul marino que le quedaba perfecta, y cuando se volvió para saludarme, la luz del sol destelló titilante sobre su cabello rubio. Parecía un dios vikingo.

—Eva —dijo él y sonrió, atravesó la habitación con tres largos pasos, destilando una férrea seguridad, como si hubiera nacido para que las mujeres cayeran rendidas a sus pies, y puso mi mano entre las suyas. La envolvió por unos segundos y me envió una descarga eléctrica directamente entre las piernas. Nunca había sentido algo así—. Un placer. Estaba deseando conocerte.

«El placer es mío», debí decir, pero solo asentí incapaz de decir nada, me había impactado mucho.

Tras el apretón de manos, Pedro Serrano nos comunicó que íbamos a presentar juntos el prototipo a nivel nacional e internacional. Creí morir de felicidad. Los del departamento de ingeniería ya sabíamos que ese circuito tendría lugar en breve, y estábamos esperando ansiosos la comunicación oficial, hasta habíamos hecho una porra apostando por quién sería el elegido. Nacho Arenas, un compañero con más antigüedad y testosterona que yo, llevaba todas las papeletas, y yo había deseado en silencio ser la afortunada. Saltar el charco y

pisar otro continente. Visitar países desconocidos. Conocer de primera mano culturas extranjeras. Trabajar sí, también, por supuesto, de eso se trataba sobre todo, pero... Salir de España y ver mundo. Pero no lo creía posible. ¿Me iban a elegir a mí? ¡Sí, claro! ¿A la única mujer del equipo de ingenieros? ¿Dónde estaban las cámaras? Debía ser una broma. Pues no, así era, y encima iba a hacerlo en compañía de Axel P. García. Cuando Pedro Serrano dijo mi nombre, dos cosas me vinieron a la cabeza. La primera, debía superar mi miedo escénico. La segunda, ¿qué ropa me llevaría? Aunque ahora que lo pienso, en realidad, hubo una tercera sobre cómo sería echar un polvo con Axel P. García, pero esa la dejé para más tarde.

Mientras que Pedro Serrano hablaba de los pormenores de la gira, seguía sin creerme que la decisión se hubiera cristalizado en mi persona y trataba de ocultar el nerviosismo que eso me producía apretujándome las manos sobre el regazo. Notaba los ojos azules de Axel concentrados en mi perfil y ese apunte de sonrisita que siempre parecía llevar asomado al balcón de sus labios, y eso todavía me ponía más nerviosa.

—Qué bien, ¿no? —dijo cuando salimos de aquel despacho—. Tú y yo juntos tres semanas. —Arqueó una de sus perfectas cejas y yo me quedé embobada. A tan poca distancia, el azul de sus ojos era impactante, además de guapísimo y altísimo... Y muy muy corpulento... Y muy demasiado en todos los sentidos. Nunca había estado tan cerca de un hombre tan impresionante, pero no le iba a dejar ver lo mucho que me impresionaba su cercanía.

—¿Bien, por qué? —dije con voz de palo.

—Porque vamos a conocernos mucho mejor y lo estaba deseando. Me encanta tu sonrisa.

Traté de mantenerme inmune, como si me hubiera dicho, cae la lluvia sobre la hierba.

—No me has visto sonreír.

Él me observó divertido durante unos segundos y finalmente dijo:

—Pues haré todo lo que esté en mi mano para verte hacerlo.

Fue entonces cuando algo se torció en mi interior. Yo tenía novio formal y esas cosas, nunca me había planteado estar con otro hombre, llevábamos, como quien dice, toda la vida juntos y nos iba bien, pero algo dentro de mí prendió entonces. Una no puede ser permanentemente inmune a un hombre rabiosamente guapo que te dice que desea conocerte mejor y hacerte sonreír, y no sentir nada en el cuerpo, digo yo. Sería el equivalente a estar muerta en vida. Admito que el mío se estremeció de la cabeza a los pies.

Esa misma tarde, ya más tranquila, puse un *wasap* en el grupo de mis amigas, y les conté a grandes rasgos lo del circuito. Mis amigas me felicitaron, por supuesto, bien sabían ellas que había empeñado gran parte de mi tiempo en ese proyecto del que conocían bien poco, puesto que era confidencial, y, de todos modos, los detalles del mismo les hubieran sonado a arameo. Enseguida me plantearon una sesión de compras para equiparme bien, lo que me encantó. Eso fue cosa de mi amiga Yoli, que trabaja en Zara y es una máster del Universo en esos menesteres; me iba a dejar divina de la muerte. Pero fue Vanesa la que destapó la caja de Pandora cuando preguntó si iba a ir sola. «Vendrá conmigo un compañero del departamento financiero», tecleé. ¡Y cómo no!, hubo un aluvión de preguntas, todas ellas con el mismo interés: ¿estaba bueno ese compañero? Dije que sí, no iba a mentir, y ya que estaba puse en su conocimiento lo de la descarga eléctrica vaginal que me había propinado al estrechar mi mano y su reputación de mujeriego. «Follátelo. Tiene nombre de rompedor de bragas», dijo Carola, la más bruta, y ahí se produjo un montón de aplausos, risas, caras de susto, etc., toda una retahíla en su versión emoticono. «Chicas, que tengo novio, por favor», dije para amansar a las fieras, y todas estuvieron de acuerdo en que eso era cierto y que la fidelidad es vital en una pareja. Bueno, todas no, Carola, que me conoce como si me hubiera parido, tuvo algo que replicar: «La fidelidad está sobrevalorada».

Haciendo un aparte, me envió un *wasap* por privado, porque ella en calidad de mi más mejor amiga era la única que sabía bien cómo era mi relación con Víctor: buena pero sosa, especialmente sosita en el campo sexual, y, tras unos segundos que se me antojaron interminables, en los que estuvo grabando un audio, por fin pude escuchar su voz, algo achispada, estaba de cerveceo con unos coleguitas: «Llevas toda la vida con Víctor, lo más seguro es que te cases con él en no más de dos años y no has conocido otro varón en tu puta vida. ¿No crees que deberías tirarte a otro, aunque solo sea por saber qué se siente? Hazlo con ese Axel. Debe ser bueno en la cama si tan mujeriego es y así pruebas lo que te pierdes».

Aquello no terminó de sentarme bien, pero era cierto y ella lo sabía porque yo se lo había contado, que en la cama no terminaba de disfrutar, pero pensaba que era culpa mía, más que de Víctor. Él se esforzaba.

«No creo que pudiera hacer algo así, para acostarse con un hombre hay que sentir algo por él», le repuse. «No tienes por qué sentir nada por él, algunos tíos son solo para el sexo. Es lo que hago yo, me acuesto con ellos y me desestreso. Es bueno para el cuerpo y para la mente», me respondió ella. «Pero yo no soy

así, necesito sentir algo», afirmé yo. «¿Te parece poco sentimiento que te haya provocado una descarga eléctrica entre las ingles solo con tocar tus manos? Yo diría que eso es sentir algo y bastante fuerte. Hazme caso, chiqui (así me llaman mis amigas porque no llego al metro sesenta): aprovecha y tíratelo al menos una vez y luego a otra cosa mariposa. Cuando vuelvas a Madrid, Víctor te seguirá esperando con las sábanas limpias».

Ahí quedó la cosa, por suerte Carola tenía que unirse a un brindis multitudinario; y yo me sentía incapaz de refutar sus grandes teorías sobre si en el poliamor o en el *sinamor* todo vale. Pero sembró la semilla del ¿qué pasaría sí...? Así que durante todo el mes anterior había imaginado besos robados en ascensores, revolcones acelerados y salvajes en los rincones, incursiones en mitad de la noche a mi cama, cosas así... Sucias... Calientes... Muy calientes... De novela erótica, pero de las muy guarras. Me había montado una fantasía alrededor de Axel que me había quedado maravillosa, pero que se había derrumbado conforme llegamos a Bilbao y lo vi desaparecer en la pospresentación, agarrado de una rubia de grandes pechos (parecía tener mi compañero predilección por las pechugonas) e insinuantes caderas, con la que estuvo practicando sexo más de una hora. Algo que pude constatar gracias a la pared hecha de papel de fumar que separaba nuestras habitaciones. También, qué mala suerte. Axel debía ser el mejor amante del mundo y los gritos de órdago de esa mujer daban fe.

Luego llegó Madrid y más de lo mismo. El mismo patrón. Al caer la noche la versión más *destroyer* de Axel hizo acto de presencia y di por sentado que aquello que me había dicho en la puerta del despacho del director solo eran unas palabras bonitas que les decía a todas para encamárselas. Y no solo eso, nos llevábamos mal. Bastante mal. Donde yo decía «y», él decía «o», o ponía un «pero». Aprovechaba cualquier momento para meterse conmigo, crispándome con sus pullas, y yo, pues saltaba, claro, porque tengo mi orgullito. Tras las tres primeras presentaciones en territorio nacional, ya estábamos al borde de tirarnos de los pelos. No podíamos ser más diferentes, y aunque Axel era un tío listo, brillante con los números, y poseía un encanto especial que encandilaría hasta a una estatua del parque, era un crápula, un golfo, un desaprensivo, un mujeriego, un machista, un... Un... Un odioso machista sin filtro alguno. Era todo lo que yo detestaba en un hombre. No obstante, tenía un incuestionable atractivo del que hasta yo, que lo detestaba tanto, era víctima. Aborrecía cómo me gustaba su sonrisa de golfo, y ahora que había visto bastante más, aborrecía lo atractivo que me resultaba en general... Físicamente hablando.

Las primeras cinco horas del vuelo hacia el país de Pablo Escobar y las arepas fueron tranquilas, pese a los ronquidos del señor Agapornis, que se quedó dormido tras ingerir un Tranquimazin y un tequila, también por Axel que decidió a su vez echar una cabezadita. Yo no podía conciliar el sueño, había dormido mis seis horas de rigor y me encontraba por completo despejada y emocionada. Era la primera vez que cruzaba el charco y, aunque no se trataba de un viaje de placer, tendría mis momentos libres para esporádicas visitas culturales y gastronómicas, siempre con cuidado de no meterme en ningún barrio peligroso; no quería acabar siendo secuestrada por la mafia colombiana y terminar mi existencia convertida en una máquina expendedora de órganos vitales.

Almas gemelas dispares

—¿QUIERES DEJAR DE MOVER LAS PIERNAS? Pareces Michael J. Fox. —Le di una patada en la espinilla a Axel que también tuvo que dolerle, pero no se quejó.

—Eres una insensible, mira que hacer esa comparativa.

—¿Insensible yo? Insensible tú que vas tirándote a fulanas a troche y moche.

—Ya te he dicho que no lo sabía.

—No sé por qué, pero de ti no me fío un pelo. Te veo capaz de cualquier cosa. —Fruncí la nariz y lo miré desafiante—. No me gustas. Por cierto, te recuerdo que me debes quinientos euros y quiero que me los devuelvas nada más aterrizar. Era parte de mi presupuesto para compras.

Axel se echó a reír.

—Permíteme que lo niegue.

—¿No piensas devolvérmelos?

—No, me refiero a que creo que te gustó bastante.

—Pues te equivocas, yo solo tengo predilección por los machos gatunos y en concreto por el mío. —¡A él le iba a contar mi vida personal!

—¿Tienes un gato?

—Sí, Fufú.

—Me gustaría decir que me sorprende, pero no es así.

—¿Qué insinúas?

—A que solo una amargada como tú podría tener un gato llamado Fufú en el que volcar todas sus frustraciones.

—Eso es un tópico, además de muy machista.

—Eso es una verdad universal como que acabará devorándote cuando fallezcas sola.

—Vuelves a mentir, pero soy inmune a tus insultos.

—Tienes un gato, por el amor de Dios. —Estalló en una carcajada.

—Lo salvé de un refugio, soy una buena persona.

—Las buenas personas hacen las cosas de manera desinteresada y tú no.

—Lo hice totalmente de manera desinteresada. ¿De qué vas?

—Voy de que salvaste al pobre Fufú para sentirte mejor contigo misma y para acariciar otra cosa que no fuera tu propio felpudo —dijo, señalando mi entrepierna—. Y eso, doña Prisas, no es algo altruista. Recibiste algo a cambio, así que no te creas una heroína.

—¿Crees que masturbo a mi gato? —Me dieron arcadas solo de pensarlo.

—Yo no he dicho eso, pero si lo has entendido así por algo será. —Rompió a reír de nuevo de manera escandalosa.

—Eres asqueroso.

—Y tú una amargada fustiga gatos.

—Odioso —gruñí, cruzándome de brazos.

—Seguro que eres de esas que esconden el bote de la miel en la mesilla de noche.

Puse los ojos en blanco y tuve que hacer un esfuerzo titánico para no arañarle los suyos.

—A Fufú no le gusta la miel —le repuse.

Axel no pudo evitar reír aún más fuerte, despertado al señor Agapornis de un susto que, cuando se repuso del sobresalto, habló con voz reposada:

—¿Ya están otra vez peleando? Les ruego que mantengan la calma. Es un viaje largo y me gustaría dormir un poco más, si no duermo suficiente se me hinchan las bolsas y quedo fatal en cámara.

Lo miré pensando que quedaría fatal fuera cual fuera su estado de sueño. Aun así, había algo en él que cautivaba, no era un hombre atractivo, ni siquiera a un nivel discreto, pero tenía una especie de halo envolvente que refulgía en torno a su brillante calvicie.

—Disculpe si le hemos despertado. Estábamos hablando de zoofilia —comentó Axel, enjugándose las lágrimas de los ojos.

—Es una conversación muy controvertida y fea para dar tanta risa, ¿no creen?

—Pregúntele a ella, tiene un novio que se llama Fufú.

—No le haga caso. Fufú es mi gato.

—¿Y tiene usted relaciones íntimas con su gato? —me preguntó el señor Agapornis asombrado.

—¡No! Mi gato solo hace de gato, no es mi amante. Es este imbécil que le gusta sacarme de quicio.

—Lo combina, a veces, se cepilla el felpudo; otras veces, sodomiza gatos —intervino Axel aún riendo.

—Lleve cuidado, señorita Prisas, los gatos pueden contagiarle la toxoplasmosis. Si yo fuera usted me dejaría de cepillar al gato y miraría al frente, es evidente que son almas gemelas. —Y tras decir eso, el señor Agapornis volvió a caer dormido como un ceporro, dejándome con la palabra en la boca. ¿De dónde se había sacado que yo era la señorita Prisas?

Lo miré por unos segundos. Era como un ser inerte con la baba colgando, pero tenía un semblante de paz infinita que transmitía buenas vibras. Luego miré a Axel, que entornó los ojos y me sonrió. Maldita sonrisa. Qué idiota y qué guapo era, y qué rabia me daba.

—Sus auras están gemeladas —dijo en sueños el adivino profesional.

Estupefacta y mosqueada a la vez, me quedé mirándolo. ¿A quién se refería? ¿A Axel y a mí? Menudo pitoniso de tres al cuarto; Axel y yo no podríamos ser más distintos.

—¿Así que gemelos? —Fue Axel el que habló primero. Al parecer aquel comentario le había chocado tanto como a mí.

—Gemelos del blanco de los ojos, tú y yo no nos parecemos en nada.

El señor Agapornis empezó a roncar como un cabestro, pero entre medias soltaba algunas palabras inconexas, como: «cómeme el donut», «dame tu cosita», «despacito» y «eeey, Macarena».

Nos quedamos atentos tratando de captar algún dato con sentido, hasta que por fin pudimos adivinar un grupo de palabras que nos dejaron el cuerpo raro.

—Dice la ciencia oriental que las almas gemelas son tan semejantes que cuando se materializan en el plano físico lo hacen en distintos sexos para atraerse como imanes.

El señor Agapornis, pese a vestir raro y lucir una calva con cola de caballo nada favorecedora, parecía un hombre sabio y además su calvorota brillaba de un modo extraterrenal. Su tono de voz sosegado tenía la capacidad de calmarnos y hacernos reflexionar, aunque fuera solo por un corto periodo de tiempo.

—Será puto el Agapornis —soltó Axel, pero yo me quedé pensando en eso que había dicho. ¿Insinuaba el señor Agapornis que mi estúpido y crápula compañero de viaje era mi alma gemela?—. ¿No estarás pensando que eso que ha dicho es verdad? —me preguntó al cabo de unos segundos, dándome un codazo en el brazo para sacarme de aquel letargo emocional.

—¿Y por qué no? No creo que tú seas mi alma gemela, pero sí pienso que la tengo y que algún día se materializará para mí.

—Pues sigue soñando, señora de Fufú, sigue soñando —dijo y se quedó callado mirando al frente.

Me volví hacia él yladeé la cabeza, observando con detenimiento su atractivo perfil: mentón fuerte, labios hinchados, nariz recta y frente despejada, gracias a ese estudiado corte de pelo, que era el sumun de voy despeinado, pero acabo de pasar por las manos del mejor estilista de Barcelona, y, por un momento, volví a pensar en lo que había dicho el señor Agapornis sobre eso de mirar al frente.

—Se le va la olla —dije en voz alta.

—No le des más vueltas. —Axel se volvió hacia mí yladeó la cabeza a su vez—. Lo único que me atrae de ti es la idea de amordazarte.

Lo miré con inquina, pero sin poder evitar preguntarme si tras amordazarme me haría algo más. Parecía de esos a los que les gustaba amordazar mujeres y jugar con ellas hasta hacerlas retorcerse de placer.

—Pues a mí lo único que me atrae de ti es la idea de abrir la puerta del avión y tirarte al mar para que te coman los tiburones.

Tras eso volvimos a quedarnos callados; yo me refugié en mi iPad y Axel se puso los auriculares y se quedó absorto en la película que estaban pasando. El señor Agapornis, por su parte, seguía roncando, y lo hizo hasta que el avión tomó tierra en las pistas del aeropuerto internacional de El Dorado.

Antes de levantarse, nos miró, primero a uno y después al otro, esbozó una sonrisa amplia, juntó nuestras palmas y dijo con una solemne dulzura:

—Volveremos a vernos. *Bon voyage!*

Aquí: ¡jodida pero contenta!

UNA RÁFAGA DE VIENTO FRÍO me abofeteó la cara en cuanto puse un pie fuera del aeropuerto. Saqué la rebeca de cachemira que llevaba a propósito en el bolso y me la puse mirando triunfante hacia Axel que, con su fina chaqueta de traje, tiritaba de la cabeza a los pies. Subimos al primer taxi de la fila, le dimos la dirección del hotel y me dispuse a disfrutar de las vistas en silencio.

El cielo estaba por completo encapotado por encima de esa especie de mar verde que formaba la cordillera de los Andes en el horizonte. Era impresionante. Estaba disfrutando como una enana de esas vistas tan fantásticas, cuando de repente un aguacero comenzó a caer. Diluviaba con tal fuerza que apenas podía ver a través de la cortina de agua con lo que me quedé sin posibilidad de distracción.

Las agujas del reloj del salpicadero marcaban cerca de la una, pero mi cuerpo soportaba el tirón de dieciocho horas a pie del cañón y comenzaba a acusar el cansancio del madrugón y el ajetreo del viaje transoceánico y su consecuente *jetlag*. Un cansancio que tardó poco en abatirme entre el ronroneo adormecedor del motor y el relajante sonido de la lluvia. Cerré los ojos y dejé que el señor Morfeo me acogiera en sus brazos, hasta que mi insufrible compañero me asestó un codazo en las costillas que me hizo dar un brinco en el asiento.

—Ya hemos llegado, bella roncante —dijo.

—Yo no ronco —le repuse agriamente.

—Eso es porque no has tenido ocasión de escucharte. Roncas, y mucho —me contradijo, antes de salir del vehículo.

Seguía lloviendo a mares y, con una sonrisa interior que me llegaba de oreja a oreja, vi cómo la torrencial lluvia lo calaba hasta los huesos mientras sacaba su equipaje del maletero y esperaba que hiciera lo mismo con el mío. Axel era un imbécil, pero su perfil machista le hacía tener ese tipo de detalles caballerosos con las mujeres, pese a los caprichos climáticos.

Con tranquilidad y dejando que siguiera mojándose, abrí mi bolso y saqué

un paraguas plegable. Antes de poner un pie en la acera, lo abrí con una sonrisa victoriosa ante sus ojos, que chisporrotearon por la irritación, y luego salí con elegancia. O eso pretendía, una nube de mal karma sobrevoló mi cabeza en ese momento y la suela de mi zapato patinó encontrándome toda yo medio segundo después desplomada todo lo larga que soy (no mucho) a los pies de un Axel partiéndose de risa.

Hay cosas más agradables que estar tirada a la bartola en el suelo mojado de Bogotá, con las piernas despatarradas, un paraguas por sombrero, y tu estúpido compañero sacándote una foto para immortalizar el instante. Sí, por ejemplo, que un mono titi haga acupuntura en tus glóbulos oculares y los orine después.

—Te está bien empleado —dijo muerto de risa, ofreciéndome la mano—. ¿Te encuentras bien?

—No —respondí con los dientes apretados, rechazándole la ayuda de un manotazo.

Mal hecho por mi parte. Al tratar de levantarme por mis propios medios, volví a resbalar y esta vez pude saborear el agua de un sucio charco mientras me deslizaba sobre el pavimento, notando que la falda se me subía hasta la altura del ombligo y mi nariz terminaba a escaso milímetro de la escalinata de piedra que cubría la distancia hasta la puerta del hotel, donde dos botones elegantemente uniformados me observaban evitando reír a duras penas.

—Veo que estás sedienta. El karma te está devolviendo toda esa inquina hacia mi persona.

—Ayúdame a levantarme —dije rabiando, mientras trataba de estirarme la falda y de paso recuperar mi dignidad que chorreaba más que las cataratas de Iguazú.

—¿Y si no quiero ahora? —Puso los brazos en jarras.

—Pues si no quieres, me dejas aquí, cojo una pulmonía y presentas tú solito el proyecto.

Axel lo pensó unos segundos mientras yo seguía despatarrada en el suelo a lo Lina Morgan, y finalmente me alzó en peso y me llevó como a una recién casada hasta el lujoso hall del hotel. Era impresionante aquello.

—Eso ha sido innecesario —dije tratando de ocultar lo impactada que me había dejado su fuerza.

—Era por precaución.

Le dediqué una mirada cargada de furia, deseando hacer el *checking* y subir a mi habitación para descansar un rato de su incordiosa presencia.

—Bienvenidos al Senator Royal Megan Richard Hotel. ¿Me dejan sus

pasaportes?

Ambos los entregamos a la recepcionista.

—Gracias, ajá, ajá, ajá... —La señorita repetía la muletilla sin parar mientras comprobaba nuestra reserva—. Perfecto. Aquí están sus llaves. El desayuno se sirve de seis a diez.

—Disculpe, aquí solo hay una llave. —Alcé la tarjeta que ellos llaman llave.

—En efecto, de la habitación 45, una doble superior.

—¿Perdón?

—Señora, la 45 es una suite doble superior con vistas al patio enclaustrado.

—Debe de ser un error. Nosotros pedimos dos habitaciones individuales —le repliqué.

—No es lo que me consta en la reservación, señora.

—Pues esta señora —dije con retintín— exige un cambio inmediatamente.

—Lo siento, señora...

—Señorita —recalqué, apoyando los codos sobre el mostrador.

—Bien, señorita, en este momento nos es imposible asignarles dos habitaciones; el hotel está al completo por una convención de médiums. El mismísimo Agapornis Izaguirre se encuentra aquí con nosotros. Va a explicar las magias azules del epicornio humano. —A la señorita de recepción le brillaron las pupilas.

—¿Y no hay nada que hacer? ¿Quizá podría usted hacerme un hueco en su casa? —intervino Axel, apoyado a lo Hugh Grant y ligando con aquella colombiana de labios turgentes.

—Estoy casada, pero nos veremos por el hotel, señor García.

Ambos empezaron a coquetear pasando por alto el problemón que teníamos. No pensaba dormir en la misma cama que Axel ni loca. Era lo que me faltaba. Mi idea inmediata era colocar la ropa en el armario para que no se arrugara, darme un bañito caliente aprovechando que los hoteles solían tener bañera y yo no, y bajar a la cafetería a por un café cargado para combatir el *jetlag*.

—No importa, nos apañaremos —dijo Axel.

—¡¿Qué dices?! ¡No pienso dormir contigo!

Axel me sonrió con malicia.

—¿Por qué? ¿Acaso piensas que no podrás resistirte y trates de violarme en mitad de la noche?

Fruncí la nariz y respiré hondo antes de responder, pero la recepcionista intervino cortándome.

—No se preocupe, señorita, ya ordené que le suban un camastro auxiliar a la

habitación, así no tendrán que compartir la cama. Aunque no entiendo su malestar. —Sonrió con amplitud haciéndole una caidita de pestañas a Axel.

—Es que la señorita prefiere dormir con su gato —explicó Axel.

Ella achicó los ojos y volvió a dirigirse a mí:

—Excuse, señorita, no están permitidas las mascotas en el hotel.

—No he traído ningún gato.

—¿Y por qué su amigo dijo que trajo uno? —Volvió a sonreírle de aquella manera a *mi amigo*.

—Él no ha dicho eso.

—¿Entonces qué dijo?

—Ha dicho que prefiero dormir con mi gato.

—Ajá —soltó ella, mirándome con desconfianza.

—¡Ajá! —zanjé yo. Estaba hasta las narices de tanta cháchara banal y deseando ocupar la habitación, quitarme la ropa mojada y sumergirme en un baño de burbujas hasta el cuello como Julia Roberts en *Pretty Woman*.

—¿Me permite que lo compruebe? No sería la primera vez que un huésped introduce su mascota en la habitación.

—No —me negué en rotundo, abrazando mi bolso de Parfois con posesión. Luego miré a Axel—. Dile tú algo.

Axel asintió con una sonrisilla esbozada en los labios y, recostándose sobre el mostrador, se adelantó sobre este como si fuera a contarle un secreto a esa recepcionista que me estaba sacando ya de mis casillas.

—Le prometo que mi amiga no lleva ningún gato ahí metido.

Ella asintió levemente, pero me lanzó una mirada fugaz que me hizo pensar que seguía sin creernos, en cambio, dijo con su acento dulzón:

—Está bien, confío en su palabra.

6

¡Adelante! ¡Mire! ¡Sin compromiso!

POR FIN LLEGAMOS A LA HABITACIÓN. Era preciosa y superlujosa. Los techos abuhardillados de vigas estilo colonial y los suelos y puertas de madera, hechos a mano, combinaban a la perfección la tradición con el diseño contemporáneo de los muebles elegantes y robustos que la dominaban con muy buen gusto en su justa medida. Hasta tenía un bar. Una lástima que tuviera que compartir tantos lujos con Axel, el mayor cretino de la historia universal que, en cuanto atravesamos la puerta se había recluido en el baño y llevaba allí más de media hora, haciendo vete tú a saber qué cosas.

Al poco se puso a cantar a pleno pulmón *Mariana mambo* de Chayanne y supuse que lo suyo iba para largo, así que decidí deshacer las maletas y ponerme algo cómodo y seco hasta que llegase mi turno.

Estaba escribiendo unos *wasaps* a mis padres, novio y amigas, para avisarles que había llegado bien a Colombia, cuando Axel apareció por la puerta envuelto en brumas, los pectorales relucientes y una toalla anudada por debajo de los huesos de la cadera como única indumentaria. Parecía un dios (da igual la mitología que sea). No pude evitar recrearme los ojos más de lo estrictamente necesario. ¿Cuántas horas dedicaría al gimnasio para mantener ese cuerpazo?

—¿Qué estás mirando? —me preguntó, y me dedicó una sonrisa radiante que habría idiotizado a un equipo entero de fútbol femenino (con lo difícil que es eso).

—Tengo ojos y estás delante —respondí en mi tono habitual (ensayado) de me la trae al paio lo que me digas.

—Unos ojos preciosos, ya me he dado cuenta.

—¿Te funciona ese piropo tan manido con alguien, Axel?

—Te sorprendería. —Alzó las cejas y se acercó a la ventana a fisgonear entre las cortinas. Desde allí se podía ver un jardín interior cuidado al detalle. Parecía de revista de decoración—. Tienes que probar esa bañera —comentó, sacudiendo la cabeza como lo haría un modelo de perfume saliendo del mar.

—Eso pretendía, pero te me has adelantado. —Le recriminé agriamente su poca cortesía mientras lo veía rondar por la habitación pavoneándose. Se detuvo en el bar.

—¡Pedazo bar! —exclamó abriendo la puerta del frigorífico y sacando una cerveza—. ¿Quieres una cerveza, doña Prisas?

—Si me tomo una cerveza, temo quedarme dormida en la bañera. Estoy que me caigo.

—Eso te pasa por no dormir en el avión.

—No podía, estaba demasiado excitada.

—¿Por mí? —preguntó con guasa.

—No, idiota, por el viaje. Es la primera vez que cruzo el charco.

—¿Es tu primera vez? —siguió con ese deje guasón.

—Sí, mi primera vez —respondí con un tono que evidenciaba que me tenía hasta las narices.

—Venga, no me seas arisca, que estoy de coña. Prometo hacer todo lo que esté en mi mano para que lo disfrutes, pese a las adversidades. —Se sentó sobre la cama y se me quedó mirando desde ahí.

También había prometido hacerme sonreír y de momento todavía lo estaba esperando, así que le dije:

—¿Por adversidades te refieres a que tenga que soportar tu presencia todo el tiempo? —Alcé una ceja.

Sacudió la cabeza y soltó una carcajada.

—Me refiero a la lluvia, tontaina. ¿Por qué no te das ese baño? Le sentará bien a tu mal carácter.

Cuando salí del baño, con aquel albornoz mullido blanco nuclear, que solo se encuentra en los hoteles de categoría especial, Axel estaba hablando jovialmente por teléfono tirado en plancha sobre la cama. Puse los ojos en blanco a la vez que me secaba el pelo con la toalla. Seguramente se trataba de una antigua conquista, una parcera buenorra ansiosa de retozarse con él y unirse en carne con la madre patria.

—¿A quién has engañado esta vez con tu verborrea? —le dije en cuanto terminó la conversación y se despidió.

—Hablabas con mi tía.

—¿Con tu tía buena? —dije, y me reí.

—No, con mi tía carnal.

—¡Y tan carnal! Te la quieres hincar en canal.

—Pero ¡qué dices! Eso es asqueroso.

—¿En serio crees que me voy a creer que tu tía te ha llamado a Colombia para saber cómo estás?

—Pues sí, y para tu información mi tía es residente en este país y nos ha invitado a cenar en su casa.

—¿Nos? —Abrí los ojos sorprendida.

—Sí, no pensarás que iba a ser tan maleducado de dejarte sola esta noche a merced de las maras.

—Te lo agradezco, pero no quiero molestar. Había pensado salir a visitar un poco la ciudad y luego comer en algún restaurante de la Zona T.

—Vaya, ya veo que te has documentado —dijo en tono burlón—. Pero no pienses que voy a dejarte sola ni un segundo, no estoy tan loco. Una mujer extranjera sola... —arqueó las cejas dos veces—... Eres carne de cañón, nena. Esta zona es segura, pero nunca puedes fiarte. Además, ya le he dicho a mi tía que te llevaría, la ofenderías si no aceptas su invitación.

—Ni siquiera me conoce, ¿cómo voy a ofenderla?

—Lo harías, créeme.

—Lo dudo mucho. Discúlpame con ella, pero es que prefiero ir a mi aire. Me gusta estar sola.

—Te entiendo, sé que te resulta difícil hacer amigos, pero prometo no dejarte sola.

—No tengo ningún problema para hacer amigos —protesté indignada.

—Si tú lo dices.

—Por supuesto que lo digo.

—Te he observado estos días —dijo, apuntándose los ojos con los dedos formando una uve—. No tienes mucho don de gentes.

—Si lo dices porque no me tiro a todo lo que se menea como tú, tienes razón, no tengo *don de gentes*.

—¿Tienes algún problema con mi vida sexual? —preguntó alzando una ceja.

—Por supuesto que no, tu vida sexual me importa un pepino.

—Dices que no y sin embargo te importa mi pepino. —Explotó en una carcajada y yo lo fusilé con la mirada.

—Yo no he dicho tal cosa.

—Yo creo que sí. —Parpadeó tontamente en mi dirección.

—Pues crees mal —zanjé—. ¿Te importaría darte la vuelta? —le pedí.

—¿Por qué? —Se puso más cómodo, cruzando los brazos por detrás de la cabeza.

—Porque quiero vestirme.

—He visto a muchas mujeres desnudas —aseguró y supe que lo decía de verdad.

—No quiero ser una más de tu larga lista —ironicé.

—Ya veo, te avergüenzas de tu cuerpo —dijo con una sonrisa maliciosa.

—Pero ¿qué dices?! —Y para demostrarle que estaba muy orgullosa de mi cuerpo me desanudé el cinturón del albornoz y luego sacudí los hombros dejando que este se abriera.

Axel sonrió de oreja a oreja sin quitarme los ojos de encima, esperando que prosiguiera. Saqué pecho, tragándome la vergüenza, y tirando de las solapas dejé caer el albornoz al suelo, irguiéndome ante él como mi madre me trajo al mundo.

—No tienes por qué avergonzarte, la verdad es que tienes un cuerpo bastante decente —dijo, recorriendo con la mirada todo mi ser con una mano apoyada en la barbilla.

—Eres imbécil. Deberías plantearte el sellarte la boca con cinta americana.

—Y tú deberías replantearte tu método de depilación. Esos pelillos encrespados —con el morrito fruncido señaló mi entrepierna— no resultan nada sexis.

Le di la espalda, presentándole mi señor pompis.

—Y también te recomiendo un poco de ejercicio para reafirmar el culo. La gravedad no perdona, amiga —añadió, chasqueando la lengua contra el paladar.

Me armé de paciencia, tomando un par de respiraciones profundas, y me dirigí al armario, sintiendo sus ojos todavía puestos en mí. Haciendo acopio de valor, pues lo mío me estaba costando mantenerme tranquila, tratando de demostrarle que no tenía ningún problema con que me viera en pelotas, saqué una muda limpia de ropa y me enfilé al baño para vestirme, lugar donde podría haberlo hecho desde un principio. Pero es que me había provocado, y yo era orgullosa y no pensaba dejarme intimidar por un cretino como él.

No estaba especialmente pagada de mi cuerpo. Era flacucha y mis tetas brillaban por la ausencia, pero, aun así, estaba bien proporcionada y no tenía por qué avergonzarme de él, aunque, claro, a Axel, visto su currículum de conquistas, debía saberle más bien a poco. ¿Y a mí qué más me daba lo que opinara ese idiota de mi cuerpo?! Pero tenía razón en algo: mi pubis parecía una madeja de estopa y tenía unos pelillos en guerrilla en los vértices superiores del triángulo púbico que se asemejaban, de manera escandalosa, al bigote de Cantinflas. «¡Qué le jodan!», me dije, inclinándome hacia delante para mirarme bien la cara: bajo los ojos tenía unas ojeras que podrían verse desde la luna. Pero sin tener en

cuenta ese detalle puntual y producto del cansancio acumulado, encima de esas ojeras tenía unos ojos bonitos y un cabello precioso, con una tendencia indecente a encrespase por la humedad, y, por debajo, una dentadura impecable de lo más envidiable. ¿Qué más me daba si estaba más plana que una tabla?

Tardé como una hora en terminar de arreglarme y cuando salí del baño, con la esperanza de que Axel se hubiera marchado harto de esperar, me lo encontré sentado frente a la mesa hincándole el diente a una hamburguesa que tenía una pinta estupenda.

—¿Qué es esto? —dije viendo todo aquel despliegue de comida. Se me hizo la boca agua.

Axel me miró y sonrió pedante mientras masticaba. Con la boca llena me respondió:

—Como tardabas tanto, he decidido hacer uso del servicio de habitaciones 24 horas. Te he pedido una hamburguesa de buey —me señaló un cloche reluciente de acero—. Está de muerte.

—Pues gracias —farfullé de mala gana. Lo cierto es que Axel era un cretino, pero tenía ese tipo de detalles—. La verdad es que estoy muy hambrienta y tengo muchísimo sueño. Apenas puedo mantener los ojos abiertos —añadí bostezando.

—Pues come y luego te echas una siesta.

—No quiero dormir, me gustaría aprovechar el tiempo y visitar la ciudad.

—Hay tiempo, hazme caso y duerme aunque solo sea una hora —me aconsejó—. Tu cuerpo te lo agradecerá y yo también. De normal eres bastante arisca, lo de tu gato debe ser contagioso. Pero agotada —respiró hondo—, eres insufrible.

—Ja, ja —me reí falsamente y me senté a la mesa. Levanté el cloche y salivé aspirando el delicioso aroma que emanaba de esa hamburguesa tamaño *kingsize* antes de darle el primer bocado. Y, como bien decía Axel, estaba para morirse de rica. Casi tanto como él.

A mí me emborrachan, o me dejan como estaba

EL TAXI NOS DEJÓ EN LA PUERTA de la casa de la tía de Axel. Una casa bastante lujosa, alejada del bullicio de la ciudad de Bogotá y que no se asemejaba en nada a las casas austeras y desgarradas que había visto desde la ventanilla.

—¿Tu tía es rica?

—No, pero tampoco pobre. Su marido es un empresario colombiano y les va bastante bien —respondió Axel, que había cambiado su habitual traje por unos vaqueros y una cazadora de cuero. Estaba todavía más impresionante.

—Empresario y colombiano no suena nada bien. —Hice una mueca.

—¿En serio?

—Es broma. ¿A qué se dedica?

—Tiene un holding de empresas, entre ellas la cadena hotelera en la que estamos.

—¿No habrá sido cosa tuya lo de la habitación?

—No te emociones, entre las visitas de ocio que tengo en Colombia no tenía previsto una ruta por tu cuerpo serrano.

—Aunque hubieras querido te hubiera vetado la entrada, tengo novio.

—Ya lo sé, Fufú.

—No, Fufú es mi gato. Mi novio es un humano de carne y hueso.

—¿En tus sueños?

—No, en Madrid. Se llama Víctor y es bibliotecario.

Axel achicó los ojos y se quedó callado con la mirada fija en mí.

—¿Qué pasa? ¿No me crees? —pregunté.

—Sinceramente, no. En el avión dijiste que todavía no habías encontrado tu alma gemela.

—Sí, ¿y qué?

—Pues que no me creo que exista ese novio tuyo. ¿Cómo es que nunca hemos visto a ese tal Víctor en ninguna fiesta de la empresa? —preguntó con escepticismo.

—Trabaja mucho.

—Limpiando el polvo a los libros.

—Archivando.

—Ya... —Axel no parecía muy convencido.

—Es cierto.

—Entonces ¿por qué dijiste eso?

—No lo sé. —Me encogí de hombros sin nada que argumentar. Además, ¿no tenía por qué contarle mi vida!

—Yo sí lo sé.

Puse los brazos en jarras y levanté la barbilla.

—Tú no sabes nada.

—Puede que exista ese tal Víctor...

—Existe —cortándolo afirmé.

Me dedicó una sonrisa condescendiente, mientras yo seguía con la barbilla alta retándolo. Él dijo:

—Puede que exista, pero tú no le quieres.

—Y si no le quiero, ¿por qué estoy con él?

Sonrió con prepotencia entonces y, apuntándome la nariz con el índice, afirmó:

—Porque te conformas con él. Además, tú misma te has dado la respuesta.

Quería contraatacar, pero no supe qué decirle, así que opté por quedarme callada y Axel decidió llamar al timbre.

—Sé amable —dijo, acariciándome la cogota como si fuera una niña pequeña.

—Siempre soy amable —le repuse enfurruñada.

Una mujer de curvas de escándalo, melena azabache y grandes aros de plata amenazando con descolgarle las orejas, nos abrió la puerta y se abalanzó sobre Axel de manera efusiva.

—Qué guapo, qué alto, qué fornido estás —dijo, apretando cada parte del cuerpo (cuerpazo) de Axel—. Perdona, tú debes ser Bonifacia.

—¿Boni qué?

—Oh, disculpa, prefieres Boni. Mucho gusto. Bienvenida a mi hogar. Soy Rosi, la tía de Axel. —Me agarró por los hombros y me asestó dos sonoros besos casi a la altura de las orejas que me dejaron medio sorda.

—Un placer, Rosi, pero me llamo Eva.

Axel comenzó a reír y su tía lo reprendió entre risas.

—Este sobrino mío siempre tan bromista.

—Sí, es un no parar —dije forzando una sonrisa.

—Pero pasad, estamos aquí en la puerta como tres pasmarotes y parece que va a comenzar a llover otra vez.

Me quedé maravillada con aquella casa nada más poner un pie dentro. El diseño era moderno, los espacios amplios y el increíble aprovechamiento de la luz natural la convertían en una construcción bastante interesante. Rosi nos dirigió al salón principal de la casa contoneando sus caderas, enfundada en un vestido blanco que no marcaba ni un ápice de celulitis. Era difícil adivinar su edad; se notaba que era una mujer cuidada a base de bisturí y aunque, no aparentaba más de treinta, siendo tía de Axel suponía que debía estar cerca de los cincuenta.

—Niños, mirad quién ha venido —gritó.

De detrás del gran sofá *chaise longue* que coronaba el centro de aquella sala, salieron dos cabecitas morenas con ojos oscuros y rasgados. Viendo las edades de sus hijos, entre los siete y doce años, pensé ahora que tal vez Rosi estaría en torno a los cuarenta.

—¡Primo Axel! —gritó el mayor de ellos.

—Madre mía, qué grandes estáis. —Extendió los brazos y los niños se lanzaron sobre él.

—¿Hace mucho que no los ve? —pregunté a Rosi mientras los tres machos jugaban a luchas en la alfombra de pelo.

—Es la primera vez que los ve en persona, pero hablamos con Axel todas las semanas por Skype. Con las nuevas tecnologías puedes convivir con cualquiera en cualquier parte del mundo. No puedes abrazarlos, pero te sientes como en casa, no sé si me explico.

—Te entiendo —le dije.

—Ven, acompáñame a la cocina mientras estos tres hacen de las suyas.

Mientras Rosi cortaba unos pimientos me fue contando cosas sobre Axel que no sabía y que me ayudaron a comprender ciertos aspectos poco agradables de su vida. Digamos que en cierto modo le sentí, hablando en plata, más humano y menos imbécil.

—Me sentí fatal cuando me vine a Colombia con Jeffrey. Sentí que abandonaba a mi sobrinito, aunque él se quedara muy bien atendido por mi madre. Gracias a internet me he quitado esa carga.

—Pero no entiendo. ¿Por qué vivía Axel con su abuela?

—Era un niño de dieciséis años. ¡No podía vivir solo!

—Entiendo que no, pero ¿y sus padres?

—Se marcharon de viaje.

—¿Al más allá?

Rosi abrió los ojos y se santiguó.

—No. Qué cosas dices, muchacha. Se marcharon a Bali. Lo que hacen los abuelos no está pagado, les dejan el niño para ir al teatro una noche y al otro día para fugarse a Bali a cazar olas de tsunami.

—Madre mía. —No supe qué añadir, me había quedado pasmada.

—Le pasaban un dinero al mes al pobre Axel y le enviaban alguna postal de vez en cuando. Esos dos descerebrados no volvieron jamás. Según mi hermana, habían encontrado el desprendimiento de lo material.

—Pero un hijo no es nada material.

Rosi asintió con cierta pena y suspiró fuerte.

—Él solito se pagó la carrera y el máster —comentó con orgullo.

—Nunca me ha hablado de sus padres, no sabía nada.

—Lo sé, nunca lo hace. Pero los quiere, y mucho. Es lo único que no entiendo. —Rosi se quedó callada ensimismada en sus pensamientos y yo empecé a sentirme incómoda.

—¿Y tu marido, no viene a cenar? —dije para cambiar de tema.

Rosi resopló y se atusó el pelo.

—Mi marido está fuera, siempre está fuera.

Al parecer ese tema tampoco era el adecuado. Nos quedamos calladas de nuevo unos segundos.

—¿Y tú, Eva, tienes padres? —me preguntó ella con la obvia intención también de cambiar el rumbo de la conversación.

—Sí, como todo el mundo. Se mudaron a Sevilla hace un par de años, pero también nos vemos mucho por Skype, y nos vamos visitando.

—La familia es importante, permanecer unidos, ya sabes. El pobre Axel no tiene a nadie, abandonado por unos padres hippies e irresponsables. Pobrecito, mi niño, cuantísimo ha sufrido en esta vida.

—Desde luego que eso es muy irresponsable por su parte.

—Lo es, pero así es mi hermana Macarena, y lo que le faltó fue conocer al padre de Axel. Ese hombre es el causante de toda esa locura desmedida.

Axel irrumpió en la cocina intentando arreglarse el cabello.

—¿Qué huele tan bien aquí?

—Sancocho.

—Estaba deseando probarlo, tita. —Le dio un efusivo beso en la mejilla, abrazándola por detrás con cariño—. Siempre te veo a través de la pantalla

cocinando y por fin voy a poder degustarlo.

—¿Qué es exactamente? —Me asomé a la olla.

—El sancocho es un plato típico colombiano. Es una deliciosa sopa a base de papa, yuca, plátano, mazorca de maíz y tres tipos de carnes: pollo, cerdo y res. Pero lo más importante de esta sopa es que cuenta historias, reúne a la familia, llena el estómago, alimenta el espíritu y alegra el corazón —explicó Rosi acabando de condimentar la ensalada.

—Lo cierto es que suena delicioso —dije husmeando el vaho que emanaba el guiso.

—Y es afrodisiaca —añadió la cocinera.

—¿En serio? —Di un paso atrás.

—No, pero tengo un vino que arremolina el alma.

—No te molestes, tita, Bonifacia no tiene de eso.

—Serás... —Me contuve de decirle lo que pensaba por respeto a su tía.

—Ay, muchachos, les veo tan jóvenes, tan chuscos. Abran ese vino y brinden por la vida, y mañana Dios dirá. Como decimos en Colombia: Agüita pa' mi gente.

Si saben cómo me pongo, ¿pa' qué me invitan...?

LA CENA FUE MUY AGRADABLE, tanto, que hasta empecé a sentir cierta simpatía por Axel. Aquello que me había contado su tía en la cocina me había dejado impactada, y durante las dos horas que estuvimos degustando aquellos deliciosos platos tradicionales, vi a Axel relajado y muy familiar con los niños. Parecía otro e incluso se puede decir que disfruté de aquella velada junto a él.

—Muchas gracias por invitarme, estaba todo delicioso —le dije a Rosi.

—Ha sido un gusto teneros en casa, los niños se lo han pasado bomba con su primo y tenía ganas de abrir esta botella de vino para celebrar algo. —Rosi suspiró y nos sirvió otra copa.

—¿Va todo bien, tita?

—Sí, sí, no te preocupes. Es solo que Jeffrey no pasa demasiado tiempo en casa. A veces me siento sola.

—Te entiendo, sé a qué te refieres. —Axel posó la mano sobre la de su tía.

—Dudo que tú lo sepas, Axel. Siempre duermes bien acompañado —intervine, apurando de un trago mi copa y soltando mi lengua sin pensar en donde y con quien estábamos.

—¿Qué sabrás tú de eso? —me repuso ofendido.

—Me refiero a que siempre estás conquistando bragas por ahí —respondí, perdiendo todo el filtro ante la atenta mirada de Rosi.

—¿Acaso eso te molesta?

—No, pero no sabes lo que significa comprometerse con alguien.

Por un instante vi dolor reflejado en sus ojos y me reñí para mis adentros por haber abierto la boca. No conocía mucho a Axel y lo poco que sabía hasta entonces no decía nada bueno de él, pero, tras lo que me había revelado su tía, había comprendido que Axel era víctima de sus circunstancias. Vivía despechado y con un dolor que le pesaba demasiado en el corazón. ¿Quién era yo para reprocharle cómo llevar su lucha anterior? Antes de que pudiera pedirle perdón, Axel se recompuso y dijo:

—Te equivocas, sé bastante de compromiso. Pero no voy a contarte nada a ti porque no es de tu incumbencia.

—Haya paz, por favor, chicos. No estropeemos la maravillosa noche —terció su tía, apaciguando la situación y pasando por alto aquello que había dicho de su sobrino—. Yo no puedo acompañaros, pero os recomiendo que vayáis a bailar. En Bogotá hay unos locales ideales para unos jóvenes como vosotros. Unos buenos restregones harán apaciguar esas diferencias y combatir el *jetlag*. Después de unos chupitos de aguardiente dormiréis de un tirón —dijo Rosi, recogiendo los platos y dedicándole una mirada conciliadora a su sobrino.

—Esa sería una buena idea si Víctor estuviera aquí conmigo. No soy una libertina que sale con hombres a bailar y mucho menos con Axel, siempre me está atacando —dije para justificar un poco mi comportamiento.

—Mi ideal de noche no es contigo tampoco. No he perdido la cabeza todavía.

—Vosotros lo habéis dicho... Todavía —intervino Rosi otra vez poniendo paz—, pero siempre se ha dicho que los que se pelean se desean. Además, tengo una cosita que os animará el cuerpo y os hará cambiar de opinión.

Rosi nos dejó a ambos enfurruscados en la mesa, y es que no podíamos pasar un intervalo superior a dos horas sin tirarnos de los pelos el uno al otro. Lo que había sido una velada agradable, ahora se había convertido en un ambiente enrarecido y la tensión entre los dos se podía cortar con un cuchillo.

—Vamos a limpiarnos el esófago y achispar la vista —dijo al volver.

—¿Qué es eso? —Señalé aquel extraño recipiente que traía Rosi junto a tres vasos de chupito.

—Esto es chicha. Una bebida maravillosa que espanta cualquier mal del mundo.

—Si es así, ponme un vaso de tubo —dijo Axel, dirigiéndome una mirada asesina.

—No, de eso nada. Esto se debe tomar con mesura y conocimiento.

—Pues de eso tu sobrino va escaso —respondí yo, devolviéndole la mirada de psicópata.

—Venga, déjense de pelear y beban. —Rosi nos ofreció un vasito lleno y luego nos hizo alzarlos al centro de la mesa para brindar con ella antes de meternos en el cuerpo aquella bebida espesa.

—Esto os va a poner más contentos que MacGyver en un Home Center.

Ande yo caliente, ríase la gente

CON EL CUERPO CALIENTE por aquel brebaje salí de la casa de Rosi, prometiéndole una visita el domingo antes de marcharnos del país. Entre el vino y la chicha andaba tambaleándome sobre los tacones, prestando mucha atención a las rayas del pavimento para no tropezarme. Axel a mi lado estaba más callado que de costumbre. Subimos al taxi y él se acercó al chófer para darle la dirección del hotel y yo acomodé la cabeza en el respaldo con intención de descansar.

—¿A qué ha venido eso de antes? —me espetó conforme cerré los ojos.

—¿A qué te refieres?

—Sabes bien a lo que me refiero.

—No, no lo sé. Pierdo la cuenta de las pullas que llevamos ya.

—Me refiero a eso que has dicho delante de mi tía de que cada noche la paso con una mujer distinta.

—No sé por qué te molesta, es cierto, además, te encanta pavonearte de ello.

—Estaba de más. No quiero que mi tía Rosi piense mal de mí. Me da igual que te metas conmigo en privado, pero no que lo hagas delante de mi familia y me desacredites. Ha sido un golpe bajo. Perdona, guapa, pero eso no ha estado nada bien.

—¿Y que me llames Bonifacia está bien? —dije de morros tratando de defenderme, aunque sabía que Axel tenía razón. Ese comentario había estado fuera de lugar.

—No compares. Por desgracia hay mucha gente que se llama Bonifacia, pero solo era una broma.

—Me meto contigo, porque tú te metes conmigo —seguí erre que erre.

—Yo diría que lo disfrutas bastante.

Y ¡qué razón tenía! Más que un santo. Cada vez me gustaba más enzarzarme en batallas verbales con él. Me daba vidilla, pero esta vez me había pasado, así que le dije:

—Lo lamento. Se me ha escapado. El vino me ha envalentonado y lo he

dicho sin pensar. No suelo beber y cuando lo hago pierdo el filtro. Ha sido desagradable por mi parte y entiendo que estés molesto. Te pido disculpas.

—Está bien. Te perdono —dijo disimulando una sonrisa intentando controlar los músculos faciales.

—Gracias.

De nuevo se instauró el silencio, cosa que agradecí. Me caía de sueño y no tenía la mente lúcida para seguir discutiendo con Axel.

—Ya hemos llegado —anunció el taxista al poco deteniendo el coche.

Miré al exterior y me di cuenta de que estábamos en una calle céntrica, abarrotada de gente y que no guardaba ninguna semejanza con la del hotel.

—¿Dónde estamos? —pregunté ante la obviedad de que nos encontrábamos frente a la puerta de un garito salsero.

—En el Templo de la Salsa —respondió el taxista—. El mejor club de salsa de todo Bogotá. Aquí podrán dar rienda suelta a los impulsos de sus cuerpos y dejar sus almas volar a otros mundos con las mejores melodías.

Confundida, miré a Axel, que estaba sacando la cartera para pagar la carrera, y él me devolvió una sonrisa traviesa, antes de entregarle un billete al taxista y pedirle que se quedase con el cambio.

—¿Vas a quedarte aquí? —le pregunté.

—No. —Axel arqueó las cejas un par de veces y puntualizó—: Vamos a quedarnos. Me lo debes.

—Ah, no, no, no, no —fui negando con la cabeza—, tú haz lo que quieras, pero yo me voy derechita al hotel. Necesito dormir. Mañana tenemos que madrugar.

—Me lo debes —repitió rotundo.

—Al contrario, tú me debes a mí quinientos euros.

—Vamos —me ofreció la mano—, no seas sosa y tómate una copa conmigo en ese garito. ¿No decías que querías hacer turismo?

—No ese tipo de turismo —le repliqué rápido—. Me refería a ver museos, monumentos emblemáticos, callejear... Esas cosas.

—Vamos. —Haciendo caso omiso a mi negativa, me arrastró de un tirón fuera del vehículo.

—Está bien, acepto tomar esa copa como tregua de paz. Pero solo una, mañana es un día muy importante y ya hemos bebido demasiado.

—Así me gusta. —Me cogió la mano de nuevo y tiró de mí en dirección a la entrada, donde un corrillo hacía cola para entrar.

—Escucha, Axel. —Lo retuve, frenando en seco.

—¿Qué, Bonifacia? —Se acercó de un largo paso hasta quedarse pegado a mí.

No pude evitar esbozar una sonrisilla ante su descarado ataque, pero merecido.

—Prométeme que no vas a dejarme sola ahí dentro. Te conozco y sé que estás deseando estrenar tu pistola con una colombiana.

—No me conoces nada, no te dejaría sola ahí dentro por nada del mundo —dijo, y me sonrió.

Y aunque llevaba más de treinta horas sin dormir, me dolían los pies horrores y me pesaba la cabeza por el alcohol, me bastó solo esa sonrisa para dejar de pensar en todos esos contras y terminar por convencerme.

Me dejé llevar hasta el interior de ese local salsero porque en parte Axel tenía razón: se lo debía. Pero sobre todo me lo debía a mí misma. Era la primera vez que cruzaba el charco. Estaba en un país exótico, caliente, intenso y tenía que celebrarlo. Aprovechar el tiempo, dejarme llevar y fundirme con sus gentes para gozarlo al máximo.

La noche que perdí hasta el carné de identidad

EL TEMPLO DE LA SALSA, lejos de ser un lugar lujoso, tal y como indicaba su nombre, resultó ser un local sencillo sin grandes adornos, de paredes blancas y poco iluminado, salpicado por algún led de colores para dar ambiente festivo. Lo único que tenía de templo eran unas cortinas del pleistoceno a lo decorado de película de romanos.

—La música está muy alta —grité girando la cabeza para que Axel, que iba a mi espalda esquivando a la gente, me oyera.

—¿Que te pica la garganta? —preguntó y, señalando la barra, añadió—: Tranquila, ya está cerca.

Cuando por fin llegamos, pudimos intercambiar algunas palabras o, mejor dicho, deducirlas por el movimiento de nuestros labios.

—No podemos pasarnos, mañana es la presentación. —Le hice unos gestos con las manos simulando una pantalla.

—Relájate un poco.

—¿Tengo un moco? —Empecé a toquetearme la nariz para desprenderme de esa maldita mucosidad seca.

—No, que te relajes —repitió moviendo los brazos en señal de relax, y yo asentí.

A la luz del día Axel era indudablemente atractivo y he de reconocer que en muchas ocasiones me quedaba embobada mirándolo sin que se diera cuenta. Tenía esas facciones masculinas que tanto nos gustan a las mujeres: la nariz recta, la mandíbula marcada y una seguridad en la mirada que te dejaba lela si te regalaba una miradita. Y si te sonreía, madre de Dios, si te sonreía, ya podías darte por perdida. Pero esa noche, bajo la tenue luz de ese local y acompañando la música con aquellas letras tan calentorras con un discreto movimiento, me pareció aún más guapo, más atractivo y muy apetecible. Y esos pensamientos que había desechado en Bilbao empezaron a aflorar de nuevo. El ambiente del Templo de la Salsa empezó a calarme, seguramente la chicha y el vino

circulando por mis venas también pusieron de su parte. Me puse a observar a la gente que había disfrutando del lugar mientras Axel le pedía algo al camarero. Lo cierto es que me apetecía mimetizarme en el ambiente. Víctor no era mucho de salir y a veces echaba de menos bailar con él como si no hubiera un mañana, pero decir echar de menos era incluso mentir, pues nunca habíamos hecho tal cosa.

—Toma, bebe —me dijo Axel al oído ofreciéndome un chupito.

—¿Qué es?

—Guaro.

No quise preguntar más sobre aquella bebida y me lo empiné de un golpe, sintiendo que me quemaba la garganta y me calentaba el estómago cayendo como un trueno.

—¿En este país no sirven nada que tenga menos de noventa grados de graduación alcohólica?

—A este país se viene a pasarlo bien y a disfrutar de todo su ambiente.

—Pero nosotros hemos venido a trabajar.

—Y a disfrutar, querida Boni, y a disfrutar.

Y de nuevo tenía razón, el intervalo entre presentaciones nos permitía conocer muchos lugares y bastante tiempo libre para explorar y experimentar, y ¿por qué no? Lo estaba deseando. Siempre había creído que viajar te abría la mente y te acercaba más a las personas. Como decía Mae West: «Solo se vive una vez, pero si lo haces bien, esa única vez es suficiente».

—Tienes razón, creo que voy a bailar.

Envalentonada por el guaro, la chicha, el vino y la música que sonaba en ese momento, me lancé a la pista a darlo todo. Moviendo el cuerpo suave como una palmera, dejándome llevar por algunos sentimientos reprimidos y olvidándome de todo.

Reímos, bailamos y bebimos durante no sé cuántas horas, y las miraditas que cruzábamos cada vez eran más sugerentes, lo mismo que nuestros movimientos corporales, pero impusimos una distancia mínima. Él tenía su radio y yo el mío, y solo los traspasábamos para brindar con los chupitos de guaro que iban y venían, colándose por mi garganta y haciendo un callo, que me permitió ingerir una buena cantidad sin calcinarme la tráquea.

Desde mi posición lo observaba mientras dejaba mis caderas sueltas, absorbiendo las sugestivas notas de aquellas canciones tan románticas y calientes, y Axel desde la suya hacía lo mismo. No sé qué era lo que me pasaba.

Era como si estuviese embriagada por el calor del ambiente y el deseo que destilaban sus ojos concentrados en mí. Me sentía sexi... Muy sexi. Y era por él. Axel me hacía sentir así. Su mirada penetrante. Provocadora. Insinuante. Como si estuviésemos solos allí y no tuviera ojos para nadie más. Su media sonrisa prometiéndome una noche loca. Nunca me había sentido así. Yo, tan cuadradita, tan seria, tan de quedarme en casa, no probar ni gota de alcohol, haciendo siempre lo que debía hacer, sintiéndome por primera vez como si fuera la reina de la fiesta.

En un momento determinado, en el que me había entregado por completo a la letra de *Eres mía* de Romeo Santos y al punto de que este dijera eso de: «Ya me han informado que tu novio es un insípido aburrido», las manos de Axel se apoderaron de mi cintura. Sentí su olor a través de mi pelo y su respiración acelerada acompañando mis movimientos. Mi cuerpo se erizó entero y el corazón se me aceleró golpeándome a trompicones el pecho.

Con un movimiento rápido y sorprendentemente ágil para el estado etílico en el que me encontraba, me di la vuelta y volví a aprisionarme contra su cuerpo, meciendo las caderas al compás de aquella bachata. No teníamos ni idea de bailar aquello, pero nos dejamos llevar por la necesidad de nuestros cuerpos y nos acoplamos perfectamente a nuestro rollo.

Sus manos subieron lentamente hasta mi nuca, recorriéndome la columna, y me acariciaron el pelo. Tenía unas manos fuertes y expertas, y aquel gesto me excitó muchísimo, dejé mi cabeza a su merced. Axel me acercó a su cuello y hundí la nariz en él, llenándome de ese perfume que siempre llevaba, y así pegados, con sus manos agarrándome la nuca, seguimos bailando sensualmente, haciéndome sentir una mujer poderosa y muy deseable.

A lo largo del mes había imaginado muchos momentos así con Axel, pero, no nos engañemos, no había pensado que se fueran a cristalizar de ningún modo, la verdad sea dicha. Una cosa es pensarlo y otra muy distinta es hacerlo. Del dicho al hecho hay mucho trecho, pero parecía que el trecho se estaba estrechando de forma considerable por momentos y ya me estaba viendo venir de frente con un letrero en alto que decía: «Hazme lo que quieras»

Pero no debía olvidarme de Víctor. Tenía novio y la relación parecía funcionar, ¿verdad que sí?, pero, si así era, ¿por qué estaba pensando en serio en acostarme con Axel? Algo fallaba. Posiblemente era yo. Llevábamos muchos años juntos y me había convencido de que una relación emocionalmente estable era suficiente, pero tal vez estaba equivocada. Nos faltaba pasión. Esa pasión que siempre existe en las películas y las novelas románticas, pero que yo no

sabía si acababa de creerme. Nunca la había experimentado. Víctor y yo nos movíamos por la inercia de un patrón de funcionamiento acartonado que no terminaba de cuajarme. Y lo quería, no digo que no, pero ya no estaba muy segura de estar enamorada. Tampoco es que estuviera enamorada de Axel, pero me moría de ganas por hacerlo con él, echar un buen polvo que me dejara las piernas temblando, y es que Romeo tenía razón en algo: mi novio era algo insípido y aburrido. Nunca había sentido mi cuerpo entero palpitar, no como lo estaba haciendo ahora entre los brazos de Axel, con una pasión ardiente y humeante que me cortaba la respiración, y su expresión corporal no decía lo contrario, estaba tanto o más excitado que yo. Notaba el bulto de su entrepierna marcándome la cadera. Me apreté más fuerte contra su cuerpo para endurecerlo más. Sentí que bajo mis braguitas algo se retorció de gusto y supe que ya no había vuelta a atrás. Había traspasado la frontera, aquello me estaba gustando demasiado como para sacar fuerzas de ninguna parte y detenerme ahora. Tampoco quería.

Me lo debía a mí misma y, además, tenía la boca muy cerca de su cuello. Observé la piel suave de su lóbulo derecho y quise lamerlo. Mi lengua salió como una serpiente hipnotizada rozándolo primero y chupándolo con ganas después, provocando unos hondos gemidos en Axel que aumentaron aún más mi deseo.

Jamás en mi vida había chupado una oreja, las orejas son uno de los órganos humanos más sagrados y tocarlas o que te las toquen es síntoma de intimidad y confianza extrema, ni qué decir lo que supone chuparlas.

—Eva, me tienes al límite. Creo que voy a besarte —dijo, acercándose a mis labios.

Y, sin más preámbulos o una negativa por mi parte, Axel me besó. Cerré los ojos con alivio, como si me hubiera inyectado al hacerlo una dosis de un antídoto contra un virus mortal, y nos fundimos en un beso interminable en el que parecía haber más de dos lenguas, pues el ansia se había apoderado de ambos y nos estábamos comiendo la boca a lo loco. Y tras ese beso, que tuvimos que parar a los pocos minutos para coger aire, hubo unos cuantos más, no sé cuántos, pero fueron muchos, y a cada cual más intenso como una espiral que se hace grande en el cielo. Nuestras manos empezaron a ir a su bola, como si en aquel garito solo estuviéramos nosotros, y cuando agarró uno de mis pechos supe que era el momento de continuar la fiesta en el hotel.

—Vayámonos, la gente nos está mirando.

Axel pidió al camarero que nos llamara un taxi, y este amablemente lo hizo y

nos indicó que nos esperaba fuera en tres minutos. El tiempo exacto que tardamos en coger nuestras chaquetas y el bolso y hacernos hueco entre la gente para salir a la calle. No tuvimos ningún momento para pensar en qué narices estábamos haciendo, nos subimos en el taxi y continuamos nuestro ritual de apareamiento en el asiento trasero hasta que llegamos al hotel.

Las escaleras del vestíbulo, el ascensor, el pasillo de nuestra planta también fueron testigos de aquel deseo que nos quemaba por dentro.

—Me has puesto muy cachondo, Eva. No veo la hora de quitarte la ropa.

Yo preferí no decir nada y dejarme llevar por aquello, aquello que estaba mal para con Víctor, pero que yo sentía que me merecía por una vez en la vida.

Con nerviosismo, Axel empezó a quitarme el vestido, que acabó cayendo como si pesara cien kilos al suelo, mostrándome de nuevo ante él desnuda y vulnerable, ansiosa y excitada.

—¿Te he dicho ya que eres preciosa?

—No, pero antes cuando me desnudé para ir al baño me dijiste que debía revisar mi... —No me dejó terminar la frase, besándome con fuerza para no perder ni un poco de magia con mi desafortunado comentario.

Dejamos caer nuestros cuerpos sobre la cama, que retozaron con ganas, muchas, demasiadas, y cuando más entregados estábamos recordé que debía quitarme las lentillas si no quería despertarme con los ojos más secos que un muñeco de cera. Le pedí a Axel unos segundos para ir al baño, él renegó un poco, apresó mis caderas y mi trasero, reteniéndome a su lado con caricias y besos diabólicamente deliciosos, finalmente me dejó ir. No tardé mucho, lo juro por mi madre, pero entretanto, el cansancio y el alcohol debieron hacer de las suyas.

Al volver a la cama me lo encontré sumido en un profundo sueño. Me eché a su lado y nos cubrí con la colcha hasta el cuello. Escuché su respiración pausada y cerré los ojos. Tenía muchísimo sueño. Un pie de Axel rozó mi espinilla y entonces caí en la cuenta de que llevaba varios días sin pasarme la cuchilla. Recuerdo que me dormí pensando en que al día siguiente por la mañana me afeitaría sin falta las piernas. No podía permitir que él me viera en mi versión más Macario, seguro que con lo borde que era me lo echaría en cara.

No eres tú, soy yo

TOMARSE UN CHUPITO DE GUARO a las dos de la madrugada puede parecer una estupenda idea en el calor del momento, pero cuando unas horas más tarde una molesta alarma repiquetea muy cerca de tus moribundas neuronas, es un gran error.

Gruñí bajo, y ya entonces algo en mi cabeza me dijo que la cosa andaba mal, pero no me encontraba muy en condiciones de hacer un estudio pormenorizado de la situación. Le di un manotazo al móvil y se quedó callado. Miré hacia Eva, que yacía a mi lado durmiendo a pierna suelta bajo el edredón, y muy relajada a juzgar por esos ronquidos de rinoceronte tan poco femeninos, y opté por dejarla dormir un poco más.

Eran las siete y no teníamos que hacer acto de presencia en las oficinas de Bogotá hasta las diez. Había tiempo de sobra para arreglarnos, pero antes... Antes íbamos a culminar lo que habíamos empezado anoche. Porque, ¡vaya noche! Memorable. Eva se había convertido en puro fuego al son de aquellas canciones latinas. Estaba desinhibida y arrebatadora. Y yo, exaltado por el alcohol y dejándome llevar por mis instintos, me entregué de lleno a aquella juega con mi atractiva compañera.

Puede que en parte se debiera al vino, la chicha y el guaro, que me infundieron falso valor, pero también se debía a que Eva me gustaba. Siempre me había parecido una preciosidad bajo ese rictus serio que la acompañaba. Puede que no fuera la mujer más guapa ni más sexi que había visto, de hecho, había estado con mujeres mucho más despampanantes. Además, muy en su contra, tenía por costumbre vestir demasiado formal, con faldas aburridas por encima de la rodilla y chaquetas a juego más aburridas todavía, que no le favorecían a sus suaves formas. Nada que ver con el vestido que llevaba la noche anterior.

En cuanto la vi de espaldas, con esa cremallera arrancando del centro de su espalda para morir en el inicio de la raja de la falda, algo prendió en el centro

neurálgico de mi libido. Luego se volvió y me sonrió y, por su sonrisa, me fue bastante obvio que ella sabía que me agradaba lo que estaba viendo. Me entraron muchas ganas de besarla.

Puede que fuera su sonrisa. Su sonrisa me había hechizado desde el principio. Era tan insólito verle una esbozada, que casi me había impuesto como obligación diaria arrancarle aunque solo fuera una. Pero Eva se resistía. Con uñas y dientes. Y eso aún me gustaba más, pues parecía ocultar un misterio tras esa sonrisa tan rara y cara de ver.

Antes del circuito, apenas la conocía, solo de verla aquí o allá, pero me había fijado en ella. Destacaba sin proponérselo y yo solía observarla siempre que tenía ocasión. No aparentaba más de veinticinco, aunque debía tener unos treinta, pero era tan canija toda ella que parecía una muñequita. Y más lo parecía en mis manos, si dejaba mi mente volar y empezaba a imaginar cómo sería montármelo con ella (admito que lo había pensado varias veces). Era algo delgada, pero tenía tripita, cosa que me encantaba, porque me parecía adorable y perfecta para doblar la oreja y echarse una siesta sobre ella, y el culito respingón, perfecto para ser amasado. Su cara era preciosa, salpicada por unas pequitas alrededor de la nariz y unos pómulos a juego con su ondulada melena rubia. Los labios pequeños y carnosos, de esos que gritan a los cuatro vientos: «Bésame, tonto».

Me intrigaba su personalidad. ¿Qué escondería esa carita aniñada? Ahora ya lo sabía. Eva era una tía lista, con un sentido del humor ácido que sacaba a relucir a la mínima de cambio. Siempre estaba a la que saltaba y eso me ponía. Su rapidez verbal me excitaba y disfrutaba metiéndome con ella y torturándola, y suponía que a ella también le iba la marcha, pues no perdía comba. Y aquello aún me ponía más.

Mientras bailaba Eva me pareció sin duda alguna la mujer más hermosa de la sala, y el movimiento de sus caderas ondeando libremente por debajo de aquel vestido, que envolvía como un regalo ese cuerpo menudito, me estaba inflamando el cableado que subía por debajo de mis pantalones y me llegaba directo al corazón.

Estuve rondándola, sin alejarme mucho, tal y como le había prometido, pensando en cuál sería el momento oportuno para arrimarme más y bailar con ella. Su sonrisa despreocupada me tenía hechizado. No podía dejar de mirarla y me moría de ganas por estrecharla entre mis brazos y dejarnos llevar por la música y el ambiente caliente que se respiraba allí. Pese al aire acondicionado, la multitud de almas gozando cargaba el espacio con el calor que emanaba de sus

cuerpos. Era algo que se podía sentir: el calor. Lo sentía de fuera a dentro y de dentro a afuera, circulando y quemándome el pecho.

Cuando por fin me atreví a envolver su cintura y acompañarla en aquel sensual baile que tenía, una extraña electricidad me recorrió el cuerpo entero. Eva me electrizaba y su sonrisa me tenía atrapado. De algún modo, finalmente, había conseguido hacerla sonreír. Y cuando se giró y pegó su cuerpo al mío y su pelo rozó mi cara, sentí un vuelco en el estómago, ese chute de energía que te hace sentir vivo de repente y entusiasmado con algo. Hacía tiempo que ninguna mujer me hacía sentir esa magia que cosquillea por dentro. Pero Eva sí. Eva me hacía sentir mil cosas y, en ese momento, haciendo honor a su nombre, era para mí la única mujer en la Tierra.

Aquel arranque de lujuria todavía seguía presente. Ahora ansiaba poder terminar lo que habíamos dejado a medias, adormilado entre las sábanas (no entiendo cómo pude dormirme ante aquel estupendo plan). El recuerdo del sabor de su saliva y la pasión que había puesto en cada beso que nos habíamos dado estaba despertándome los instintos más primarios, pero antes... Antes, necesitaba ir al baño para mear y lavarme los dientes.

Me levanté de la cama y, cosa rara, tuve que dar un pequeño tirón para llegar al suelo, algo que me extrañó, pero a lo que no le di ninguna importancia entonces (¿qué iba a imaginar yo?). Arrastrando los pies, me dirigí al baño y encendí la luz y... ¡Joder!, ¿qué me pasaba en los ojos? Veía muy borroso, demasiado borroso, tan borroso como si estuviera observando el mundo a través de una botella de Anís del Mono. El pedo de ayer había sido del quince, pero ¡¿tanto?! Me acerqué al lavabo para lavarme la cara y quitarme de los ojos el cúmulo de legañas, y mi tez al tacto me pareció extremadamente suave y no hallé ni un atisbo de barba, cosa que, ahora sí, me empezó a escamar. Tras eso, seguía viendo igual de borroso, y ahí, he de admitir, empecé a asustarme un poco bastante.

Miré hacia el espejo buscando mi cara pero no conseguía enfocarla. Ladeé la cabeza a un lado y al otro tratando de encontrar la perspectiva adecuada. Aparte de no ver un pijo, lo poco que distinguía en el reflejo era en conjunto muy raro. Un borrón, pero un borrón muy raro. No reconocía como mía la forma de ese borrón, además, ese borrón llevaba la melena larga y medía como treinta centímetros menos. Pero ¡¿qué cojones me habían echado en las copas anoche?! ¿Estaba teniendo alucinaciones o me habían *hobbitizado*?

Me aproximé al lavabo y luego adelanté la cara hacia el espejo, y cuando más cerca estaba de mi reflejo más acojonado me sentía. Cuando, con mucha

dificultad, vi lo que vi, no pude evitar soltar un grito de terror. Un grito que confirmó lo que escasamente veían mis ojos, ya que al escucharme aún me quedé más sorprendido, estupefacto y acojonado, todo a la vez. ¿Esa era mi voz? ¿No sonaba demasiado aguda? ¿Demasiado femenina? ¡¿Demasiado a no soy yo?!

—¡¿Eva?! —grité, y de nuevo esa voz escapando de mi garganta me dejó paralizado frente al espejo.

Me restregué los ojos, los cerré un instante, carraspeé y me dije que estaba soñando, volví a abrirlos, pero nada había cambiado. Mi borroso reflejo seguía llevando el pelo a lo afro y mi voz era la de un niño cantor de Viena. Presa del pánico ya, volví a gritar como un loco y salí corriendo hacia el dormitorio, pero, como seguía sin ver bien, me choqué de frente contra la mampara de cristal de la ducha. Por unos segundos, me quedé transpuesto mientras los pajaritos revoloteaban en torno a mi cabeza, algo que solo creía posible en los dibujos animados y, cuando me repuse, y esta vez palpando la pared, busqué la salida. En cuanto la atravesé y di unas cuantas zancadas me choqué contra alguien, debía ser Eva. El choque fue seco y ambos caímos al suelo, uno sobre el otro.

—¡¿Quién es usted? ¿Qué hace en mi habitación?! —gritó un hombre, su voz me resultaba bastante familiar, y al punto, comenzó a gritar mientras me manoseaba incesantemente.

—¡Soy yo! —grité tratando de calmarlo, pero el que necesitaba un litro de tisana en vena era yo. No entendía nada, o lo poco que lograba discernir me tenía desconcertado y escapaba a toda lógica.

Palpando a oscuras, le busqué la cara y le cubrí la boca con las manos para que se callase. Gritaba como un condenado y mis neuronas no estaban para jotas.

—Tranquilízate, ¿quieres? Sé que no entiendes nada, ni yo tampoco, pero deja de gritar.

La cabeza asintió.

—Si te destapo la boca, ¿prometes no gritar?

De nuevo asintió con un movimiento de cabeza y me decidí a apartar las manos.

—¿Quién es usted? —preguntó con la voz en un hilo—. ¿Y qué le pasa a mi voz? ¿Por qué tengo voz de hombre? —añadió al borde del llanto.

Yo seguía siendo Axel, pero también sabía que no sonaba como tal y que mi cuerpo ya no era el mío, y presumía por lo poco que veían mis ojos, que era el de Eva. Y no solo eso... Ya intuía algunas otras cosas. No hacía falta tener un máster en esoterismo para adivinar que, si mi conciencia estaba en su cuerpo, la

suya debía estar en el mío. Eso era lo lógico dentro de lo ilógico de la situación. Pero no podía explicárselo a las bravas, Eva tenía que asumirlo por sí misma.

—Tranquilízate, estate quieta y mírame bien —dije con mi nueva voz de mujer tratando de simular una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir.

La habitación seguía sumida en la penumbra, pero la poca luz que se filtraba desde el baño era suficiente para que alguien con una buena visión pudiese ver lo que tenía delante, que no era mi caso. Me aparté despacio, dándole su espacio, y Eva hizo lo mismo. Quedamos enfrentados de rodillas.

Delante, sin duda incluso para mí que no veía tres en un burro, había una figura corpulenta que parecía de hombre. Y no cualquier hombre. Era yo mismo. Me vi ahí, por decir algo. Mi yo de enfrente ladeó la cabeza en silencio. Y a juzgar por su reacción deduje que estaba viendo lo mismo que yo, o al revés, lo que me llevó a palpar hacia abajo buscando más información. Y lo que me encontré, aunque era de esperar, me dejó muerto de la impresión. Tenía tetas. Eran redonditas y pequeñas. Y suaves, al igual que mis nuevas manos, que siguieron bajando por mi nuevo cuerpo, comprobando que las tetas iban acompañadas de todo un cuerpo de mujer, del cuerpo de Eva. Ese cuerpo en el que había querido entrar unas horas antes, pero no de este modo. No tan profundo, ¡joder! ¡Esto era una maldita locura! ¿Dónde estaba el maldito buzón de reclamaciones? Esto era una putada en toda regla.

Mi yo de enfrente hizo lo mismo con sus manos y gritó de nuevo al sentir bajo sus dedos un pectoral de hombre, con su vello incluido, el mío. No me gustaba depilarme.

—¿Qué nos ha pasado? —balbuceó con la voz temblorosa y acto seguido se llevó las manos a la boca, cubriéndosela.

—No tengo ni idea —respondí mientras intentaba encontrar alguna explicación a aquella paranoia.

—¡Quiero recuperar mi cuerpo! —lloró echándome las manos a la cara y manoseándola de arriba abajo.

—¿Y te crees que yo no?

—Devuélvemelo. —Acercó la nariz a la mía y me miró a los ojos fijamente.

—No sé cómo hacerlo. Te juro que si esto hubiera sido cosa mía y estuviera en mi mano el poder de hacerlo, lo haría, a mí tampoco me agrada tener tetas.

—¿Por qué son pequeñas?

—¡No digas tonterías, Eva! —estallé. La situación era desquiciante. No tenía ni la menor idea de cómo nos habíamos intercambiado los cuerpos.

—¿Y qué hacemos? Yo no puedo vivir así... En tu cuerpo —dijo y, antes de

que pudiera responder algo, me dio un pellizco en la nariz.

—Augh —me quejé—. ¿Por qué has hecho eso?

—Quería comprobar si era un sueño.

—Eso se hace con uno mismo —dije en voz baja intentando captar su atención, pues se había quedado paralizada con mis manos en su cara, o al contrario. Era todo muy lioso y confuso—. Es obvio que nos hemos intercambiado.

—Pero ¿por qué? —dijo ladeando la cabeza a los lados mientras me examinaba el rostro aún sin poder dar crédito.

—¡Y yo qué cojones sé! Lo único que sé es que yo estoy en ti y tú en mí, y que mi nuevo yo no ve un pimiento.

—Eso sí que tiene una explicación lógica. Soy miope.

—¿Miope es un eufemismo barato de te ves menos que Rompetechos? ¿Tengo que ir por ahí con culos de botella?

—Sí, si no quieres que te atropelle un camión, cosa que no puede suceder, porque jamás recuperaría mi cuerpo y tendría que asistir a mi propio funeral, algo demasiado siniestro, así que... —Sonrió con malicia.

—¿Por qué sonrías? No le encuentro la gracia.

—Puedes usar mis lentillas.

—No sabía que llevases lentillas.

—De eso se trata. Pero mientras, si quieres, puedes utilizar mis culos de botella, ya que yo no los necesito. —Noté el retintín en su voz.

—Está bien, tráelas —refunfuñé, y se levantó para ir a buscarlas al cuarto de baño.

En cuanto me puse las gafas se hizo la nitidez y, aunque la situación me seguía pareciendo desquiciante, al menos sentí cierto alivio.

—Deberíamos ir al médico —afirmó abriendo el armario. Sacó un vestido y se lo puso por encima. Empezó a abotonárselo con torpeza.

—¿Se puede saber qué haces?

—Vestirme, ¿no querrás que me presente en el ambulatorio desnuda?

—Desnudo —le recordé—. No creo que ir al médico nos dé una solución. Nadie nos va a creer y menos si vas con ese vestido. —Era un vestido negro de esos sin forma, que en una mujer quedaría suelto, pero sobre mi cuerpo el efecto era a lo morcilla de Burgos. Pese a la situación, me hizo gracia verme de esa guisa—. Pareces un travesti trasnochado —añadí, señalándole su ridículo aspecto en el espejo.

—Mierda, no había caído, porque soy yo, Eva, pero a la vez tú... —Se llevó

las manos a la cabeza y aspiró aire tres veces antes de continuar—. Tienes razón no podemos ir al médico, nos encerrarían en psiquiatría —dijo, quitándoselo y arrojándomelo a los brazos—. Póntelo tú, a mí no me sirve.

Se levantó y rebuscó algo más en el armario y, mientras se dirigía al baño, me di cuenta de que no era tan perfecto como creía. Tenía el culo algo escurrido y algo de chichilla en los riñones. Llevaba un mes sin pisar el gimnasio y se me estaba empezando a notar.

—Tienes que ir al gimnasio.

—¿Perdona?

—Que tienes que ir al gimnasio. No tú, yo, bueno... Mi cuerpo.

—No pienso ir al gimnasio. ¿Eres consciente de la situación que tenemos aquí? ¿Puedes por un momento dejar de pensar en gilipolleces y hacerte cargo de esto? —dijo, señalando mi cuerpo que ahora era el suyo.

—¿Y qué quieres que haga? Además, creo que la culpa es tuya.

—¿Mía? La culpa es tuya por decirme que estaba guapa.

—Claramente estaba mintiendo. La culpa es tuya por chuparme la oreja.

—Yo nunca te he chupado la oreja.

—Vaya que no, anoche, mientras bailábamos una bachata, casi te atragantas con ella.

—Vale, dejémoslo en que la culpa es de los dos y que hemos confundido al Universo. ¿Qué narices hacemos ahora? ¿Qué podemos hacer para invertir el intercambio?

—Déjame pensar —dije, tumbándome en la cama.

—Tengo esto —dijo Eva, mostrándome un folleto—. Me lo dio Agapornis en el avión. IV Convención de Maestros Espirituales de Bogotá —leyó en voz alta—. Creo que debemos buscarlo. Él dijo aquella cosa de las almas gemelas, lo de que se materializan para unirse.

—¿Crees que nos ha hechizado ese chamán de pacotilla? —pregunté escéptico, con mi nueva voz femenina, soltando una risita.

—Pues claro. ¿Qué explicación le das tú a todo esto si no?

—Primero, que no somos almas gemelas, por lo que no hemos podido materializarnos en nada y, segundo, que esto tendrá una explicación lógica y por tanto una solución sencilla.

—¿Como cuál?

Escuchar mi voz fuera de mi cabeza me resultaba bastante extraño, incluso desagradable.

—Habrá que repetir las mismas cosas que hicimos ayer, eso siempre pasa en

las películas.

—No pienso repetir lo que pasó ayer. —Se cruzó de brazos y frunció los labios. Qué ridículamente femenino me veía de esa forma.

—Pues entonces vivirás en mi cuerpo para tus restos y ese novio tuyo que lee libros del Renacimiento tendrá que hacerse de la acera de enfrente.

—¿Por qué?

—Porque tienes una verga ahí debajo, Bonifacia.

—Deja de tocarme las tetas. —Se acercó en dos zancadas y me apartó las manos de sus pechos de un manotazo.

—Ahora son mías y tu actitud hará que lo sean para siempre. Si queremos solucionarlo tenemos que trabajar en equipo.

—Está bien, pero mientras dure todo esto, intentemos no sobarnos demasiado, ¿de acuerdo?

—Anoche no te importaba que te sobara. —Levanté la barbilla, que ahora era fina y sedosa, y con ganas de guerra acerqué otra vez la mano a una de sus tetas.

—Anoche fue anoche, y hoy es hoy, y hoy, además, las cosas están muy distintas. Vamos a centrarnos. ¿Qué propones?

—De momento, solo se me ocurre que nos demos un abrazo muy fuerte, a ver si así fluyen nuestras almas —dije no muy convencido.

—Sí, probemos —aceptó.

Nos acercamos dubitativos, pero, tras unos segundos, nos abrazamos. Yo cerré los ojos con fuerza concentrándome en salir del cuerpo de Eva. No sentí nada. No había energía en movimiento, solo el roce de mi cuerpo entero contra el suyo que ya no era mío.

—Esto no funciona. Deberíamos probar algo más fuerte. —Se quedó pensando unos segundos y habló decidida—: Bésame.

—¿Cómo?

—¡Que me beses!

—No pienso besarme a mí mismo, no soy gay.

—No eres tú, soy yo.

—Pero tú eres yo, es decir, tú eres tú, pero estás en yo, en mí. ¡Dios, qué lío!

—Sería como besarte en el espejo.

—Ya, supongo que tú tienes bastante experiencia en eso —le repuse.

En respuesta me asestó un puñetazo en el hombro, que me dolió bastante.

—Ten cuidado, Eva, me has hecho daño. Recuerda que ahora yo eres tú y tienes mucha más fuerza que yo, y así seguirá siendo hasta que encontremos el modo de volver a nuestros cuerpos.

—Está bien —se cubrió los ojos—, perdona. Es que estoy muy alterada.

—Tranquila. —Posé la mano en su hombro con suavidad.

—¿Cómo quieres que me tranquilice?! ¡Quiero mi cuerpo y lo quiero ya! ¡Y tú no haces nada por colaborar! ¡¡Solo quiero que nos besemos de una puñetera vez!! —Su voz (mi voz) fue en aumento, más crispada y temblorosa, reverberando en todas las paredes de la lujosa habitación.

—Necesitas calmarte, así no solucionamos nada —dije, conduciéndola a la cama para que se tumbara un rato.

Eva tomó aire con mis pulmones e inspiró profundamente, luego se echó a llorar. Yo había llorado solo cinco veces en mi etapa adulta, y ninguna de ellas en los últimos diez años. Desde entonces había estado seco por dentro. Verme en ese estado me resultó muy perturbador, pensaba que ya no era capaz físicamente de hacerlo y me di cuenta ahora de que sí lo era, y de algún modo me sentí aliviado. Pensé que todavía había esperanza para mí y que podría al fin dejar de tener miedo.

Le pasé el brazo por encima del hombro y la estreché fuerte contra mi nuevo cuerpo. Era muy extraño estar abrazándome a mí mismo, pero traté de no pensar en ello. Le besé la parte de la cabeza que tenía al alcance de la boca y le dije:

—Todo saldrá bien. Podemos intentar eso del beso, si tú quieres, pero no creo que funcione.

—Pues me dirás qué hacemos —gimió con un hilo de voz.

—Tenemos que buscar al colgado ese del pelo raro. Sabemos que se hospeda en este mismo hotel, lo dijo la recepcionista.

—Ajá —soltó imitándola—, ¿ahora crees que de verdad nos ha hechizado?

—Ahora mismo me creo cualquier cosa, nada de esto es normal. Estoy hasta dudando de que los Reyes Magos no sean los padres. Pero de lo que no tengo duda es de que no tiene ni idea de almas gemelas y la ha cagado, pero bien.

—Tenemos un problema —dijo al cabo de unos minutos.

—Es obvio.

—Otro problema —puntualizó y se apartó para mirarme a los ojos—. Me estoy meando muchísimo y no sé si me voy a aclarar con tu instrumento.

—Ayer sí parecías saber manejarlo —le repuse con sorna y añadí—: Venga, vamos al baño, te echo una mano.

Fue más complicado de lo que había pensado en un principio. Para enseñarle me puse a su lado y le indiqué cómo sujetar mi pene, pero nada más empezar el chorro fue directo a mi muslo.

—¡Para, apunta bien, joder, me estás meando la pierna! —le grité, cogiendo

un trozo de papel para secarme.

—Lo siento —soltó una risita—, no pensaba que iba a ser tan difícil esto de mear de pie. De todas formas, es tu meado, no debería darte asco.

—Ahora es tuyo.

—Es el meado que estaba en tu cuerpo cuando aún era tuyo, así que tuyo es.

Negué con la cabeza y dije:

—Déjalo ir y ya no será el meado de nadie.

Tomó posiciones de nuevo y, con el gesto concentrado, apuntó.

—Me pone nerviosa que estés ahí mirando. ¿Cómo maneáis la situación cuando lo hacéis en urinarios públicos?

—No hay ninguna ley escrita sobre ello, pero cada uno se dedica a lo suyo. Los ojos siempre miran al frente —le expliqué y luego añadí—: Me pondré detrás y desde ahí te enseño.

Pero no contaba con que mi cuerpo era mucho más corpulento que el de Eva y al situarme detrás en plan maestro de golf, cogiéndole los antebrazos para dirigirla, no veía nada más que mi anterior nuca. Necesitaba un corte de pelo.

—¿La tienes bien amarrada?

—Con una mano me sobra —me vaciló.

—¿La tienes bien cogida? —repetí, haciendo oídos sordos a esa gran falsedad.

—Creo que sí.

—Pues ahora visualiza una mancha y ¡ataca!

—Está impoluto.

—Échale un poco de imaginación, mujer —solté sin pensar.

—Ya no soy una mujer. —Y de nuevo usó ese tono que delataba que se iba a echar a llorar a la de tres.

Sus convulsiones de llanto no estuvieron de nuestra parte, pero finalmente dimos por concluida la primera lección de cómo ser un hombre.

Luego fue mi turno y, por suerte, no necesité de su ayuda para sentarme en la taza del váter y dejarlo correr a su aire, pero al terminar me preguntó:

—¿Dónde te crees que vas?

—Ya he terminado —respondí levantándome, pero me puso la mano en el hombro y me empujó.

—Tienes que secarte.

—¿Qué tengo que secarme? —quise saber.

—¿Pues qué va a ser? —me repuso con los brazos en jarras.

Me encogí un poco de hombros.

—Pues mi tesoro, cada vez que se usa, se seca así —me explicó, arrancando un trozo de papel higiénico, y luego hizo el gesto de restregarse la entrepierna con este.

—¿Llamas Mi Tesoro a tu chochito? —dije tratando de no reírme.

Mi antigua cara puso los ojos en blanco y me vi de lo más ridículo. Debía darle algunas lecciones más de cómo ser un hombre hecho y derecho.

Como mosco en leche

MIENTRAS SEGUÍAMOS DIVAGANDO sobre cómo resolver ese entuerto, el tiempo pasaba sin misericordia y la hora de nuestra presentación se acercaba. Apenas quedaban dos horas y Eva no tardó mucho en recordármelo, recuperando su aplomo habitual.

—Hemos perdido demasiado tiempo, Axel. Debemos ir a la presentación. No podemos faltar —dijo con aire resuelto.

—¿Crees que podemos ir de esta guisa? No lo veo.

—Pues habrá que apañarse. No puedo permitirme perder el trabajo y creo que tú tampoco. ¿Qué vamos a decir? Porque si no nos presentamos nos llamarán de inmediato desde Barcelona.

—Déjame pensar.

—No hay tiempo de pensar nada más, ambos sabemos muy bien qué hacer. Solo habrá que cambiar nuestros roles en la empresa. Yo haré tu presentación y tú harás la mía. Nadie va a pensar nada raro —afirmó, sacando su traje chaqueta, ese tan soso que siempre usaba en las presentaciones, pero que le hacía un culo de infarto.

—¿Quieres que me ponga eso?

—Si quieres nos presentamos como dos travestidos, pero no lo veo apropiado. ¿Acaso irías en un caso normal con esto puesto? —soltó, poniendo el traje por encima de mi cuerpo, ahora el suyo.

—No, pero...

—No hay peros que valgan, es lo que debemos hacer. En cuatro horas seremos libres y buscaremos a Agapornis.

—Esto no va a salir bien —aseguré negando con la cabeza.

—Axel. —Me agarró la cara y me obligó a mirarle los ojos. Mis ojos vistos de cerca eran de un color muy claro, casi gris—. Seamos positivos, ¿vale? Nadie verá nada raro, salvo el hecho de que hemos intercambiado nuestras funciones en la presentación. Diremos que nos gusta el trabajo rotativo para no estancarnos

si nos preguntan, cosa que dudo que hagan. Piensa que solo necesitamos que la presentación salga bien, y saldrá. Somos nosotros, ¿recuerdas? Los mejores en esto.

Solo asentí y cogiendo aire me decidí a hacer todo lo que ella decía, siempre era la voz de la cordura en este equipo, y todo lo que planeaba para resolver problemas solía salir bien. Así que ambos empezamos a vestirnos con la ropa del otro.

Para ella no debió ser muy duro ponerse un pantalón y una chaqueta, supuse que no era algo que no hubiera hecho antes, pero para mí, verme con aquella falda, pese a lo bien que le quedaba al cuerpo de Eva, era un hecho insólito que jamás hubiera imaginado. Y entendí entonces de primera mano la desdicha que debe sentir alguien que nace en el cuerpo equivocado, sintiendo que la naturaleza le ha otorgado algo que no le pertenece. En ese momento sentí una profunda solidaridad con aquellos que lo habían sufrido y los que por desgracia lo seguían sufriendo, e incluso, con aquellos que lo sufrirían.

—Tienes que pintarte un poco —comentó atusándome la melena, tras ayudarme a ponerme sus lentillas. Cosa que fue mejor de lo que esperaba.

—¡Ni loco, por ahí no paso! Ya he accedido a llevar tacones y no sé si voy a ser capaz de dar dos pasos seguidos sin caerme. —Y como prueba, me fui taconeando torpemente hasta el espejo para estudiarme de cuerpo entero.

—Es un tacón cuadrado, por Dios, supercómodos —exclamó—. Ni de lejos tan incómodos como llevar esto entre las piernas. —Se recolocó el pene a la derecha y luego a la izquierda, y de nuevo a la derecha. No terminaba de encontrarle el sitio.

—Soy más de izquierdas.

—Me da igual que votes al Coleta.

—¡¿Qué dices?! —Me acerqué en dos largos pasos y se la coloqué a la izquierda—. Así mejor. Ya verás.

—Pues creo que se te da bastante bien lo de llevar tacones.

—Bueno, sí —reconocí con cierto orgullo—. Soy la nueva Priscilla. Pero lo de maquillarme, ni de coña. Sería demasiado raro.

—Todo es ya demasiado raro, ¿no crees? —Asentí y ella me cogió la barbilla para mirarme a los ojos—. A ver, Axel, no es tu cuerpo, es el mío, y yo jamás me presentaría a cara lavada. Debes hacerlo, eres responsable de mi imagen y te lo exijo.

—Yo no te voy a exigir que te maquilles.

—¡Porque tú normalmente no lo haces! ¿O acaso preferirías que lo hiciera y

todo el mundo hablara de ti y de tu afición a los tutoriales de *contouring*? Recuerda que nadie sabe que estamos intercambiados, para el resto del mundo seguimos siendo Axel y Eva en su estado normal.

—Está bien, pero lo tendrás que hacer tú. Lo máximo que me he pintado yo son los labios para un disfraz de geisha.

—Tranquilo, no pensaba confiarte mi cara.

Mientras Eva me pintaba pude observarme de cerca, porque ella portaba mi cuerpo, ese cuerpo que había idolatrado y mimado durante años. El cuerpo que me había proporcionado muchas citas con mujeres preciosas, y a mi vista, esta vez, no me pareció para tanto. Y es que obviamente a mí no me gustaban los hombres y lo que estaba viendo era un hombre afaenado en dejarme guapa. Fue la sensación más extraña que había sentido jamás. Y no es que me viera feo, es que no me veía nada extraordinario y aquello me hizo sentir un poco inseguro. Me había mirado muchas veces en el espejo de mi casa y siempre me había visto atractivo, salía de casa a comerme el mundo cada día, repartía piropos como un aspensor y fulminaba bragas con la mirada. Pero hoy viéndome desde otra perspectiva me sentí pequeño e insignificante, algo que no había experimentado hasta la fecha y que me dejó algo tocado.

—¿Va todo bien? —preguntó Eva, que debió notar mi gesto contrariado.

—¿Crees que soy guapo?

—¿Por qué me preguntas eso? —dijo, apartándome la mirada y retocando el colorete.

—Dime, Eva, ¿crees que soy atractivo?

—De sobra sabes que sí lo eres, no entiendo esa inseguridad repentina. No es propio de ti.

—Lo sé, eso es lo que me preocupa.

—¿El qué, ser un capullo? A buenas horas mangas verdes.

—Da igual, déjalo, ya veo que no lo entiendes.

—Si te refieres al hecho de verse a uno mismo y descubrir cosas de las que antes no te habías percatado, creo que te entiendo bastante bien. Te recuerdo que tengo un badajo colgando entre las piernas.

—¿Tú también te has visto fea?

—¿Me estás diciendo que soy de Mordor con premeditación y alevosía? —Paró en seco de maquillarme y puso los brazos en jarras.

—No, solo te he preguntado cómo te veías tú, no cómo te veo yo.

—Yo me veo como siempre. Normalita —contestó, volviendo a embadurnarme la cara de algo nuevo que había sacado de su neceser.

—¿Normalita? ¿Tú has tocado esto? —Me llevé las manos a los pechos—. ¿Y esto? —Me incorporé y me agarré el trasero.

—Y tú esto. —Eva me soltó un sopapo que me dejó las orejas temblando.

—¿Por qué has hecho eso? —Me agarré el carrillo encendido por la hostia monumental—. Ya te he dicho antes que no mides la fuerza que tienes ahora. Me habrás dejado la cara marcada.

—También te he dicho que nada de sobar por sobar. Te lo mereces por aprovecharte de mí de esa manera. Ese sigue siendo mi cuerpo. Recuérdalo.

—Y tú recuerda reprimir esos instintos de loca o acabarás encerrada en una celda colombiana por violencia de género.

—Pues tú reprime esos arrebatos de salido o pensarán que soy una ninfómana. Además, deberíamos meternos en la cabeza no llamarnos por nuestros nombres, yo ahora soy Axel y tú Eva. Así que céntrate un poquito y deja de pensar gilipollices. No puedes venirte abajo.

—Espera, acabo de recordar una cosa.

—¿Qué cosa?

—No podemos intercambiar los papeles en la presentación. Jazmín Rodríguez asistirá, trabaja en esa delegación.

—¿Y quién es esa, si se puede saber? —dijo algo molesta.

—No es lo que te piensas. Hemos hablado mucho por Skype sobre la financiación del producto y si me pregunta algo después, tú no sabrás que decir.

—Tienes razón, puede resultar incómodo, además no sabría que responderle. —Se quedó pensativa—. ¿Qué propones?

—Yo hago lo tuyo y tú lo mío.

—No sé si podré, lo he escuchado varias veces, pero no me lo sé de memoria, y supongo que tú tampoco sabrás mi parte. Además, si nos hacen preguntas, ¿qué respondemos?

—¿Y si usamos pinganillos?

—¿De dónde narices sacamos eso ahora?

—Miraremos en internet algún lugar donde vendan electrónica, algún bazar o cualquier sitio donde se venda eso. No es algo difícil de encontrar —me encogí de hombros—, supongo.

—Pues si hay que encontrarlos tenemos que hacerlo ya, no tenemos mucho tiempo.

Dame tu cosita

UN TAXI NOS DEJÓ EN la puerta de las oficinas de Bogotá, ubicadas en un edificio acristalado de siete alturas en la zona de El Retiro, un barrio muy ajetreado, repleto de prósperos comercios y restaurantes elegantes. Se veía muy floreciente. Tan pronto entramos en el vestíbulo nos dirigimos a un mostrador para preguntar a la recepcionista que, muy amable, nos indicó la planta donde se encontraba nuestro destino.

Al abrirse las puertas del ascensor nos encontramos con una sala muy moderna y colorista, nada que ver con la idea que yo me había hecho de cómo serían las oficinas en Colombia, una tontería por mi parte, puesto que en España tampoco son todas iguales. El caso es que esas oficinas eran mucho más bonitas que las nuestras y la señorita que atendía tras el mostrador, cercano a la puerta del ascensor, también era mucho más bonita que nuestra Begoña.

Tras presentarnos, llamó con su acento dulzón a Danilo Guzmán, el Director General de la delegación colombiana, que no tardó más de dos minutos en hacer acto de presencia en el hall, junto a un pequeño comité de bienvenida formado por dos hombres más y una mujer muy atractiva, que supuse sería la tal Jazmín Rodríguez.

Tras el riguroso intercambio de apretones de manos y alguna que otra miradita indecente por parte de dicha señorita al cuerpo de Axel (de ahora en adelante el mío), se presentaron y nos informaron de sus cargos en la empresa. Acto seguido nos condujeron por un pasillo a la sala de conferencias, donde nos aguardaban más de cincuenta personas. Danilo y la mujer nos acompañaron al estrado y con la ayuda de un compañero colombiano conectamos el ordenador portátil al proyector.

—Nos disculpa un momento, tenemos que comentar unos asuntos —le pedí a Danilo para poder apartarnos de sus oídos.

—Por supuesto, cuando estén listos avisen —respondió amablemente, empujando a aquella mujer que parecía no querer despegarse de mí.

Axel y yo, que en ese momento nos habíamos tomado muy en serio nuestro intercambio de roles, ultimamos ciertos detalles de aquella aventura con unos pinganillos inalámbricos de dudosa calidad comprados en un bazar cutre de Perdomo.

—Recuerda repetir todo lo que te diga por el auricular. No podemos fallar.

—Tranquila, no debe ser muy difícil, en el ensayo de antes nos ha salido bastante bien.

—Sí, pero esto es la hora de la verdad. Y por el amor de Dios, no te rasques la oreja, no puede moverse de su sitio. Si lo pierdes estamos vendidos.

Ambos nos miramos a los ojos, yo a los míos y él a los suyos. Axel me apretó las manos para calmarme y darme serenidad.

—Todo saldrá bien —me dijo y se acercó a Danilo para avisarle de que ya estábamos listos.

Danilo lo condujo al centro del estrado y habló al público. Lo presentó como Eva Ferrer, Ingeniera Industrial de la delegación de Barcelona y responsable del EnergyFree, y le pasó el micro.

Entretanto, yo me dirigí al fondo para poder hablar por el pinganillo de un modo disimulado. Me posicioné junto a una gran mesa surtida de canapés y copas, destinadas a agasajar los estómagos de los invitados de la presentación, y esperé su señal para empezar.

La Eva Ferrer que iba a hablar parecía tranquila, se acercó despacio a la mesa y puso el Powerpoint en marcha. Tragué saliva y me armé de valor, no me quedaba más remedio que empezar. Encendí el emisor y un fuerte pitido nos retumbó a ambos en el tímpano. Pero, por suerte, Axel aguantó el tipo y no hizo ninguna mueca que delatara que acababa de recibir una desagradable descarga sonora, muy cerca del nervio occipital.

Cuando aquel aparato del demonio dejó de hacer interferencias, empecé mi recital y Axel a repetir todo lo que le iba retransmitiendo con una habilidad pasmosa. Todo parecía ir a las mil maravillas. No tenía la soltura de manos que yo poseía, pero se le veía en su sitio y dominando la situación. Desde mi posición, tenía muy buen tipo y mi pelo brillaba como un metal bruñido bajo la luz del fluorescente.

—El crecimiento de las energías limpias es imparable, como queda reflejado en las estadísticas aportadas en 2.015 por la Agencia Internacional de la Energía. Representan cerca de la mitad de la nueva capacidad de generación eléctrica instalada en 2.014, constituyéndose en poco tiempo en la segunda fuente global de electricidad, solo superada por el carbón. El desarrollo de las energías limpias

es imprescindible para combatir el cambio climático y limitar sus efectos más devastadores —iba diciendo Axel con soltura y yo me empecé a tranquilizar—. Las energías renovables han recibido un importante respaldo de la comunidad internacional con el Acuerdo de París suscrito en la Cumbre Mundial del Clima celebrada en diciembre de 2.015 en la capital francesa.

Tras la breve exposición de los antecedentes, empezamos con una explicación detallada del prototipo: del tiempo que llevaba en funcionamiento la planta piloto, de las ventajas que suponía para el abastecimiento energético a nivel doméstico y cómo se esperaba implementarlo para reducir su tamaño y convertirlo en un proyecto real a corto plazo. Me sentía plenamente relajada, hablaba sin perder comba, manejando la situación y observando desde lejos los movimientos de Axel en el estrado y el paso cronometrado de las diapositivas, que apoyaban el discurso. Cuando vi la que marcaba el fin de mi parte, respiré tranquila. Axel me había dejado en muy buen lugar. La idea de los pinganillos, que en un principio no me convencía nada, había funcionado. Me sentí orgullosa de que, por una vez en lo que llevábamos de circuito, Axel asumiera un poco el control de la situación y hubiera encontrado una solución loable.

—La transición hacia un sistema energético basado en tecnologías renovables tendrá asimismo efectos económicos muy positivos. Un tema que a continuación mi compañero Axel P. García desarrollará en profundidad.

La gente le aplaudió con ganas y él muy sonriente les saludó demasiado efusivo para mi gusto, pero no me importó demasiado, lo había hecho bien. Entretanto, subí al estrado para ocupar el lugar del ponente.

—Lo has hecho de maravilla, estoy orgullosa de ti —le dije en un arranque de generosidad verbal.

—Vaya, es el primer halago que me haces sin estar como una cuba.

—No estropees el momento.

—Venga, ponte ahí y supera lo mío.

—Eres incorregible.

—Y tú insufrible.

—Vocaliza bien o el que quedará como un patán delante de esta gente serás tú —le advertí por si esa cabeza de chorlito había olvidado que ahora llevaba falda y colorete Extra Dimensión de Mac.

Me situé detrás de la mesa y desde ahí lo vi alejarse hasta mi antigua posición, junto a la mesa de tentempiés para retransmitir desde allí. Ahora era mi turno. Algo insegura, para qué nos vamos a engañar, no confiaba al cien por cien en él, aunque acabara de bordar la presentación técnica, inicié el PowerPoint con

la parte económica.

El pinganillo empezó de nuevo a emitir interferencias nada agradables, aunque podía escuchar a la perfección lo que me decía: «Ánimo, Bonifacia», «Fufú te ama» y un sinfín de idioteces muy en su línea.

Me moví hasta la pantalla y Axel empezó a recitarme el discurso sobre los beneficios económicos del EnergyFree para el bolsillo de los hogares de todo el mundo y las ventajas empresariales de invertir capital en el desarrollo del prototipo doméstico.

—El estudio recoge, por cuarto año consecutivo, la influencia de las energías renovables de régimen especial en términos económicos y sociales. Realizando una compilación de los principales datos macroeconómicos de estas tecnologías como la generación de empleo, el impacto en el PIB, la balanza comercial, las primas recibidas o los ahorros generados...

En ese momento comencé a notar que la señal se entrecortaba. Busqué a Axel con la mirada para que solucionara la complicación, pero no lo vi. ¿Dónde narices se había metido?

—Gracias, me puede pasar también un canapé —dije sin pensar, repitiendo las palabras exactas que me llegaban por el pinganillo. Carraspeé nerviosa mirando a todas esas personas y continué—: El estudio desmonta algunas de las acusaciones que se realizan sobre las energías renovables. Le han dicho alguna vez que es usted muy guapa...

No me dio tiempo a filtrar, había soltado eso sin más. El público me miraba extrañado, pero decidí seguir, echándole aplomo.

—La comparación interesada entre primas y déficit tarifario olvida los múltiples beneficios que tienen las energías renovables en nuestra economía y que deben tenerse en cuenta en el análisis económico de sus impactos. Tiene unos ojos preciosos...

La gente comenzó a cuchichear. Maldito Axel. Me quedé callada mientras esperaba que retomara la presentación.

—La capacidad de generación de empleo, su carácter autóctono y su curva de precios, especialmente cuando la comparamos con las alternativas fósiles, hacen de las energías renovables una gran inversión para su país. Para aprovechar todo su potencial será necesaria una regulación estable y a largo plazo. No, no soy lesbiana, soy un hombre —dije concluyendo.

La gente se quedó callada durante unos segundos de incertidumbre, antes de arrancar en un aplauso. El idiota de Axel había olvidado que tenía mi aspecto y se había puesto a ligar con una camarera, olvidando también que estaba

retransmitiéndome su intervención y que yo repetía cada cosa que me decía como un autómatas para no perder el hilo.

Tras la ronda de preguntas que pude sortear bastante bien, pues de nuevo Axel parecía haberse centrado en lo que teníamos entre manos, bajé del estrado con un cabreo monumental, dispuesta a echarle una bronca de tres pares de narices que pasaría a los anales de la historia de la Tierra, pero Danilo se encontraba con él.

—Felicitaciones a los dos. Muy habilidoso lo de usar el humor en las presentaciones. Debo reconocer que al principio nos impactó un poco, pero creo que el efecto ha sido positivo.

—Sí, es que los españoles somos así de cachondos —dije, forzando una sonrisa y pisándole con fuerza el pie a Axel, sin importarme que después me lo devolviera amoratado o con un par de uñas rotas.

—Les dejo, debo charlar un segundo con los inversores. Nos vemos en el ágape. De nuevo, felicitaciones.

Cuando Danilo estuvo a una distancia prudencial, agarré a Axel de la pechera y lo arrastré hasta un lugar más tranquilo, lejos de miradas.

—¿Tú de qué vas?

—Tenía sed y un poco de gusa. Además, estás muy delgada, no me gusta que se me marquen las costillas.

—Ni se te ocurra estropear me el cuerpo. ¿Eres consciente de que he soltado como colofón final: «No, no soy lesbiana, soy un hombre.»?

—No sé de qué te preocupas, Danilo está encantado y en cualquier caso han creído que lo decía yo. ¿No era eso lo que querías, que hiciera el ridículo?

—No, no es eso lo que quería. Yo no soy como tú.

—¿Y cómo soy yo?

—Eres una persona carente de responsabilidad, irrespetuoso, egocéntrico y maleducado.

—¿Acaso te he dejado a ti en mal lugar ahí arriba?

—No, pero...

—No sabes lo que dices. Tú también podrías haber parado y no soltar esas cosas. Creo que la que lo ha hecho adrede has sido tú.

—Eso no es verdad, solo repetía tus palabras sin pausa como un loro.

—Pues yo creo que te has divertido de lo lindo intentando dejarme mal, pero no te ha salido como esperabas. Les ha encantado ese puntito humorístico, así que te fastidias.

—Eres tan...

—Tan irresistible para ti que no soportas que te guste.

—No me gustas.

—No es lo que parecía anoche.

—Tú y tu tía me emborrachasteis.

—Ahora va a resultar que te pusimos una pistola para que te empinaras la bebida como una cosaca.

—¿Y qué narices hacías ligando con la camarera? Has olvidado que portas mi cuerpo y que nos podrían haber pillado. Me estabas retransmitiendo la presentación, podrían haber sospechado.

—Por un momento sí, un fallo lo puede tener cualquiera.

—Cualquiera que necesite un espejo para reconocerse en todo momento.

El ataque de la mujer pulpo

UNA MANO POSADA SOBRE mi trasero me detuvo de seguir echándole la bronca a Axel. Una mano que pertenecía a la señorita Rodríguez, que me dedicó una sonrisa encantadora bajo una intensa mirada pestañeante.

—Estuviste brillante —me dijo sin apartar la mano.

—Gracias —respondí, incómoda por ese tocamiento tan impropio.

—Muy ocurrente. —Rio cantarina, mientras su mano se movía cadente por mi trasero en círculos. Antes de apartarla, me dio un buen apretón, calibrando su dureza.

—Gracias —respondí con una sonrisa falsa a más no poder.

—¿Quieres que te enseñe mi despacho?

—Creo que prefiero de momento tomarme algo fresquito. Tengo la garganta seca tras la presentación. —Carraspeé un poco—. Necesito hidratarla.

Ella rio y yo miré ceñuda a Axel, que parecía divertirse con lo que estaba ocurriendo.

—De acuerdo. Más tarde será. —Me guiñó el ojo y se marchó para reunirse con un grupito cercano.

—Esa tía quiere revolcarse contigo —le dije a Axel, acercándole la boca a la oreja.

—Como todas.

Puse los ojos en blanco.

—No hagas eso.

—¿El qué?

—Eso de los ojos.

—¿Por qué? —pregunté repitiendo el gesto para crisparlo.

—Porque parezco fino.

—¿Y?

—Que no lo soy.

—Pues lo siento, es un gesto que no puedo controlar.

—Entonces no te importará que yo haga esto —dijo y empezó a rascarse la cabeza con desespero, encrespándose el cabello de mala manera—. Es algo que tampoco puedo controlar.

—Para. Van a pensar que tengo piojos —gruñí.

—Está bien, pero tú intenta no hacer eso y tampoco esto. —Paró de rascarse para realizar una exagerada floritura con la mano dibujando una espiral en el aire.

—Es que soy muy de mover las manos —protesté, haciendo una cabriola con ellas.

—Pues mételas en los bolsillos y trata de no moverlas como si tuvieras ramalazo. Me haces quedar mal.

Iba a quejarme, pero un grupito se nos acercó para hacernos algunas preguntas sobre el proyecto y de nuevo pudimos sortear la situación con bastante holgura. Tras tres presentaciones en tan solo una semana, ambos controlábamos bastante la materia del otro y las preguntas que se hacían solían ser siempre las mismas, por lo que fuimos respondiendo sin complicaciones, hasta que llegó una en concreto de un señor bajito con pinta de sabelotodo sobre los intereses estadounidenses que no sabía responder.

Miré desesperada a Axel, que disimuladamente se fue apartando del grupo para esconderse tras un florero gigante arrinconado en la sala. Tras unos segundos de silencio, que conseguí rellenar empinándome de un trago una copa de vino blanco y echándome a la boca un par de canapés, que empecé a masticar como si no hubiera un mañana, mientras que con las manos le pedía tiempo a aquel señor bajito de cejas superpobladas para ingerir todo aquello a lo monstruo de las galletas, al fin el molesto pitido me alertó de que Axel ya estaba *on line*.

Al poco escuché mi voz.

—Tranqui, princesa, Axel al rescate.

Hice un esfuerzo supremo por no poner los ojos en blanco y dije:

—Perdone, estaba sedienta. —Carraspeé nerviosa al darme cuenta del error y añadí—: Y muy hambriento. —Luego empecé a recitar la perorata que me iba dictando Axel, al igual que había hecho antes en la presentación—. No obstante, en los últimos años— continué muy ducha en el tema—, Estados Unidos ha crecido mucho en el sector de las renovables, adquiriendo un importante *know-how*. Por ello, las mayores oportunidades se presentan en empresas que cuentan con una ventaja competitiva o con servicios específicos, por delante de grandes promotoras solares que ofrecen servicios estándares.

—Interesante, y dígame, ¿cuáles son los requisitos de acceso al mercado de

Estados Unidos? —volvió a preguntar aquel señor de dimensiones reducidas.

—¿Cuáles son los requisitos de acceso al mercado de Estados Unidos? — repetí para que Axel escuchara bien la pregunta—. Excelente cuestión. Verá... En cuanto al sector eólico, la American Wind Energy Association es la organización que guía el desarrollo y publicación de los estándares para el equipamiento y las instalaciones en EEUU, además ostenta representación en la International Electrotechnical Commission y colabora con la Agencia Internacional de Energía, la Organización Internacional de Estándares y otras del mismo carácter.

—¿Y el solar?

—¿Y el solar? —volví a repetir la pregunta como una idiota, ante la mirada penetrante de aquel ser enano, y, tras escuchar la respuesta de Axel, le dije—: Para el solar exactamente lo mismo, pero con la problemática y los inconvenientes del sol.

Nada más decir aquella gilipollez me sentí un poco tonta, pero después de todo no era yo, era Axel quien había dicho aquello. En cambio, al hombre pareció gustarle mi respuesta, porque dijo:

—Es usted brillante y muy gracioso señor P. García.

—Gracias.

—¿De dónde viene esa pe?

¿La pe? ¿La pe? ¿Qué sería esa puñetera pe?

—De... de... Porro —dije salvando la situación.

Me miró extrañado bajo sus cejas superpobladas.

—¿Porro? ¿Es ese su segundo nombre?

—No. Es mi primer apellido, pero decidí omitirlo, nunca fue de mi agrado.

El señor bajito abrió la boca para seguir acribillándome a preguntas, pero Jazmín regresó para rescatarme, aunque su clara intención era acaparar la atención de Axel y no por cuestiones laborales.

—Señor Uriana, dejemos que este hombre se relaje y disfrute un poco del ágape.

—Tiene usted razón, le dejo relajarse. Tengo su contacto, le llamaré pronto —afirmó el hombre, retirándose a darle la chapa a las demás personas.

—Por fin solos —dijo Jazmín que se acercó a mi cuello, procurándose una buena esnifada del perfume de Axel.

—Bueno, yo no diría tanto —contesté, refiriéndome a toda aquella gente que teníamos alrededor bebiendo champán.

—Me gustaría que me acompañaras un momento, tengo unos asuntos que

tratar contigo —dijo sin darme tiempo a réplica, pues comenzó a andar contoneándose de una manera exagerada. Ninguna mujer andaba de aquel modo, parecía que se fuera a desmontar de un momento a otro.

Miré suplicante hacia el jarrón donde se había escondido Axel y este me invitó con un gesto de la mano a acompañar a la señorita Rodríguez, suponiendo que aquello se trataba de algo relacionado con temas laborales, pero cuando me reuní con ella, la cosa distaba mucho de ser una reunión de trabajo.

—¿Así te parece lo suficientemente a solas, Axel? —dijo sugerente, apoyada en una puerta donde se podía leer una placa de «privado».

—Dependiendo para qué. ¿Es esta tu oficina?

—Más o menos. ¿Pasamos dentro y te la enseño?

Jazmín abrió la puerta sin girarse y, agarrándome la corbata, me arrastró dentro. Ni me dio tiempo a reaccionar antes de meterme la lengua hasta la campanilla cerrando de un portazo con el pie.

—Qué ganas te tenía. Si fueras mi novio me volvería atea, porque no tendría nada más que pedirle a Diosito.

—Egpeda ud momegto. —Era casi imposible despegarse de aquella mujer. ¡Qué poder de succión tenía la condenada!

—¿Qué te sucede, papi, acaso no estabas deseando hincarme el diente?

—¿Qué te ha hecho pensar semejante cosa y quién narices dice eso de hincar el diente?

Me miró boquiabierta por el estupor y reculó con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Pues tú mismo cuando hablábamos por Skype. Ya sé qué sucede. No te gusto, ¿es eso? Me viste en directo y te decepcionaste.

—No, a ver, sí, pero no. Tú eres una mujer preciosa, de eso no hay duda, pero yo no te veo como tal. —Intenté no hacerle daño, pero la cara de Jazmín era todo un poema—. No es que no lo seas... Mierda, no sé cómo decirte esto.

—¿Es mi cuerpo, mi cara, mi pelo? —dijo estirándose la melena.

—No es nada de eso, es que soy...

—¿Qué eres?

—Soy gay.

—¿Eres un desviado?

—Esa palabra es bastante despectiva, ¿no crees?

—Lo que creo es que me has hecho creer cosas cuando hablábamos por Skype.

—Que sea gay no significa que no pueda adular a una mujer.

—Pero no de la forma en la que lo hacías —me reprochó y se dio la vuelta enfurruñada, asestándome un latigazo con el pelo. Sin duda esta mujer podría hacer carrera como actriz de culebrones.

—¿Estás enfadada conmigo?

—¿Usted qué cree?

—Perdona si te he dado una impresión que no era. Sé lo mal que sienta sentirse rechazado.

—¿Tú? No creo que sintieras eso jamás.

—Ya lo creo que sí... con Pedro —improvisé algo—, el chico más guapo del instituto. Debió pasárselo de lo lindo haciéndome creer que estaba coladito por mí, mandándome notitas para luego liarse con la guarra de Leticia Escolano.

—Entonces, ¿Pedro no era gay?

—¿Eeeh...? No, evidentemente no lo era. Siento haberte hecho sentir de la misma manera. No era mi pretensión reírme de ti, y sigo creyendo que eres una mujer exuberante.

—Está bien, no me has hecho sentir la mujer más feliz en este momento, pero supongo que no tiene sentido que sigamos con esto —dijo y suspiró hondo.

La miré pestañeando sin entender.

—Siento que no me gusten las mujeres.

Jazmín achicó los ojos y echó atrás la cabeza para mirarme con perspectiva.

—Eso ya quedó claro. Ahorita tengo que marcharme.

—Espero que esto no afecte a los acuerdos con nuestras delegaciones —dije, preocupada de generar un problema a la empresa por un lío de faldas.

—Yo soy una profesional. Me ofende usted, señor P. García —escupió los apellidos de Axel y se marchó, cerrándome la puerta en las narices y dejándome allí más perdida que una pulga en un perro de plástico.

Maldito Axel y sus ligues ultramarinos. Me re Coloqué la chaqueta y me humedecí los labios con la lengua, como hubiera hecho en mi forma femenina, y salí de aquel cuarto, donde guardaban papeles sin control. Si Víctor hubiera visto aquello se habría llevado las manos a la cabeza y acto seguido se habría puesto archivarlos como un poseso. Era un amante extremado del orden, no había más que ver sus cajones de ropa interior. Al recordar entonces a Víctor me sentí un poco culpable por lo de la noche anterior. Me había venido demasiado arriba, tal vez. No sé. Ya lo pensaría cuando todo volviera a la normalidad, pero ¿y si no volvía? ¿Y si me quedaba por siempre atrapada en el cuerpo de Axel?

—¿Por qué le has dicho que soy gay? —me preguntó Axel molesto en cuanto

tuvo oportunidad—. Eso se va a propagar como un virus.

—¿Y qué querías que hiciera? Podría haberle dicho que eres impotente, que tienes una enfermedad venérea o que eres imbécil por definición. Elige tú. Además, está feo escuchar conversaciones privadas pegando la oreja a la puerta.

—Podrías haberle dado unos besitos. No creo que sea para tanto.

—O sea que tú no puedes ser gay, pero yo sí tengo que ser lesbiana. Hasta con ese cuerpo femenino que llevas puesto consigues ser un machista redomado.

—¿Machista yo? Si hasta me he secado *el tesorito* tal cual me dijiste cuando he ido a mear.

—Eso lo has hecho por ti, para no mancharte las braguitas, ahora ese pis es todo tuyo. Y para tu información, eso no te hace ser menos machista, solo un poco más higiénico.

—Te has pasado, Eva, y lo sabes —dijo frunciendo mi precioso ceño libre de arrugas. Procuraba no machcarlo mucho y evitar convertirme en un proyecto andante de tabla de lavar.

—No he dicho nada que no fuera verdad. ¿Acaso no soy una mujer atrapada en el cuerpo de un hombre al que le gustan otros hombres?

—Sí, pero...

—No hay peros que valgan, he recurrido a una verdad momentánea, pero verdadera. No me gusta mentir. —Me crucé de brazos exasperada por todo aquello. No era fácil lidiar con la situación y él era conocedor de primera mano de que no lo era. Era una verdad muy cierta.

—Pues llevas mintiendo todo el día.

—Esas mentiras son necesarias y por lo tanto no son nocivas. Han mejorado la vida de todos los aquí presentes.

Me miró con los ojos entornados y negó con la cabeza no muy convencido.

—¿Y... En serio, Porro?

—No sabía qué contestar. Es lo primero que me ha venido a la cabeza.

—¿Un porro es lo primero que te ha venido a la mente? ¿No podrías haber dicho Pérez o Palazón?

—Pues ha salido Porro, lo siento, pero no creo que eso tenga demasiada importancia.

—No es solo eso, es el conjunto. Ahora soy oficialmente gay y además me apellido Porro.

—Ya te he dicho que lo siento, no seas dramática.

—Dramático —puntualizó.

—Eso es porque no te has visto, monina. —Me reí un poco de él. Estaba

demasiado agobiado para ser Axel y me hacía incluso gracia.

—Vayámonos de aquí, estoy cansado y me duele el estómago.

Achiqué los ojos y desvié la mirada hacia Jazmín que junto a Danilo nos observaba.

—¿En serio pensabas acostarte con esa mujer?

—¿Por qué no? —respondió mirándola a su vez y dedicándole una sonrisa seductora.

—Pero ¡¿qué haces?! —Le aticé un puntapié.

—Joder, no me des patadas. Te vas a dejar las piernas llenas de cardenales — protestó—. ¿Y qué es lo que hago?

—Sonreírle de esa manera a Jazmín. Se creerá que quiero ligar con ella.

Se cubrió los ojos con la mano y se los restregó.

—Perdona, se me olvida que ya no tengo mi aspecto. No lo puedo evitar, por dentro sigo siendo un hombre.

—Pero por fuera eres toda una mujer, y muy guapa —añadí puntualizando.

—No tanto.

—Anoche decías que era la mujer más bonita que habías tenido el placer de besar.

—No recuerdo haber dicho eso.

No sé por qué me molestaba con él. Axel era lo que era y yo lo sabía. No había más. Para él lo de la noche anterior había carecido de importancia, una muesca más en el cabecero de la cama, pero me pesaba, me pesaba mucho que a tan solo unas pocas horas ya estuviera tratando de ligarse con todo el descaro del mundo a otra mujer, y encima, ¡delante de mis narices! Era muy desconsiderado y poco amable por su parte. Pero así era él.

—Vamos. Despidámonos de Danilo y de tu amiguita —le dije con el ceño ligeramente fruncido—. Tenemos que solucionar esto —nos señalé a los dos con un gesto vago de la mano— cuanto antes.

Una roca en el camino

LARGARNOS DE ALLÍ NOS COSTÓ casi una hora, pero finalmente logramos meternos en un taxi a las tres.

—Tengo hambre —anunció Axel, palpándose la barriga—. ¿No te ves muy hinchada? ¿Bebes muchas bebidas gaseosas?

Lo miré enfurruñada, ¿cómo podía estar pensando en todas esas idioteces con el problemón que teníamos?

—¿Les inoportuna si pongo música? —nos preguntó el taxista.

Los dos nos quedamos mirándolo y luego nos miramos sonriendo.

—Mientras que no sea ópera —respondió Axel.

El taxista soltó una carcajada.

—No, descuide, señorita. Será algo más de acá.

—Entonces no hay problema, ponga lo que quiera.

Y qué casualidad, tuvo que ser *Eres mía* de Romeo Santos. Desvié la mirada a la ventanilla y sentí unas profundas ganas de llorar. No por lo que pasó o no pasó, o lo que pudo pasar, sino porque mientras bailaba esa canción era yo, era más yo que en mucho tiempo y poco después, ya no sabía qué era yo. Era yo sin mí. Me sentía realmente triste.

—Me lo pasé bien anoche —dijo Axel.

Lo miré y vi mis labios sonriendo, pero tal como solía él hacerlo. Era mi boca, sin embargo, tenía la impronta de Axel. Era extraño, pero me vi guapa. Tenía razón. Tenía una sonrisa bonita.

—Yo también —reconocí.

—¿Te arrepientes de lo que casi pasó?

—No, lo deseaba mucho.

Por su gesto supe que le había sorprendido mi respuesta.

—Me quedé con las ganas, ¿sabes? —dijo.

—Fuiste tú quien se durmió, ¿recuerdas?

—Lo sé, y luego cuando me desperté tú ya no eras tú y yo ya no era yo.

—Les vengo oyendo y me viene a la mente una canción —intervino de nuevo el taxista—. Voy a ver si la encuentro, creo que está en este *compacto*.

El taxista empezó a cambiar canciones como un loco hasta que dio por fin con la que le parecía más propia para la ocasión.

—Discúlpenme que me entrometa, pero creo que esta canción define un poco lo que les sucede a ustedes. —Subió el volumen y empezó a sonar *Échame la culpa* de Demi Lobato y Luís Fonsi.

Me detuve a escuchar la letra. Aunque había oído la canción infinidad de veces, nunca le había prestado atención de verdad a lo que decía, pero entendía que se trataba algo del desamor, algo que no tenía nada que ver con lo que en realidad nos pasaba a nosotros.

—*No me conociste nunca de verdad. Ya se fue la magia que te enamoró. Y es que no quisiera estar en tu lugar. Porque tu error solo fue conocerme. No eres tú, no eres tú, no eres tú, soy yo. No te quiero hacer sufrir. Es mejor olvidar y dejarlo así. Échame la culpa.*

—No es exactamente lo que nos pasa, pero se asemeja un poco —le dije al buen hombre.

—Hacen una hermosa pareja, ambos tan rubios y tan chuscos. Parecen hechos el uno para el otro, como elaborados en un molde para formar una hermosa pareja.

Aquellas palabras me dejaron pensativa. Era verdad que guardábamos ciertas similitudes físicas, pero en lo mental distábamos mucho el uno del otro, muy a mi pesar.

—¿Falta mucho para llegar al hotel?

—No, se encuentra a tan solo tres calles —respondió el taxista que cabeceaba feliz al son de la canción.

—Pues, por favor, paré aquí. Me apetece dar un paseo —le dije y él detuvo el vehículo tras acercarlo al bordillo—. ¿Vienes? —le pregunté a Axel.

—No, ve tú solo, me duele el estómago, necesito descansar.

—Está bien, ¿podrías quedarte mi móvil y ponerlo a cargar? No tardaré mucho en llegar.

—No hay problema.

Necesitaba algo de aire fresco que me limpiara los pulmones. Las últimas horas me habían marcado de una forma extraña, y no solo física, también mentalmente.

Durante aquella breve caminata, Axel acaparó el noventa por ciento de mis pensamientos, llegando a la conclusión de que los pensamientos, al igual que el

agua, siguen su curso siempre y cuando les preparemos un cauce por el cual correr. Y yo le había construido un río entero en mi cabeza desde el día que lo conocí. Pero tenía tantas rocas que aquello no fluía con la misma libertad. El desafío más grande que uno puede experimentar es aprender a controlar los pensamientos, y aún más si están plagados de sentimientos. Y en toda esa vorágine de ideas, planteamientos y experiencias vividas, Víctor se plantó delante como una roca más y bloqueó el paso a cualquier otro pensamiento. Empecé a sentir entonces un ahogo y una quemazón en el pecho que me obligaron a sentarme en un bordillo.

—*Excuse me, are you fine?* —me dijo una voz femenina con un acento inglés horroroso.

—Sí, gracias, solo me duele un poco la cabeza.

—¿Es usted español?

—Sí, ¿por qué?

—Por nada, pero pensé que era gringo. Lo parece, ¿se lo dijeron alguna vez?

—Muchas —contesté secamente sin saber si aquello era cierto, aunque, a decir verdad, Axel tenía bastante pinta de guiri.

—Siento si le importuné, señor.

—No lo ha hecho, le agradezco la preocupación.

Cuando entré en la habitación, Axel se encontraba en la ducha. Escuché que canturreaba con mi voz una canción que no logré reconocer y en ese momento dudé si entrar en el baño para avisarle de que había llegado. Era un pudor incomprensible, pues Axel estaría enjabonando mi cuerpo. En cuanto me invadió esa idea, otra pregunta de pronto se formuló en mi cabeza: ¿Realmente Axel creería que soy bonita? ¿Estaría disfrutando de tocar mi cuerpo bajo el agua? ¿Se estaría follando a sí mismo o, mejor dicho, a mí misma? ¿Sería eso una violación?

—¡¿Qué está pasando aquí?! —grité, entrando en el baño como un marido inseguro.

—¿Estás loca? Me has dado un susto de muerte, podrías haberme matado.

—¿Qué estás haciendo?

—Me estoy duchando. ¿No lo ves?

—¿No me habrás tocado de manera obscena?

—Ni se me había ocurrido, pero ahora que lo dices. —Sonrió poniendo ojitos.

—Ni se te ocurra, Axel —le advertí apuntándolo con el dedo.

—He creído entender que lo pasaste bien anoche.

—Pero no es lo mismo. Ese placer solo lo sentirás tú y no yo, y lo sentirás tocando mi cuerpo sin mi consentimiento.

—¿Estás celosa de ti misma? —se rio.

—No seas idiota. ¿De dónde sacas tantas tonterías?

—Podría hacerte la misma pregunta, pero paso de discutir ahora. Si no te importa, me gustaría terminar de ducharme.

—Ducharme, mejor dicho.

—¿Y qué he dicho?

—Ducharte.

—Pues eso, ducharme.

—Pero no te estás duchando, me estás duchando.

—Me estás rayando, Eva.

—Está bien, me voy fuera.

—Sírvete algo, tenemos que hablar.

—¿De qué?

—De algo. Dame cinco minutos, ¿quieres?

A los ocho minutos, Axel salió del baño con una toalla anudada a la cintura y con mis diminutas tetas al aire. Mi cabello presentaba un estado lamentable, debía habérselo frotado hasta dejarlo como la estopa de un fontanero.

—¿Te has puesto crema en el pelo?

—¿Crema? ¿Eso no es lo que os ponéis en la cara?

—Y en otras partes.

—Pues lo siento, pero nadie me lo ha dicho.

—Pues tendré que cepillarte yo el pelo o me dejarás calva.

—¿Me quieres cepillar como si fuera Fufú? —dijo haciendo una mueca de asco con mi cara.

—Dime de qué querías hablar conmigo. —Pasé de seguir dándole bola.

—Ha llamado Víctor. Tengo algo que decirte de su parte. —Se sentó a mi lado al borde de la cama y me tomó la mano.

—¿Por qué lo has cogido o le has dicho que no estaba y que llamara más tarde? —Le rechacé aquel gesto y me libré de su mano.

—Porque yo soy tú, no iba a creérselo, tengo tu voz, ¿recuerdas?

—¿Le ha pasado algo? —El miedo me invadió y la culpabilidad también.

—No es eso, es otra cosa.

—¿Es grave? Me estás asustando. —Me tapé la boca con las manos

temiéndome lo peor.

—Para mí no lo es, creo que es lo mejor que podría pasarte en la vida —dijo con una estúpida sonrisilla en los labios que me tranquilizó un poco.

—¿Me ha pedido matrimonio? —De una manera absurda debió iluminárseme la cara.

—Deja de poner ese careto, parezco el de Juegos Reunidos Geyper.

—Dímelo. —Lo zarandeeé varias veces desesperada, haciéndole parecer la niña de *El exorcista* con esos pelos que me había dejado—. Por nuestra integridad física, habla ya.

—¿Estás segura de que quieres que te lo diga así en frío? —Por el gesto de mi cara entendió que necesitaba saberlo ya—. Está bien. —Respiró hondo y, a lo bestia y sin más florituras, lo soltó de cuajo—: Te ha dejado.

—¿Cómo? —Los ojos debieron salirseme de las órbitas.

—Por teléfono.

—¡¿Cómo?!

—Pues ya te lo he dicho, lo ha hecho por teléfono, cuando ha llamado antes.

—No puedo creerlo. —Miré escéptica el horizonte de la pared.

—Yo tampoco daba crédito. Me parece bastante lamentable que después de tanto tiempo juntos lo haya hecho de esa manera.

—¡¿Y qué sabes tú del tiempo que llevamos juntos?! —le increpé con un huevo en la garganta que me quemaba más que la chicha y el guaro juntos.

—Me lo ha dicho él en su discurso de bien queda.

—¿Y tú qué le has dicho?

—Pues he hecho mi mejor versión femenina: le he llamado cabrón insensible y le he dicho que se meta su mierda de explicaciones por el culo —comentó triunfal.

—Pero ¿cuál es el motivo? Éramos felices —murmuré, alucinando en colores. Víctor me había dejado. Y, además, había tenido el poco detalle de hacerlo por teléfono. No se podía ser más desconsiderado.

—Pues debe ser que tú eras más feliz que él y una tal Montse se ha cruzado en su camino.

—Montse, ¿la bibliotecariaaaa? —La boca se me debió desencajar con la última «a».

—Debe ser, me ha dicho que ya se sabe que pasar mucho tiempo junto a alguien hace que los sentimientos afloren.

—¡Montse tiene cincuenta y ocho años y se carda el pelo como el Puma!

—Es un gerontófilo el tío, ¡qué le vamos a hacer! —dijo muerto de la risa.

—No tiene gracia. Me estás mintiendo, ¿verdad? Es una especie de venganza. Dame el móvil, quiero hablar con él.

—¿Con voz de camionera? Va a pensar que del disgusto te has dado a los carajillos. Sabes que no miento. ¿Cómo narices voy a saber yo lo de Montse la bibliotecaria si no me lo dice él mismo?

—No entiendo qué te hace tanta gracia, podrías empatizar un poco con mi dolor. —Que Axel se estuviera descojonando en mi cara por aquello me parecía de los más insensible e irrespetuoso. Pero ni de lejos era comparable con el vil comportamiento de Víctor, que había osado dejarme por teléfono después de diez años.

—Eso intento, pero piénsalo bien, que te haya dejado es una ventaja. Además, tú misma dijiste que esperabas encontrar a tu alma gemela y evidentemente él no lo es.

—Pero habíamos construido una vida, un proyecto juntos... En serio, ¿Montse? —Me daba de cabezazos contra el cabezal de la cama. No me lo podía creer.

—Quizá conserve la belleza de sus tiempos mozos. La belleza de las cosas reside en los ojos de quien las contempla.

—Tiene una verruga en la barbilla y bolsas debajo de los ojos donde puedes elaborar conservas en salmuera —grité exasperada con todo aquello.

Axel se me acercó y me preguntó:

—No irás a llorar, ¿verdad? No tiene ningún sentido llorar por ese desgraciado.

—No, no —aseguré con muy poca seguridad—. No voy a llorar.

—Entonces ¿por qué tienes los ojos llenos de lágrimas?

—Porque se me irritan mucho con la contaminación atmosférica —mentí, una mentira poco convincente, dado que ya no eran mis ojos, sino los suyos.

—No se merece ni una sola lágrima de tu parte, pero puedes llorar si quieres... Si es que eso te consuela de algún modo. A mí no me importa que uses mis delicados ojos con ese fin, pero piensa que tú tampoco has sido del todo legal con él —dijo, dándome unas palmaditas en la espalda poco delicadas.

—¿Qué insinúas?

—Que tuvimos un conato de sexo y que, si no llega a ser porque nos quedamos dormidos, hubiéramos consumado. Y que por culpa de eso ahora somos dos transgénero. Si quieres que lo llame y le traslade tus palabras lo haré, pero deberías dejar las cosas como están. No merece la pena, disfruta de tu libertad, o lo que sea esto.

—Ahora no puedo disfrutar de nada. Todo es una mierda, una grandísima y soberana mierda —dije, dejando caer el cuerpo de espaldas sobre el colchón.

—Sé de una cosa que igual podría animarte.

Lo miré esperanzada, ¿habría encontrado el modo de recuperar nuestros cuerpos?

¿Qué cosa es? La vida es

—¿QUÉ COSA? —Aquello pareció interesarle.

—¿No te gustaría saber qué significa la «p» de mi apellido?

—No es algo que me quite el sueño. —Volteó los ojos, devolviéndome aquella imagen ridícula de mí mismo.

—Pues curiosamente a mí me lo quitó hace un tiempo.

—¿Por qué? —Parecía que aquello empezaba a interesarle más.

—Porque es ridículo, pero seguro que te va a hacer gracia y creo que lo necesitas en este momento.

—Inténtalo —dijo con desgana esperando que fuera alguna tontería.

—La «p» corresponde, evidentemente, a mi primer apellido.

—Eso ya lo intuía, ¿y cuál es?

—No es Porro.

—Ya te pedí perdón por eso.

—Lo sé y el problema es que mi apellido es mucho peor que eso.

—¿Hoy es el día de jugar a las adivinanzas con Eva? —bufé exasperada—.

Dímelo de una vez.

—Pililarsson.

—¿Pilila qué?

—Pililarsson. Es sueco —repetí, puntualizando su procedencia.

—¿Eres medio sueco? —dijo con una expresión más divertida.

—¿Acaso no tengo aspecto de guiri?

—Eres la segunda persona que te lo dice en el día de hoy. Pero yo también lo tengo y soy andaluza.

—En cualquier caso, yo tengo más aspecto vikingo que tú.

—Sobre todo por lo bruto que eres.

—¿Yo? —Me eché a reír suavemente.

—Sí, tú, eres bastante brutito.

—Será que hago honor a mi nombre.

—¿Axel, por qué? ¿Cuál es su significado?

—El hombre de la paz. —Alcé la barbilla con orgullo y Eva se echó a reír—, pero su traducción literal es hacha de guerra.

—Mira eso creo que te pega bastante más, porque siempre la tienes levantada hacia mí.

—¿Y no me negarás que tengo un gran Pililarsson?

—Perdona que discrepe, pero eso ahora lo tengo yo —dijo señalando con una mueca chistosa mi entrepierna. Esa parte de mí que a esas alturas ya echaba tanto de menos, aunque otra parte de mí se sentía tranquilo con que fuera Eva la portadora de mi gran tesoro o quizá fuera al revés y mi gran tesoro fuera quien la portaba a ella. En cualquiera de los casos, estaba en buenas manos—. ¿Estás mejor?

—Sí, creo que sí.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—A estas alturas, puedes hacer lo que quieras —dijo, dedicándome una mirada muy similar a la que yo solía utilizar en ciertos momentos

—¿Conociste a Víctor en la biblioteca?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Curiosidad más que nada. Pero creo que he empezado a conocerte bien.

—¿Ah, sí? ¿Y qué crees conocer de mí? —preguntó a la defensiva.

—Pues pienso que eres la típica chica que siempre ha sido guapa, pero nunca lo ha sabido. Que siempre has estado más ocupada en estudiar y ser la niña buena que querían tus padres que de salir y divertirse. Que has pasado mucho tiempo encerrada en la biblioteca de la universidad, con la nariz enterrada en los libros. Y por tanto, me preguntaba, dónde podrías haber conocido a un cretino de ese calibre.

—¿Crees de verdad que siempre he sido guapa? —preguntó, saliéndose por la tangente.

La miré unos segundos antes de responder, viéndome a mí mismo.

—Lo creo de verdad, y ahora que he tenido la oportunidad de tocarte bien y mirarte en el espejo detenidamente como si fuera yo —le guiñé un ojo—, creo que eres realmente hermosa.

—Gracias. —Mi cara se sonrojó, creo que jamás me había sonrojado en mi etapa adulta y verme los carrillos encendidos de aquella forma me hizo mucha gracia—. Víctor no es un cretino.

—Lo es —la contradije.

—No. En serio que no.

—Un tío que no tiene cojones de dejar a su novia cara a cara es un cretino.

—Bueno... Puede que lo sea, pero no entiendo nada. Él no es así. Nos queremos.

—Os queríais, ya no —me atreví a puntualizar.

Eva torció el morro y me miró pensativa. Sacudió la cabeza.

—No me lo puedo creer —musitó—. Me ha dejado... ¡Por Montse!

—¿Cuántos años llevabais juntos?

—Diez.

—¡Joder, ¿diez?! —Me asombré, el imbécil de su ex había dicho mucho tiempo, pero diez eran muchos años.

—Empezamos a salir en el instituto.

—¿Has estado alguna vez con otro hombre?

—No, nunca —me contestó agachando la mirada, como si aquello fuera una vergüenza. Lo que ella no sabía es que para mí eso era un verdadero halago.

—¿Y por qué querías acostarte conmigo?

—Porque quería —respondió sin más.

—¿Yo te gusto, Eva?

—No —dijo con la boca pequeña y con voz queda.

—¿Entonces?

—Quizá quería que me gustaras.

—¿Y eso se consigue acostándose con alguien?

—No lo sé, ya te he dicho que soy bastante inexperta.

—Yo creo que presumes de no gustarte mentir y en realidad dices muchas mentiras.

—Pues tú no te quedas corto, te he visto decir muchas tonterías para ligarte a alguna.

—Es posible, pero no se liga diciéndole a los demás las verdades a la cara.

—Eso es cierto. —Eva se me quedó mirando pensativa, tras unos segundos habló—: Perdona que me salga del contexto de la conversación, pero ¿de verdad tu padre es sueco?

—Como un armario Kvikne. Pero no hablemos de él, mis progenitores no entran dentro del repertorio de mis conversaciones favoritas.

—Está bien. ¿Te puedo hacer una pregunta más?

—¿Si te digo que no, la harás igualmente?

—Es posible —respondió esbozando una sonrisa.

—En ese caso, dispara.

—¿Hablas sueco?

—No y sí, supongo que de pequeño lo hablaría mejor, pero he olvidado gran parte del vocabulario por el desuso. ¿Sabías que el personal de Ikea es en su mayoría español?

—¿Podrías decirme algo, alguna cosita para ver cómo me vería hablando sueco?

—¿Por qué quieres verte hablando sueco?

—Porque tengo complejo de reportera de Eurovisión y me parezco a la rubia de Abba —contestó sonriente, claramente para convencerme de ello.

—Está bien, pero no te diré qué significa.

—Entonces ¿cómo sabré si lo que has dicho es verdad o si te lo has inventado?

—Tendrás que confiar en mí. No te queda otra.

—Vale —aceptó, encogiéndose de hombros.

—*Jag gillar dig väldigt mycket* —pronuncié mirándola fijamente a los ojos, mis ojos, que ahora tenían el brillo especial de Eva. Eran los mismos de siempre, pero distintos. No sabría explicarlo, pero mis ojos se veían diferentes desde que Eva hacía uso de ellos.

—¡Guau, suena muy sexi! No me vas a decir qué significa, ¿verdad?

—Verdad, pero es algo que descubrirás por ti misma. —Le di un toque suave con el pulgar en la nariz y me levanté de un salto—. Ahora vayamos a buscar a ese señor, echo mucho de menos mi cuerpo y supongo que tú también.

—No lo sabes tú bien, no me acostumbro a estas piernas de Macario —dijo, levantando una pierna haciendo alusión a mi vello corporal—. ¿No has pensado nunca en depilarte?

—Pues no, no tengo ninguna actividad física que realizar en la que los pelos me ralenticen los movimientos —le contesté entre risas.

—Perdona, no sé por qué te he dicho eso, no me gustan los hombres depilados.

—Si me permites te diré que no te gustan los hombres en general, lo que ha hecho ese novio tuyo esta tarde es de ser muy poco hombre.

—Es cierto, pero... —hizo un ademán vago con la mano—... Dejemos estar también ese tema, ¿quieres? Un día escuché que la importancia de las cosas se la damos nosotros. Vivir implica tener que pasar por sufrimiento, dolor e injusticias. Es algo que tenemos que aprender a asumir y aceptar, la frustración nos hace crecer como personas, y sería hipócrita si dijera que no he pensado alguna vez que Víctor no era para mí y debería dejarlo. En el fondo tienes razón, me ha hecho un favor.

—Me gusta esa actitud. Es muy inteligente por tu parte.

—Quizá me hayas inspirado un poco para llegar a esa reflexión, a lo mejor va a resultar que no eres tan capullo como creía. —Estalló en una carcajada.

—No juzgues a nadie solo porque peca de forma diferente que tú —le dije un poco molesto por haberle dado motivos para crearse esa imagen de mí.

—Buena frase. Hoy estás que te sales.

—¿Te gustaría escucharla también en sueco?

—No hace falta, lo que me gustaría es encontrar a Agapornis cuanto antes.

—Pues no perdamos más tiempo, pequeña.

Eva me sacó la lengua, desaprobando aquel apelativo tan hortera, pero me hacía gracia sacarla de sus casillas y descolocarla para ver su carita enfurruñada, arrugando aquella naricilla salpicada por pecas, pero ahora lo único que veía era mi cara de tarugo haciendo gestos amanerados y la cosa empezaba a perder la gracia por momentos.

¿Usted qué come, qué adivina?

BAJAMOS A LA RECEPCIÓN para preguntar por el señor Agapornis creyendo que él podría echarnos un cable con nuestro asunto, básicamente porque debía ser el causante de semejante aberración y consiguiente desesperación. Esta nueva situación nos obligaba *in extremis* a dejar pasar por alto la tensión sexual no resuelta entre Eva y yo. O mejor hablaba por mí, que siendo el portador de semejante cuerpo no podía dejar de pensar un momento en cómo sería gozarla desde mi verdadera posición. Eva tenía un cuerpo que invitaba al pecado y no el original, el pecado más enrevesado, pues había imaginado poseerla de mil maneras posibles. Su cinturita no debía medir más de sesenta centímetros, y las caderas sobresalían, creando una curva perfecta que terminaba en unas piernas fibrosas y fuertes, de esas que aguantan cualquier cosa.

—Disculpe, señorita —dije, carraspeando para llamar su atención.

—Qué gusto verla de nuevo. ¿Está contenta con su cama supletoria?

—Sí, mucho, pero necesitamos otra cosa.

—Espero que no sea una caja de arena, recuerde que no se permiten animales en el hotel —dijo dirigiéndole a Eva una mirada coqueta.

—Ya le dije que no he traído un gato —le repuse molesto. La cosa tenía que ver con Eva, pero visto ahora desde su perspectiva: esa señorita se estaba pasando de la raya.

—Ajá, solo estaba bromeando. ¿Qué precisan?

—Verá, estamos buscando al señor Agapornis, recuerdo que usted nos dijo que se encontraba en este mismo hotel.

—Ajá, en efecto así es. Ahora mismito se encuentra en la Sala Constantino empezando su intervención en la convención.

—¿Hay algún modo de acceder a dicho acto?

—Ajá, por supuesto, si ustedes obtuvieron un boleto o recibieron una invitación.

—No tenemos nada de eso. ¿Quizá podamos comprar un boleto de esos?

—No, está *sold out* desde hace meses. Debieron hacer su reservación *on line* hace tiempo. Este tipo de convenciones son muy populares y asiste mucha gente.

—¿No podría hacer usted una excepción? Somos amigos de Agapornis.

—Si así fuera, el señor Izaguirre les hubiera reportado una invitación —dijo sin perder la sonrisa.

—Belinda, ¿verdad? —intervino Eva leyendo la chapa identificativa de la recepcionista.

—Sí, señor —se mostró solícita con ella, empitonando bien alto sus pechos turgentes.

—Verá, estamos seguros de que usted con esa carita de ángel podrá hacer algo por nosotros.

—Me da mucha pena con usted, pero me temo que eso es imposible. No puedo jugarle el puesto.

—¿Y si yo le diera a usted algo a cambio? —Pero ¿qué narices estaba diciendo Eva?

—¿No estará usted insinuando...?

—Yo todavía no he dicho nada, pero por el brillo de sus ojos adivino lo que está pensando y mi respuesta es sí. —Le di un puntapié a mi compañera. ¿Estaba realmente vendiendo mi cuerpo de esa manera?

—Es una oferta muy tentadora, pero repito que no es posible.

—De acuerdo, pero al menos nos dirá dónde está esa sala.

—Eso es bien sencillo, hay carteles indicadores por todo el hotel. ¿Los ve usted? —dijo señalando un cartel con una flecha que indicaba la dirección de aquella convención.

—Gracias. Esta vez no ha sido de gran ayuda, pero se lo agradecemos igualmente —dijo Eva con un gesto serio que agrió la cara de la señorita Ajá.

Acto seguido me agarró del brazo y me arrastró literalmente hasta el pasillo que indicaba la flecha.

—¿De verdad te has quedado embobado mirando las tetazas de la recepcionista?

—Lo siento, no podía dejar de mirarlas. ¿Crees que serán naturales?

—Lo que no es natural es tu nivel de salido. ¿Quieres dejar de pensar en lo único que sabes pensar? Debo decir que el apellido te va que ni pintado. Tienes un pene atravesado en el cerebro.

—Y tú eres una proxeneta poco convincente. ¿A qué ha venido eso de ofrecerme como mercancía?

—No iba a ofrecerle tu cuerpo, iba a darle un pintalabios Rouge Shine de

Chanel. Ninguna mujer se resiste a ellos.

—Así de simples sois.

—¿Acaso no has oído que era de Chanel? Un maravilloso pintalabios fundente e hidratante.

—Fundente me tienes a mí el cerebro. Creo que es aquí —dije, frenándola frente a una puerta de teca gigantesca custodiada por dos gorilas del tamaño de un frigorífico americano.

—No vamos a poder pasar, ¿tú has visto a esos dos tíos?

—Algo tendremos que pensar, es nuestra última oportunidad de encontrarnos con Agapornis —le dije a Eva, que se había apartado un poco de aquellos hombres para hablar tras un pilar decorativo.

—Sorpréndeme con ese ingenio tuyo.

—Creo que he sido bastante ingenioso: lo de los pinganillos fue cosa mía —le repuse, poniendo los brazos en jarras. Cada vez me sentía más mujer, era algo extraño.

—Venga, dejemos la cháchara sin fundamento y pensemos algo.

Nos quedamos mirando a los gorilas pensando en cómo burlarlos, luego nos miramos y unas bombillitas centellearon en las pupilas de Eva.

—Puedes seducirlos —afirmó.

—¿Yo? Se te ha ido la cabeza.

—No dices que soy tan guapa, pues ve ahí y demuéstramelo.

—¿Y si lo consigo, qué hago? Dejo que una de esas bestias pardas te parta en dos de un pollazo.

—Serás animal, ¿cómo puedes ser tan grosero?

—Habló la finura en rama.

—Canela en rama —dijo Eva.

—¿A qué viene eso?

—A que no existe la finura en rama.

—¿De qué cojones estamos hablando ahora?

—Yo que sé. Ve ahí y mueve tu cucu. —Eva me dio un empujón que hizo que las piernas se me desestabilizaran sobre aquellos tacones hasta el momento seguros. Sus piernas no eran tan fuertes como creí en su momento y caí de bruces. Acabé aterrizando con una torpe voltereta delante de los porteros.

—¿Está usted bien, señorita? —Uno de los gorilas se adelantó para socorrerme.

—No es nada, la moqueta amortigua bien los impactos.

—Se rompió los pantis y tiene usted sangre en las rodillas. La fricción le

levantó la piel.

—De verdad que no es nada, mire. —Alcé una de las piernas y el olor a sangre me invadió las fosas nasales, provocándome angustia y mareo.

—Mario, ve a por agua oxigenada y apósitos —le ordenó al compañero—. No se me desmorone usted, señorita, ahorita mismito vamos a reparar ese estropicio.

El Hércules colombiano me alzó como Kevin Costner a Whitney Houston y casi pude escuchar la banda sonora de *El guardaespaldas* mientras me elevaba en los brazos de aquel gigante.

Eva que, agazapada detrás de la columna, observaba toda la escena, decidió que aquel momento era el más oportuno para entrar a traición en la Sala Constantino. Salió corriendo a lo Michael Bolton, pasando por delante de nosotros, y el portero, ni corto ni perezoso, me cargó sobre el hombro como un saco de boniatos y en dos zancadas la frenó de un manotazo.

—¿Dónde cree que va? —la increpó, levantándola de la pechera en el aire (y eso que era mi cuerpo) como a un muñeco de feria.

El portero nos tenía a los dos cargados sin mucha dificultad. Era un *troncolari* parcero de dimensiones descomunales. Nos podría haber engullido como Marte engulló a sus hijos.

—Suéltelo, es mi marido —dije con la cara pegada a la eterna espalda de aquel hombre.

—¿Su marido, este mequetrefe?

—Sí, habrá venido a buscarme a la convención.

—¿Y por qué entraba corriendo?

—Porque venía a avisarla de que su hermana se ha puesto de parto —intervino Eva improvisando cualquier cosa.

—¿Mi hermana Angelita? —pregunté jovial, uniéndome a su improvisación.

—Sí, mi amor. Me ha dicho que no dilataría más hasta que no llegaras.

—Suéltenos, por favor. Mi hermana Angelita está apretando las piernas contra natura —le supliqué.

Decidió soltarnos poco convencido, pero el atisbo de duda y la idea de provocar la asfixia de aquel hijo ficticio de Angelita le ablandaron el corazón.

—Muchas gracias. ¿Cómo se llama usted? —dijo Eva estirándose la camisa.

—Rafael Patricio Arjona Vallejo.

—Precioso. Le diré a mi hermana que le ponga Rafael a su hijo en su honor.

—Pero ¿no era la hermana de su esposa? —El gesto le cambió a perro rabioso en cuestión de segundos, apretando los puños al punto de dejarse los

nudillos más blancos que el merengue.

—Sí, pero ya sabe que cuando uno se casa, no gana una esposa, también una madre, un padre, una hermana, primos y tíos —respondió con rapidez.

Rafael Patricio asintió dejando claro que era muy consciente de tal situación, y en ese momento regresó su compañero con un botiquín en la mano.

—Aquí lo traigo —dijo, acuclillándose a mi lado y abriéndolo.

Decidí que era un buen momento para fingir un desmayo.

—Ay, Dios, me encuentro fatal —puse los ojos en blanco, llevándome el dorso de la mano a la frente y echando la cabeza hacia atrás de un modo exagerado—. Creo que me voy a desmayar. ¡Aaayyyy! —cerré los párpados y me dejé caer en los brazos de Rafael Patricio.

—Señor, su esposa se está desvaneciendo —dijo el gorila, soportando mi cabeza como si fuera el niño Jesús—. ¿Dónde carajo se ha metido ese hombre?

—Habrá marchado a buscar un doctor. Repósala en el suelo, Rafael. Démosle aire.

Permanecí con los ojos cerrados mientras aquellos dos hombres se afanaban por abanicarme con unas grandes hojas.

¿Quién soy sin ti, qué soy sin ti, qué haré sin ti, querido Pornis?

COMPREDÍ ENSEGUIDA QUE AXEL estaba fingiendo un desmayo. Después de todo, no se le podía negar que era bastante ingenioso. Me apresuré a entrar en la Sala Constantino, en cuanto los dos porteros me dieron la espalda. Lo último que vi fue la imagen de mí misma tumbada entre dos negros XXL dándome aire con unas hojas de palmera.

El patio de butacas estaba en semipenumbra y gozaba de un lleno total. Vaya, pues sí que era famoso el señor Agapornis. No tardé en divisarlo en el centro del escenario con un foco de luz blanca alumbrándole de lleno la calva. Llevaba esta vez el cabello suelto y una camisa floreada al más puro estilo de Torrente. El público estaba en completo silencio escuchando su discurso. Con la mirada busqué un sitio libre pero no vi ninguno, así que me fui desplazando a la derecha pegada a la pared para no llamar la atención.

—*Oggún*, Orisha del Hierro, divinidad que ilumina el camino, respeto a los obstáculos o la interrupción del flujo o energía vital en varios puntos del cuerpo. Es el liberador. Reciten conmigo: *Oggún ataré agua bebenille omó canilé cobí cobí. Oggún aguanillé omó atabale afebefun ochosi elquiveca, albure fun inya iré quien illan iré quien edyó bani oké cuemi otolaya.*

La gente empezando a exaltarse comenzó a decir palabras sin sentido. Ninguno pudo completar aquella frase al pie de la letra.

—Lo repetiré en español —dijo con soberbia Agapornis, notándose por la expresión de su cara que consideraba a todos los allí presentes unos incultos de tomo y lomo—. Todo esto, mi padre, tú que tienes tanto poder en la Tierra; yo, tu hijo, vengo a saludarte, no con el interés de que me des tu fuerza, sino para que venzas las dificultades de la vida.

El público comenzó a repetir sus palabras como autómata. Parecía medio drogado por las palabras y el aura de Agapornis que refulgía alrededor de su cabeza como una corona dorada de luz. Y cuando pidió un candidato para subir

al estrado, todos levantaron las manos y gritaron: «Yo, Agapornis, a mí».

Un foco comenzó a vagar por el patio de butacas en busca del alma en pena que se atrevería a sufrir en sus carnes la magia universal del epicornio humano azul. El círculo de luz se movía a la misma velocidad y siguiendo el horizonte que el dedo puntiagudo de Agapornis. Me pregunté si tendrían eso ensayado, porque les salía de fábula.

Llevaba recorridas ya varias filas y se estaba acercando al fondo. La gente gritaba entusiasmada: «Yo, yo, Agapornis, lléveme con usted», y yo no podía permanecer más quieta de lo que estaba. Me estaba acojonando. Conforme el círculo más se aproximaba a mi posición más me encogía yo en el cuerpo de Axel.

—Usted —me señaló directamente y el foco se detuvo sobre mí, cegándome.

Me hice una visera con la palma de la mano y traté de enfocar a Agapornis, que seguía clavado en su posición con el brazo extendido en mi dirección.

—¿Yo? —Me señalé el pecho.

—Sí, usted, caballero, suba conmigo —confirmó—. Un aplauso para el caballero —pidió Agapornis a su complaciente público.

Anduve por el pasillo central con la cabeza gacha mientras los aplausos del público persistían y subí los pocos escalones que me separaban de Agapornis.

—Buenas tardes, caballero, le agradezco su presencia. ¿Puede decirnos su nombre?

¿Es que no se acordaba de Axel? Supuse que no. Agapornis era un personaje bastante chocante, difícil de olvidar, pero Axel tal vez no era especialmente recordable para alguien como Agapornis, acostumbrado a tratar con multitud de personas cada día.

—Me llamo Axel —respondí.

Agapornis estrechó los ojos y ladeó la cabeza, luego sonrió.

—No es verdad —afirmó rotundo.

¡Lo sabía! ¡Había sido él! Él nos había permutado.

—¿Por qué dice eso? —quise saber, pero Agapornis que se había posicionado a mi espalda no me respondió. En cambio, me cogió los brazos y los levantó a los lados hasta formar una cruz.

—¡Usted es hijo del Sol! —gritó, y el público enloqueció de nuevo.

—Disculpe, pero yo soy hijo de Lorenzo y Francisca.

—¿Y cómo se llama el Sol, hijo? —dijo Agapornis, poniendo la mano en su barbilla y mirándome fijamente.

—Pues...

—Lorenzo, querido ser de luz. Su nombre es Lorenzo.

Los allí presentes arrancaron en un efusivo aplauso, enmudecido por sus: «Ooooooh». Estaban como locos con Agapornis.

—¿Lorenzo Lamas? —bromeé un poco nerviosa.

—Casi, Lorenzo Llamas. Porque el Sol es un astro poderoso de fuego, que puede iluminar todo y arrasarlo al mismo tiempo. Todos somos por ende hijos del Sol. Todos tenemos el don de crear y destruir cualquier cosa, incluso nuestra propia vida.

—Si usted lo dice —dije alucinando con tanta pamplina, aunque a decir verdad aquel hombre tenía un gran poder, pues nos había hechizado.

—No lo digo, lo afirmo. Ahora abre el tercer chacra, extiende tu ano y deja salir todo lo malo. —Me dio la vuelta en redondo y me dejó de espaldas al público para después inclinarme hacia delante, dejándome expuesta con el culo de Axel apuntando al infinito.

—Expúlsalo, saca todos los males que lleves dentro y sanarás.

—Disculpe, pero no lo veo propio —le repuse, pero ¿qué narices pretendía ese hombre? ¿Qué soltara una ventosidad delante de toda esa gente?

—Hazme caso, confía en mí y en mi poder, expúlsalo, hijo mío, y serás salvo tú y tu casa.

—¿Eso no es un salmo de La Biblia?

—Eso es lo que yo te diga. Aprieta, saca, deja que fluya —insistió, pululando a mi alrededor meciendo las manos sobre mí.

—No puedo, señor Agapornis. Si aprieto me pasará lo que a María Sarmiento, que de tanto apretar le salió un viento.

—Tú estás muy enfermo, no tienes fe, no puedes sanar, Axel —me dijo al oído.

De pronto escuché que la gente se arremolinaba y vi a los porteros correr hacia el escenario para capturarme.

—Es él, malparido hijoputa. Cuando te cojamos te vamos a dar piso —gritó uno de ellos con el puño en alto.

—Haga algo, señor Agapornis. No soy Axel, soy Eva. Me van a hacer caniqué —le supliqué.

—Ustedes dos, paren ahí —les ordenó Agapornis, que impuso las manos sobre mí como si fuera el elegido—. Es mi protegido, es un ser de luz que ha venido a mí guiado por la aurora epicuerna santora. No se acerquen, es muy poderoso. Podrían sufrir graves consecuencias si intentan lastimarlo.

—Señor Agapornis, él y su esposa se colaron para sabotear su espectáculo —

dijo Rafael Patricio.

—¿Espectáculo?! —Agapornis parecía sumamente ofendido. Sus ojos relampaguearon por la furia—. ¿Osa venir a llevarse a este ser de luz que sorteó las adversidades de la puerta para acercarse al Universo conmigo, y encima llama usted a este encuentro espectáculo?

—Lo siento, señor Agapornis, igual no me expresé bien. —El gorila llamado Mario parecía muy compungido.

—Suban aquí los dos. Necesitan una limpieza del tercer chacra de inmediato.

Agapornis esperó a que ambos subieran al escenario y, cuando los tuvo en la misma controvertida posición que yo minutos antes, me apartó a un lado.

—Huye.

—Pero, señor, tiene que ayudarnos.

—Lo sé, pero no ahora. Nos volveremos a encontrar, pronto muy pronto —dijo de manera enigmática y con su sintomático misterio, haciéndome marchar con un ademán vago de manos.

Bajé las escaleras y recorrí a grandes pasos el pasillo, escapando de aquel esperpéntico *show*. Atravesé la puerta en el momento en que los dos gigantones comenzaron a expulsar pedos a diestro y siniestro. Agapornis se estaba cagando en la cara de toda aquella gente y entonces dudé de si aquel hombre de peinados difíciles era verdaderamente de fiar.

En la puerta, Axel seguía tumbado en el suelo, fingiéndose desmayada. Grité su nombre para captar su atención.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? —me preguntó abriendo los ojos e incorporándose.

—Te lo cuento luego. Vamos a la habitación antes de que vuelva alguien. —Le agarré del brazo y tiré de él.

Teníamos que llegar a nuestra habitación y asegurarnos de que nadie nos seguía. La que habíamos montado en el hotel nos acreditaría como socios vip de personas *non gratas* de por vida.

—¿Has hablado con Agapornis?

—Sí y no, ha sido muy raro. —Le hice un gesto para que aligerara el paso.

—Pero ¿va a ayudarnos?

—El destino se encargará de eso.

—¿Qué? ¿No te habrás inscrito en esa secta de tres al cuarto? —Se paró un momento para encararse conmigo.

—Sí, con tu DNI, no te joroba. No, me ha dicho que nos volveremos a encontrar pronto —le expliqué, reanudando el paso.

—¿Y eso qué significa?

—Que de momento seguimos jodidos —contesté, mirando a ambos lados del pasillo antes de cerrar la puerta de la habitación de un portazo.

¿Mi hace el favor y le baja al tonito?

DESPUÉS DE CENAR, pasamos el rato cada uno en silencio observando nuestros *smartphones*. De vez en cuando nos echábamos unas miraditas de comprobación: estar juntos se había convertido no solo en una obligación, también en una necesidad cargada de total y absoluta dependencia. ¿Y si jamás volvíamos a ser nosotros mismos? Aunque nosotros mismos sí que éramos, porque vaya gestitos femeninos que se gastaba ahora mi cuerpo. Parecía Paco Clavel en pijama de ositos. Y es que Eva se había emperrado en usarlo, aunque le quedara pegado al cuerpo y le faltaran dos palmos de pernera y mangas.

—¿De verdad tienes que ponerme ese pijama? —protesté.

—Es mi pijama favorito y me lo estoy poniendo yo, no empieces otra vez.

—No empiezo, es que me resulta incómodo verme con esa pinta.

—Pues no me mires.

—Es imposible no mirarte o mirarme, aún no me acostumbro del todo a verme fuera de mí.

—Yo intento no pensarlo —repuso ella, encogiéndose de hombros y siguiendo a lo suyo con el móvil.

—¿Crees que volveremos a ver a Agapornis?

—No lo sé. ¿Podrías seguir en silencio un rato? Me ayuda mucho a no pensar en nuestro problema. Si me concentro mucho y no me miro la punta de tus pies siento que soy completamente yo.

—Yo no puedo evitar mirar mi nuevo cuerpo.

—Pues no me mires tanto.

—Me encanta tocar esta nueva parte que tengo —dije de lado acariciándome de arriba abajo la cintura y mis nuevas curvas hasta la cadera.

—Axel, deja de tocarme de esa forma. ¿Cómo puedes seguir pensando en sexo? No me entra en la cabeza.

—De la misma manera que tú sigues siendo tú, yo sigo siendo yo, mentalmente claro está. Pero yo intento ver la parte positiva de todo esto.

—¿De verdad crees que en todo esto hay una parte positiva?

—Sí, lo creo.

—¿Y cuál es?

—Conocernos más en profundidad el uno al otro, ver lo que ves tú cada día y mirarlo, incluso podría decir que admirarlo.

—¿Y qué admiras de mí o has aprendido de mí?

—No solo de ti, de las mujeres en general. De lo delicadas, suaves y poderosas que podéis ser a la vez. Y de lo idiotas que resultáis cuando decís cosas como si os vemos gordas, si deberíais operaros las tetas o que tenéis un pelo horrible.

—No llego a entenderte.

—Verás, tener tu cuerpo y tener que cuidarlo como si fuera mío para no lastimarlo, me ha hecho comprender que no sois objetos, que sois realmente un regalo de la vida. Mira qué curvas, qué líneas tan bonitas. Tu pelo, Eva. Tu pelo es sedoso. El mío, como habrás podido comprobar, no es ni de lejos tan brillante como el tuyo. Irradiáis luz propia independientemente de los kilos que peséis y de las ligeras imperfecciones que cualquier cuerpo pueda tener. Nadie es perfecto, yo tampoco lo soy.

—A veces me dejas sin palabras, nunca hubiera imaginado que un hombre como tú pudiera tener ese tipo de reflexiones.

—Entonces no eres tan diferente a ese hombre que dices que crees que soy.

—Supongo que no, y te pido disculpas por ello.

—No es cuestión de pedir disculpas, Eva. Es cuestión de aprender con cada día que amanece.

—¿De verdad que solo nos hemos intercambiado los cuerpos o también han hecho unos arreglos en tu cabeza?

—Veo que no lo entiendes.

—Lo siento, ya te he dicho que sí, que tienes razón. Solo estoy cansada de todo esto, ha sido duro y agotador.

—Tranquila, te dejo pensar en ello, ya no hablo más.

—No te preocupes, soy yo la que tiene el carácter agrio. Estaba revisando mi teléfono y tengo tres llamadas perdidas del albañil que está reformando mi casa. He aprovechado este viaje para que empezaran con el tinglado y con la esperanza de volver y que todo estuviera terminado.

—No me habías dicho nada.

—No tenía por qué hacerlo, no es nada del otro mundo.

—Lo digo por si me llama y me pilla desprevenido.

—Eso es cierto, pero ahora es tarde. Le llamaremos mañana para ver cómo está todo. ¿Harás eso por mí?

—Claro, yo le diré todo lo que tú me digas. No te preocupes.

—A ti no te ha llamado nadie.

—¿Y?

—No sé, es raro.

—Perdona, pero a ti te ha llamado el novio para dejarte y un albañil. No sé qué es más raro.

—Cierto. Estamos muy solos, Axel, muy solos.

—No tanto, ahora nos tenemos el uno al otro.

Ambos nos quedamos un instante mirándonos, observando nuestro propio reflejo en el otro y por un momento olvidé que a quien estaba mirando era a mí, porque no era cierto que lo fuera, era ella, Eva.

—Tengo sueño. Creo que lo mejor será apagar la luz y dormir un poco, me he visto demasiadas ojeras.

—De acuerdo, mañana trataremos de encontrar de nuevo a Agapornis.

Tengo que reconocer que me costó mucho dormirme y era verdad que estar en silencio y a oscuras ayudaba mucho a reconocerse a uno mismo sin pensar que estaba atrapado en otro cuerpo. Además, me dio por pensar en Eva días atrás y en lo idiota que había sido con ella. Lo que más me dolía era recordar la imagen que se había forjado de mí al verme con aquella inglesa a la que la pobre tuvo que abonar quinientos euros. Pese a que le había jurado y perjurado que no sabía que aquella mujer era una prostituta, no pareció muy convencida en ningún momento. Estaba seguro de que me tenía en muy mal concepto, que pensaba que era un mujeriego, un chulo de campeonato y un idiota redomado, y tal vez me lo merecía. Mi comportamiento no era un dechado de virtudes, pero en mi defensa diré que era mi coraza ante el mundo.

Me costaba confiar en los demás y por ello no me aferraba a nada ni a nadie, era mi particular terapia para evitar decepciones o abandonos. De todo eso tenían gran parte de culpa mis padres, a los que hacía muchos años que no veía. La vida juntó a un loco y a una loca que me tocaron a mí en suerte. Quizá eso me hizo madurar antes de tiempo y tener que afrontar sentimientos que un chaval no debería sentir jamás. Madurar a marchas forzadas tiene sus consecuencias. En mi caso, había querido recuperar esa etapa adolescente alocada e irresponsable que no acompañaba para nada a mi edad, sumiéndome en un futuro ya no muy lejano a la vida en soledad. Pero yo no estaba muy seguro de que eso me gustara, y la

angustiosa idea de terminar solo mis días empezaba a sobrevolarme de tarde en tarde.

Unos golpes fuertes en la puerta me sobresaltaron y pensé por un momento que los guardas de seguridad del hotel venían a ponernos de patitas en la calle por haber montado todo aquello en la sala de conferencias.

—Eva, despierta —le dije bajito, tanto que no me oyó—. Eva, por tu madre, despierta —dije levantando la voz un poco más, pero nada, siguió roncando.

—Abran la puerta —escuché al otro lado de la puerta.

—¿Quién es?

—Alguien al que buscan. Ábranme que se me están helando las tibias.

Me levanté de la cama y me acerqué a la puerta sigilosamente, no sabía si abrirla sería peligroso o no, pero la voz me pareció familiar y nadie que viene a atacarte mencionaría sus tibias.

—Necesitan mi ayuda. ¿Quieren abrir de una vez?

Ahora reconocí la voz. ¡Era Agapornis!

—Por fin —dijo, apartándose de un manotazo y entrando en la habitación con un camisón a lo King África y una redecilla en el pelo—. ¿Dónde está ese compañero suyo que ha osado entrar en mi sesión espiritual esta tarde?

—Está durmiendo y en realidad es mi compañera.

—¿Su qué? —Agapornis me miró confundido.

—Que ella es yo y yo soy ella.

—Despierte a ese granuja.

—Esa.

—Despierte a ese cuerpo de inmediato, no tengo toda la noche. Mañana viajo a primera hora —me ordenó de manera tajante, sentándose en el butacón y aplastando mi ropa con el trasero.

—Eva, Eva —la zarandé varias veces—, despierta. Ha venido el señor Agapornis, ha venido a salvarnos.

—Dele más fuerte, no ve que no se despierta —me dijo de brazos cruzados desde el butacón.

—No quiero hacerle daño.

—Es un tiarrón. Dele, dele. Tengo prisa, señorita.

—Pero no lo entiende: él es ella —insistí.

—Y yo soy mí y soy él, el más grande —dijo Agapornis en tono majestuoso.

—Pero ¿qué dice?

Agapornis se levantó como un cohete y se acercó a la cama.

—Caballero, despierte, tengo bastante prisa. Se me está cerrando el tercer chacra y eso me pone de muy mal humor.

—¿Cuál es el tercer chacra? —quise saber. Aquel extraño ser era muy desconcertante.

—El ano.

—¿El ano?

—Él sabe de qué le hablo. —Señaló hacia Eva que seguía durmiendo hecha un tronco.

—¿Lo ve? No se despierta —dije aún pensando en qué tipo de relación había entre mi ano y ese señor.

—Levante y ande. —Agapornis alzó la mano y la dejó caer como un plomo sobre el carrillo de Eva, provocándole un susto monumental.

—¿Quién? ¿Dónde? ¿Por qué? —preguntó incorporándose de un respingo.

—¿Por qué ha hecho eso? —le reprendí por aquella torta injustificada.

—Ya le he dicho que tengo prisa, además, ustedes se botaron los controles de seguridad esta tarde para interrumpir mi intervención buscándome desesperadamente. ¿Le parece bonito no atender mi visita?

—Señor Agapornis —dijo Eva abrazándose a él, creyendo que sería nuestra salvación.

—Aparte, caballero. —La empujó y se zafó de ella.

—No soy un caballero, soy Eva.

—Y yo, Axel —dije seguidamente, posicionándome a su lado.

—¿Perdón?

—No disimule, usted ha hecho esto, usted ha propiciado este desagradable intercambio de cuerpos.

—¿De verdad creen que tengo tanto poder? ¿Acaso creen que soy el profesor Albus Dumbledore de *Harry Potter*?

—No sé quién es ese señor ni me importa, pero estamos seguros de que usted nos ha hechizado de alguna forma —afirmó Eva, agarrándome la mano y alzándola para mostrar en qué estado nos encontrábamos.

—En primer lugar, no me dedico a los hechizos, y, en segundo lugar, ¿cómo sé que me están diciendo la verdad?

—Porque sí, porque se lo estamos diciendo nosotros.

—Veamos, usted, caballero —dijo dirigiéndose a Eva—, ¿quién ganó el mundial en 2.002?

—Y yo qué sé, no me gusta el futbol.

—Yo sí lo sé, fue Brasil. La bota de oro se la dieron a Cristiano Ronaldo por

ocho goles anotados —dije triunfal.

—¡Santa madre de Dios! —exclamó Agapornis santiguándose.

—¿Nos cree ahora?

—No, pero estaba seguro de que el mundial lo ganó Turquía ese año.

—Lo siento, pero Turquía quedó en tercer lugar —dije muy orgulloso por mis conocimientos futbolísticos.

—Perdón, pero esta conversación no soluciona para nada este estropicio —intervino Eva.

—Lo sé, pero les vuelvo a repetir que no he podido hechizar a nadie, porque no soy hechicero ni tengo esos poderes.

—Entonces ¿qué explicación puede darnos?

—Las cosas del Universo solo las sabe el Universo. Yo no tengo ese nivel astral, estoy en proceso, pero no me convalidaron ciertas asignaturas.

—¿Y todo aquello que dijo en el avión? —le pregunté.

—¿Qué dije?

—Que éramos almas gemelas y que las almas se transformaban en personas para unirlos en un sagrado vínculo.

—Aquello no recuerdo haberlo dicho.

—Lo dijo en sueños, o en trance, no estoy segura. Pero lo dijo, ambos lo oímos.

—Estaría soñando con Bo Derek —dijo tranquilamente volviéndose a sentar en el butacón.

—Usted... Usted es un farsante —gritó Eva dando vueltas sin sentido presa de la ira.

—¿Yo? Perdonen, pero yo vendo ilusión a la gente, les hago creer que pueden vivir en un mundo mejor y lo que uno cree puede convertirse en una realidad palpable.

—Usted vende humo, señor Agapornis. Humilla a la gente. ¿A qué vino aquello del tercer chakra? —le reprendió Eva sin saber yo todavía a qué se referían con aquello.

—Eso lo hago para divertirme un rato, y respecto a lo de que humillo gente les diré que en ese caso no existe diferencia alguna entre ustedes y yo.

—Nosotros no hacemos esas cosas. ¿Por quién nos toma?

—Por dos personas que estuvieron injuriándose el uno al otro en el avión, dos personas que claramente no eran conscientes de que estaban enojando al karma, al cielo, al cosmos o lo que sea que haya allá arriba, y ahora tienen un problema bien gordo.

—Pues como conocedor de esas cosas debería empatizar con nuestra situación, ¿no cree? —le dije yo.

—Y eso estoy haciendo, acaso ¿no estoy aquí con ustedes?

—Tiene que ayudarnos, señor Agapornis, hágase cargo de esta situación. Es insostenible —Eva suplicó acercándose a él.

—Lo máximo que les puedo ofrecer es un ritual sanador con piedras calientes y mi más sentido pésame.

—Aquí no ha muerto nadie.

—Una parte de ustedes sí, ¿no lo ven?

—Entonces ¿nos cree ahora?

—Les creo. Ningún hombre heterosexual se sentaría de esa forma ni se daría aire con esa coquetería —dijo observando a Eva con mirada lasciva y guiñándole un ojo.

—Entonces, ¿puede ayudarnos o no? —insistió Eva a punto de echarse a sus pies.

—Me temo que no, el cordón de plata que une la conciencia con el cuerpo físico debió romperse por algún motivo, o quizá se enredó o se hizo un lío, pero yo nada tuve que ver en ello. Sin embargo, sé de alguien más poderoso que yo que podría hacerlo. No lo aseguro, pero podrían visitarlo.

—¿Quién es esa persona? —pregunté, y esperanzado esboqué una sonrisa.

—Bueno —sonrió amablemente Agapornis—, el maestro Oruki Okaki es un hechicero muy poderoso, experto en transferencia mental. Una vez tuve el sumo gusto de asistir a una conferencia mundial en la que se habló un poco sobre la materia y su nombre salió a relucir. Desafortunadamente, es un hombre muy ermitaño, alejado de la sociedad y sin forma de contacto conocida.

—¿Entonces? —La esperanza se me cayó a los pies.

—No he dicho que sea imposible. Sé de alguien que sabe dónde vive —repuso Agapornis—. Pero ustedes no desistan, este intercambio debe verse como algo positivo y si ocurrió es por algo que deben agradecer al Universo. Las fuerzas del Universo son sabias y nunca actúan a la ligera, todo tiene su porqué. Lo más probable es que vuelvan a la normalidad un día cualquiera, del mismo modo que se cambiaron la primera vez, quizás cuando ustedes hayan aprendido la lección que el Universo quiere darles.

—Pero ¿cuándo? No podemos esperar a que simplemente ocurra, ¿y si es nunca? Tenemos que encontrar el modo de volver a nosotros. ¿Y por qué el Universo quiere castigarnos?

—Quizá lo ofendieron.

—¿Nosotros?! —Eva y yo nos miramos sin entender, ¿qué cojones le podíamos haber hecho nosotros al puto Universo?

—No se molesten con el Universo, es lo peor que podrían hacer. Los pensamientos negativos solo traen campos electromagnéticos negativos consigo y eso no es bueno, créanme. No osen desafiar la mente universal. —Agapornis me miró fieramente.

—¿Insinúa que podría ser peor que esto? —Eva estaba al punto del llanto.

—No insinúo nada, lo afirmo —sentenció Agapornis poniéndose en pie.

—Pero ¿se va? No puede dejarnos así. Tiene que ayudarnos —le pedí agarrándolo del brazo.

—Me hago cargo, pero no puedo, ya les dije que no tengo ese poder. Ya me gustaría a mí tenerlo. Les aconsejo que hagan ejercicios de meditación antes de dormir para hacer las paces consigo mismo y con el otro inquilino. Quizá sus conciencias en su viaje astral encuentren sus cuerpos físicos de origen mientras duermen.

—No puede irse, díganos algo. Usted es experto en estas cosas —le imploré, viendo el estado cada vez más desconsolado de Eva.

—Lo lamento mucho, pero me retiro a mis aposentos. He tenido un día horrible —dijo Agapornis yendo hacia la puerta.

—Nosotros sí que hemos tenido un día horrible —dijo Eva, con lágrimas en los ojos, andando tras él.

—Mañana tendrán noticias mías. Prometo ayudarles, quédense con eso.

—Qué remedio —dije, viéndolo abrir la puerta para acto seguido salir de la habitación.

—Se ha ido —dijo Eva acercándose a la cama, enjugándose las lágrimas.

—Pero mañana nos dirá algo —afirmé, tratando de hacerle ver el lado positivo de las cosas. Me acerqué a ella y me senté a su lado—. No llores, te prometo que esto se va a solucionar.

—¿Me lo prometes?! —Me lanzó una mirada cargada de furia.

—Sí, te lo prometo.

—Si no eres capaz de hacerme sonreír, ¿cómo narices vas a hacer para que tú y yo —me cogió por la pechera con brusquedad y me sacudió— volvamos a ser yo y tú? ¿Cómo vas a hacerlo? —Y al punto hundió la nariz en mi pecho, sollozando.

—Te lo prometo, Eva. Iremos donde el tipo ese que nos ha dicho y resolveremos este asunto. —La abracé y la dejé descargarse sobre mí.

No estaba muy seguro de poder mantener mi promesa. La situación era

demasiado insólita como para tener claro cómo escapar de ella, pero tenía que darle un apunte de esperanza en el que confiar. Y yo también necesitaba confiar, qué cojones. Encontraríamos a ese entendido en transferencia mental del que había hablado Agapornis y él revertiría el hechizo. Sí. Eso es lo que iba a pasar.

Eva se quedó dormida tan pronto dejó de llorar, abrazada a mí. Por extraño que pueda parecer ya no me parecía tan raro que fuera mi propio cuerpo el que descansaba sobre mi costado y mi brazo el que me rodeaba el pecho. De algún modo extraordinario mi conciencia había asimilado nuestra nueva situación en pocas horas. Era inquietante a la par que alucinante. El poder de la mente es prodigioso.

Cuando me desperté unas seis horas después, las posiciones habían cambiado y ahora era mi cabeza la que se apoyaba sobre el pecho de Eva, mientras ella dormía plácidamente. Pese a que estaba oscuro, supe que seguíamos igual: cambiados, pero el hecho de no ver apenas facilitaba las cosas. Por un momento imaginé que todo era normal: yo tenía cuerpo de hombre y Eva de mujer, salvo por unas pequeñas diferencias (yo tenía unas tetas firmes y redondas y Eva pelo en el pecho). Pero si trataba de ir más allá y no pensar en ello, al final, no éramos más que unos recipientes que almacenaban un alma. Y mira por dónde, a nosotros nos había salido el alma viajera, pero ¿qué le íbamos a hacer? Si el Universo había tenido el capricho de permutarnos, por algo debía ser. Entonces se me ocurrió que tal vez esa era la forma de volver. Si lográbamos entender el porqué de lo que nos había pasado podríamos encontrar el modo de enseñarles a nuestras conciencias el camino de regreso a casa.

Atrapada en tu cuerpo

DURANTE ESA NOCHE me consta que ambos intentamos hacer fuerza con nuestras mentes, tal y como había dicho Agapornis. Inducirnos una autoterapia para dejar salir todo fuera, vaciarnos y volver a nuestro estado natural. Pero aquello, de nuevo, fue en vano. Al abrir los ojos con los primeros rayos de luz, lo primero que vi fueron mis pies desnudos que asomaban por el borde de la colcha, y evidentemente seguían sin ser los míos. Eran los de Axel. Algo pequeños para su gran tamaño. Solo calzaba el cuarenta y dos pese a medir más de metro noventa.

Él seguía dormido con mi pelo enmarañado cubriéndole la cara y emitiendo ligeros sonidos nasales que querían asemejarse a un ronquido, pero no lo conseguían. Aun así, no podía negarle que roncaba. Lo hacía y no lo sabía. Me incorporé con cuidado, necesitaba ir al baño y no quería despertarlo y que me molestara mientras hacía mis cosillas, pero algo me hizo detenerme antes de entrar.

Sentí que algo ligero se desplazaba en uno de mis pasos. Era un papel doblado que se detuvo a la altura de la puerta. Lo recogí y lo desplegué para averiguar de qué se trataba. Era una nota de Agapornis: «Esta es la dirección de Oruki Okaki. Díganle que van de mi parte, no me conoce, pero si consulta en Google podrá hacerse una idea. Explíquenle qué les ha sucedido, él podrá ayudarles mejor que yo. Les deseo la mayor de las suertes. *Namasté.*»

Agapornis tenía una magnífica capacidad de mezclar diferentes tipos de mancias en su repertorio. Claramente era un farsante, pero en algo tenía razón: ayudaba a sentirse mejor a las personas y eso no era algo criticable.

Entré al baño y me observé en el espejo. El cuerpo de Axel ahora era parte de mí y empezaba a apreciarlo. Era muy bonito, al igual que su cara. Sentí deseos de tocarlo y así lo hice. Le recorrí los pectorales con sus manos dirigidas por mí y me acaricié descendiendo hacia el duro abdomen que podría ser usado como modelo en una clase de anatomía humana. Estaba muy en forma y tenía la piel muy firme y suave. Se notaba que la hidrataba bien después del ejercicio.

Seguí descendiendo y las caricias fueron en aumento, casi diría que se convirtieron en friegas con ansia, y es que ansiaba a Axel. Lo había ansiado durante semanas y quizá ese fuera el detonante del intercambio: mis ganas de tenerlo dentro eran tales que se me había metido a base de bien.

Pero ¿qué estaba haciendo? La culpa me hizo detenerme en seco. Había arrastrado a Axel a portar mi cuerpo por mi anhelo de poseer el suyo.

—¿Qué narices estabas haciendo? —Mi voz me sobresaltó de repente.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—El suficiente como para pensar que me estabas autoviolando.

—No estaba haciendo eso —respondí avergonzada—. Probaba una técnica que he leído en internet para devolvernos a nuestro estado normal.

—¿Y hacía falta agarrar mi manubrio como una posesa? —dijo, señalándome el aparato en pleno apogeo. Tenía un buen aparato, a decir verdad.

—Eso estaba así cuando me desperté. No puedo controlarlo, casi tiene vida propia. Míralo —insistí, señalándoselo con la mano con los ojos en blanco.

—¿Y esa cara de placer que ponías mientras me sobabas como a un *boys* de discoteca? ¡Yo no pongo esa cara cuando me excito, por el amor de Dios!

—No controlo tus músculos faciales. Será tu cara, quieras o no. No sueles verte, no sabes qué caras pones. Creo que tienes una imagen de ti demasiado perfecta, Axel —le regañé, tamborileando los dedos sobre la encimera del lavabo tratando de desviar el tema, y lo conseguí. Sus ojos se quedaron clavados en mis dedos.

—¿Qué es ese papel? —preguntó, señalando la nota de Agapornis.

—Este papel es nuestra posibilidad de salvación, pero dado que te empeñas en hablar de cosas que carecen de importancia... —dije aliviada de cambiar de tema.

—¿Y qué dice?

—Toma. Léelo tú mismo.

Axel me arrebató el papel y lo leyó para sí.

—¡Este tío vive en Brasil! Eso se sale de nuestra ruta —dijo.

—De aquí volamos a Argentina y el vuelo no está previsto hasta el domingo por la tarde, pero podemos pillar un avión privado a Brasil e ir a ese sitio. Tenemos tiempo.

—¿Eres consciente de lo que cuestan los vuelos privados?

—No lo sé, nunca he cogido ninguno.

—Tendremos que consultar en internet. Supongo que existirán aerolíneas *lowcost* para desplazar a la gente de América Latina.

Mientras Axel seguía elucubrando con aquel papel en las manos, me fui a buscar el móvil para buscar información de Alter do Chão, lugar donde residía Oruki Okaki.

—Por lo visto, sí va a ser preciso coger vuelos privados, este lugar tiene mal acceso. Tenemos que coger un avión hasta Santarém y desde allí pillar un coche, un taxi o un bus hasta la aldea.

—Esta tontería nos va a costar un ojo de la cara.

—Esta tontería nos sale más barata que cambiarnos a base de bisturí —le rebatí, abriendo el grifo de la ducha—. Espabila y empieza a buscar opciones de viaje para hoy mismo, y no olvides de sacar la tarjeta, te recuerdo que me debes quinientos euros.

—Vamos a tener suerte. Santarém tiene aeropuerto —dijo al rato, sentado en la taza del váter. Al parecer ya habíamos perdido toda la vergüenza, nos comportábamos como cualquier pareja normal y corriente con tan solo un pequeño inconveniente, que no éramos ni pareja ni normales y corrientes.

—Perfecto, mira cuándo podemos coger el primer vuelo.

—El primer vuelo lo podemos coger en dos horas, pero hace tres escalas y tardaremos veinticuatro horas en llegar.

Paré el agua en seco. Veinticuatro horas era un día entero perdido para buscar a ese señor, no teníamos tiempo para tanto, la idea de irnos antes de lo previsto de Bogotá era para ganar tiempo extra antes de nuestra presentación en Buenos Aires, pero este revés consumía la mayor parte del tiempo solo con el desplazamiento.

—Eso es mucho tiempo —dije desalentada, abriendo la cortina y exponiendo su propio cuerpo desnudo a Axel, que se estaba limpiando *el tesorito* sin ningún pudor tampoco—. ¿Y qué opciones tenemos?

—Según la web de Aerolíneas Lan Colombia, pocas —respondió, dejando el móvil en la repisa del váter.

—Estamos perdidos —sollocé, llevándome las manos a la cara.

—Tranquila, usemos el intelecto —dijo incorporándose y acercándose a mí con la intención de abrazarme.

—No te acerques, te voy a mojar.

—No me importa que me mojes, no quiero que llores, Eva.

—¿Por qué no te gusta la cara que pones cuando lloras?

—No. Porque no quiero verte sufrir.

Tras esas últimas palabras, Axel se apretujó contra mí, mis tetitas aplastadas

contra su pecho. Las sentía turgentes y los pezones erizados por el agua bajo la camiseta. Cerré los ojos y pensé que ambos éramos los de siempre. Me concentré mucho en ello, pensando que aquel ritual de agua pudiera hacer algo por nosotros. Mis manos se deslizaron por su espalda, realmente tenía una espalda diminuta, nunca había podido tocármela con tanta precisión y mi mente me jugó una mala pasada cuando llegué a la parte baja. Apoyé cada una de las manos en mis cachetes y los apreté bien fuerte contra mí, y de nuevo el miembro que ahora tenía entre las piernas se puso en modo pinocho.

—Dime que eso que noto no es mi polla.

—Lo es, ya te he dicho que no puedo controlarla. Lo cierto es que me he estado concentrando demasiado para ver si revertía este encantamiento.

—¡Espera! —Se separó bruscamente desdoblado su pene y dejándomelo como para colgar trapos—. Aún podemos hacer algo que puede ayudarnos aquí.

—¿El qué? —pregunté esperanzada.

—¿Has visto alguna vez «el día de la marmota»?

—No, ¿eso qué es? ¿Una especie de festival como el día de San Patricio?

—No, es una comedia de los noventa. En España se llama *Atrapado en el tiempo*, pero la gente suele llamarla «el día de la marmota». Se llama así porque, según la tradición, si la marmota sale de su madriguera y no ve su sombra significa que el invierno dirá adiós pronto, por el contrario, si sale y hace un día soleado, la marmota ve su sombra y vuelve a meterse en la madriguera para hibernar. Eso significa que el invierno durará cuarenta y dos días más.

—No te pillo.

—Que tú y yo somos esa marmota, debemos dejar de ver nuestra sombra.

—¿Y todo eso lo sacas de una película?

—No es ficción, la tradición de la marmota es real, solo da título a la película, porque el protagonista vive el mismo día una y otra vez, por eso lo de atrapado en el tiempo. Debemos recrear la noche que nos intercambiamos. ¿No lo entiendes? —Sus pupilas titilaron llenas de alegría, pero yo seguía sin entender adónde quería llegar.

—No mucho.

—A ver, Eva. Tú y yo debemos dejar de ver nuestros cuerpos y dejarnos llevar por lo que somos, aunque tengamos esta carcasa. Debemos recrear la noche en casa de mi tía Rosi y dejarnos llevar de nuevo. Eso podría devolvernos nuestras sombras, si conseguimos dejar de verlas.

—Creo que te voy captando.

—Genial. Tienes que llamarla y decirle que nos encantaría ir otra vez a cenar

esta noche. Seguro que le gusta la idea, mi tía está muy sola y me ha echado mucho de menos.

—Sí, ya me dijo que te había añorado mucho.

—Pues no perdamos más tiempo, hagamos esa llamada. No pensé que Bill Murray pudiera darme la clave de esto. Confía en mí, lo conseguiremos. —Axel se estiró, me agarró la frente y la besó con una expresión en mi cara que jamás había visto: la ilusión.

Tal y como habíamos quedado, hice esa llamada, Axel me apuntó en un papel todo lo que tenía que decir, aparte de poner el altavoz por si surgía alguna cosa en la conversación a la que no supiera dar respuesta.

—Perfecto, tía, iremos a las siete. No podía marcharme sin volver a probar otra deliciosa comida casera de las tuyas.

—Me alegra mucho que volváis a venir a cenar. Espero que hayáis empezado a llevaros mejor.

—Sí, tía, nos estamos conociendo a fondo —le respondí, dedicándole una miradita a Axel.

—Me alegro, querido sobrino. Nos vemos esta noche.

—Perfecto. Una cosita, tía, acaso ¿te quedará alguna botella de ese vino que tomamos y chicha?

—Claro, ¿por qué lo preguntas?

—Por nada, nos gustó tanto que nos gustaría abandonar este maravilloso país con buen sabor de boca.

—Si es por eso no te preocupes. Hasta luego, Axel.

—Chao, tita.

Bill Murray y esa noche eterna

EL TAXI NOS DEJÓ, como la primera vez, en la puerta de Rosi en veinte minutos. Me alegré de ver de nuevo aquella lujosa residencia. La brillante idea de Axel me había llenado de esperanza, pero no las tenía toda conmigo. Siempre había sido de carácter negativo, nunca confiaba al cien por cien en nada y eso me impedía en muchos momentos disfrutar las cosas con plenitud. Así que antes de bajar del taxi respiré hondo y me dije a mí misma que las cosas iban a salir bien, que Rosi podía ser la clave, recordando aquellas palabras que dijo cuando nos sirvió aquel vino que estaba deseando abrir: «Tengo un vino que arremolina el alma».

—¿Preparada? —preguntó Axel, apretándome la mano.

—Sí, entremos de una vez, es la hora exacta —dije, respirando hondo de nuevo y mirando el reloj.

Rosi nos recibió casi de la misma manera que la última vez, abrazándome esta vez a mí como aquel día que vio a su sobrino después de mucho tiempo, y nos invitó a pasar.

—¿Y los niños? —preguntó Axel al no verlos en el salón.

—No están. Han ido a pasar el fin de semana a casa de unos amigos y no volverán hasta mañana. Si llego a saber que vendríaís hoy no les habría dejado irse. Se pondrán tristes al saber que no han podido despedirse de ti —respondió mirándome con pena.

Asentí y sentí la necesidad de decirle algo que la reconfortara, así que le dije:

—No dejaré que vuelva a pasar tanto tiempo, volveré a Colombia para veros. Un viaje de placer dedicado por completo a vosotros. Creo que este país ha robado un trocito de mi alma.

—Así es. Este país tiene algo mágico, ¿verdad? —dijo ella recuperando su chispa habitual—. El amor colombiano me arrastró aquí y ahora no puedo deshacerme de ese hechizo, no sé por qué será.

—Sí, es hechizante —afirmó Axel.

—Hoy te veo incluso más guapa que la última vez, Eva. Espero que me hicieran caso y dejaran atrás sus diferencias. Es importante disfrutar libremente de las cosas que el destino nos pone delante —le dijo a su sobrino que sonrió de oreja a oreja con mi cara y le dio las gracias por el cumplido.

Aquella mujer parecía estar diciéndonos algo. ¿Sería posible que tuviera más poderes que Agapornis y que Axel tuviera razón y aquella recreación de los hechos nos devolvería a nuestro estado? Confiaba en ello. Tenía que confiar. Era un buen plan. O, al menos, era un plan. El mejor, dadas las circunstancias.

—Todo está bien, y estamos deseando probar lo que nos hayas preparado hoy maridado con ese vino. No hemos dejado de pensar en él —intervine yo.

—Es un vino colombiano del Valle del Sol. A pesar de ser un país tropical contamos con una joya vitícola inusual: una viña cultivada a 2.600 m de altitud que, además, produce unos vinos calificados de excelentes. Y este es uno de ellos —dijo mi tía, alzando una botella de aquel caldo sin descorchar.

—Estamos ansiosos por beberlo —dije.

—Pues cógela y descórchala. Eva entretanto me acompañará a la cocina para terminar de preparar la cena.

—De acuerdo, me encanta verte cocinar —dijo Axel.

—¿Ah, sí? ¡Y eso que solo me has visto una vez! —exclamó Rosi riendo mientras Axel la seguía, dirigiéndome una mirada graciosa que me hizo sonreír.

¿En qué piensan las mujeres?

DEJÉ A EVA ABRIENDO LA BOTELLA de vino y acompañé a mi tía a la cocina.

—¿Qué has preparado hoy? Huele que alimenta —comenté, acercándome a curiosear la olla humeante que se cocía a fuego lento en los fogones.

—Qué más da lo que haya cocinado yo. Aquí lo importante es lo que habéis cocinado vosotros.

—No te entiendo.

—Venga, va, estamos entre mujeres. ¿Acaso no te has dado cuenta de cómo te mira mi sobrino? Sé que puede parecer un golfo de mucho cuidado, pero tiene un gran corazón y sé que tú estás empezando a apreciarlo.

—No lo dudo, pero no creo que nos gustemos tanto.

—¿A quién quieres engañar, Eva? Se te nota en la mirada que estás enamorada.

—¿Enamorada? —Casi me atraganto con la palabra.

—Sí, enamorada. No puedes negarlo. —Alzó las cejas, divertida—. Sé que es una palabra que suena fuerte e incluso impacta a primera instancia, pero solo es un sentimiento como la pena, y nadie se sorprende de sentir pena por algo repentinamente. ¿Qué diferencia hay entonces en sentir tristeza o alegría o incluso enamoramiento?

—No lo sé, pero enamorarse da mucho respeto.

—Deprimirse debería de dar mucho más respeto, porque es algo negativo que nos hunde y nos destroza por dentro, y de eso Axel sabe mucho. Mi sobrino ha sufrido mucho y se merece la oportunidad de sentirse querido. No le prives de esa sensación por lo que hayas podido apreciar superficialmente. Sé que el amor pulula a vuestro alrededor, sé de lo que hablo, se nota en el ambiente.

No supe qué responderle a mi tía, supongo que si hubiera sido una mujer podría haber canalizado de otra manera aquella conversación, pero la verdad es que no tenía práctica. No acostumbraba a hablar de amor con nadie. Pero hasta un profano como yo sabía que los sentimientos no entienden de géneros, no

existen barreras físicas que impidan aflorar ese tipo de reacciones humanas tan lícitas y tan verdaderas que nos unen a todos por igual, independientemente de a quién o cómo amemos.

—Tienes mucha razón en lo que dices, pero supongo que todos esperamos esa señal que nos ayude a dar el paso.

—La señal, querida, es dejarse llevar. Dejar la mente aparcada y actuar con el corazón. El corazón es el único órgano que dice la verdad y tiene la capacidad de mover montañas, saltar los obstáculos y pasarse lo que opinen los demás por el forro de los ovarios.

—No creo que haya nadie que quisiera oponerse a que Axel y yo estemos juntos.

—¿No dijiste que tenías novio?

—Lo tenía.

Me miró asombrada y sonrió.

—Si ya sabía yo —dijo, pellizcándose la mejilla.

—Debería salir a ver a Axel. Me sabe mal haberlo dejado solo.

—Ve con él. Enseguida termino con todo esto. Vayan bebiendo vino y me cuentan qué tal lo pasaron la otra noche.

Eva estaba luchando con aquella botella de vino, intentando sacarle el corcho sin que se partiera en dos. Era una bonita paradoja de lo que nos pasaba a nosotros. Éramos un corcho frágil que cerraba algo delicioso y que si se rompía nos condenaría a no volver a ser sólidos. Estábamos constituidos por capas de células muertas, aquellas que recubren la parte exterior de los troncos y las ramas de los árboles. Impermeables y elásticos. Así éramos Eva y yo en ese momento.

—¿Necesitas ayuda? —le pregunté.

—Este corcho se me resiste.

—Déjame —le pedí, extendiendo la mano para que me pasara la botella.

—¿Qué tal ha ido ahí dentro? —preguntó, señalando con un gesto la cocina.

—Ha sido raro.

—¿Raro?

—Sí, ha sido una conversación muy femenina, quizá demasiado profunda.

—Lo que tú llamas profundidad nosotras lo llamamos sensatez.

—Ha habido un poco de locura también, créeme.

—¿No piensas contármelo? Te recuerdo que ella cree que me estaba hablando a mí, tengo derecho a saberlo.

—No me atrevo a reproducir de nuevo esas palabras, podrían estropear nuestro plan.

—Entonces dímelo en otro momento —dijo y me pasó la copa para que se la llenara, mirándome directamente a los ojos y atravesándome más allá. Mis ojos ya no eran míos, habían adoptado una forma y una manera de mirar propios de ella—. ¿Qué sucede? —preguntó.

—Nada. Estaba pensando en lo curioso y extraño de todo esto.

—Lo sé, a mí también me pasa. Confiemos en que todo acabe esta noche.

—¿Y si no acaba, Eva? —dije bajando la voz para que Rosi no escuchara nuestra conversación.

—No sé qué responderte a eso. No me lo he planteado siquiera.

—No te lo he dicho, pero tengo miedo —le confesé.

—Yo también, pero intento mantener la calma.

—¿Estaremos condenados a estar juntos para siempre? —pregunté.

—¿Acaso eso sería tan malo? —Parecía ofendida por mi pregunta.

—No, si fuera nuestra decisión, pero esto sería prácticamente una obligación.

—No pensemos en eso ahora. Los malos pensamientos atraen las cosas malas. Debemos ser positivos y tener fe en nuestro plan.

—Supongo que no nos queda otro remedio.

—¿Brindamos?

—Sí, hagamos honores a este vino que tan gratamente intervino aquella noche. —Llené las copas y le ofrecí una—. Porque todo vuelva a ser como era.

—Mejor brindemos porque las cosas sean mejor de lo que eran —repuso ella, alzando la copa y esbozando una sonrisa.

Esa noche mi tía Rosi sirvió arroz con coco y ajiaco con pollo. Que aquello estaba delicioso era decir poco, mi tía tenía un don mágico para la cocina y sabía amenizar las cenas con grandes conversaciones, alimentando nuestras mentes y estómagos al mismo tiempo.

—Entre los cafetales y los yarumos en las noches de luna llena se escucha el grito de la Llorona. De rostro cadavérico, cubierta de harapos pringados por la lluvia y el sol. La Llorona alguna vez fue una mujer hermosa de ojos audaces, que enloquecía a los hombres de los pueblos con su cuerpo de acróbata del placer. Ahora, desprovista de esplendor, deambula sin sosiego por las veredas, atormentada por la culpa del crimen y los delirios de una madre, que cree llevar entre los brazos a un niño imposible —concluyó mi tía Rosi, que nos estaba deleitando con algunas leyendas y folclore colombianos.

—Me has puesto los pelos de punta —dijo Eva, abrazándose.

—No sabía que fueras tan sensible. Nos ha salido blandito el niño —rio mi tía, apurando el último trago de vino de su copa.

—Estaba todo delicioso, tía —dijo Eva bordando el papel de sobrino que le tocaba desempeñar esa noche.

—Para mí es un placer teneros en casa, mi esposo sigue de viaje de negocios. Si no fuera por los niños, habría días que el silencio de esta casa me volvería loca.

—¿No has pensado en volver a España? Si Jeffrey siempre está de viaje igual le daría fijar su residencia en otro sitio —le dije.

—Alguna vez lo he pensado, pero me he vuelto más colombiana que la Llorona y los niños tienen su vida aquí. El cambio los trastornaría.

—Te entiendo.

—Cambiemos de tema. ¿Qué han pensado hacer ustedes el tiempo que les queda por acá? —Mi tía había adoptado la habilidad de hablar con dos acentos alternativamente.

—Esta mañana estábamos pensando en ir a Brasil, ¿verdad, Axel? —dije, dirigiéndome a Eva.

—Sí, hemos visto unas playas paradisiacas estupendas que nos hubiera encantado conocer, pero los vuelos hacían demasiadas escalas e íbamos a necesitar veinticuatro horas solo para volar hasta allí —hizo una mueca muy mía—, así que lo hemos desestimado.

—¿De cuánto tiempo disponen hasta la siguiente presentación?

—El domingo por la tarde sale nuestro vuelo a Buenos Aires. Y el lunes por la tarde es la presentación —respondió Eva.

—¿Y tienen muchas ganas de visitar ese lugar?

—Mucho, Alter do Chão es un lugar paradisiaco en medio del Amazonas. Pocas veces uno tiene la oportunidad de estar en un lugar como ese.

—Creo que deberían ir —dijo Rosi, apoyando los puños en la mesa con determinación.

—No podemos. Es imposible.

—No hay nada imposible y más si tu marido es socio de un holding de hoteles. —Alzó las cejas—. Uno hace muchos contactos.

—¿A qué te refieres? —quiso saber Eva.

—Que conozco un piloto privado con una flota de aviones de esos chiquititos que nos debe un favorcito. Puedo llamarlo y los llevará encantados derechos y sin escalas.

—¿Lo dices en serio? —volvió a preguntar.

—Totalmente, además te debo un regalo de graduación.

—Eso sería estupendo. Te lo agradecemos mucho, tita. —Eva se levantó y besó efusivamente la mejilla de mi tía.

—No me des las gracias. Ya te he dicho que te debo un regalo y si deseáis tanto visitar ese lugar, haré todo lo posible para que así sea. ¿Cuándo queréis ir?

—Mañana a medio día sería estupendo.

—Dejadme hacer unas llamadas y os mandaré un mensaje con todas las instrucciones, pero no quiero prometeros nada. Dependerá de que el piloto no tenga otros vuelos y pueda llevaros, ¿de acuerdo?

—Lo entendemos perfectamente —dije yo lo más sereno que pude.

—¡Estupendo entonces! Ahorita llegó el momentito de la noche. Voy a por la chicha que me consta que les gustó mucho y removié cositas por ahí dentro —dijo mi tía Rosi, haciendo círculos con el pulgar señalando nuestras cabezas.

—¡Y que lo digas, tía, y que lo digas! —exclamó Eva con los carrillos enrojecidos por el vino y la alegría de tener en marcha un plan B por si el plan A que teníamos entre manos no salía según lo previsto.

—¿Durmió bien, Sr. Connors?

—Dormí solo, Sra. Lancaster

MÁS EMBRIAGADOS QUE LA última vez, llegamos al Templo de la Salsa. Rosi nos había servido chupitos de chicha sin perder ritmo hasta que nuestros estómagos dijeron basta.

—¿Puedes sostenerte en pie? —me preguntó Axel, agarrándome el brazo para que no perdiera la estabilidad. Él tampoco andaba muy estable. Llevaba puestos mis taconazos de aquella noche para recrear a la perfección todos los detalles y todavía no terminaba de controlar, pero debo reconocer que se le daba bien. Bastante mejor que a mí andar con aquel mondongo entre las piernas.

—Sí, tranquilo. Pero no creo que pueda beber ni un chupito más de guaro.

—No importa, lo importante es recrear lo que pasó entre nosotros.

—Lo intentaré. No creo que pueda repetir los pasos exactos que hice la otra vez, pero me dejaré llevar —dije, envalentonada y deseosa de entrar en el garito y que la música inundara mis sentidos.

El lugar estaba abarrotado de gente y la música sonaba a unos decibelios denunciables en España.

—Nos vamos a quedar sordos —le dije a Axel.

—No, yo no me veo gordo.

Supe que no me había entendido por la mueca de su cara, pero era absurdo rebatir aquello a grito pelado. Le tomé la mano y nos dirigimos a la barra del fondo, haciéndonos hueco en el mismo sitio que el jueves.

—El camarero es otro —le dije pegándole la boca a la oreja.

—No creo que eso tampoco sea importante.

—Pídele la bebida y que nos pongan la canción de Romeo.

Axel asintió y llamó la atención del camarero con el brazo en alto.

Los pies comenzaron a pedirme marcha, no podía dejar de mover las caderas allí parada, era yo sola la viva imagen de todo el reparto de *En una jaula de*

grillos. Algunas personas comenzaron a mirarme. Era un hombre bailando como una mujer y, aunque Colombia tiene unas de las políticas hacia los homosexuales más liberales del hemisferio occidental, siempre queda alguna manzana podrida en el mundo al que le escandaliza algo así.

Axel me pasó un chupito y brindamos para luego beberlos de un trago. Sentí la quemazón del guaro recorriéndome la garganta y el consiguiente fuego en el estómago haciéndome toser.

—¿Le has pedido la canción?

—Sí, me ha dicho que no tardarán mucho en ponerla.

—Bien, deberías bailar un poco a tu aire hasta que llegue el momento para entonarte. Recuerda que es lo que yo hice —le dije a Axel.

—No creo que pueda hacerlo tan bien como tú, pero lo intentaré.

Mi cuerpo invadido por Axel se dejó llevar a la pista, bailando torpemente y pareciendo una persona que acababa de salir de rehabilitación. La escena no se asemejaba para nada a la otra vez que estuvimos allí. Nuestras expresiones corporales no acompañaban para nada a nuestros cuerpos intercambiados, pero era lo único que podíamos hacer y lo intentaríamos de todos modos. Estábamos en el tiempo de descuento.

Los primeros acordes de la canción comenzaron a sonar al poco. Era mi turno para entrar en acción. Observé a Axel tratando de dejarse llevar, los ojos concentrados en mi rostro. Empezó a entregarse con determinación, y en el preciso momento en el que Romeo pronunció las palabras: «Ya me han informado que tu novio es un insípido aburrido», lo rodeé y me acerqué por detrás, envolviéndole la cintura. Nunca había pensado que tenía la cintura estrecha, pero entre sus manos me lo pareció. Era pequeña y casi podía abarcarla por completo con las manos de Axel. Me contoneé imitando sus movimientos de aquella noche, incitándolo con la cadera, y ahora era yo la que sentía mi propio olor y su respiración acelerada. Mi cuerpo se estremeció entero y nuestros corazones parecían seguir un compás rítmico. Aquel baile duró más que la otra vez, ambos intentábamos eludir el hecho de que debíamos besarnos.

—Tenemos que besarnos —le dije con la voz entrecortada por la excitación del momento y los nervios.

—No sé si seré capaz. Sé que eres tú, pero me veo a mí mismo y no puedo.

—¿Recuerdas la técnica de cerrar los ojos? —Axel asintió—. Cerrémoslos muy fuerte y nos trasladaremos a aquel momento sin pensar nada más. No nos miremos, solo sintámonos.

—Eva, no te prometo nada —dijo, mientras yo le daba la vuelta.

—No me hagas la cobra, sé que puedes, al igual que hemos podido bailar sensualmente. —Axel me miró directamente a los ojos—. No me mires, ciérralos ya, aprieta fuerte y piensa en mí, en cómo era y en lo que soy por dentro. Como me has dicho esta mañana, intenta no ver tu sombra.

Axel me obedeció y, cuando comprobé que estaba concentrado, le di la vuelta y empecé a besarle el cuello por detrás, apartando mi pelo a un lado. Tenía que ponerlo en materia antes de besarnos. Debía intentar que disfrutara del momento sin pararse a pensar que era su propio cuerpo quien lo excitaba. Axel decidió darse la vuelta torpemente sin abrir los ojos y se pegó, juntando nuestros cuerpos, y en ese momento decidí cerrar los ojos también.

Subió las manos lentamente hasta mi nuca, pero encontrarse con la suya al tacto lo hizo pararse en seco, entonces fui yo quien decidió acariciarlo a él. Por alguna razón no sentía la misma aversión por tocar un cuerpo femenino. Recorrí la cremallera de mi vestido y acaricié mi pelo igual que hizo Axel la otra vez. Mis manos ahora eran fuertes pero inexpertas, e inexplicablemente aquello me excitaba muchísimo. Axel pareció relajarse y me apretó contra él apresándome la cintura, y de nuevo nos dejamos llevar, sintiéndonos cada vez más cómodos.

De nuevo volví a sentir palpitar mi cuerpo entero, nuestras respiraciones eran confusas, a ratos rápidas y a ratos se entrecortaban. Sentí que algo crecía en mí sin control y sabía que Axel no tardaría en notar aquel bulto marcándole el vientre. Esa sensación que a mí tanto me había gustado, pero que sabía que a él podría disgustarle. Pensé que se apartaría y que todo nuestro plan se iría al garete, pero de manera sorprendente se pegó más fuerte contra mí y eso hizo que la cosa se endureciera más. Habíamos traspasado la frontera y aquello parecía estar incluso gustándonos.

Nuestras bocas recorrieron la distancia que las separaba y se abrieron con sed el uno del otro, y ayudados por mis manos que todavía seguían enroscadas en su cuello, las unimos. Respiramos con alivio y nos fundimos en un beso. La ansiedad por revertir aquel hechizo o quizá las ganas latentes que todavía nos teníamos el uno al otro a pesar de todo nos fundieron en un solo ser.

Cuando sentimos la necesidad de aire y nos separamos, ninguno hubiera imaginado que volveríamos a por más, pero nuestros ojos se abrieron y se miraron atravesándonos las pupilas, mi frente apoyada en la suya, la respiración arremolinada entre las bocas, nuestros alientos una espiral, y de nuevo nos pegamos con fuerza, entrelazando las lenguas en un baile de sacudidas y gemidos. Nos estábamos comiendo las bocas, literalmente.

—Deberíamos irnos —dije, separándome al cabo de un rato.

La vuelta al hotel la hicimos en silencio, como si pronunciar alguna palabra sobre lo que había pasado fuera a estropear la atmosfera mágica que habíamos conseguido crear. En ese momento, ambos teníamos el convencimiento de que con aquello habríamos logrado traspasar las leyes metafísicas y a la mañana siguiente nos despertaríamos con nuestros cuerpos.

Con el mismo silencio y el gesto inmutable llegamos a la habitación, pero aún quedaba un tema por resolver.

—¿Y ahora qué? —pregunté rompiendo el silencio.

—Ahora debemos dormir.

—No creo que pueda.

—Recuerda que no hicimos nada, no podemos traspasar ese límite, puede ser peligroso.

—No te lo estaba proponiendo, aunque no lo haya parecido ha sido bastante duro.

—Y qué lo digas —dijo intentando restar solemnidad a aquel momento incómodo mirándome la entrepierna con una sonrisa de medio lado.

—Deberíamos al menos dormir juntos y sin ropa.

—¿Estás juguetona?

—No, pero es lo que hicimos.

—Te propongo una cosa: invoquemos al señor Bill Murray.

—Ese hombre está vivo. Tengo entendido que se invoca a los muertos y otros entes divinos.

—Nosotros somos dos entes divinos y estamos en la Tierra de pie, vivitos y coleando —repuso quitándose el vestido y pateando mis zapatos para luego tirarse en la cama—. Venga, desnúdate y tumbate.

Asentí y me quité la ropa. La tiré al suelo sin cuidado y me quedé mirándolo.

—Ven, acuéstate a mi lado, Eva —me pidió, apoyando la mano en el lado vacío de la cama—. Pondré una canción que lleva por título *Bill Murray*, es de Izal, un grupo que me gusta mucho y que escucho siempre que quiero relajarme. Sus letras son realmente buenas y esta nos puede servir para sobrellevar la noche y coger el sueño.

—¿Porque la música amansa a las fieras?

—Porque la música alimenta el alma y nos hace sentir y reflexionar —me repuso.

—Está bien —acepté, tumbándome. Axel me tomó la mano y la apretó infundiéndome valor y calma.

—Apaga la luz, tu técnica funciona. Cerremos los ojos y volvamos a soñar juntos.

Me relajé a su lado y apagué la luz, y de nuevo entrelazamos nuestras manos en la penumbra de la habitación, mientras Axel buscaba en su *play list* la canción.

—Quiero que escuches bien la letra y te concentres en ella, Eva.

—Lo haré.

Cuando empezaron a sonar las primeras notas, ambos respiramos hondo y cerramos los ojos.

*Misma manera de perder,
la horizontalidad tranquila.
Rendida ante el sueño.
Misma manera de volver
a los aromas conocidos.
El brillo del cuerpo.
Espejo, bostezo.
Mens sana in corpore viejo.*

Nuestras manos comenzaron a acariciarse, a sentirnos de una manera limpia. Pura. Verdadera. Y nuestros pies comenzaron a buscarse por debajo de las sábanas para comenzar una lucha de sentimientos extraños, de sensaciones encontradas en esa noche eterna que fue y era nuestra condena, y de aquella misma manera de volver, igual que rezaba aquella canción.

*Mismo ejercicio, misma destrucción.
La misma forma de descanso.
Parado en el mismo colchón.*

Y eso estaba sucediendo. El tiempo se detuvo con Axel y conmigo tendidos en esa cama tomados de las manos y de los pies, entrelazados como el seno de una gruesa cuerda de yute. Éramos una espiral sin fin que no había dejado de girar desde que la fuerza del destino quiso intercambiarnos.

*Sé que no me queda mucho más tiempo de luz salvaje.
Pero déjame, mientras resista, que me desangre.*

Y acabamos frente a frente, besándonos de nuevo con las mismas ganas que nos tuvimos aquella noche. De un modo perfecto, tan perfecto y natural como la

Tierra orbitando elípticamente alrededor del Sol.

—*Yas nikar pil vodo mako* —le dije, tratando de pronunciar las palabras que me había dicho en sueco, y que pese a que había tratado de traducir en Google me había sido imposible.

Axel sonrió en la oscuridad, me besó los labios y dijo:

—*Jag visste redan.*

Ni chicha ni limoná

ME GUSTARÍA CONTAR que todo salió bien, que esa noche nos besamos hasta caer dormidos y que al día siguiente nos despertamos siendo nosotros mismos y que lo celebramos echando un polvo de los que hace temblar los cimientos, pero no fue así. Eva se quedó dormida, sí, enseguida, deseosa como estaba de que todo volviera a la normalidad; yo, por mi parte, me quedé mirando al techo durante horas. A ratos dormí, supongo, aunque tengo la sensación de que no pegué ojo en aquellas horas de incertidumbre, y sabía que con ello estaba fastidiando el plan, que para iniciar el viaje de retorno debía dormir profundamente y que mi alma retomara ese viaje astral que había iniciado equivocándose de parada final.

Cuando el móvil empezó a sonarme a las seis y media de aquel domingo, lo hizo en mi mesita, es decir, en la mesita donde yo lo había dejado aquella madrugada.

Era mi tía. Si le sorprendió que fuera Eva quien respondiera la llamada no lo demostró. No dijo nada. Seguramente se olía que nos habíamos liado o que terminaríamos liados tras ingerir aquella cantidad ingente de chicha.

Nos había podido arreglar lo del vuelo privado y teníamos que estar en el aeropuerto a las ocho. Me dio el número del piloto para que le avisáramos en cuanto llegásemos para que nos indicara cómo pasar los controles de los pasajeros de vuelos privados.

Me tumbé de cara a Eva y la desperté con cuidado, esperando a ver su expresión cuando abriera los párpados y se viera. Era la mejor forma de hacerle saber que nuestro plan había fracasado. Abrió el ojo derecho, azul oscuro en la penumbra de la habitación y me miró. Sonrió con pena.

—Tengo una buena y una mala noticia —dije.

—La mala ya la sé. —Hizo una mueca de fastidio—. Dime la buena.

—Acabo de hablar con mi tía y está todo arreglado. Así que mueve el culo que tenemos que salir pitando para el aeropuerto —dije, acariciándole la mejilla. Necesitaba un afeitado.

Llegamos al aeropuerto puntuales. Una auxiliar de vuelo de la compañía privada nos estaba esperando en el *checking* de equipajes con un cartel en alto con mi nombre. No tardamos mucho en hacer los trámites y llegar hasta las pistas reservadas para los aviones privados. Había muchos allí. Muchísimos. Yo esperaba una avioneta pequeña, algo cochambrosa, pero nada más lejos de la realidad. Parecía el Air Force One. Le tomé la mano a Eva y se la apreté, mientras con pasos rápidos recorríamos la distancia hasta las escaleras.

Al subir aquellas escaleras me sentí un poco como si estuviera en una película americana, en la que los protagonistas ricos usan jets para cualquier nadería, pero cuando entré en aquel avión, casi me caigo de culo, aquello superaba cualquiera de mis expectativas. Era muy lujoso. De un lujoso que resultaba obsceno, pero no tanto como cuando ves en la televisión esas mansiones árabes con grifos de oro macizo.

No viajábamos solos. Había unas diez personas ocupando los asientos, mientras otra auxiliar les servía champán en las copas.

—No me lo puedo creer —Eva me susurró al oído, apretándome el antebrazo sin medir sus fuerzas. Parecía nerviosa y emocionada.

—¿Qué pasa?

—No me puedo creer que para una vez en mi vida que tengo ocasión de conocer a Maluma tenga que ser metida en tu cuerpo y encima lleves las gafas puestas. ¿Por qué narices no te has puesto las lentillas?

—Porque me molestan —respondí con aire cansino—. ¿Y quién dices que está aquí?

—Maluma —contestó y me encogí de hombros—. ¿No sabes quién es Maluma? —Sus ojos disparaban chiribitas.

—Puf, ni idea. —Negué con la cabeza, observando a toda esa gente.

—Es un cantante colombiano muy famoso, ¿acaso no has escuchado su canción *Cuatro babys*?

—Así que es el que canta eso... —De nuevo miré a esa gente, preguntándome cuál de esos tíos sería el tal Maluma—... Alguna vez la he oído, y luego dices que el machista soy yo.

—Solo es música. No entiendo a qué viene eso. Además, deberíamos bajar el volumen. Podría oírnos y ofenderse con nosotros.

Por suerte todos estaban inmersos en sus propias conversaciones y no se dieron cuenta de que habíamos entrado en el convoy, aunque la expresión de bobo que Eva había instaurado en mi cara, no tardaría en llamar la atención de alguno de ellos.

—Buenos días, señor Maluma —dijo con los ojos brillantes y llenos de admiración, a la altura de uno que llevaba una especie de chándal metalizado y unas cadenas doradas en el cuello.

—Llámeme Juan, estamos entre panas.

—Yo diría que los asientos son de cuero —repuse yo sorprendido de que mencionara aquel tejido tan basto.

—Disculpe, señorita, «pana» acá significa amigo —me respondió entre risas.

—Disculpe su torpeza. Hoy no se ha levantado muy fina y no esperábamos encontrarlo aquí —comentó Eva, toda sonrisas.

—El piloto me llamó ayer para preguntar si podía incluirlos en mi vuelo a Brasil. Nos salimos un poco de mi ruta, pero todo sea por mi buen amigo Jeffrey.

—¿Conoce usted a mi tío? —preguntó Eva con la cara más de imbécil si cabía.

—En efecto, su tío me ayudó mucho en mis comienzos, hice algunos bolos en sus hoteles. Fue de los primeros en darme una oportunidad.

—Pues nosotros le estamos también muy agradecidos, señor Maluma. Este viaje significa mucho para nosotros —dijo Eva, poniendo las manos en modo hámster comiendo pipas.

—Tomen asiento pues, pediremos que les sirvan algo y disfruten del vuelo.

—¿Antes podría hacerse mi amiga fotos con usted? —Eva se estaba poniendo un poco pesada.

—¿No preferiría hacérselas usted? Parece muy emocionado.

—Lo estoy, pero por ella —respondió Eva señalándome expresivamente.

—No entiendo —dijo Maluma mirándome a mí, que debía tener la cara con un gesto más agrio que un limón borde.

—Es largo de explicar y no lo entendería.

—¿Por qué no lo intentan? Son ustedes una pareja muy peculiar —comentó dando un codazo a su compañero de asiento, que se estaba quedando durmiendo.

—Verá, mi amiga es un poco machorra —dijo Eva.

—¿Machorra? —Maluma pareció sorprenderse.

—Sí, masculina.

—Entiendo, y usted es gay.

—No, él no es gay —salté engrescado, confundiendo más al cantante.

—Tranquilos, no se me vayan a enojar ahora. Me haré fotos con ustedes, con ambos —dijo, señalando a uno y al otro con el dedo índice—, cuando estemos arriba. Deben sentarse ya, el piloto no despegará hasta que le señalicen que estamos todos en nuestros asientos y abrochaditos.

Eva pareció darse cuenta de que estábamos importunando a ese chico de vestimenta estridente y nos sentamos en nuestros asientos calladitos por unos instantes, pero el silencio se rompió pronto.

—¿Por qué te has comportado así? Has sido muy maleducado con él.

—¿Y tú? Me has hecho parecer una locaza. Parecía el presidente del club de fans de Chueca.

—¿Qué problema tienes con los gais? ¿Eres homófobo?

—Para nada. ¿Cómo puedes pensar tal cosa cuando me dejó maquillar por ti cada día? Simplemente no me gusta ser quien no soy. ¿Acaso te gustaría a ti que yo usara tu cuerpo para practicar boxeo?

—No, pero tampoco me molesta profundamente que te rasques la entrepierna, que ya no tienes. Además, aquí no nos conoce nadie.

—Es la costumbre.

—Pues la mía es ser una mujer y ser fan de Maluma. Y te agradecería mucho que te hicieras unas fotos con él, me haría mucha ilusión poder enseñárselas a mis amigas.

—Lo intentaré.

—Con buena cara, por favor.

—¿Así? —dije forzando una sonrisa.

—¿Podrías sonreír sin que pareciera que te están pisando los pies?

—Podría si el tal Juan fuera Shakira, pero no lo es, así que confórmate.

Eva me miró, entornando los ojos. Seguro que su maquiavélica cabeza estaba tramando algún loco plan para sacarme unas fotos con Maluma en actitud cariñosa.

—Me hubiera gustado viajar solos —dije al rato.

—¿Por qué? ¿Te molesta compartir cincuenta metros cuadrados con un hombre más guapo que tú? No me lo puedo creer. —Se cruzó de brazos con una estúpida sonrisa esbozada en mi cara y los ojos puestos en mí.

—No digas tonterías —le repuse y volví a observar al cantante—. ¿De verdad piensas que ese tío es más guapo que yo?

—Yo y millones de mujeres en el mundo. Maluma es un icono. Ese tío suda sexapil y mea sexilexia.

—¿Y qué cojones es eso?

—Algo que tú también tienes, Axel —me sonrió y me dio un golpecito con el dedo en la nariz— o tenías, mejor dicho. Ahora lo tengo yo —añadió y soltó una carcajada.

—Estás muy graciosa esta mañana.

—Estoy que me salgo. Voy a llamar a la azafata, me apetece emborracharme.

—¿Estás segura después de lo de anoche? No son ni las diez.

—Segurísima. —Miró hacia donde Maluma conversaba con una morena entradita en carnes—. Estoy en el mismo avión que Maluma y pienso aprovecharlo.

—¿Eres consciente de que llevas puesto mi cuerpo?

—¿Y tú eres consciente de que estás un poco celosón? —Volvió a reírse.

—¿Celoso yo, de ese tío?

—No, de ese tío no. Estás celoso porque yo estoy mirando a ese tío, y eso me gusta, Axel. Eso me gusta. —Levantó la mano y llamó la atención de una de las auxiliares, que con premura se acercó.

—¿Desea algo el señor? —preguntó con un juego de pestañas.

—Quiero un mojito, grande, muy grande —hizo una medida de cubo con las manos —y mucho hielo picadito. ¿Puede ser?

—Para usted lo que sea, señor —dijo la chica retirándose a toda velocidad a cumplir los deseos de Eva.

—Me encanta tener tu cuerpo. Tienes un poder sorprendente sobre las mujeres.

El capitán dio el aviso de que íbamos a despegar y durante unos quince minutos apenas se escuchó nada en la cabina del avión, salvo el rugir de los motores en el exterior luchando contra las leyes gravitatorias. Cuando llegamos a la altura de navegación, se nos dio el aviso de que ya podíamos desabrocharnos los cinturones, y la azafata acudió con una copa XL de mojito en la mano y una sonrisa en la boca.

—¿Usted no desea tomar nada, señorita? —me preguntó mientras le entregaba a Eva aquel copón más grande que su cabeza.

—¿Podría tomar un café con leche y unos croissants con mantequilla y mermelada de fresa?

Eva me dio un fuerte codazo y la miré molesto.

—Debes cuidar la línea, Eva —me soltó.

—Y tú también, Axel. Encajarte entre pecho y lomo un mojito antes del mediodía tampoco es muy saludable.

—Por eso me tomaré más de uno —me replicó antes de chupar sonoramente de la pajita—. ¡Qué rico y qué fresquito! En cuanto se me termine, me trae otro. —Le guiñó el ojo a la auxiliar que permanecía a la espera.

—Tomaré lo que le he dicho —le dije.

No entendía qué le sucedía a Eva. Ella no era así. Ella siempre se comportaba

con rectitud y seriedad, y lo de tomarse un lingotazo antes de las diez era de todo menos recto y serio, pero tal vez se lo merecía, darse un capricho, tomarse las cosas a la ligera y disfrutar del momento.

Miré alrededor, examinando la cabina de aquel avión. No le faltaba detalle. Al fondo, una gran televisión plana frente a unos sillones de piel beige, donde algunos del séquito del cantante estaban ahora disfrutando de un copioso almuerzo en una mesa de caoba. Dos filas de asientos mullidos, por completo reclinables y dotados de sus propias pantallas, y una pareja de eficientes y guapas azafatas a nuestra entera disposición.

—Axel...

—Baja la voz, pueden oírte —dije, dándole un codazo.

—Está bien. Eva, Evita... —me susurró a la oreja—. ¿Me harás ese favor?

—¿Qué favor?

—Ya sabes... —Alzó las cejas con una sonrisa de lo más boba esbozada—...

Las fotos con Maluma.

—Está bien, si tan importante es para ti.

—De verdad, lo es.

—Lo haré entonces, pero tú me deberás un favor a mí.

—Lo que tú quieras —afirmó antes de sorber otro trago con la pajita.

—Dime algo, ¿por qué estás bebiendo alcohol a las nueve y media de un domingo?

—Necesito valor si quiero entrarle a Maluma.

Pestañeeé sorprendido.

—¿Quieres ligar con ese tío de las cadenas doradas? ¡¿Con mi cuerpo?!

Asintió y volvió a chupar ruidosamente sin dejar de observarme. No entendía nada. ¿Eva quería ligar con Maluma después de lo de anoche? ¿Eva se estaba volviendo como yo? Aquello me asustó. ¿Acaso nuestros cuerpos podían ganarles la batalla a nuestros instintos y apoderarse de nuestras mentes?

—¡¿Estás loca?!

Eva explotó a reír y yo estuve mirándola fijamente hasta que la azafata me trajo el desayuno, entre tanto ella seguía sorbiendo mojito como si no hubiera un mañana, le di las gracias y esta se marchó a sus quehaceres. La seguí con la mirada. Tenía un buen culo. Se detuvo donde estaba sentado Maluma y volví a mirar al cantante con curiosidad.

Tras desayunar sin mediar palabra con Eva, que se había pedido otro mojito y estaba acabando con él, me decidí a ir. Si la dejaba seguir bebiendo, vete tú a saber qué sería capaz de hacer. Me puse en pie, sin saber con exactitud lo que

quería decirle.

—¿Dónde vas? —Eva me retuvo del brazo.

—¿Dónde crees? —Le sonreí y ella levantó los pulgares sonriendo sobreexcitada. Nunca la había visto así. Y todo por ese Maluma.

—Quítate las gafas para las fotos. Quiero salir bien —dijo.

—Tranquila, y sonreiré —añadí guasón.

Anduve hasta el cantante y me planté delante.

—Hola, señor Maluma —lo saludé con sobriedad.

—Hola nuevamente —dijo él, levantando la mirada por encima de sus Dior. Maluma se había quitado la chaqueta del chándal y llevaba una camiseta blanca sin mangas que se le pegaba por completo al torso. Estaba muy cachas.

—Soy Eva. Me llamo Eva —me presenté—. Le importa que hable con usted un momento. Será poco. No quiero molestarle.

—Siéntese —me ofreció, señalándome el asiento vacío a su derecha—. Llámame Juan.

—Verá, señor Juan —tragué saliva—, voy a ser directa. Mi amigo es un gran admirador suyo.

—Solo Juan si no le importa. —Me sonrió de un modo deslumbrante. Tenía los dientes muy blancos. No me extrañaba que las mujeres de medio mundo babearan por ese hombre. Me resultaba atractivo incluso a mí—. ¿Y eso no me lo puede decir él?

—No se atreve, es que es gay.

—¿No dijo antes que no lo era?

—Sí, lo dije. Porque pensé que él no quería que usted lo supiera, porque es muy vergonzoso y recién ha salido del armario. Es un gran admirador suyo, pero nunca se atrevería a decírselo a la cara, y es por eso que está bebiendo como un cosaco... Tratando de hacerse al ánimo, pero si le dejo seguir bebiendo terminará haciendo el ridículo.

—Entiendo —dijo Maluma comprensivo—. Pero debo advertirle que yo no soy gay.

Respiré por dentro, aliviado. Eso al menos descartaba la posibilidad de que mi cuerpo fuera mancillado por aquel cachas encadenado en oro hasta las orejas.

—Le gustaría hacerse unas fotos con usted... Que nos las hiciéramos los tres y charlar un rato, si no le molesta.

—No me molesta. Me va bien. Tenemos tiempo hasta llegar a Santarém. ¿Por qué van ustedes allí?

—Queremos ir a Alter do Chão. Nos han dicho que es un sitio paradisiaco en

medio del Amazonas y quisiéramos verlo aprovechando nuestra estancia aquí.

—Escuché de ese lugar. Dicen de él que es el caribe amazónico.

—¿Usted no lo ha visto?

—No, solo estuve en Sao Paulo y Río de Janeiro, allá me dirijo ahorita.

—¿Va a dar un concierto?

—Así es, preciosa. Quizás les gustase asistir. Puedo suministrarles pases vip.

Pensé que a Eva le encantaría saber que Maluma le había dicho preciosa y de paso la invitaba a ir a un concierto suyo, pero no era posible. No había tiempo.

—Estoy segura de que a Axel le gustaría mucho, pero nos es imposible. Solo tenemos hasta mañana por la mañana para ver Alter do Chão y por la tarde tenemos que estar en Argentina sin falta, y gracias a que Luís Alfredo nos hace el favor de llevarnos, y usted. Ha sido muy amable al aceptar desviarse para que podamos cumplir nuestro deseo de ver ese sitio.

—¿Y por qué tantas prisas? El concierto será mañana en la noche. ¿No podrían retrasar su visita a Argentina para el martes?

—No. Estamos en viaje de trabajo, y tenemos una agenda que cumplir. Es muy importante que estemos en Argentina el lunes por la tarde para una presentación.

Maluma asintió con interés, aunque probablemente todo aquello le importaba una mierda. En cambio, dijo:

—¿De qué trata su trabajo?

—Es un prototipo que ha desarrollado nuestra empresa para generar electricidad y calefacción no contaminantes a muy bajo coste, mediante un sistema de fotocélulas vegetales avanzadas. Lo mejor es que podría estar al alcance de cualquier, y cuando digo cualquiera me refiero a todo el mundo sin distinción. De eso trata este viaje, estamos presentándolo para conseguir capital y poder construir un prototipo a escala doméstica.

Maluma volvió a asentir.

—Me parece muy interesante.

—¿De verdad?

—Claro, preciosa, me gusta esa idea de las energías no contaminantes. Siempre estoy abierto a nuevas oportunidades de negocio y si además puedo aportar mi granito a la salud del planeta y brindar algo bueno a las gentes de pocos recursos, pues mucho mejor. De eso se trata su prototipo, ¿no?

—Exactamente —afirmé, pensando que ese Maluma era un tío muy listo.

—Hágale, cuénteme. —Se cruzó de brazos y me miró fijamente.

—Pues si me disculpa un momento, voy a por Axel. Él es el genio. La

verdadera cabeza pensante. El prototipo es idea suya y estoy segura de que le encantará contarle en persona en qué consiste.

Volví donde Eva me esperaba impaciente terminándose otro mojito de tamaño descomunal.

—Ven, tenemos trabajo.

—¿Trabajo? —Me miró extrañada.

—Sí, a tu Maluma le encantaría saber sobre el EnergyFree.

—¿En serio? —Abrió los ojos como platos.

—Muy en serio. Está muy interesado en nuevas oportunidades de negocio para invertir y le interesa nuestro proyecto. Además, le he dicho que eres gay. Podrás mostrarte todo lo melosa que quieras con él.

—¿Has hecho eso por mí? —me preguntó con una sonrisa radiante.

—Claro que lo he hecho por ti. Pero solo por esta vez y porque es Maluma. Pero quiero que sepas que no tienes nada que hacer. Ese tío no es gay, me lo ha dicho.

—Lo suponía.

—Pero de serlo, ¿te acostarías con él? —quise saber. Tenía que saberlo.

—¡¿Por quién me tomas?! —Me miró ofendida.

—Es lo que has dicho antes.

—Solo lo decía para molestarte —dijo Eva, relamiéndose los labios.

Lo que había que aguantar, sacudí la cabeza y dije:

—Coge el portátil, anda. Tenemos un posible inversor esperando.

Estuvimos un par de horas con Maluma, contándole los pormenores del prototipo y cuando el avión empezó la maniobra de aterrizaje regresamos a nuestros asientos con una tarjeta personal del cantante en las manos y una promesa sincera de que avalaría el proyecto. Eva estaba eufórica. Lo había estado desde que Maluma la había abrazado y besado las mejillas. La sonrisa no la había abandonado en ningún momento y aunque empezó hablando un poco nerviosa, no tardó en cogerle gusto a la presentación, mostrándose segura e incluso atreviéndose a bromear.

—Has estado brillante —le dije conforme nos sentamos.

—¿En serio?

—Te brillaba mucho la cara por el sudor —dije y me reí.

—Cretino —dijo, asestándome un codazo con el ceño fruncido.

—Controla esos codazos. Me vas a hundir las costillas.

—Y tú controla esa risa. Pareces una bruja piruja.

—Ambos debemos controlarnos.

—Sí —asintió pensativa—, pero ha ido bien, ¿verdad?

—Ha ido genial. Ahora en serio: has estado brillante. Eres muy inteligente, Eva, y eso es algo de ti que me encanta.

Me miró con la boca abierta, falsamente sorprendida.

—¿Me estás halagando, Axel? A ver si te va a dar un vahído por ese arranque de amabilidad.

—Puedo ser muy amable si quiero. ¿Te sorprende?

—En ti, sí. No sueles ser amable conmigo.

Me molestó que dijera eso, aunque me lo había ganado a pulso. Quizá unos días antes aquello me la hubiera traído floja, pero ahora su opinión me importaba. Me importaba más que ninguna otra. Era Eva. Era su opinión sobre mí.

—¿Eso es lo que piensas de mí?

—Sí, bueno, no sé —lo pensó mejor haciendo un alto—, lo pensaba —rectificó para mi alivio interior—. Ahora ya no sé muy bien lo que pienso. Todo se ha vuelto demasiado raro como para pensar con racionalidad. ¿No crees?

—Han cambiado muchas cosas desde el jueves y no solo —nos señalé a los dos— lo obvio para ambos. Estoy viendo las cosas de otra manera, Eva.

—¿Cuáles?

—La vida, la idiosincrasia del ser humano, el Universo, no sé, todo —expuse vagamente.

Eva asintió con la cabeza, mirándome con curiosidad.

—Yo también, Axel. —Me apretó la mano y me sonrió.

Yo para ser feliz quiero un Renault

ERAN CERCA DE LAS DOS de la tarde, hora local de Santarém, cuando cargados con nuestras maletas pusimos los pies en tierra firme. Contábamos con apenas veinte horas para encontrar a Oruki Okaki, deshacer el hechizo y regresar al aeropuerto, donde el mismo avión que nos había traído hasta aquí nos llevaría directo a Buenos Aires. El tiempo no estaba a nuestro favor, pero aun así estábamos henchidos de esperanzas renovadas, sobre todo yo; algo había tenido que ver encajarme a estómago vacío tres copones de Mojito y conocer a Maluma, que en persona ganaba mucho, aunque cueste creerlo.

Me hice una visera con la palma de la mano y miré alrededor. La luz era allí deslumbrante y la humedad que cargaba el ambiente tenía un fuerte tufillo que llenaba las fosas nasales y los pulmones de un calor que apretaba por dentro. Era el olor de la selva amazónica que lo envolvía todo.

Una de las auxiliares nos acompañó hasta el control de pasajeros y de nuevo nos fue fácil y bastante rápido franquearlo, gracias a unos permisos especiales firmados por el capitán Luís Alfredo Vásquez Guerrero y sellados por la compañía Columbus Air, indicando la fecha y hora de nuestra salida del país. El agente nos hizo algunas preguntas de rigor sobre el motivo de nuestro viaje y dónde pensábamos hospedarnos, cosa que desconocíamos por qué parecía ser importante para él, pero supusimos que era un formalismo más.

Ese mismo agente nos informó que había unos autobuses de línea que cubrían el trayecto hasta Alter do Chão a un precio muy económico y que salían de hora en hora. Pero no queríamos perder más tiempo, así que optamos por coger un taxi. Entonces nos encontramos con el primer problema: no teníamos reales brasileños, así que desandamos nuestros pasos y volvimos a entrar en el aeropuerto para buscar alguna oficina de cambio de divisas. Entre Axel y yo juntábamos en metálico: treinta euros y seis mil pesos colombianos, que al cambio se tradujeron en unos setenta reales brasileños. Lo que viene siendo un timo en toda regla.

—¿Por qué no alquilamos un coche? —dijo Axel mirando una oficina de Holiday Autos.

—Creo que es mejor usar el transporte público o un taxi. No conocemos ni el idioma ni las carreteras —le objeté.

—Pero seguro que no es difícil circular por aquí, y además, el Google Maps habla español a la perfección.

—No me parece buena idea.

—¿Por qué? —Axel se puso en jarras sacando pechitos. Mis antiguos pechitos.

—Porque estamos en Brasil, no sabemos el idioma, ni adónde vamos...

—No seas gallina, Eva —me cortó en tono burlón—. ¿Crees que no soy capaz de llevarte a cualquier lugar? Podría hacerlo con los ojos cerrados. Además, nos evitaríamos tiempos de espera y seguro que luego nos es útil para desplazarnos por Alter do Chão.

No sé por qué accedí, aunque algo en mi cabeza me decía que estábamos cometiendo un gran error.

—Está bien, como quieras —dije, encaminándome hacia la oficina de alquiler.

La oficina estaba vacía y un tipo delgado, que parecía aburrido y ahogó a duras penas un bostezo cuando nos plantamos delante de su mostrador, nos atendió en inglés. Después de varios «*not problem, my friend*», nos pidió un permiso de conducir. Axel abrió el bolso dispuesto a sacar mi cartera, y ahí tuvo lugar el segundo problema.

—¿Qué crees que haces?

—Sacar tu carné.

—Pues no sé de dónde.

—¿No tienes carné de conducir? —Me miró parpadeando. Vaya, se me ponía una cara de tonta. Si conseguía recuperar mi cuerpo debía ensayar frente al espejo varios gestos que le había visto a hacer y no me acababan de gustar.

—Pues no.

—¿Por qué no tienes carné de conducir?

—Porque no me hace falta.

—Pero ¿por qué no lo tienes? —insistió.

—No sé, nunca me hizo falta y lo fui demorando —respondí, echándole una ojeada nerviosa. No quería responder con sinceridad a esa pregunta. No lo llevaba bien. Era el tachón en mi expediente.

—¿Y ahora qué? —preguntó enfurruñado.

—Pues tendré que ser yo quien conduzca. —Saqué su cartera y la puse sobre el mostrador.

—Pero tú no sabes conducir.

—Yo no he dicho que no sepa.

—Pero no tienes carné.

—Pero sé conducir, solo que no tengo el carné.

Axel entornó los ojos y tuve que sincerarme.

—Tengo el teórico, pero no conseguí el práctico. No aprobaba, pero sabía conducir, te lo juro. Me tenían manía los semáforos y las señales.

—¿Cuántas veces te presentaste?

—Tres —mentí a regañadientes. En realidad, fueron cinco.

Axel me miró boquiabierto y explotó a reír.

—No tiene gracia, vale. No te rías —le dije harta de sus carcajadas, dándole un empujón sin medir las fuerzas. Axel salió despedido hacia atrás y unos turistas con pinta de americanos, que se habían sumado a la cola, se me quedaron mirando con mala cara.

—¿Está bien, señorita? —Uno de ellos, un tipo alto y de anchas espaldas, seguramente jugador de rugby en sus años púberes, se interesó por Axel.

—Sí, estoy bien —respondió él en inglés, mirándome con cara de circunstancias. Debía controlarme o alguien me iba a terminar denunciando por violencia de género.

—Perdona, se me olvida a veces esto de estar en tu cuerpo —le dije, avergonzada.

—Tranquila. Anda, saca mi carné y terminemos cuanto antes.

Junto al Renault Duster tuvo lugar el tercer problema, Axel se empeñó en conducir.

—No puedes —me opuse, tras varios rifirrafes, sujetando fuertemente la llave contra el pecho—, puede pararnos la poli y no sabemos qué podría pasar. ¿Y si aquí te meten directamente en la cárcel por conducir sin carné? No podemos arriesgarnos. Conduciré yo, te prometo que sé hacerlo, Axel. Confía en mí.

Pero cuando me senté en el asiento del conductor perdí un poco esa fuerte convicción. Hacía unos cuatro años que no me había puesto frente a un volante, y así de entrada, ups, no recordaba bien cuál era cada pedal.

—¿Puedes refrescarme un poco la memoria? —le pedí.

—Has dicho que sabías.

—Y sé, te lo prometo. Solo que no me acuerdo mucho.

—A ver si no vas a saber ni meter la primera.

—Axel, por favor —le imploré.

—El de la izquierda para embragar —dijo y sonrió.

—¿Por qué sonrías?

—Siempre me ha gustado ese pedal.

Entorné los ojos y le repliqué:

—A ti lo que te gusta es desembragar, pedazo de marrano.

—Eso será —respondió y soltó una carcajada—. Venga, pisa el embrague y mete la marcha atrás.

Miré con recelo el cambio de marchas y no tuve más remedio que preguntar:

—¿Y qué posición es?

Axel bufó exasperado.

—Pon la mano en el cambio de marchas y embraga, yo te indico.

Hice lo que me pedía y posó su mano sobre la mía. Las miré juntas. La mía ahora grande debajo apretando la bola y la suya pequeña y fina, de un tono de piel muy similar, encima. Luego lo miré a la cara.

—¿Preparada?

Respiré hondo y respondí:

—Creo que sí.

—Pues en marcha. Suelta despacio el pedal para que no se cale.

El coche se puso en movimiento y sentí la sangre galopando veloz por mis venas, mi corazón latiéndome a golpes en el pecho.

Salimos del aeropuerto renqueando a ratos, los cambios de marcha no eran lo mío, pero después de cinco minutos ya le había cogido el tranquillo. Me sentía pletórica. El volante entre mis manos. La brisa ondeando en mi cara. La vista puesta en aquella larga carretera flanqueada de selva espesa. Un buen plan en el horizonte. Axel a mi lado y Brasil a mis pies. Toda una aventura épica.

—¿Puedes ir más deprisa? —dijo Axel—. Me acaba de hacer una peineta un abuelo en bicicleta.

—Voy a treinta. No sé cuál es el límite de velocidad de esta carretera. —Lo cierto es que no me atrevía a ir más rápido.

—Pisa el acelerador y dale caña.

—Está bien, está bien —accedí. Respiré hondo haciéndome al ánimo y pisé el acelerador.

—Un poco más —me apremió poco después.

—¿Más? Voy a treinta y cinco.

—Más —me ordenó tajante.

Pisé más hondo y el Renault alcanzó los cincuenta. La carretera estaba casi desierta, de vez en cuando nos cruzábamos con algún otro coche, y tras varios kilómetros recorridos había recobrado la confianza en mis artes conductoras. Parecía un trayecto seguro y tranquilo, además de fácil: el navegador del Google Maps no había abierto apenas la boca desde que habíamos abandonado las inmediaciones del aeropuerto. Pero entonces el móvil se puso a sonar.

—Te están llamando —dijo Axel.

—Lo sé.

—¿No quieres que responda? —preguntó cogiendo el móvil que descansaba en la guantera.

—Quien sea puede esperar.

—¿Esperar a qué? —dijo mirando la pantalla—. Es Rogelio Albañil.

—Mierda. Seguro que me quiere preguntar algo de la obra. Está bien, responde. Pero pon el altavoz, quiero escuchar lo que dice.

Axel asintió y descolgó la llamada, tras un «dígame, Eva al aparato», escuché la voz cavernosa de mi albañil.

—Buenas. Soy Rogelio.

—Hola, Rogelio. ¿Cómo va todo? —dijo Axel y me sonrió. Era obvio que quería demostrarme lo bien que lo podía hacer, pero ¿hasta cuándo?

—¿Usted tenía un peluche?

—¿Un peluche? ¿Qué tipo de peluche?

—Uno de gato.

—No, yo tengo un gato con vida, no de peluche —respondió Axel con confianza lanzándome una sonrisa satisfecha.

Asentí, dándole mi aprobación.

—Pues aquí hay un peluche, no sé cómo interpretarlo.

Miré a Axel horrorizada y él alzó las cejas. No pude contenerme más y hablé:

—¿Qué le ha pasado a Fufú?

—Señora, ¿se encuentra bien? ¿Se le ha puesto voz de camionera?

—No, es que estoy aquí con mi novio. Tenemos puesto el altavoz —respondió Axel, excusando mi intervención—. Cuénteme, Rogelio, ¿le ha pasado algo a Fufú?

—No sé quién es Fufú, señora. Aquí no hay nadie más que mi cuadrilla y yo mismo.

—Fufú es mi gato —aclaró Axel—. ¿Se encuentra bien mi gato?

—Pues no sé, señora. Cuando hemos llegado esta mañana ha habido un pequeño incendio por culpa de un cortocircuito. Alguien ha estado

mordisqueando un cable.

—Pero ¿¡qué hacía Fufú solo en casa?! —volví a intervenir con el corazón en un puño, preguntándome a su vez qué hacían los albañiles trabajando en domingo—. Le dije a Carola que se lo llevara.

—Siento lo de su gato.

—Pero ¿qué le ha pasado a mi gato? —preguntó Axel, que como yo no terminaba de entender.

—Me temo que es el peluche —afirmó Rogelio.

—Pero ¿está seguro de que es mi gato? ¿De qué color es? —volvió a hablar Axel, bastante más tranquilo que yo.

—Pues no sabría definirlo, es como muy negro.

Miré a Axel y le dije que no con la cabeza, y más aliviada susurré: «Atigrado». Tal vez no era Fufú.

—Mi gato es atigrado, no puede ser Fufú —dijo Axel.

—Es negro ahora. Más negro que los huevos de Machín, a ver si me comprende. Aunque es muy posible que antes fuera atigrado. Lo siento, señora, pero creo que es su gato. Bueno, era... —hizo una pausa dramática—... Ha fallecido.

Solté un grito desgarrado de dolor y de paso el volante cuando me llevé las manos a la boca. Mi precioso Fufú churruscado. Qué muerte más horrible. Mi pobre Fufú.

El coche dio un bandazo y Axel se abalanzó sobre el volante para enderezarlo, pero demasiado tarde ya. El coche apenas bajo control había abandonado la trayectoria, dirigiéndose derecho hacia un chucho, que a la carrera cruzaba la calzada, y para sortearlo dio otro volantazo, desviándolo hacia el arcén (por llamarlo de algún modo, dada su inexistencia), lo atravesó a toda velocidad y empitonó el tronco de un árbol. El morro se hundió y el frenazo me impulsó con fuerza contra el cinturón de seguridad. Saltaron los airbags y entonces quedé aplastada contra el asiento respirando aparatosamente y el corazón palpitándome con violencia. Mi visión se llenó de mosquitas revoloteando y me obligué a respirar. Luego miré hacia Axel. Parecía encontrarse bien, pero me observaba como si quisiera matarme.

—¿¡Por qué cojones sueltas el volante?! ¡Has estado a punto de matarnos! —me abroncó a gritos y entonces me puse a llorar. Intenté contenerme, pero no pude. Mi gato había muerto y por mi culpa habíamos estrellado el coche de alquiler contra un árbol de la selva amazónica.

—¿Y tú por qué has dado ese volantazo?! —yo también grité, las lágrimas

resbalando cuesta abajo por mis mejillas.

—¡No iba a atropellar a ese perro!

—No, claro que no —reconocí.

—Pues ya está.

La voz de Rogelio resonó en algún lugar del Renault.

—Señora, ¿qué hago con el gato? Huele a torreznos reventados.

—Mañana le llamo y lo vemos —respondió Axel enfurruñado.

—Está bien, señora, que tenga un buen día —se despidió el albañil antes de colgar la llamada.

Acto seguido el navegador empezó a hablar.

—Se ha salido de su ruta. Cuando pueda, gire a la izquierda y tome de nuevo la carretera con destino Alter do Chão.

Avergonzada, miré a Axel que, aplastado contra el asiento, trataba de abrir, sin éxito, el portón del Renault.

—Perdona. Lo siento mucho, Axel.

Axel me miró y respiró hondo.

—Está bien. No pasa nada. No debí dejarte conducir. Siento lo de Fufú.

—Dios, mi gato, mi pobre gato ha muerto. —Volví a estallar en mil lágrimas, mientras mi pecho luchaba contra la opresión del airbag—. Y hemos estado a punto de atropellar a un perro. ¿De dónde narices ha salido ese perro, Dios mío? ¿Qué más podría pasarnos, Axel? ¿Qué le hemos hecho al Universo? —Le di un grito al techo—. Yo soy una buena persona. Trato bien a los ancianos... Y a los niños... Dejo mi sitio a las embarazadas en el metro. No piso las hormigas ni mato a las moscas indiscriminadamente... Y reciclo, por Dios, lo reciclo todo, hasta los post-it. Nunca he robado nada en el supermercado... Bueno, menos aquella vez que cogí una napolitana en el Mercadona y me la comí mientras hacía la compra, luego no tenía sentido pagarla, ¿verdad? —Mis lamentos subían en espiral mientras mis lágrimas resbalaban sin fin por mis pómulos—. Pero me arrepentí, te prometo que me arrepentí, y nunca más volví a hacerlo. Nunca miento, o casi nunca, o muy poco. Es verdad que a veces finjo los orgasmos con Víctor, pero es que me da una pena tremenda ver la cara que pone de perrito abandonado si ve que no llego, que no puedo evitarlo, tengo que hacerlo, me comprendes, ¿verdad? A ti también tiene que pasarte... —tomé aire a bocanadas—, o igual no, tú seguro que las llevas a todas al infinito y más allá, pero, aun así, siempre le he sido fiel durante diez años. Diez años de polvos de mierda para nada... Para que al final me acabe dejando por una señora decrepita que seguro que consume Ausonia Discreet por un tubo. ¿Por qué me pasa esto a mí? No me

lo merezco. Yo nunca he mirado a otro hombre con deseo, bueno, solo una vez, lo juro, bueno... Algunas veces, no sé, bueno... Tal vez muchas y con mucho deseo, pero solo a uno... Solo a ti, Axel, lo juro —terminé aquella improvisada confesión de todos mis pecados y miré a Axel un poco avergonzada por aquel pseudoataque de ansiedad que me había dado. Él me miraba con los ojos cargados de ternura.

—Si pudiera te abrazaría —dijo alargando la mano, que buscó a tientas la mía hasta encontrarla.

Asentí con la cabeza enlazando los dedos con los suyos. Luego seguí dando rienda suelta a mi llanto incontenible durante un buen rato.

El extraño ser amazónico

—¿ES VERDAD QUE FINGES los orgasmos? —preguntó cuando terminé de llorar.

—¿De todo lo que he dicho eso es lo único con lo que te has quedado? —le recriminé con los ojos lacrimosos aún.

—Me ha impactado mucho, sí, y también lo de que reciclas los post-it. Pero ¿quién hace eso? —Puso los ojos en blanco.

—Pues es cierto.

—¿Cuál de las dos cosas?

—¡Las dos! —grité.

—Joder, lo siento. Pero... ¿los finges siempre o solo alguna vez?

Lo miré superagobiada, a qué mala hora me había dado ese arranque de sinceridad, ahora me arrepentía un poco, pero Axel me apretó la mano y sentí de nuevo esa electricidad traspasando mi piel y subiéndome por el brazo como una pitón capaz de hipnotizarme el corazón.

—Nunca he tenido un orgasmo de verdad, Axel —me sinceré agachando la mirada.

—¿Es que hay orgasmos de mentira?

—Sí, todos los míos. Es por mí. No tengo esa capacidad de llegar, mi cuerpo no funciona bien.

—¿Por qué no funciona bien? —Axel me observaba serio.

—No lo sé. Me lo paso bien en los preliminares, pero en el momento de la verdad no llego. Tengo alguna disfunción.

—¿En diez años, ni uno solo?

—Algún atisbo —reconocí con una mueca de disgusto—, pero nada que se parezca a eso que sale en las pelis o cuentan las novelas románticas... O mis amigas. Me da tanta vergüenza que ni siquiera se lo he contado, solo un poco a Carola, pero no toda la verdad.

—Joder, Eva, lo siento, lo siento mucho —dijo mirándome con pena—. ¿Y por qué me lo cuentas a mí y ahora?

—No lo sé, Axel, no lo sé. Tú querías saber por qué quería hacerlo contigo... Y ahí lo tienes.

—¿Pensabas que yo podría hacerte llegar?

Asentí y luego suspiré hondo, levanté la vista y la posé en su cara.

—Eso pensaba, sí. Pensaba que alguien como tú podría hacerme llegar, o tal vez no... En realidad, quería que no me hicieras llegar.

—No te entiendo. ¿Querías o no querías?

—Las dos cosas. Sé que es difícil de entender. Pero si contigo no llegaba, sabría a ciencia cierta que el problema reside en mí y, por tanto, todos estos años tendrían más sentido. Mi vida y futuro con Víctor tendrían sentido, porque ya no sentiría que me lo estaba perdiendo, que me había equivocado y que esa relación estaba condenada a fracasar. Y fíjate qué gracia, María Engracia, luego va y me deja él.

—¿Y si lo hubieras conseguido? Si hubieras llegado, quiero decir.

—Si lo hubiera conseguido... Entonces... Entonces sabría que el problema no es mío del todo y entonces tendría que replantearme muchas cosas, pero eso no importa ya. Él me ha dejado y yo también me he dejado, se ha cansado de mí y yo también me he cansado de mí, hasta el punto de mudarme a tu cuerpo.

—¿Aún piensas en él? —Noté un atisbo de tristeza en Axel.

—No puedo evitarlo, solo hace un par de días que me dejó y, aunque haya comprendido que no estaba realmente enamorada de él, ha quedado un vacío raro y confuso dentro de mí.

—Lo entiendo, aunque no del todo. No te unía nada férreo y verdadero, tú misma me has dicho que no te completaba y que era un sieso. Uno sufre cuando pierde algo grande, algo que de verdad te hace feliz, pero ese tío ha demostrado tener poca calidad como persona.

—En realidad no me duele que él ya no esté, me duelen los años que yo no he estado. Ha sido una relación que me ha tenido ausente a mí como persona, abnegada a su estilo de vida, haciéndolo mío, y resignada a creer que no habría nada mejor para mí fuera de esa relación.

—¿Y ahora?

—¿Ahora qué?

—¿Crees que sí hay algo mejor para ti? —Axel me traspasó con la mirada.

—Supongo que sí —dije y sonreí, enjugándome una lágrima, buscando sus ojos, pero Axel había dejado de mirarme y sus ojos estaban clavados en mi ventanilla. Fui a seguir su mirada, pero me detuvo.

—No te asustes, pero hay un hombre ahí fuera.

—*Você está bem?* —Una voz desconocida me sobresaltó a la vez que empezaban a dar golpes con los nudillos en el cristal—. *Você está ferido?* —Y entonces sí miré, llevándome un buen susto. Era un nativo y visto así de cerca impresionaba bastante.

—¿Qué dice ese hombre de Miguel Bosé? —le pregunté a Axel, impactada por el aspecto de aquel señor desaliñado al que le faltaban unos cuantos dientes, y los pocos que le quedaban daban bastante pena (por decir algo no muy desagradable).

—Creo que se refiere a nosotros. «*Você*» es ustedes —dijo Axel, para luego dirigirse al hombre—. Estamos bien, pero no podemos abrir la puerta —le gritó Axel, haciendo gestos para indicarle que no podíamos salir.

—¿Españoles?

—Sí, españoles. ¿Puede abrir la puerta, por favor?

—*Um momento.* —El hombre se marchó y nos dejó a los dos a la espera de saber qué pensaba hacer. En el coche el calor empezaba a ser agobiante, el golpe había inactivado el sistema eléctrico y no podíamos bajar las ventanillas.

—No estoy segura de querer ser rescatada por ese hombre, ¿y si le da por morderme una oreja?

Axel me miró por unos segundos y explotó a reír.

—Aquí la única que muerde y chupa orejas eres tú. ¿Por qué haría algo así? —dijo aún riendo.

—¿Y si es antropófago?

—Pero ¿cómo va a ser caníbal? Estamos en una zona civilizada.

—¿Tú estás seguro de eso? ¡Estamos en la selva amazónica! He visto alguna vez que todavía quedan tribus indígenas aisladas y no sabemos sus hábitos alimenticios.

—Tú lo has dicho, en zonas aisladas, pero no aquí en esta zona que es turística. Ese hombre sabe hablar portugués y lleva un polo de Lacoste.

—Puede que tengas razón —respondí viendo que el nativo volvía cargando en brazos al perro que habíamos estado a punto de atropellar. Tras atarlo con una cuerda a un árbol, cogió una piedra y se dirigió de nuevo al coche.

—*Pato* —gritó alzando la mano con el pedrusco.

—¿Va a matar a un pato con esa piedra?

Como respuesta Axel se encogió un poco de hombros. Ambos miramos intrigados al nativo que con el pedrusco en alto nos hacía indicaciones moviendo la cabeza arriba y abajo.

—¿Qué va a hacer? —grité asustada.

—Creo que va a romper la ventanilla, agáchate.

—Tengo miedo.

—Hazme caso y agáchate, yo te cubriré.

Me aparté todo lo que pude, tapándome la cabeza con los brazos y Axel me cubrió a su vez con los suyos. La estampa, de poder vernos, podría incluso resultar ridícula, ya que en ese momento mi cuerpo era dos veces el de Axel y mis flacuchos brazos poco podían hacer por protegerme.

El nativo le asestó un fuerte golpe a la ventanilla. Nada. El cristal ni se inmutó. Tomó impulso y volvió a arremeter. Esta vez hizo una pequeña brecha, contra la que se encarnizó durante un rato con aquella piedra hasta craquear el cristal. Se apartó y nos hizo unos ademanes con las manos. Parecía indicarnos que quería que hiciéramos algo.

—Creo que quiere que lo golpeemos desde dentro —dijo Axel.

—No puedo apenas moverme. —El airbag todavía seguía hinchado, invadiendo todo el espacio entre mi pecho y el volante.

—Espera. —Axel un poco más libre que yo, se quitó la camiseta y, dejando a la vista de aquel hombre mi mejor sujetador, se envolvió el puño con varias vueltas. Tras desabrocharse el cinturón, se movió y se encaramó sobre el airbag de mi lado, y comenzó a golpear el cristal.

El aire denso entró en el cubículo y sentí de nuevo esa humedad ahogando mis pulmones mientras mis tetas me golpeaban la cara cada vez que Axel se movía para tomar fuerzas. Tras varios golpes, el cristal por fin se desintegró en una nebulosa de cristallitos, que el hombre comenzó a retirar usando sus manos enfundadas en una tela tan sucia que era difícil saber de qué color fue en años mejores. Cuando la abertura quedó limpia, sacó un cuchillo y me observó desde afuera con su sonrisa desdentada. Me acojoné viva.

—Axel —grité con la voz temblona—. Quiere matarme.

Inútilmente traté de moverme, pero no podía y, antes de que me diera cuenta, el nativo había asestado la primera cuchillada. Levanté las manos para protegerme y cerré los ojos por instinto. Pero no me dolió. Al poco escuché un sonido sordo de aire sibilante y finalmente una sensación de espacio que me produjo un alivio enorme.

Abrí los ojos y vi que el airbag se había desinflado. Ya podía mover el tronco y los brazos. Me desabroché el cinturón y ayudada por las manos de aquel hombre salí por la ventanilla del Renault. Luego salió Axel. Cuando lo tuve delante, de pie, sano y salvo, necesité abrazarlo. Abrazarme. Lo atrapé entre mis brazos y aplasté su cara contra mi pecho, le besé el cuero cabelludo, las orejas, la

frente, la nariz, los labios, cualquier parte de su anatomía que se me pusiera a tiro de la boca, sintiéndome feliz y libre, y viva, y mucho mejor de lo que me había sentido en mucho tiempo. Acto seguido me desplomé en sus brazos.

Cuando volví a abrir los párpados estaba tumbada sobre la tierra con una piedra clavada a la altura de los riñones. Tres pares de ojos me escrutaban. Unos eran los míos, otros eran los de aquel hombre y los terceros eran los de su perro, que me lamió el rostro de norte a sur en cuanto abrí la boca para tomar una bocanada de aire. Su aliento fétido me provocó una arcada. Me di la vuelta y de costado solté allí mismo hasta la última papilla.

Un lugar en el fin del Universo

ESTUVIMOS UNOS MINUTOS ESPERANDO a que Eva se recuperara y tras eso la ayudamos a sentarse con la espalda apoyada en el tronco de un árbol.

—Agua —dijo.

El hombre pareció entenderla, pues de una mochila que llevaba a la espalda sacó una oxidada cantimplora y se la ofreció.

Vi la cara de asco de Eva luchando entre la sed y la repugnancia que le producía beber de aquel recipiente en un estado de higiene tan dudoso. Negó con la cabeza y él hombre la apartó y me la ofreció a mí, que también sacudí la cabeza en señal de negación. Todo en aquel hombre evidenciaba que no se llevaba demasiado bien con el jabón, o si tal vez lo había conocido en algún momento de su vida.

—Alter do Chão —le dije para indicarle adonde nos dirigíamos, y el hombre asintió y me hizo unas señas, dándome a entender que nos guiaría hasta la aldea.

Eva se fue recuperando mientras yo descargaba las maletas. El hombre se quedó con ella observándola como si fuera una pieza de museo; entretanto su perro brincaba alrededor espantando moscas con su despeluchado rabo.

—¿Estás mejor? —le pregunté inclinándome sobre ella para ayudarla a ponerse en pie.

—He tenido días mejores —dijo.

—¿Te duele algo?

—No, ¿y a ti?

—Estoy bien. ¿Puedes andar?

—Sí. ¿Sabes algo de ese hombre? —Se puso a mirarlo con curiosidad. Es verdad que llevaba un polo de Lacoste que en su día debió ser rojo, aunque ahora era de un rosa pálido acribillado a manchurroneos de diferentes procedencias.

—Que habla portugués y huele que tira de culo. Aparte de eso, solo sé que nos va a llevar a Alter do Chão —respondí y le pasé su maleta.

—¿Has cogido mi móvil?

—Aquí lo tengo. —Lo saqué del bolsillo y se lo puse ante los ojos.

—Gracias, Axel —dijo y entonces sus ojos se detuvieron en mi mano—. Estás sangrando.

—Estoy bien, es un corte de nada.

—Tenemos que curarte eso cuanto antes, podrías coger una infección.

—Cuando llegemos a Alter do Chão.

—No puede estar muy lejos. Según el navegador estábamos a solo veinte minutos en coche.

—*Nós estamos indo?* —preguntó el nativo, haciéndonos gestos con las manos para que le siguiéramos.

—Vamos —dijo Eva recuperando la sonrisa.

El hombre echó a andar, selva a través, y nosotros fuimos detrás arrastrando nuestras maletas con ruedas, que iban dando tumbos luchando contra las imperfecciones del itinerario. El perro cerraba la comitiva a nuestras espaldas. Delante, la selva se volvía más frondosa por momentos, el follaje de los árboles y la espesa vegetación se abrían perezosos a nuestro paso, y aparte de nuestras fatigosas respiraciones y del traqueteo de las maletas solo se escuchaba el sonido de la naturaleza. Pájaros. Siseos. Crujidos de cortezas. Hojas mecidas por el vaivén de la brisa. Si se hubiera tratado de un viaje de placer y aquello un recorrido sensitivo, me habría detenido a cerrar los ojos y dejarme embargar por la belleza de todo aquello. Era una pena que solo estuviéramos de paso unas pocas horas y que nuestro objetivo allí fuera encontrar al maestro Oruki Okaki.

Miré el reloj. Eran casi las cuatro. El tiempo se agotaba y estábamos en medio de la selva amazónica, siguiéndole los pasos a un hombre descalzo y con más mierda encima que un camión de cerdos.

Andamos como quince minutos y de pronto el hombre se detuvo, nos señaló la base de un árbol con la mano. Acto seguido se puso a gatas y se adentró entre la vegetación, desapareciendo. Eva y yo nos miramos extrañados y luego nos acercamos al árbol a mirar por dónde se había metido. Entre las raíces había una especie de entrada a una cueva subterránea.

—Creo que quiere que le sigamos —dije.

—Ni de coña, Axel. Puede que haya más como él ahí dentro y nos quieran servir de cena esta noche.

—Ese tipo nos ha ayudado —le repuse, pero Eva tenía razón. Podía ser peligroso, sin embargo, algo en mí se resistía a pensar que ese hombre de apenas metro y medio quisiera hacernos daño.

—Sí, Axel, porque quiere comernos. —Abrió bien los ojos.

El perro se enroscó entre mis piernas y me lamió la mano, tras eso se metió en el agujero del árbol, desapareciendo enseguida de nuestro ángulo de visión. Lo tomé como una buena señal. Nadie que fuera mala persona tendría un perro tan feo como mascota.

—Yo voy a entrar —dije con determinación.

Eva me retuvo del brazo, tirando de mí.

—No me dejes aquí sola, por favor —me pidió.

Le ofrecí la mano y le dije:

—Pues ven conmigo.

—Pero ¿estás loco? Ese tío quiere hacer churrascos con nuestras vísceras.

—Vamos —dije, sonriéndole para infundirle valor.

Pensativa, me miró por unos segundos, y dijo:

—Está bien, pero si nos hace algo, sobre tu conciencia recaerá por siempre la culpa.

—Si nos come, no tendré conciencia que atormentar.

Nos arrodillamos y medio gateando, medio a rastras entramos por aquel boquete excavado naturalmente entre las raíces de aquel árbol milenario. Yo iba delante y Eva detrás. Al principio la luz que se filtraba entre las raíces entrelazadas iluminaba vagamente la estrechez de aquel pasadizo, pero, conforme nos íbamos adentrando, la oscuridad se tornó más ominosa. Estuve a punto de recular y decirle a Eva que diera marcha atrás, pero el pasadizo entonces se ensanchó y una abertura en el techo llenó de claridad el túnel. Del hombre y su perro no había rastro. Seguí avanzando, dándole ánimos a Eva, que tras de mí no paraba de gruñir y quejarse, hasta que mi cabeza alcanzó una cueva amplia, iluminada por un boquete de luz del que brotaba una raíz como si fuera el largo tentáculo de un pulpo gigantesco. El nativo y su perro estaban allí esperándonos. Me señaló con la mano delante de ellos y acto seguido, de un garboso salto, se zambulló en lo que parecía ser agua.

—Vaya. —Eva miró alrededor cuando al fin consiguió llegar hasta la cueva—. ¿Y ahora qué? ¿Dónde está ese hombre?

Me acerqué al lugar por el que lo había visto desaparecer segundos antes, donde el perro tumbado en el suelo movía alegremente la cola, y le dije:

—Se ha metido en el agua.

—¿Qué agua? —Eva vino a mi lado

—Ahí.

Miró hacia el espejo negro que teníamos a los pies y me miró. Empezó a negar con la cabeza.

—Ni loca, no pienso entrar ahí. Puede haber cocodrilos o anacondas o pirañas. Sé que en el Amazonas hay muchos tipos de bichos acuáticos. Lo he visto en las películas. —Fue dando pasos hacia atrás hasta que la cabeza le chocó con el techo de la cueva.

—Iré yo, y luego vuelvo y te cuento.

—Axel, ¿y si no vuelves? —Me miró con ojos asustados.

—Volveré.

—¿Cómo estás tan seguro?

—No lo sé, pero lo estoy.

—Vuelve, por favor. Sin ti estoy perdida. —Se acercó en cuatro largos pasos y me envolvió las manos con las suyas, provocándome una descarga directa a la entrepierna, la miré por unos segundos en los que ninguno de los dos dijo nada, preguntándome qué había sido eso. Sin pensarlo más, le tomé las mejillas entre las manos y, alzándome sobre las puntas de los pies, la besé apretando mis labios con fuerza sobre los suyos. Y antes de que pudiera objetar nada más, me quité las gafas y salté al agua, igual que había visto hacer al nativo, y bucéé, primero hacia abajo y luego hacia delante.

No había recorrido ni cinco metros cuando vi una claridad sobrevolando mi cabeza. Fui hacia ella y no tardé apenas en llegar a la superficie. Lo que allí vi, tras ponerme de nuevo las gafas, era extraordinario. Posiblemente una de las cosas más hermosas e impresionantes que haya visto jamás. El agua era el suelo de una cueva mucho más grande. La bóveda no parecía tener fin. Flotando como un manto oscuro salpicado con infinitos puntos de luz parecía un firmamento nocturno bajo la tierra.

El hombre estaba allí, sentado sobre una especie de islote en medio de aquella laguna subterránea. Cuando me vio, levantó el brazo y me indicó con un gesto que me acercara.

—Vuelvo enseguida —le grité, sumergiéndome de nuevo para ir a buscar a Eva.

Unos minutos después estábamos los tres sobre el islote. Eva contemplaba la cubierta con los ojos abiertos de par en par.

—Este lugar es precioso —dijo con un hilo de voz.

Busqué su mano a tientas y enlacé los dedos con los suyos, mientras mis ojos seguían posados en el cielo de aquella cueva admirando su belleza y grandiosidad. ¿Cómo podía haber algo tan hermoso oculto bajo la tierra?

—Muchas gracias por traernos a este lugar tan maravilloso. Nunca había

visto nada tan bonito —afirmó Eva, que al parecer había cambiado su opinión sobre las intenciones del harapiento nativo.

El hombre nos regaló entonces una de sus desdentadas sonrisas y después se agachó, hizo un cuenco con la palma de la mano y bebió agua. Luego nos hizo unos gestos para que le imitásemos.

—Nos ha traído para que bebamos agua —dijo Eva feliz, agachándose para beber.

Yo hice lo mismo y acto seguido me tiré de cabeza al agua, que debía ser cristalina, aunque con aquella escasa luz no se pudiera apreciar.

—Nada conmigo, Eva —le grité y ella se lanzó al agua y nadó hasta mi posición, revoloteando como una mariposa nerviosa a mi alrededor. El hombre desde el islote nos observaba, y al cabo de unos minutos se metió en el agua y desapareció.

—¿Dónde habrá ido? —me preguntó Eva.

—Tal vez a robarnos las maletas —dije de coña.

—¿Tú crees?

—Claro. Tiene toda la pinta de ser un ladrón de maletas amazónico.

Las setas no son solo para David el Gnomo

CUANDO SALIMOS DE LA GRUTA y vimos al hombre junto a su perro, esperando de pie junto a nuestras maletas, respiré aliviado, la verdad. Parecía una buena persona, pero no lo conocíamos de nada. Caí entonces en que no nos habíamos presentado, así que me acerqué a él con el brazo extendido y le dije mi nombre, señalándome el pecho con la otra mano, luego, señalando a Eva, le dije el suyo. Él nos miró a los dos y, señalándose del mismo modo el pecho, dijo:

—Oruki.

¿Oruki? ¿Había dicho Oruki?! Lo miré pensando que no había escuchado bien, ¡qué afortunada casualidad, ¿verdad?! No podía ser. ¿El Universo por una puñetera vez se había puesto de nuestro lado y nos había traído derechos hasta el maestro Oruki Okaki?

—¿Es usted Oruki Okaki? —preguntó Eva, que al parecer estaba pensando lo mismo que yo.

Él asintió contundente y repitió, tocándose el pecho con el pulgar:

—*Eu sou Oruki Okaki.*

Lo miré boquiabierto y luego miré eufórico a Eva, que había empezado a dar ridículos saltitos mientras gritaba: «Estamos salvados. Estamos salvados», mirando al cielo con los brazos extendidos (menos mal que iba a recuperar mi cuerpo y no tendría que verme hacer cosas así nunca más).

—Venimos desde Colombia para verle a usted. Nos envía el señor Agapornis. —Hablarle de usted tratándose de una eminencia espiritual me parecía lo más apropiado.

El maestro Oruki Okaki me miró con cara de no entender ni jota y traté de explicárselo con mímica y repitiendo todo aquello más despacio, y él asintió mostrándome el esplendor de su sonrisa desdentada. Acto seguido me hizo un gesto para que le siguiésemos.

—Eva, deja de saltar y vamos con el señor Okaki. Vamos a recuperar nuestros cuerpos —afirmé frotándome las manos.

De nuevo lo seguimos a través de la espesura de la selva, esta vez más alegres y confiados, sabiendo que nuestro viaje había llegado a buen puerto y que todas nuestras desventuras iban a tener por fin su recompensa. Y seguimos caminando y caminando. Caminamos durante mucho rato, arrastrando las maletas y notando que cada vez estaba más sombrío, la luz filtrándose a cada paso más enrarecida entre las copas de los altos árboles, señal de que pronto caería la noche. Y entonces me asusté un poco, estábamos en medio de la inhóspita selva amazónica, a la merced de sus salvajes inquilinos, pero no le dije nada a Eva, no quería asustarla; parecía feliz andando tras de mí y parlotando sin parar como si le hubieran dado de comer pilas Duracell. Tras treinta minutos de andar sin descanso, el maestro Oruki Okaki se detuvo en seco y dijo:

—*Já chegamos. Esta é a minha casa.*

—Ha dicho casa, ¿verdad? —Eva emocionadísima me adelantó como una apisonadora y se quedó observando lo que el maestro Oruki Okaki llamaba «casa» con la boca tan abierta que la mandíbula le tocaba el suelo.

Ante nosotros había una construcción (por llamarla de algún modo) hecha a base de ramas, hojas de palmera, cuatro chapas oxidadas y el cascarón de algún tipo de embarcación rudimentaria, apuntalada en el tronco de un árbol de gran tamaño. Una cortinilla, que en algún tiempo fue un mantel de cuadros rojos y blancos, hacía de puerta. El maestro Oruki Okaki la apartó a un lado y nos invitó a pasar con un gesto de la cabeza.

—¿Quiere que entremos ahí? —vaciló Eva, examinando el interior como un ave rapaz. A su lado el maestro parecía un enanito de jardín.

—Venga, entra —la animé burlón—. No va a hacerte nada. Si quisieras con mi fuerza podrías clavarlo en el suelo como una chincheta.

Eva titubeó un poco antes de agarrarse a mi brazo para entrar en aquel chamizo. Pero el objetivo de este viaje era encontrar al maestro Oruki y la vida nos los había puesto delante para salvarnos de morir asfixiados en un Renault de alquiler, además de devolvernos a nuestros cuerpos, así que de tripas corazón.

La choza por dentro era lo que se esperaba de ella por fuera. Bajo la exigua luz de una bombilla polvorienta, una hamaca cochambrosa sujeta de un tronco a otro coronaba el centro de la estancia, a conjunto con un cojín que no había visto una lavadora en su vida. El suelo brillaba por la ausencia, era tierra viva, la misma de la entrada, y lo que supuestamente era la cocina, la componían un armario y un hornillo de gas. El perro entró después que nosotros rascándose con ansia la oreja y después descansó los huesos en un cesto de mimbre mullido de trapos, respirando con la boca abierta, impregnando ya de por sí el aire chungo

con su apestoso aliento a cabra muerta.

—¿Cómo se supone que vamos a pasar la noche aquí? —dijo Eva agarrada a mí con la cabeza apoyada en mi espalda.

—Y yo qué sé. Lo importante ahora no es dónde dormir, es que Oruki entienda qué nos pasa y le dé solución.

—*Seu namorado está com medo?* —dijo el maestro que contemplaba la escena desde detrás de la hamaca.

—No le entiendo.

—*Medo*, uuuuuuh —dijo Oruki haciendo gestos de fantasma con las manos.

—Ah, sí, miedo. Es como Scooby Doo.

—*Scooby?* —Señaló a Eva con su dedo cubierto de mugre.

—No, es Axel... Digo Eva.

Oruki asintió y se sentó de rodillas en el suelo, esperando que le dijéramos algo.

—Nos ha mandado Agapornis Izaguirre por un problema que tenemos. — Oruki seguía asintiendo—. Una mañana nos levantamos así, como nos ve ahora.

—Creo que no está entendiendo nada —apuntó Eva ante aquella evidencia.

—Lo sé, pero no sé hablar portugués.

—Ni yo tampoco, igual podríamos hacerle un dibujo —dijo Eva.

—¿Crees que este señor tiene pinta de tener folios y lápices?

—En el suelo, tonto. Es de tierra. Podemos dibujar a lo rústico.

Eva salió al exterior y entró al poco con una ramita seca.

—Esto nos servirá —afirmó alzándola, mientras el maestro Oruki seguía impasible, sentado en el suelo, mirándonos con intriga.

—Escuche, Oruki. Eva —dije muy despacio y señalándola—, va a hacer un dibujo.

—*Desenhar?*

—No, de cenar no, dibujo, pintar.

—*Ou sim pintar* —dijo sonriente, enseñándonos mitad encía, mitad dientes de dudosa salubridad.

—Bien, mire el suelo y atienda —le dije, señalando el suelo y luego mi ojo.

Eva empezó a dibujar dos cuerpos básicos, el típico círculo con flecha y una raya cruzada por el centro para simular los brazos, pero a uno de ellos le pintó un pene de gran tamaño. Después escribió nuestros nombres debajo de cada dibujo, a cada uno el que correspondía con su sexo y acto seguido trazó una flecha desde la cabeza de mi dibujo al suyo, tachando los nombres y escribiendo en su lugar los que correspondían ahora con cada cuerpo.

—Ayuda. —Juntó las manos como si estuviera rezando en dirección al maestro Oruki—. ¿Lo ha entendido?

—*Entendido. Um momento* —dijo él, incorporándose y haciendo gestos con las manos de que no nos moviéramos de allí.

—Parece que ha entendido tu dibujo. Buen trabajo, Eva.

—Soy muy buena con el Pictionary —afirmó orgullosa, echándose para atrás con la mano una melena inexistente.

Oruki regresó de la rancia cocina, con algo en la palma de la mano derecha.

—*Coma, isso é o que você está procurando.*

—¿Perdón? —le dije.

—*Coma* —dijo haciendo gestos como de estar royéndose los dedos.

—Creo que quiere que comamos esa especie de hongo —dijo Eva, observándolo con el ceño fruncido.

—Eso creo.

—No sé si fiarme.

—No podemos negarnos, hemos venido a que nos ayude, si él dice que comamos, debemos comerlo.

—Es peligroso comer cosas en este país y mucho más en la selva. Una vez escuché un caso grave de intoxicación por comer una fresa silvestre.

—¿Y qué hacemos? ¿Le decimos que no y nos vamos andando a Santarém sin resolver lo que nos ha traído aquí?

El maestro Oruki seguía allí plantado con la mano extendida con dos hongos secos de tallo largo y el sombrero oscuro en forma cónica.

—*Coma, você vai se sentir bem.*

—Dice que nos sentiremos bien.

—Sí, eso lo he entendido.

—Debemos hacerlo, Eva.

—Supongo que sí —dijo suspirando y cogiendo una de aquellas setas.

Yo cogí la otra y miré a Eva pensando que sería la última vez que la vería con mi cuerpo. Tenía la férrea esperanza de que al tragar aquella cosa, como por arte de magia y con algún efecto de humo, ambos volveríamos a nuestros cuerpos, entrando por algún túnel de la cuarta dimensión con espirales de formas geométricas. Así que alcé aquella seta para brindar con Eva antes de echárnoslas a la boca.

Nuestras caras eran un poema, aquello sabía a serrín y mugre. Era la cosa más desagradable que me había metido en el cuerpo hasta la fecha. Toda la boca se me llenó de aquel sabor pestilente. Era como comer un sándwich de mahonesa

de un cubo de la basura que ha estado tres días al sol.

—Esto sabe asqueroso —dije entre muecas.

—Agua —dijo Eva tosiendo.

Oruki reía ante la escena. Seguramente para este señor, digno de un anuncio de precariedades en la selva, el sabor y el olor de aquella cosa eran moco de pavo.

—*Agora fora*.

—Querrá que repitamos esas palabras, serán mágicas. *Agora fora. Agora fora* —empezó a decir Eva levantando las manos al cielo como en un ritual satánico.

—¿Qué haces?

—Invocar a la deidad que sea con la oración.

—Puedes ofenderlo.

—*Fora, fora* —decía Oruki, señalando el mantel de cuadros que hacía de puerta.

—¿Lo ves? Lo has molestado. Quiere que nos vayamos.

—*Fora, vá para a praia* —seguía diciendo Oruki, barriéndonos en el aire con las manos.

—Quiere que nos vayamos. Igual quiere llevarnos a algún lugar especial para completar el ritual.

—Creo que se refiere a la playa.

—*Sim a praia, a praia* —confirmó Oruki, abriendo la cortina para que saliéramos de su destartalada casa.

Ambos salimos y sentí la boca pastosa, la saliva se me había vuelto densa y tenía la lengua acartonada. Los efectos de aquello estaban comenzando a producirse, el cambio estaba cerca y aquello me llenó de felicidad, de hecho, empecé a sentirme más feliz que nunca y empecé a andar dando saltitos. Era como Laura Ingalls en la casa de la pradera amazónica.

—¿Qué haces?

—Saltar, ¿no lo ves? Me siento muy feliz, noto que el cambio está cerca. Debemos ir a la playa, Oruki querrá que nos purifiquemos en el agua.

—Estás muy raro, Axel.

—Estoy feliz. ¿Qué tiene de raro eso?

—No lo sé, pero no te veo como siempre.

—Eso es porque está empezando a hacer efecto, ¿no lo notas? —Levanté las manos y respiré profundamente el aire húmedo, llenándome los pulmones de aquel olor a naturaleza en estado puro.

—No, no noto nada.

—Mira, allí hay un sendero. Sigamos su camino. —Lo señalé y me encaminé hacia él esperanzado y radiante de felicidad.

Eva me seguía detrás, mientras yo olfateaba las plantas que nos íbamos encontrando en el camino. Se escuchaban diferentes sonidos de animales, aquello era una aventura maravillosa de olores a madre tierra, bichos, pequeños riachuelos y fango.

—Esto está lleno de mosquitos —se quejó Eva, dando manotazos al aire.

—Disfruta este regalo, Eva. Esto es el Amazonas y el ser humano se lo está cargando. Grita conmigo: *¡Save the rainforest!*

—No voy a gritar eso. Aquí no nos oye nadie. Solo hay plataneras, cauchos y plantas gigantes. Es un megajardín botánico infectado de bichos.

—Mira, Eva —dije señalando al horizonte, sintiéndome Cristóbal Colón, aunque ahora tuviera más pinta de Pocahontas—, la playa, es la jodida playa de Alter do Chão y es jodidamente preciosa.

—Déjame ver. —Me apartó de un manotazo que me hizo caer al suelo, pero no me importó, me incorporé felizmente.

—Vamos, vayamos rápidamente. —Empecé a correr a pesar de no llevar el calzado adecuado para aquellos parajes, resbalando por aquellas rocas húmedas, que se interponían entre nosotros y aquella playa que brillaba como un espejo, reflejando los brillantes colores naranja y rosa flúor del atardecer que irradiaba en todo su esplendor, bañando la imagen con una brillante luz cálida.

—No corras, Axel. Quiero recuperar mi cuerpo sano y salvo. —Eva me gritaba desde detrás intentando pillarme con las manos entre risas.

Cuando por fin pisé la fina arena blanca de la playa, me quedé maravillado por el color azul verdoso del agua sobre la que destelleaban reflejos dorados que la convertían en el puto paraíso. Era de una belleza escénica excepcional e invitaba al placer más absoluto. En ambas orillas, la de la isla y la de la villa, enfrentadas, lucían interminables hileras de canoas, botes, lanchas, barcos y barquitos, y la gente disfrutaba del atardecer a pie de playa.

Era el agua más cristalina que había visto nunca. Deseaba tocarla y sentir que se desvanecía entre mis manos, porque me sentía yo mismo, me veía a mí mismo y, sin pensarlo dos veces, me deshice de la ropa y del sujetador, dejando al aire los pechos de Eva, pechos que ya no me importaba llevar pegados al cuerpo. Yo era Axel en ese momento, solo era yo y me sentía dichoso y orgulloso, además de libre.

—Tápate, estás enseñando mis peras a toda la isla —me dijo Eva muerta de risa. Tenía las mejillas sonrosadas y un gesto desinhibido muy similar al mío.

—No quiero. Ahora es mi cuerpo y lo amo, lo amo mucho.

—¿No lo irás a echar de menos?

—No si te quedas a mi lado. Si no te marchas jamás, siempre lo tendré conmigo, Eva.

—¿Y dónde voy a estar yo mejor que contigo?

—¡Eso digo yo!

Ambos comenzamos a reírnos a carcajadas y corrimos hacia el agua, pero alguien me agarró del brazo y me detuvo.

—*Com licença, senhora, é proibido fazer toples.*

—¿Cómo dice?

—*Fala espanhol?*

—Sí, tengo falo. Mira Eva, ya empieza a hacer efecto, sabe que soy español y no española.

—Como la tortilla —dijo Eva partiéndose la caja y provocándome a mí también la risa.

—Perdone, señora, pero está prohibido hacer toples —dijo aquel hombre en castellano como buenamente pudo.

—Pues yo veo muchos culos por aquí tapados por una tirita minúscula. ¿Por qué no voy a poder yo enseñar las peras? —le pregunté, acercándome demasiado a su cara.

—*En brasil é proibido fazer toples, pero é admitido usar tanga* —explicó el hombre medio en portugués, medio en castellano.

—Axel, te dije que no las enseñaras, son demasiado pequeñas comparadas con las nalgas de esa señora. ¡Pedazo pandero, señora! —Eva le gritó a una mujer que enseñaba al mundo el gigantesco culo que la vida le había dado a base de kilos de Nutella.

—Por favor, *cubra-se.*

—Tranquilo, tranquilo. Ya me cubro.

Eva recogió el sujetador del suelo y me ayudó a colocármelo, después le sacó la lengua al brasileño sieso y nos dirigimos al agua.

—¿No te parece que este lugar huele a atardeceres en la orilla, a pescadores afaenados, a paseos tranquilos, a terrazas nocturnas, a arena en los pies y a horas de sol?

—Huele a vacaciones en el mar y a historias de piratas.

—¿Piratas? —pregunté intrigado, ¿por qué se le había ocurrido aquello de los piratas?

—Sí, de piratas. Porque me has robado el corazón. Eres mi Capitán Sparrow.

—Y tú, mi princesa Arquidamia, valiente y guerrera.

—¿Has probado el agua? Es dulce —dijo cambiando de tema y bebiendo haciendo un cuenco con las manos.

—Tú eres más dulce, Eva, y estamos en tu paraíso.

—Sin tetas no hay paraíso, y aquí no te dejan enseñarlas. —Eva empezó a reírse y a hacer la boba jugueteando en el agua. A cada movimiento suyo brotaban arcoíris luminosos formando volutas a su alrededor. Me quedé mirándola fascinado. Parecía una diosa emergiendo del mar.

El tiempo que pasamos en el agua no sabría calcularlo, pero debieron ser como unas tres horas. Me miré las manos y las percibí gigantes y arrugadas, eran como dos guantes de beisbol enormes y cuarteados, como el cuero viejo. Sentía que podía matar a alguien de un guantazo con ellas. Eva que seguía haciendo monerías en el agua se me antojaba una sirena de pelo azul que me hablaba en un idioma desconocido y yo volvía de nuevo a ser yo, pero deforme. Dejé de ver a la gente que antes disfrutaba en la playa, seguramente porque había anochecido y solo quedábamos nosotros, pero no sabía qué hora era y tampoco cómo habíamos llegado ahí.

De pronto volví a fijar la vista en Eva y pensé que aquello no podía ser. Ella me hablaba, pero no conseguía entender lo que me decía. Además, su cola de sirena cambiaba de color como las luces de un árbol de Navidad. Incluso podía ver un cable que estaba enchufado quién sabe dónde y ella se teletransportaba de un lado a otro por encima del agua. En ocasiones la vista se me nublaba y eso me daba miedo. «Va a morir. Se va a electrocutar con el cable», pensé, y quise advertirle del peligro

—Eva, desenchufa el cable, si caes al agua te vas a churrascar como un churro en aceite caliente. No quiero que mueras.

—*Gula huma bula vunga.*

—¿Por qué me hablas así? ¿Has olvidado hablar? Yo puedo hablar, ¿porque tú no, Eva?

—*Mula tula, dola catola.*

—Eva, mi amor, mi sirena, háblame.

Y eso hacía, me hablaba, pero con unas palabras que yo desconocía. Me sentí solo y empezó mi infierno personal. Todo me daba vueltas, el agua hacía grandes remolinos a mi alrededor. Pensé que el agua me iba a tragar y sufriría una muerte agónica luchando por salir. Eva parecía feliz siendo una sirena con los pechos cubiertos por dos cocos y sus luces navideñas parpadeando como el neón de un

bar de carretera. Sonreía feliz levitando sobre el agua, pero yo seguía temiendo por el contacto mortal de aquel cable si ella decidía zambullirse de nuevo.

—Axel, esto es una indómita vesania.

—Esto es una jodida paranoia, Evita.

Y eso es lo que era, una paranoia producida por aquellas setas que nos había dado Oruki.

La fusión alucinógena

—EVA —LA LLAMÉ—. Me siento solo.

Eva me miró entre una polvareda de destellos multicolor y se acercó, luchando bravamente con las aguas doradas. Era la jodida diosa Afrodita con cola de sirena. A su paso brincaban peces fosforescentes entre centelleos de purpurina.

—¿Qué te ocurre, mi amor? ¿No eres feliz? Hemos vuelto. Somos nosotros. —Me abrazó rozando los cocos contra mi torso.

—Sí, somos nosotros —afirmé, empezando a sentirme feliz de nuevo—. ¡Somos nosotros! —grité levantando los brazos y la vista al cielo. La noche cubría las aguas y se podía ver en el firmamento la inmensidad de la Vía Láctea. Las estrellas eran enormes, como balones de reglamento de colores vivos: naranjas, amarillos, rojos y bailaban una danza suave mecidas por la brisa—. Ahora lo entiendo todo —dije pensativo, fijando la vista en una estrella más brillante, parecía decirme algo en su místico lenguaje—. El mundo es enorme y nosotros pequeños, insignificantes como granos de arena, puntitos microscópicos irrelevantes en la inmensidad del espacio y el tiempo, y, sin embargo, el Universo nos ha elegido entre millones y millones de personas. Somos importantes para él. El Universo por algún motivo quería unirnos y lo ha conseguido. Quería que nuestras conciencias se fusionaran en el más allá, por eso nos ha invertido, ¿no lo ves? Y ahora quiere que nos fundamos. Lo siento muy adentro. Hay una voz que me grita desde las entrañas. Fúndete con Eva. Únete a ella y procrea.

Eva me miró sonriendo. Estaba tan hermosa. Su cabello azul cayéndole en ondas luminosas sobre los pálidos hombros y sus bellos ojos titilando con esa mirada tan embriagadora.

—Tienes razón, Axel. Yo también lo escucho. Me habla desde este micro que me ha salido aquí —dijo, cogiéndose algo por debajo de su cola de sirena—. Dice... —se inclinó para poder escucharlo—. Fúndete con Axel. Es un dios

vikingo y tú eres una princesa caucásica. Estáis hechos para copular como salvajes y tener hijos celestiales.

—Sí. No perdamos más tiempo, Eva. Fundámonos. Tenemos que hacer caso al Universo, ahora que nos ha devuelto nuestros cuerpos. —Traté de levantarla en brazos, pero me flojearon las fuerzas, así que la tomé de la mano y nos encaminamos a la orilla.

Una vez allí, nos tumbamos sobre el lecho mullido que formaba la arena y unas estrellas de mar blandas y esponjosas. Acerqué los labios a la suyos y la besé. En ese momento un halo de luz emergió de nuestras bocas iluminándonos los rostros. Era todo tan hermoso que tenía el corazón sobrecogido por la emoción.

—¿Lo ves? Hemos nacido para estar juntos —le dije antes de volverla a besar.

La pasión se desató sin control. Mis manos arrasaban su piel que relucía, como si estuviera hecha de escamas sedosas, y sus manos sobrevolaban mi cuerpo, erizándome las células como nunca antes había sentido. La electricidad se estaba apoderando de los dos y, cuando nos fundiésemos en un solo cuerpo, seríamos un ser de luz y surcaríamos el cielo.

Traté de quitarle la cola de sirena, pero algo me lo impedía, en la entrepierna le había brotado una serpiente violeta que miraba al cielo con un solo ojo del que emergía una luz destellante.

—¿Qué es esto?

—Es el micro que antes te dije, el que me habla. Me está pidiendo que nos fundamos. Lo siento palpar muy fuerte. Está bombeando como un loco todo el tiempo.

Nuestras piernas y brazos hechos un nudo se estremecían al compás de nuestros cuerpos unidos, que empezaron a levitar elevándose sobre las aguas de plata, de nuestros pechos nacían diminutos cuerpos celestes, que alzaban el vuelo como pequeñas luciérnagas para unirse a los demás de la Vía Láctea completando su infinitud. Miré hacia abajo y vi que nos alejábamos del suelo a una velocidad de vértigo, en la orilla una pareja enlazada hacía el amor, confundidas sus blancas pieles fulguraban bajo la luz de la luna, y sentí que era hermoso. El milagro de la vida abriéndose camino a través de sus cuerpos entregados. Nuestros cuerpos estallaron entonces generando millones de partículas subatómicas que se desperdigaron como minúsculas estrellas fugaces. Las estelas barrieron las aguas mientras caíamos, la gravedad haciéndose densa. Tomamos tierra y entonces caí en que, esa pareja que había visto desde el cielo,

éramos nosotros, y sentí que por fin se había hecho justicia celestial. Eva y yo nos habíamos fusionado, estábamos en comunión, y ya nada podría separarnos. Éramos dos agapornis hasta el fin de nuestros días.

Las primeras luces del alba me despertaron, abrí un ojo y luego el otro, comprobando que, pese al viaje alucinante de la noche anterior, nuestras conciencias no habían encontrado sus caminos de retorno. Me sentí decepcionado y derrotado, con el maestro Oruki se acababan nuestras opciones. Ya nunca podríamos regresar, o tal vez sí, pero sería un día cualquiera, sin un porqué y sin buscarlo, cuando el Universo tuviera a bien devolvernos a nosotros mismos. Estábamos destinados a habitar en el cuerpo del otro y, aunque había logrado acostumbrarme, el sentir que sería así por siempre me llenaba de tristeza.

Durante unos minutos estuve en silencio, observando a Eva dormir. Estaba tan a gusto, que no quería privarla del placer de sentir que todo había terminado, pero cuando alcé la vista y la reposé en el horizonte, donde el agua rozaba trémula el cielo, se me cortó la respiración. Había visto muchos amaneceres en la playa, pero nada que pudiera compararse con aquella belleza. Era sobrecogedor.

Opté por despertarla o se lo perdería. Posé con suavidad la mano sobre su hombro y se lo sacudí un poco, luego me tumbé de cara a ella para que su rostro fuera lo primero que viera al despertar. Abrió los párpados y sus ojos se clavaron en los míos.

—Tienes una buena y una mala noticia que darme, ¿verdad? —dijo, ahogando un bostezo.

—La mala ya la sabes.

—¿Y la buena?

—Estamos en uno de los paraísos del mundo y está amaneciendo.

Se irguió un poco para mirar sobre mi cabeza y sonrió con tristeza.

—Es precioso, aunque hubiera preferido verlo con mis ojos.

—Lo sé —dije, tumbándome de lado para poder admirar el amanecer.

—Estoy medio desnuda —dijo, aproximando su cuerpo al mío para cubrirme la espalda. Sus manos buscaron mis pechos para ocultarlos de la vista de cualquiera.

—Dirás, desnudo.

—Me refiero a ti, estás desnuda de cintura para arriba.

—¿Es que no te acuerdas de lo que pasó anoche?

—Sí, tuvimos un viaje alucinante.

—Más bien, alucinógeno —la corregí entrándome la risa.

El ruido de la gente en la playa resonaba como un suave ronroneo entre el follaje de la selva, lo que me recordó que nosotros también teníamos que ponernos en marcha. Volví la cabeza y la miré por encima del hombro, y ella esbozó una sonrisa que podría iluminar el mundo.

—Me lo pasé bomba.

—¿En serio? —quise saber. Yo lo había vivido como una experiencia mística, algo extraordinario y extraterrenal, pero no sabía si su percepción había sido la misma que la mía.

—Sí. Sentí una especie de conexión espiritual contigo, me olvidé por completo de esto que nos pasa, solo te veía a ti. Como eras, o, mejor dicho, mejorado, eras como Thor y tenías una corona de luz alrededor de la cabeza.

—¿Así que Thor? —Me tumbé boca arriba y ella me pasó el brazo por encima del pecho.

—Van a multarnos como sigas haciendo toples —se rio. Los ojos le centellearon y me abrazó, aplastando mis tetas contra su torso. Noté el vello de su pecho cosquilleándome los pezones mientras aquel abrazo se prolongaba en el tiempo, y aquella sensación me gustó.

—Van a multarnos por hacer algo más que toples —bromeé, apartándome un poco. Necesitaba pensar un poco antes de seguir actuando por instinto. Lo de la noche anterior había sido increíble, pero ahora de nuevo me veía a mí mismo.

—Metámonos en el agua —dijo, como si no me hubiera escuchado, levantándose y tirando de mí hacia ella, pero entonces vi que una legión de barraqueros estaba rastrillando la arena de la Isla del Amor y preparando las mesas, las sillas y las sombrillas para la jornada cotidiana, y pensé que no tardarían en vernos y llamarnos la atención por escándalo público.

—Tenemos que irnos —dije—. El avión sale a las diez.

—Primero tenemos que recuperar las maletas. ¿Sabes llegar hasta la choza de Oruki?

—No estoy seguro. No sé muy bien cómo llegamos hasta aquí, pero debe andar cerca. Podemos preguntar en algún chiringuito de la playa. Debe ser un personaje bastante conocido en este lugar.

—Me parece bien.

—¿Te parece bien?

—Eso he dicho. —Se rio con aire triste.

—¿Estás bien?

—Estoy bien.

—Vale —asentí—. Tú estás bien, yo estoy bien. Voy a ver si encuentro nuestra ropa. Si vuelvo a enseñar las tetas al poblado me van a meter en la cárcel, y no quiero saber cómo son las cárceles de Brasil.

—Iré yo, tú espérame aquí.

—Vale, ve tú, yo me quedo aquí.

Eva echó a andar, pero tras dos pasos, se volvió y me miró con el ceño fruncido.

—¿Va todo bien? —dibujó un círculo en el aire refiriéndose a mi cabeza.

—Sí, ¿qué iba a ir mal, aparte de lo obvio?

Eva desanduvo los pasos dados y me abrazó.

—Lo vamos a conseguir, Axel, lo sé. Todo volverá a ser como antes.

—No quiero que las cosas sean como antes.

—¿No quieres recuperar tu cuerpo? —Me miró extrañada.

—Sí, claro que quiero.

—¿Entonces?

—No quiero ser el Axel de antes, quiero ser el Axel que soy ahora, y no sé si volviendo a mi cuerpo eso será posible.

Eva ladeó la cabeza y me miró desde arriba con los ojos entornados.

—Creo que sé lo que quieres decirme, pero no tiene por qué ser así, está en tu mano cambiar. El Axel que hay ahí dentro —apoyó la mano sobre mi corazón— siempre ha existido, es el real, el único, no hay otro, solo que no querías mostrarlo al mundo, porque era demasiado doloroso para ti, ¿me equivoco? Pero ahora ya has hecho las paces contigo mismo y puedes enseñarlo sin temor. Porque Axel, eres hermoso por dentro tanto o más que por fuera, yo lo he visto y lo siento en mi corazón cada vez que me miras o me tocas.

—No sé —dije vacilante.

—Claro que lo sabes. Yo pienso estar a tu lado para recordártelo.

—¿Cuando volvamos a España vas a estar a mi lado para recordármelo cada día? —quise saber.

Eva bajó la vista y se encogió de hombros.

—¿Es eso lo que quieres? —preguntó.

—¿Y tú?

—No quiero que estemos juntos por obligación.

—Ni yo, pero ahora mismo siento que te necesito más que a nadie en el mundo, y eso me da miedo. Me da mucho miedo tener esa necesidad, porque ya he perdido a muchas personas importantes en mi vida y conozco cómo el dolor

te hace heridas y que por mucho que trates de curarlas persisten y nunca llegan a cerrarse.

Eva me miró con los ojos tristes y dijo:

—Pero ¿tanto daño te han hecho?

—Algún día te hablaré de ello, pero prepárate, no es algo bonito de escuchar.

—Estaré preparada cuando quieras contármelo. —Y se marchó.

Al cabo de unos pocos minutos regresó con una camiseta, que no era suya ni mía, me la entregó y me la puse.

—¿Vamos? —dijo tendiéndome la mano.

—Sí, vamos.

Mientras andábamos hacia la orilla de la playa, donde un enjambre de turistas ya estaba tomando las tumbonas por rehenes, Eva se detuvo un segundo y se me quedó mirando como si fuese a hacer un comunicado oficial.

—Quiero que sepas que lo de ayer fue maravilloso. Nunca había sentido nada igual. No sé si es porque hago uso de tu cuerpo o porque las setas esas me desinhibieron, pero lo disfruté mucho —recalcó con un golpe de voz esta última palabra.

—¿Me estás diciendo que has tenido un orgasmo? —Alcé las cejas sorprendido, no porque lo hubiera tenido, sino porque me lo estuviera contando.

—Más de uno. Y te lo agradezco, Axel —dijo solemne.

—No es algo por lo que debas dar las gracias, es lo normal, supongo, que cuando dos personas hacen el amor tengan orgasmos.

—¿Crees que hemos hecho el amor?

—¿Qué si no? —pregunté sin entender mucho adónde quería llegar Eva con todo eso.

—No sé, creo que para que dos personas hagan el amor deben quererse, estar enamoradas, si no, yo lo llamo follar o echar un polvo.

—No sé si para hacer el amor es necesario estar enamorado, solo puedo decirte que yo lo sentí así.

—Vale —dijo, en un tono antipático, como si mi respuesta no hubiera sido de su agrado.

—Y para tu información y solo como dato, este cuerpo —me señalé el pecho con los pulgares— también tuvo varios orgasmos.

—¿En serio?

—Muy en serio.

—¿De verdad de la buena? —dijo sonriendo de oreja a oreja.

—De verdad de la más buena de las posibles.

Retomamos el paso en silencio, casi parecíamos dos náufragos por las pintas que llevábamos, pero nadie allí pareció advertirlo. En cuanto nos acercamos a los chiringuitos y olfateé el aroma de pescado a la brasa se me hizo la boca agua. Me rugían las tripas, pero no había sido muy consciente del hambre que tenía hasta que sentí ese olor inundándome las fosas nasales.

—Necesito comer, Eva.

—Y yo, llevamos sin probar bocado desde ayer en el avión.

—Acerquémonos a preguntar cuánto vale.

—Pero si no llevamos dinero encima.

—Da igual, vayamos y preguntémosles por Oruki de todos modos.

El olor era embriagador. Sobre las brasas yacía un pescado del tamaño de un cordero lechal, y el cocinero cantaba una conocida bosa nova (de la que no recuerdo el título) mientras abanicaba el fuego con una gran hoja de alguna planta exótica. Decidimos preguntar al tipo que atendía la barra, donde unos vasos altos, llenos de hielo hasta los topes, brillaban bajo la luz del sol de un modo muy apetecible.

—Perdone, señor, estamos buscando la casa de Oruki.

—¿Oruki? —repitió el señor del chiringuito con un gesto extraño.

—Sí, Oruki Okaki, un señor feo, sin dientes —respondió Eva, señalándose la barra superior de los dientes.

—Paulo Freitas. *Você quer dizer ele?*

—No sé qué es *quer dizer*. Buscamos a Oruki, casa, choza, hogar —repitió Eva haciendo un triangulo sobre su cabeza con los brazos.

—*Na selva, caminhe* —dijo el señor, señalando con las manos un sendero que se adentraba en la selva—. *Tudo reto*.

—*Muito obrigado* —le respondió ella para mi asombro empezando a andar hacia el sendero.

—No sabía que supieras hablar portugués.

—Y no sé, ya lo has visto, pero eso es algo que todo el mundo sabe. Es culturilla general.

—¿Será cierto que se llama Paulo Freitas?

—No tengo ni idea, pero le iría mejor llamarse Paulo Feitas, porque mira que es horrendo el condenado.

—Lo más curioso es que lo ha reconocido por la descripción de tus dientes —dije, y reí pensando en que debía ser un ser mítico en la isla.

—Me pica todo el cuerpo y aquí me ha salido un haba —dijo Eva,

deteniéndose un momento para rascarse el brazo.

—No te rasques o te picará más, ha debido ser un mosquito.

—¿Un mosquito?! Sería un avestruz, pero ¿tú has visto que huevo me ha plantado aquí? —dijo seria, enseñándome el brazo, y yo me reí.

—¿Te ríes?

Asentí y le aclaré:

—No del huevo, de ti, es decir, de lo que has dicho. A veces eres bastante graciosa.

—¿A veces?

—Algunas veces, sí. Es algo que me gusta de ti. Lo eres sin saberlo.

—Pues tú debes ser muy dulce por dentro, porque ese mosquito se ha cebado con tu sangre. ¿Es que a ti no te han picado? —Volvió a rascarse el habón del brazo.

—Sí, pero no soy tan quejica.

—Me pica mogollón. ¿Cómo puedes aguantarlo?

—Porque tú me das fuerzas para soportar cualquier cosa —le respondí y a Eva se le iluminó la cara.

—¿No es ese el perro de Oruki? —comentó señalando al frente.

—Sí, sí lo es, debemos estar cerca.

—Ayer el camino me pareció mucho más largo.

—Ayer el tiempo y las distancias estaban muy distorsionados. Creo que Oruki no entendió qué necesitábamos de él y creyó que queríamos echar un polvo salvaje y colocarnos.

—Pues si creyó eso, hizo muy bien su trabajo. Ahora debemos poder explicarle qué sucede en realidad e intentar que nos ayude, pero no sé cómo lo vamos a hacer. No creo que le sirvan los dibujos, podríamos confundirlo de nuevo.

—*Siri*.

—¿*Siri*, quién es esa?

—Esa es la mujer que vive dentro de mi móvil, ella hablará por nosotros con el traductor de Google. ¿Cómo no lo he pensado antes? —Me di una cachetada en la cabeza.

—¡Es verdad! Recemos para que no se nos haya acabado la batería —dijo Eva, recolocándose el pelo.

—Tranquila, tengo dos baterías externas cargaditas por si las moscas.

—Acabas de ganar diez puntos por previsor.

—Preferiría un bocadillo. Tengo un hambre voraz.

Por fin avistamos la caseta destartalada y el mantel de cuadros ondeando para darnos la bienvenida. Oruki se encontraba en la choza guisando algo que olía de maravilla, seguramente alguna receta de pescado sencilla pero muy deliciosa.

—*Bem vindo* —nos dijo, enseñándonos su preciosa dentadura con una amplia sonrisa.

—No queremos beber vino, queremos hablar con usted —respondí.

—Creo que nos ha dado la bienvenida —me susurró Eva al oído.

—*Têm fome?* —preguntó, ajeno a nosotros, señalando la olla humeante.

—Sí, hambre, mucha hambre —contesté, esperanzado de llenar la barriga.

—*Sente-se* —nos dijo, señalando el suelo y ofreciéndonos unas cucharas de madera que habría fabricado el mismo.

Oruki llenó tres cuencos de la misma madera que las cucharas y nos sirvió uno a cada uno, después se sentó a nuestro lado con su ración de comida.

—Pescado —dijo en castellano—. *Comer*.

—¿Deberíamos? —dijo Eva mirando aquel cuenco con recelo.

—No sé tú, pero yo me muero de hambre —respondí cargando la cuchara.

Ambos comenzamos a devorar aquel manjar en el que se podían apreciar varias especias y un fuerte sabor a coco y pescado con mucho caldo, quemándonos la boca y tomando bocanadas de aire para poder tragar aquel líquido caliente sin carbonizarnos las gargantas.

—*Esta bom?* —preguntó Oruki, sorprendido por la rapidez con la que engullíamos.

—Mucho *bom*, está delicioso.

El hombre sonrió y asintió antes de comenzar a comer.

—No sé qué llevaba esto, pero me ha sabido a gloria —afirmó Eva, apurando el cuenco con la boca.

—Me ha sabido a coco, comino y alguna otra especia que no he podido adivinar —le dije, dándole el último sorbo.

—Va a resultar que Paulo Freitas es un candidato óptimo para *Master Chef*.

—Paulo Freitas *sou eu* —dijo Okaki señalándose el pecho.

—Corre trae el móvil —me pidió Eva, y eso hice.

—Aún tiene batería y por suerte cobertura.

Me dirigí al traductor de Google, escribí lo que quería que *Siri* transmitiera a Okaki y la voz robótica más sensual de Apple le expuso en perfecto portugués lo que nos pasaba realmente. Y ante el asombro de aquel ser que no había visto semejante tecnología en la vida, cambié el idioma determinado por portugués y

Okaki habló al Google para que este nos lo tradujera al castellano, y de nuevo Siri nos habló en nuestro idioma materno.

—Lo que hay que hacer en esos casos es algo complejo y muy peligroso. Consiste en un hechizo muy poderoso, en el que las dos personas deberían salir de su cuerpo al mismo tiempo y al cien por cien en un ritual, que los lleva a un estado cercano a la muerte. Consiste en parar el corazón de ambas personas unos segundos y volver a impulsarlo rápidamente. Solo unos pocos hechiceros en el mundo saben hacerlo.

—¿Y usted es uno de ellos? —preguntó Eva entre esperanzada y acojonada. Aquello que acababa de decir el maestro Oruki daba mucho miedo.

—Es complicado. Solo unos pocos hechiceros en el mundo saben hacerlo —repitió.

—Eso lo tenemos claro, pero ¿puede usted realizar ese encantamiento? —le pregunté.

—Lo lamento, pero no. Lo único que les puedo decir es que ustedes lo han realizado ya de algún modo. Alguno de ustedes dos debe tener ese don divino, o quizá ambos. Lo que quiere decir que ustedes solos serán de nuevo los responsables de revertir ese encantamiento.

—¿Está diciéndonos que estuvimos en algún momento a punto de morir? —Eva se llevó las manos a la boca asustada.

—No les puedo dar una explicación a eso, solo sé que para realizar ese tipo de intercambios a través de un ritual es necesario llevar al límite de la vida a dicha persona, pero los caprichos de la madre Tierra a veces son inexplicables y solo ella y el Universo son capaces de revertirlos, y en su caso es posible que ustedes mismos.

Me río de Janeiro

NOS DESPEDIMOS DE OKAKI en el mismo punto donde nos había encontrado y le dimos las gracias por todo. Axel le ofreció incluso algo de dinero por las molestias, pero este lo rechazó y nos dio sus bendiciones deseándonos buena suerte, además de un ungüento casero para las picaduras de mosquito.

Llamamos a la empresa de coches de alquiler y les explicamos que habíamos tenido un accidente y que nos vinieran a recoger. La mujer que nos atendió se mostró muy amable y eficiente, nos preguntó si nos encontrábamos bien y en media hora teníamos allí un coche de la empresa para llevarnos al aeropuerto. Por suerte, no tuvimos problemas con la compañía. Tenía todo legalmente y el seguro para estos casos cubría todos los daños y desperfectos, con una franquicia de cien euros, que nos cargarían en la tarjeta, moco de pavo para lo que podía haber sido.

El vuelo duró menos de cuatro horas. Parece increíble cuando uno dispone de un avión a su completa disposición cómo las distancias pueden acortarse, y más si lo pasas durmiendo. Fue un abrir y cerrar de ojos, nunca mejor dicho. Estaba tan agotada que, nada más subir y acomodarme en uno de aquellos amplios asientos, me quedé hecha un tronco. Cuando desperté estábamos a punto de aterrizar y la ciudad de Buenos Aires se extendía inmensa en el horizonte. Sabía que era grande, pero no pensaba que tanto. Me impresionó.

Busqué a Axel con la mirada. Estaba durmiendo con la boca abierta y soltando pequeños ronquiditos sincopados que me hicieron sonreír. Era extraño verme a mí misma durmiendo, aunque he de reconocer que cada vez menos. Pero más extraño me parecía cómo mi mente había asimilado con aquella facilidad mi nuevo cuerpo y se había acostumbrado a verme desde aquel ángulo tan distinto. No era como mirarse en un espejo, mi cuerpo actuaba a su manera, con gestos que no reconocía como míos, y hacía y decía cosas que yo nunca hubiera hecho o dicho.

Saqué el iPad y repasé la agenda. Gracias a Rosi, apenas nos habíamos

desviado muy poco del plan inicial, y en la delegación argentina no habían puesto ningún problema para posponer la presentación del EnergyFree un par de horas. Todo marchaba, menos lo nuestro. Lo nuestro era obvio que no marchaba. Tras hablar con Oruki nuestras esperanzas en sus poderes de hechicero se habían truncado y ya no nos quedaban opciones, porque aquello de llevar nuestros cuerpos al límite de la muerte se me antojaba una completa locura. Estuve pensando en ello mientras por la ventanilla veía el avión descender para tomar tierra, hasta que Axel me habló.

—¿Has dormido? —me preguntó con los ojos aún cargados de sueño, sentándose a mi lado.

—Sí, casi todo el tiempo. Me hacía falta.

—Y a mí —afirmó desperezándose.

—¿Sabes que sí que ronco?

—Te lo dije —se rio, posando la mano sobre mi rodilla de un modo muy natural—. ¿Cuál es el plan? —Con la barbilla señaló mi iPad.

—Ya sabes cuál es el plan. No te burles de mí.

—No me estoy burlando.

Entorné los ojos y lo miré mal.

—Eso se acabó y lo sabes —añadió.

—Te aseguro que no me gustaba.

Abrió los ojos y sonrió.

—Yo creo que sí —me repuso.

Negué con la cabeza y, tras pensarlo unos segundos, me desdije:

—Al principio no, pero luego le empecé a encontrar el gusto.

—Lo sabía. —Me señaló con el dedo. Llevaba las uñas hechas un asco—. Sabía que te encantaba que me metiera contigo.

—No diría tanto como encantar, pero sí me gustaba, me daba vidilla. ¿Esa era tu forma de flirtear conmigo?

Axel echó la cabeza hacia atrás y explotó a reír de ese modo tan encantador que tenía y seguía teniendo incluso haciendo uso de mi cuerpo.

—¿Flirtear, Eva?! ¡¿Todavía se hacen esas cosas?!

—Ya sabes lo que quiero decir. No te hagas el tonto conmigo. Te conozco bien. —Alcé las cejas.

Me miró ladeando la cabeza y esbozó esa sonrisa perezosa, que en mi cara no resultaba tan sugestiva como en la suya, y dijo:

—Puede que sí que flirteara contigo —engoló la voz poniendo los ojos en blanco para decir esa palabra—. Reconozco que quería meterme en tu cama

desde hacía tiempo, pero —hizo un alto, desencajándose los huesos del cuello— va a ser que me he metido más en ti de lo que había deseado.

Eso que había dicho me hizo pensar en algo que a su vez me había estado rondando la cabeza. El hecho de desearlo tanto y cómo eso había podido inducir los intercambios de cuerpos.

—¿Nos da tiempo a pasar por el hotel antes de la presentación? Me gustaría ducharme y cambiarme de ropa —dijo interrumpiéndome los pensamientos.

—Vamos un poco justos. Deberíamos cambiarnos aquí. Voy a preguntarle a la azafata si nos dejan hacerlo en el baño del avión cuando aterricemos. Por cierto, ¿has visto el baño? En ese baño caben tres baños como el mío.

El misterio del gato churruscado

LA RECEPCIÓN DE LA DELEGACIÓN argentina rebosaba de gente. Un enjambre de trabajadores trajeados se movía frenético por la sala, corriendo de aquí para allá como si se hubiera declarado una guerra. Nos dirigimos al mostrador para informar a la recepcionista de nuestra presencia y que esta avisara al señor Hermosilla, el Director General.

—¿Estás nerviosa? —me preguntó Axel, parándome la mano en la que llevaba el portátil y que se movía adelante y atrás con demasiado brío.

—Me has puesto nerviosa tú. Has tardado una eternidad en arreglarte y luego encima te metes conmigo.

—No me he metido contigo, solo con ese ridículo pañuelo que llevabas puesto.

—No es ridículo.

—Puesto en mi cuello sí, ¿dónde voy yo con un fular rosa?

—Hace frío.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? Con estas jodidas medias casi se me congela la sangre.

—Modera ese lenguaje, Axel. Yo no hablo así —le dije en un tono seco.

—Y yo no llevo fulares da igual del color que sean —me respondió en un tono más seco aún—. Chiss, por ahí vienen.

Me volví para recibir con una cordial sonrisa al comité de bienvenida argentino, encontrándome con un señor de denso cabello blanco que caía en ondas sobre sus sienes de un modo muy estiloso. Se presentó como Mateo Bermúdez y con rapidez nos condujo a la sala de conferencias, donde nos esperaban más de cien personas. La presentación fue de nuevo un éxito y por suerte esta vez no nos entretuvieron demasiado después de la charla. Nos despedimos y nos fuimos al hotel.

—He estado pensando en otra forma de intercambiarnos —le dije en cuanto

entramos en la habitación. En el Patios de San Telmo no habían cometido el fallo de reservarnos solo una habitación, aun así, habíamos decidido dormir juntos, más que nada por si eso era un detalle importante a la hora de revertir los efectos del hechizo. Podía pasar en cualquier momento y debíamos estar preparados. Lo miré pensando que estaba muy serio—. ¿Te pasa algo? Estás muy callado. Prácticamente no has abierto la boca desde la presentación.

—Estoy bien, dime, ¿qué has estado pensando? —Se tumbó sobre la cama y se quedó mirando el techo.

—Pues mira, Oruki ha dicho que el poder estaba en nosotros y pienso que de algún modo tú y yo provocamos al Universo para que nos intercambiara. No sé si habrás visto: *Ponte en mi lugar, Viceversa, Este cuerpo no es el mío o El cambiazo*, pero en todas esas pelis se producen intercambios de cuerpos y todas coinciden en que es fruto de la magia o porque los dos personajes dicen la misma frase al mismo tiempo, como una especie de ritual. He pensado que, aunque sean ficción, puede que esa técnica pueda valernos. ¿Entiendes? —Axel me observaba con la boca abierta. Estaba claro que lo había impresionado con mi astucia—. ¿Qué te parece?

Entre risas, dijo:

—Que ves muchas películas.

—Bueno —me encogí de hombros—, podríamos probar, ¿no crees? Intentamos hacer lo de la marmota y no nos funcionó, pero esa película en realidad no tiene nada que ver con lo que nos pasa a nosotros.

—Vale, está bien, ¿qué propones? —Se incorporó y se sentó apoyando la espalda en el cabecero.

—Creo que deberíamos tratar de hacer memoria y pensar qué cosas dijimos esa noche. Si hubo algún tipo de coincidencia.

—A ver, déjame que piense... —Axel miró al techo y así estuvo durante unos segundos, al fin dijo—: Dije cosas... Como, me la pones gorda, te quiero follar hasta que no te sientas las piernas...

Lo miré extrañada, no recordaba nada de eso.

—¿En serio?

—Más o menos, es lo que suelo decir.

—Pues no creo que yo dijera nada de eso, no es mi estilo.

—¿Y si dijiste estoy gorda, y dio la casualidad de que dijimos la palabra «gorda» al mismo tiempo?

—No creo que yo dijera eso. No tiene sentido, no lo estoy.

—A lo mejor dijiste que yo la tenía gorda.

—¿Te estás quedando conmigo?

—Pues sí —respondió riendo—. ¿Por qué no dejas de pensar tanto y te tumbas aquí a mi lado?

Lo miré con recelo sin moverme.

—¿Es que quieres tener otra vez sexo?

—Puede. ¿Y por qué lo llamamos ahora «tener sexo»?

—Pues porque como no es ni follar ni hacer el amor, de alguna forma lo tengo que llamar.

—Entiendo.

—¿Te enfadas? —pregunté.

—No me enfado, pero es que no te entiendo, Eva. Lo de ayer fue especial, coincidimos en eso, ¿verdad? Nunca se me hubiera pasado por la cabeza que *tendría sexo* con un hombre y me gustaría, pero he descubierto que no me importa, ¿y sabes por qué no me importa? —Me miró fijamente y tragué saliva sin responder—. No me importa porque solo te veo a ti. Veo lo que hay detrás de tus ojos y siento algo especial entre los dos. Te veo y me veo y nos reflejamos.

Me quedé mirándolo boquiabierto, incapaz de decir ni una sola palabra. Axel se me estaba declarando y yo me comportaba como si tuviera la sensibilidad de un robot.

—Lo siento —dije, acercándome a la cama.

—No, disculpa tú. No sé qué me pasa. Estoy muy sensible y me ha dado por pensar en lo fácil que es entender ahora a otras personas que aman sin condiciones y no ven en el otro un género, sino a alguien al que quieren. Las cosas se ven muy diferentes cuando te tocan de cerca. Esta experiencia me ha ayudado a madurar y a comprender de verdad que los seres humanos solo aman a otros seres humanos, ¿me entiendes?

—Te entiendo, y creo que a lo mejor esa transformación tuya a lo Pasionaria es que te va a bajar la regla —me permití bromear.

—No me jodas, ¿en serio?

—No, aún no me toca, pero llegará el día —le avisé simulando la voz de Terminator.

Axel se llevó las manos a la cabeza y gruñó:

—No quiero que ese día llegue. Tenemos que solucionarlo antes.

—Tranquilo —dije, sentándome a su lado. Alargué el brazo y le cogí la mano—. Vamos a resolverlo, no sé cómo, pero lo haremos.

—Está bien —dijo—. Mira, ¿sabes lo que vamos a hacer? —preguntó, sonriéndome.

—¿Qué?

—Pasémoslo bien —dijo, mirándome fijamente a los ojos—. Nos queda una semana y media de viaje, luego volveremos a España, y será lo que tenga que ser, pero mientras tanto, vamos a relajarnos un poco. Estos días han sido...

—Una locura —dije, soltando una carcajada.

—Sí —afirmó, asintiendo con la cabeza—, han sido demasiado estresantes: presentaciones, taxis, aviones, siempre con el tiempo pegado al culo. Apenas hemos tenido ocasión para disfrutar de nada, y estamos visitando lugares maravillosos y nos lo estamos perdiendo todo, excepto lo de ayer en Alter do Chão, que fue increíble. Y no me mires con esa cara, no seas tan mal pensada, no siempre estoy pensado en lo mismo, aunque reconozco que lo que pasó anoche también fue una pasada. Pero me refiero a lo de pasear a través de la selva, entrar en aquella gruta subterránea, bañarnos en el río Tapajós a la luz de la luna, ver el amanecer esta mañana. Ha sido increíble, y eso me hace pensar que con todo esto —nos señaló expresivamente a los dos—, apenas disfrutamos de nada, estamos movidos por un vendaval que nos arrastra de un lado para otro sin darnos tiempo a mirar a nuestro alrededor. No sé tú, Eva, pero yo no sé cuándo volveré o si algún día volveré a Buenos Aires, y no me lo quiero seguir perdiendo. Así que te propongo que ya que esto va a ser así, queramos o no, tratemos de pasarlo bien, porque seguimos teniendo ojos, nariz, boca, orejas, manos y pies, y eso nos permite vivir la experiencia de estar en este hotel tan bonito, en este barrio tan bonito e ir a cenar y comer un asado argentino auténtico y salir a bailar tangos o lo que nos apetezca, vivir y disfrutar del momento. Y eso es lo que quiero hacer ahora. No quiero seguir lamentándome por algo que no sé si tiene remedio y quiero salir ahí fuera contigo y comportarnos como...

—Como personas normales —terminé la frase por él.

—No, iba a decir como una pareja normal. Quiero llevarte a cenar, a tomar una copa y a bailar tangos, aunque no tenga ni idea de cómo hacerlo. Pero eso es lo que quiero hacer, Eva, porque estamos en Argentina y nos lo merecemos. Hemos hecho una presentación de puta madre y nos lo merecemos. Así que dime: ¿estás dispuesta a pasártelo bien?

Lo miré pensando que tenía mucha razón. La situación era una locura, pero nada nos impedía tratar de sobrellevarla lo mejor que pudiéramos, así que le dije:

—Lo estoy. Me gusta el plan.

—Pues venga, en marcha, vamos a ponernos guapos para salir a cenar. ¿Qué quieres que me ponga? ¿El vestido negro de la cremallera o el azul de la falda de

vuelo? —preguntó saltando de la cama.

Me eché a reír.

—El que sea pero con los zapatos negros de tacón.

—Tú quieres que me mate, ¿verdad? —dijo acercándose.

Iba a responder, pero el teléfono comenzó a sonar y en la pantalla apareció el nombre de Rogelio Albañil. Con todo el ajetreo me había olvidado por completo de Fufú y su fatídico final. Cuando tuviera un hueco llamaría a Carola y le iba a cantar las cuarenta.

—¿Quieres que responda? —dijo Axel.

—Sí, por favor —respondí con la voz de pronto encogida en la garganta, pasándole el móvil.

—¿Dígame? —dijo Axel tras descolgar y poner el altavoz.

—Señorita, tengo una buena y una mala noticia que darle.

Miré a Axel y este me dijo que me calmara con un gesto de las manos

—¿Está usted ahí? —dijo Rogelio.

—Sí, disculpe, pero miedo me dan sus malas noticias.

—A ver, señorita, el peluche no era suyo.

—Puede dejar de referirse a Fufú como «el peluche», respete mi dolor.

—Está bien, seré más concreto. El gato a la brasa no era el suyo, es el de su vecina.

—¿El de Consuelo? —dije yo, llevándome las manos a la cabeza.

—No sé si será un consuelo o no, caballero, pero no es el de su novia. Su amiga vino ayer a por comida para su gato y confirmó que está en su casa. Por otro lado, el chiquillo que tengo de peón vio a una vecina suya colgando un cartel de gato desaparecido y entendemos que la momia gatuna que tenemos aquí es el suyo, ¿me comprende, usted?

—Le comprendo. Estoy entre feliz y triste por la noticia, aunque he de reconocer que me alivia mucho saber que Fufú está bien.

—¿Quiere que le entregue el cuerpo a su vecina? Aunque debo advertirle que el seguro de obras no cubre este tipo de incidentes.

—Pues no sé qué decirle, además, ¿qué hora es en España? —Axel me preguntó levantando las manos qué debía decirle a Rogelio.

—Son las doce de la noche, señorita.

—¿No estarán todavía picando en mi casa?

—Para nada, estoy haciendo gestiones de empresa desde la cama. Los autónomos no descansamos nunca.

—Ya veo.

—A ver, mi consejo es que tiremos el gato socarrado a la basura y que su vecina crea que se ha ido de viaje, ¿me comprende, usted?

—Me parece una falta de respeto tratar así la muerte de un animal, sinceramente pero... —dijo Axel mientras yo asentía a sus palabras.

—Mire que yo entiendo de estas cosas y su vecina podría demandarla y sacarle una pasta por culpa del dichoso gato, que, por otro lado, entró sin permiso a morder cables con el consiguiente accidente mortal.

—Pues no sé, tírelo entonces —soltó Axel mientras yo negaba rotunda con la cabeza.

—A sus órdenes, ahora mando un *wasap* al chiquillo y mañana a primera hora que le dé sepultura en el contenedor de obra, y aquí no ha pasado nada. A mandar, señora, a mandar.

—Nooo —grité yo a punto de arrebatarse el teléfono cuando la llamada se cortó.

Aquello era surrealista, no daba crédito a las decisiones que se habían tomado entre Rogelio y Axel.

—Me parece fatal lo que acaba de suceder. Consuelo estará buscando a Mollete desesperada y el pobre va a acabar sepultado entre los escombros de mi casa.

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Has oído que podría demandarte? Solo es un gato.

—¿Solo es un gato, en serio? Es un animalito que forma parte de una familia. ¿Cómo puedes ser tan insensible?

—Antes me has dicho que estaba muy sensible y ahora que no, aclárate, Eva, aclárate.

—Que estabas sensible lo has dicho tú, no yo. Y no tengo que aclararme, debes hacerlo tú. Acaba de aflorar de nuevo el Axel de antes —le reprendí.

—Eso no es cierto, solo intentaba ayudarte.

—¿Echando a Mollete en un contenedor como un trozo de azulejo? —Vi que la cara de Axel se transformaba y hacía un esfuerzo titánico por no reír—. ¿No irás a reírte?

—Joder, Eva, has dicho eso del azulejo y me ha hecho gracia. Deberías estar contenta por Fufú, está vivo.

—Lo estoy, pero a la vez triste por Mollete y por la manera en la que habéis tratado su muerte.

—Consuelo no sufrirá y es un consuelo para Consuelo —me repuso, de nuevo aguantándose las ganas de reír.

—Vete a la mierda, Axel —dije, marchándome al baño a darme una ducha antes de la cena.

—Eva, Evita, perdóname. ¡Ya sabes que estoy inestable mentalmente por las hormonas! —Encima tuvo la desfachatez de soltarme a gritos ese topicazo desde la habitación.

No me cuentes milongas

DURANTE EL TIEMPO QUE estuvimos en la habitación arreglándonos para salir a cenar y pasarlo bien, Eva no me dirigió la palabra ni una sola vez. Lo que torcía de todas todas el plan estupendo que había planeado para esa noche, aunque bien pensado estar peleados formaba también parte de ser una pareja normal.

—Lo siento, Eva. —Me miró de reajo con los brazos cruzados mientras caminábamos hacia Don Ernesto, un asador que nos habían recomendado en la recepción—. ¿Puedes dejar de ignorarme? Te estoy diciendo que lo siento.

—Me has enfadado mucho riéndote de algo así, Axel. Sabes lo importante que es Fufú para mí.

—Pero Fufú está bien. Entiendo que tu vecina estará pasándolo mal sin saber el paradero de su gato y ha estado mal por mi parte reírme, pero no es para tanto... Es que me ha hecho gracia.

—No lo estás arreglando, pero vale, te perdono por esta vez. Pero intenta reprimir esa vena insensible que tienes.

—Supongo que a veces sí la tengo, aunque he mejorado mucho. Ya me veo capaz incluso de llorar.

Eva me miró extrañada y dijo:

—¿Nunca has llorado?! ¡No me lo puedo creer!

—Nunca —mentí.

—Eso es imposible. ¿Ni siquiera con *Titanic*, *Bajo la misma estrella*, *Ghost*, *El diario de Noah*, *Yo antes de ti*...? Si no has llorado viendo una de esas películas es que no tienes alma.

—No he visto ninguna de esas películas, así que supongo que por eso sigo conservando mi alma —ironicé.

—¿*El rey león*, *Coco*? —insistió.

Negué con la cabeza, divertido ante su extensa propuesta cinematográfica.

—¿Es que nunca vas al cine?

—Pues no, no he ido al cine nunca.

—No me lo creo, eso tiene que ser mentira. Alguna vez habrás ido, no sé, ¿quizá con alguna novia de la adolescencia?

—Está bien, es mentira, pero hace mucho tiempo y ni me acuerdo ya —respondí.

Algo en mi gesto debió cambiar, porque Eva se detuvo y se me quedó mirando con aire pensativo, luego dijo:

—Uy, uy, uy... Veo por tu cara, que ahí hay una historia *made in Axel*.

—Puede.

—Cuéntamela.

—Solo si tú me cuentas algo muy secreto tuyo, algo que sea trágico. La mía es una historia trágica.

—No tengo nada trágico que contar. Antes quizá lo del autoincineramiento de Fufú, pero está vivo, además, esa historia ya la sabes.

—Entonces mi historia tendrá que esperar.

—No me lo puede creer. *Axel el rompedor de bragas* tiene una historia trágica de amor —me burlé.

—¿Eso de *rompedor de bragas* es algo tuyo o es un mote que se me ha puesto? —opté por desviar el rumbo de la conversación. No me apetecía seguir hablando de esa historia trágica. Aunque habían pasado unos cuantos años, había ciertas cosas de mi pasado que guardaba muy adentro y que todavía me causaban mucho dolor cuando abría el baúl de los recuerdos y las ventilaba.

—Ese es un mote que te puso mi amiga Carola, cuando le conté que iba a viajar contigo.

—Así que hablas de mí con tus amigas.

—Solo una vez. No te hagas ilusiones.

—¿Y por qué tu amiga Carola dijo eso de mí?

—Por algo que yo le dije —respondió claramente arrepentida de haberme contado eso.

—¿Y qué fue?

—Que eras un mujeriego.

—¿Realmente piensas que lo soy?

Asintió, ruborizándose, y respondió:

—Es lo que dicen de ti las chicas de la oficina.

—Vaya, pues no sabía que fuera tan importante como para acaparar cotilleos en la oficina.

—Y no lo eres, no seas tan creído, Axel. No se habla siempre de ti. Como ahora mismo que la conversación sobre ti debe terminar porque hemos llegado al

restaurante —dijo, señalando la fachada roja del asador.

Nada más entrar en Don Ernesto me llamó la atención el techo y las paredes, a rebosar de pequeños grafitis. Una explosión de colores que no perdonaba ningún espacio, incluso superponiéndose unos con otros, creando una impronta atemporal y artística de las miles de personas que habían tenido el placer de degustar sus manjares desde que abrieron sus puertas.

Nos sentaron en una mesa de la planta baja y, tras estudiar la carta, pedimos al azar un poco de todo, con la idea de compartir al centro y probar cuantos más platos argentinos mejor: bife de chorizo y morcilla, provoleta con mollejas, matambre a la pizza, entrañas y asado y dos jarras de cerveza para ayudar a pasarlo todo.

La comida no paraba de llegar y hubo un momento en el que pensé que nos íbamos a empachar si no dejábamos de zampar, pero sería una pena dejarnos algo de aquello. Estaba todo delicioso. Así que seguimos comiendo y comiendo en un silencio muy agradable, apenas roto por el ruido de nuestras bocas y los cubiertos golpeteando los platos.

Mientras devoraba el asado me puse a observar a Eva, que también masticaba a dos carrillos y una gota de aceite le surcaba desde la comisura del labio hasta la barbilla.

—¿Pasa algo? —preguntó viendo que la miraba y con la mano le hice un gesto para que se limpiara—. Qué rico todo —dijo, secándose delicadamente con la servilleta.

—Me he puesto las botas. —Me apreté la barriga y sonreí en su dirección.

—Bueno, ¿y ahora qué?

—Ahora el postre, por supuesto. —Alcé las cejas—. He visto los postres que están sirviendo por ahí y no me voy de aquí sin probar el dulce de leche.

—No sé si me va a entrar. Estoy llena —afirmó ella, cogiéndose la barriga también con una amplia sonrisa de satisfacción.

—Cuando lleguemos a España nos ponemos a dieta los dos y ya está. —Cogí la jarra de cerveza y la invité a brindar.

—Pues tienes razón. —Golpeó su jarra con la mía y le dio un trago—. Voy a llamar al camarero para pedirle la carta de postres.

Tras tomarnos nota, le preguntamos por algún local para ir a bailar tangos. Nos recomendó uno que quedaba bastante cerca, con muy buena onda y chévere para que los jóvenes se dejaran llevar por la magia de la noche porteña.

—No sé si será buena idea. La última vez que nos dijeron eso la cosa se fue de madre —le comenté medio en broma, medio en serio.

—Vayan y pásenla bien. La Maldita Milonga es un lugar que definitivamente deberían visitar en Buenos Aires. Y si van ya, podrán tomar una clase para principiantes antes de que empiece el show.

—Me gustaría mucho ir. Me encantaría aprender a bailar el tango —dijo Eva, dedicándome una mirada picarona.

—Y tanto que sí. No se pueden marchar de Buenos Aires sin bailar un tango. Es una experiencia imperdible. Y nada mejor que hacerlo en Maldita Milonga. Vayan, no se arrepentirán.

Cuando salimos a la calle, una espesa capa de niebla flotaba sobre el pavimento. Hacía mucho frío, pero íbamos calientes por dentro. Eva empezó a andar por el bordillo con los brazos en cruz imitando a un funambulista.

—Necesito dos calles para mí sola. No me dejes beber más, por favor —dijo antes de hacer como que saltaba al vacío.

—Yo también he bebido bastante, y tu cuerpo no aguanta tan bien el alcohol como el mío —le dije acercándome a ella riendo.

—Es que tú eres mucho más grande, fíjate que músculos tienes, aquí —se recorrió los brazos con las manos —aquí—se palpó los pectorales— y aquí. — Se apuntó el abdomen con los ojos desorbitados—. Debes hacer mogollón de ejercicio para estar así de fuerte.

—Qué va, es genética pura y dura.

—Sí, claro, y yo me lo creo.

—A ti no te iría mal un poco de ejercicio —le dije para picarla.

—Tú eres tonto o eres tonto —dijo y me asestó una palmada en la espalda, que me lanzó hacia delante.

—Controla tus impulsos, me vas a dislocar el hombro —protesté recuperando la compostura.

—Eres muy quejica, Axel —se burló y me sacó la lengua.

Seguimos hablando y metiéndonos el uno con el otro mientras recorríamos abrazados las calles adoquinadas del barrio San Telmo. Tenía mucho encanto y, cada dos por tres, Eva me señalaba algún edificio antiguo para indicarme que era de su agrado. A la vista de cualquiera éramos una pareja de novios disfrutando de un paseo nocturno por las callejuelas de aquel barrio porteño, por dentro seguíamos hechos un lío en todos los sentidos.

No tardamos mucho en llegar. Unos quince minutos. El Google Maps nos avisó que habíamos alcanzado nuestro destino y los dos miramos aquella puerta misteriosa con recelo, aunque en la fachada un cartel indicaba que se trataba de

Maldita Milonga. Desde fuera no parecía un garito de baile, sin embargo, se escuchaba música procedente de lo alto de la escalera y, tras subirla, nos trasportamos de lleno al mundo de la milonga.

Tenían montado un buen tinglado allí. Una sala grande, con mesas y sillas apostadas alrededor de la pista, casi vacía en ese momento, de baile. Al fondo unas cortinas rojas de suelo a techo escoltaban un gran escenario, donde descansaban inánimes los instrumentos de la orquesta que el camarero había mencionado como El Afronte. ¡Bárbara!, según él. La gente estaba terminando de cenar y el ambiente estaba cargado de sus animadas conversaciones y de la música que dejaba escapar el equipo de sonido.

Buscamos una mesa libre con la mirada y nos sentamos. Al punto, un camarero se nos acercó para tomarnos nota, ambos coincidimos en seguir tomando cerveza, por aquello de no mezclar. Y al poco ya teníamos dos jarras delante. Tomé la mía y la llevé al frente.

—Brindemos por nosotros, por esta noche mágica de tangos y milongas.

—¿Por qué crees que se dice eso de «no me cuentes milongas»? ¿Tendrá algo que ver con el baile? —dijo Eva, levantando la suya y dirigiéndola al centro para brindar.

—Pues la verdad es que no lo había pensado, pero debe tener su sentido. Vamos a buscarlo en Google y salimos de dudas.

Pero tras hacerlo no encontramos ninguna información que relacionara el dicho con el baile, luego nos pedimos otra cerveza. Y luego otra. Y otra más. Bebíamos sin descanso con las caras sonrientes mirando hacia la pista, donde un montón de parejas se habían lanzado a darlo todo.

—¿Te apetece bailar? —le dije.

—Me gustaría, pero no tengo ni idea de bailar tangos. Sería muy ridículo.

—¿Y qué?

—Pues que nos van a mirar y se van a reír.

—¿Yyy?

Entornó los ojos y torció el morro.

—Vale, está bien, bailemos.

—Pues bailemos, a eso hemos venido aquí.

—Está bien —dijo, poniéndose en pie.

—Pero ¿quién lleva a quién?

Eva me miró y se mordisqueó el labio inferior, mientras se pensaba la respuesta.

—Y qué más da —añadí, tomándola de la mano y dirigiéndola a la pista—.

Lo vamos a hacer fatal de todos modos.

Lo hicimos muy mal, no dábamos pie con bola, pero nos daba igual. Mirábamos al resto de parejas tratando de imitar sus movimientos, y lo único que conseguíamos hacer decentemente era movernos de un lado para otro con pasos rígidos y en el punto final, Axel lo culminaba con un bandazo de cabeza a la vez que levantaba la pierna. Tras un solo baile ya estábamos cansados de tangos o milongas (lo que fuera aquello) y volvimos a nuestra mesa para ver desde allí cómo bailaban los demás.

—Axel, me sigue pareciendo raro que, aparte de tu tía, no te haya llamado nadie durante todo el viaje.

—¿Y?

—Nada, pues que me resulta curioso.

—A ti te ha llamado el albañil y no creo que sea de tu familia —repuso con ironía.

—No te pongas a la defensiva, Axel. No solo la familia es de sangre... ¿Alguien, no? No sé... Un amigo o una amiga —dije, apoyando los codos en la mesa y enmarcándome la cara con las manos.

—Nos enviamos *wasaps*, igual que tú con los tuyos, y con mis padres tengo lo que se dice una relación a mucha distancia.

—¿Y alguna novia?

—Ya sabes que no tengo. Supongo que las mujeres que tengo en la agenda telefónica sienten el mismo interés por mí que yo por ellas.

—Bueno, Axel, yo te he visto con mis propios ojos irte con tres mujeres diferentes en tres noches distintas y seguidas. Debes tener una agenda más larga que un listín telefónico.

—Me gusta el sexo, no lo voy a negar. Pero no busco relaciones serias.

—Entiendo —dije agachando la mirada.

—¿No pensarás que tú eres una más?

—Espero que no.

—Mírame, Eva. Tienes que confiar en mí. Quiero que sepas que eres la única mujer que me remueve por dentro y, haciendo honor al significado de tu nombre, me das vida y ahora eres parte fundamental de la mía.

—¿Has buscado el significado de mi nombre? —pregunté, dejando en el aire la parte más importante de lo que había dicho. Era verdad que Axel se estaba poniendo cada vez más intenso con el paso de los días y a mí eso me hacía sentir un poco marciana, porque yo no era de soltar las cosas de adentro con tanta

naturalidad. A mí había que rascarme para ir sonsacándomelo.

—Quiero saber todo de ti. Es más, lo quiero todo de ti.

—Ya sabes todo lo que soy, acertaste de lleno conmigo, soy lo que siempre se ha esperado de mí, ni más ni menos.

—Sabes que eso no es verdad. Me he equivocado muchas veces juzgándote. Algo habrá de ti que me puedas contar.

—Poca cosa, hasta acertaste con lo de la biblioteca. —Me reí entre dientes.

—¿Qué biblioteca?

—El lugar donde conocí a Víctor.

—Pensaba que había sido en el instituto.

—Sí, pero en la biblioteca del instituto —puntalicé con la boca pequeña.

Axel se echó a reír y dijo:

—Joder, qué aburridos.

—Bueno, todos no tenemos tu simpatía y don de gentes —le reproché.

—Bah, no creo que tenga don de gentes.

—No seas falsamente modesto. No te pega. Además, sé de sobras que no lo eres.

—¿Y si nos vamos? —dijo cambiando de tema, como si lo que le acababa de decir no fuera con él.

—¿Al hotel?

—No, al hotel, no. Busquemos otro sitio donde pongan otra música, algo que parezca más una discoteca. Me apetece bailar contigo a lo loco.

—Y a mí me apetece hacerlo contigo.

Quiero ser el único que te muerda la boca

A POCAS MANZANAS DE ALLÍ nos topamos con un garito bastante animado que se llamaba Rey Castro. Había bastante gente para ser lunes y hacer un frío en la calle de tres pares de narices. El local era pequeño, aunque contaba con dos plantas y tres barras y, al igual que Maldita Milonga, tenía un pequeño escenario al fondo, del que ningún grupo hacía uso en aquel momento.

El ambiente era animado y la gente se movía al ritmo de *Sin documentos* de Los Rodríguez. Me atreví a cantarle al oído a Eva aquella canción mientras nos dirigíamos a una de las barras.

—Están poco actualizados —dijo, girando la cara y aproximándose con peligro a mi boca. El corazón me dio un vuelco y, cuando se recuperó, se puso a bombear frenético.

—Hay canciones que no pasan de moda, y creo que esta es una de ellas.

—¿Eres fan de Andrés Calamaro? —preguntó divertida.

—Soy fan de las canciones bonitas, y esta lo es. Baila conmigo.

—¿Ahora? Quería pedir unas cervezas.

—Eso puede esperar. Acércate a mí.

—¿Qué quieres hacerme?

—Quiero ser el único que te muerda la boca —le dije y sentí una descarga eléctrica que me recorrió todo el cuerpo, cosquilleándome entero.

—¿Has notado eso? —dijo ella que al parecer también había sentido aquella sensación.

—Cada día que pasa me sorprende un poco más de tu personalidad —dije, parándome en seco.

—¿A qué te refieres?

—A que cuando te digo algo bonito cambias de tema como si no quisieras que te lo dijera.

—Las palabras bonitas se las lleva el viento, a no ser que vayan acompañadas de realidades, de actos de amor que demuestren que todo lo que me estás

diciendo es cierto.

—¿Aún piensas así de mí?

—Perdona, soy muy imbécil a veces... No se me da bien hablar de sentimientos.

—Quiero que te abras, Eva, que me lo cuentes todo sobre ti y que me digas siempre lo que piensas de mí. Quiero saberlo, aunque me duela.

—Y lo voy a hacer, pero disfrutemos de este momento. Hemos venido a pasarlo bien.

—Y lo estamos haciendo. —Con una sonrisa le ofrecí la mano e hice una pequeña reverencia—. Baila conmigo, Eva, y deja que te trate como la princesa que eres.

—Ahora mismo soy un príncipe encantado —me repuso haciendo una mueca.

—Aun con mi cuerpo sigues siendo tú, nada más importa. —Le acaricié el brazo de arriba abajo y volví a sentir aquella extraña electricidad fluyendo entre los dos.

—Deberíamos irnos —dijo Eva.

—¿Sin tomar esas cervezas?

—Ahora soy yo la única que quiere morderte la boca. —Se inclinó y me dio un beso en los labios.

La prisa por salir de allí se apoderó de nosotros, y corriendo como dos locos por las calles de San Telmo, entre risas y besos furtivos por las esquinas, llegamos al hotel. Sentíamos la prisa por desnudarnos y fusionarnos, ser uno o ninguno o los dos o un todo, y cuando pusimos un pie en la habitación y cerramos la puerta, hundí la boca en su garganta y ella se retorció rindiéndose. Sus manos subieron para enroscarse en torno a mi cuello. La fina piel respondió erizándose. Mi boca buscó la suya, sonrió, y su boca buscó la mía sonriendo. Se encontraron a mitad de camino. El primer beso fue torpe y tierno. El segundo más abierto e intenso. En el tercero su lengua entró a matar y mi lengua luchó con la suya por unos segundos. Sus manos iniciaron un descenso por mi columna vertebral electrizándome entero, cargándome de necesidad; las mías subieron por los botones de su camisa buscando la fina piel de su garganta. Comenzamos una lucha por quitarnos la ropa el uno al otro. Salía volando, despedida, llevándose el poco reparo que nos quedaba, desperdigándolo por el suelo de la habitación como pequeños despojos.

Las pieles desnudas se pegaron sin complejos. Me apreté más, buscando el

roce de su vello en mi pecho. Mis manos extendidas bajaron por su espalda desprendiendo electricidad. Sus manos envolvieron mis pechos y los acariciaron con suavidad. Sentí una necesidad apremiante en los pezones. Se irguieron pidiendo atención. Nuestros labios seguían unidos en besos largos y esponjosos, cargados de saliva, que perdía el rumbo desligándose en las bocas. Sus dedos respondieron a mis pezones, los apresaron y apretaron retorciéndolos, y sentí que algo se me retorció en el fondo del vientre y luego esa palpitación suplicante. Un gemido escapó de mi garganta, estallando en la suya.

Nos tiramos sobre la cama y forcejamos un rato, jugueteando igual que dos críos despreocupados. Sobre aquel colchón los cuerpos no entendían de géneros, solo de carne. Éramos carne con carne. Piel resbaladizas deslizándose arriba y abajo. Contrarios que se amaban despreocupados y felices. Sin miedos. Libres.

Lo que sentí cuando Eva entró en mi interior fue la sensación más extraña que había experimentado nunca, al menos, estando lúcido (lo de la noche en Alter do Chão había sido extraterrenal y nada era comparable). Fue un momento de conciencia plena. Eva empezó a moverse sobre mí, le agarré las caderas para ayudarla a encontrar el ritmo y mi cuerpo respondió a su movimiento. Eva aceleró, exhalando un fuerte gruñido. Bajó la mano por mi costado para levantarme la pierna y ahondar, para moverse mejor, y descubrí entonces que las mujeres no sienten los orgasmos del mismo modo que los hombres. Me vino de repente, sin avisar, como un estallido en el centro del sexo tan agradable e intenso que casi dolía. Se extendió barriéndome a sacudidas la espalda y las piernas, haciéndome gritar para poder reabsorber las fuerzas que se me iban a borbotones por los poros de la piel. Noté que su cuerpo llegaba a un punto de no retorno y que empezaba a respirar entrecortadamente por el esfuerzo. Los gemidos agolpándose húmedos en el hueco de mi cuello. Las pulsaciones de su miembro bombeando caliente. Las réplicas de mi propio sexo respondiendo a sus convulsiones mientras jadeábamos de gusto con las bocas abiertas. Sentí todo mi mundo contrayéndose hasta el tamaño de un átomo para luego explotar haciéndome infinito.

Durante un largo rato ninguno de los dos dijo nada, acurrucados sobre la cama, nos besamos mil veces con besos pequeños, los ojos traspasándonos, viendo más allá, adentro, a lo más profundo, donde solo habita el alma.

Dejar ir las cosas es la clave de la felicidad

QUIÉN ME IBA A decir a mí que el cuerpo humano era capaz de sentirse tan bien, y que la vida me tenía reservada esa felicidad. En ese momento me sentí suya de mil maneras, convirtiéndome en prosa indivisible y sin importarme el tiempo ni la situación en la que nos encontrábamos.

—Estoy preparado —dijo Axel en voz baja, colocándose de costado frente a mí.

—¿Para qué?

—Para contarte más sobre mí.

—No hace falta que sea ahora si no quieres, puedo esperar, Axel.

—No quiero que esperes. No mereces esperar nada de mí sin saber realmente quien soy. Esto nunca se lo he contado a nadie, pero teniendo en cuenta las circunstancias es casi como si me la contara a mí mismo.

—Si es lo de tus padres, he de decirte que Rosi ya me contó algo —le advertí para que pudiera evitarse el mal trago.

—Eso solo es una pequeña parte de mí y posiblemente haya influido mucho en mi carácter, pero hay algo más, algo que acabó de romperme en pedazos... Y se llama Berta.

Asentí en silencio. Había dado por hecho que me iba a hablar de sus padres, pero me equivocaba. No imaginaba a Axel con una novia, pensaba que el abandono de sus padres había abierto una brecha infinita en su corazón y que él había levantado una fortaleza a su alrededor que le impedía mantener relaciones sentimentales con normalidad, pero de nuevo me había equivocado con él y había una historia dura detrás. Lo miré esperando que continuara, se había puesto muy serio.

—No siempre he sido así, hubo un tiempo en el que no tenía miedo al compromiso. Formaba parte de mí y de Berta. De los dos. Berta fue mi primera novia... Y la única. —Sonrió con tristeza como si recordarlo lo llenase de una melancolía difícil de digerir y me sentí muy mal por él. No quería infringirle

dolor, pero se había abierto la caja de Pandora y aquello tenía que salir—. Empezamos en el instituto, como tú y Víctor, y vivió conmigo la peor experiencia que había vivido hasta entonces. Mis padres me abandonaron con dieciséis años. En realidad, no fue un abandono real, tenía contacto con ellos y se ocuparon más o menos de mí, pero se fueron a vivir a Bali y me dejaron solo con mis abuelos. No he vuelto a verlos en persona desde entonces. Nunca han venido a visitarme, ni yo he ido a verlos. Fue muy duro, pero lo superé con Berta. La tenía a ella y ella era mi fuerza. Lo hacíamos todo juntos. Éramos inseparables, amigos y amantes. Nos queríamos como se quiere a esa edad, de un modo intenso y rompedor, sin importar nada, y tenerla conmigo me hacía muy fuerte, casi invencible.

Empecé a pensar que algo fatídico le debía haber pasado a Berta, Axel hilaba palabras con voz queda. No sabía qué podía ser. Se quedó callado unos segundos y pensé que se iba a echar a llorar. Cerró los ojos y cuando los volvió a abrir, habló:

—Cuando cumplimos veintidós años decidimos que queríamos vivir juntos. Ella trabajaba de dependienta en una tienda y yo, aparte de estudiar, hacía extras como camarero para sacar pasta. Así que nos alquilamos un estudio ruinoso. Estábamos bien y éramos felices, y todo sumaba, nada podía hacernos daño si estábamos juntos. Pero al año una noche loca perdimos la cabeza y no usamos protección y se quedó embarazada.

»Fue un golpe duro, teníamos muchas cosas todavía por resolver y éramos muy jóvenes, pero lo terminamos encajando, y a los pocos días estábamos emocionados e ilusionados con la idea de ser padres y formar una familia. Sobre todo yo, que había perdido la mía de algún modo. Pero a las tres semanas abortó y fue horrible. Nos quedamos hechos polvo. De nuevo, el Universo me daba una patada en la cara. Me negaba una familia, como si no me la mereciera. Supongo que debimos dejarlo estar, pero ya nos habíamos hecho a la idea y nos hacía mucha ilusión. Así que empezamos a hacerlo sin poner medios, buscándolo. Y se quedó embarazada otra vez.

»En la revisión de la quinta semana encontraron que el corazón le había dejado de latir y esta vez hasta le hicieron un legrado. De nuevo, un golpe duro, el corazón roto, Berta llorando, yo sufriendo por ella, por mí, por ese niño que nunca viviría. Pero no desistimos y seguimos probando. Unos meses después de nuevo se quedó embarazada. Esta vez le dieron una baja por riesgo de embarazo y dejó de trabajar en la tienda. Estaba todo el día tumbada, no se movía para nada, solo lo necesario. Yo me ocupaba de todo, lo que fuera con tal de que ese

embarazo siguiera adelante. Y todo iba bien... Hasta una noche. Empezó a dolerle a la una de la madrugada y nos vestimos corriendo para ir al hospital. Teníamos pánico, y yo sabía lo que le estaba pasando y no quería que fuera así, pero presentía que ese niño había muerto también. Berta fue al baño y abortó allí mismo. Llamé al hospital para contarles lo que había pasado y me dijeron que fuéramos cuanto antes y que llevásemos al feto para analizarlo. Lo saqué del váter con mis propias manos. Entre todo aquello que parecían vísceras ensangrentadas se podía distinguir a mi hijo. Lo envolví con un trozo de tela, mientras Berta se daba una ducha y se vestía. De nuevo lo habíamos perdido, y aquello ya no entraba en la normalidad. Empezaron las pruebas. En ella, en mí, en el feto, y descubrieron que no había nada mal en ninguno y que posiblemente se debía a una incompatibilidad cromosómica. Y vinieron las explicaciones de que eso no nos impedía tener hijos, solo que teníamos que pasar por un proceso de selección de embriones que costaba unos doce mil euros. Y ahí lo dejamos estar, claro. No teníamos ese dinero, ni posibilidad entonces de conseguirlo en poco tiempo. Después de eso, algo cambió. Berta ya no era feliz. Erraba por la casa con los ojos vacíos. Yo no era capaz de hacerla feliz y un día unos meses más tarde me dejó. Me dijo que me dejaba porque conmigo nunca podría formar una familia.

»Aquello me rompió en mil pedazos. Lo de mis padres fue duro de digerir, pero lo de Berta y los tres niños que perdimos y luego que ella me dejara, me dejó muerto por dentro. Muerto. No sé explicarlo mejor.

Axel se cubrió la cara con las manos, cuando las apartó al cabo de un rato tenía lágrimas en los ojos.

—Tengo miedo, Eva. Mucho miedo —dijo mirando al frente.

Me acerqué y lo abracé con todas mis fuerzas. Hundí la nariz en su cuello y lloré con él. Lloré por todas sus pérdidas.

—Yo voy a estar contigo, Axel. Nunca me iré —afirmé.

—Estoy muy acojonado, porque siento que te necesito, y me da miedo sentirme así. Pero contigo me transformo en otra persona, alguien mejor y siento que soy capaz de hacer todo lo que me proponga.

—Solo tú tienes el poder de cambiar las cosas.

—Es gracias a ti.

—No, qué va. Eres tú. Está en ti. Siempre ha estado en ti. ¿No lo ves?

—¿Qué tengo que ver?

—Que Oruki tenía razón, nosotros tenemos el poder de cambiar las cosas, tanto para bien como para mal.

—No te sigo.

—Axel, algo hicimos mal.

—Supongo que yo muchas cosas, pero no entiendo cómo eso ha podido traducirse en esto que nos ha pasado.

—Pues yo creo que mucho. Este cambio nos ha unido y nos ha hecho a los dos ver cosas del otro y de nosotros mismos que no sabíamos.

—Pero debe haber algo más que aún no hemos resuelto y que nos retiene en este estado.

—Lo que sea que tenga que ser ya ha empezado. Lo presiento. Lo de esta noche es un buen punto de partida y debemos seguir construyendo algo en nuestro interior, aunque aún no sé el qué.

—Quizá se produzca esta noche.

—No estoy segura de ello, pero mañana lo descubriremos.

—No sé si podré dormir.

—Debemos intentarlo, además, necesitamos descansar. Mañana por la tarde volamos a México y me gustaría seguir disfrutando como hoy, sea en el estado que sea. Estamos vivos y juntos. Y eso es motivo para celebrar cada amanecer.

México lindo y las tardecitas del rey David

AQUELLA NOCHE NINGUNO de los dos pudo pegar ojo, acabamos filosofando sobre la vida y sus sinsentidos, y el más grande de todos: ¿cómo habíamos acabado así? A eso de las cinco de la madrugada nos empezaron a pesar los ojos y caímos rendidos.

Nuestro vuelo no salía hasta las tres de la tarde, aun así, nos levantamos con el tiempo justo para prepararnos y llegar al aeropuerto. Salí del baño, secándome el pelo con una toalla. Eva estaba terminándose de abrochar la camisa frente al espejo. Se miraba con la cabeza ladeada y una sonrisa perezosa en la boca.

—¿Cómo podéis llevar el pelo largo con lo cómodo que es llevarlo corto? — dije, y ella se dio la vuelta y fingió mirarme mal.

—¡Vaya pregunta! —Puso los ojos en blanco—. ¡Si llevamos el pelo corto enseguida nos tacháis de marimachos!

—Hombre, debo reconocer que me gustan más las mujeres con el pelo largo que corto, pero es que es un engorro muy gordo.

—Mira que eres quejica. Anda, ven aquí y te ayudo a secártelo.

Sacó el secador del neceser y se puso a secármelo mientras yo tamborileaba los dedos sobre el colchón.

—¿Estás bien? —me preguntó al ver que hacía muecas.

—Sí, aunque me duele un poco la cabeza.

—Normal, apenas hemos dormido. Luego duermes en el avión.

—¿A qué hora llegaremos? —le pregunté a Eva en cuanto nos acomodamos en el Air Bus A380 de la compañía Latam Argentina.

—En siete horas y cuarenta y nueve minutos estaremos en el aeropuerto Benito Juárez, pero debemos restar dos horas cuando lleguemos, así que serán las ocho de la tarde.

—Eres toda una experta.

—Me gusta tenerlo todo bajo control. Es parte de mi trabajo.

—Supongo que sí. Yo soy un poco más desastre.

—Los polos opuestos se atraen, o eso dicen. —Se encogió de hombros y ladeó la cabeza.

—¿Te atraigo?

—Es más que evidente, además, creo haberte dicho ya que sí.

—Lo sé, pero me gusta oírtelo decir. —Me reí y me incliné hacia ella para darle un beso en la nariz.

—Intentemos relajarnos y descansar un poco, quizá nos dé tiempo a tomar unos tequilas esta noche.

—¿Aún tienes ganas de más emociones fuertes?

—Me he acostumbrado a ellas y a canalizarlas de otra manera. Me has contagiado tu forma de ver la vida y a vivir el momento.

—Te gustó aquello de que tenemos pies, manos, orejas, ojos y boca —afirmé riendo, mientras la auxiliaba de vuelo hacia su numerito reglamentario de en caso de emergencia.

—Me gustó esa lógica tuya. Supongo que no nos queda otro remedio.

El vuelo fue agradable a pesar de unas ligeras turbulencias cuando sobrevolamos los Andes que impidieron que pudiéramos disfrutar de las vistas desde el avión. Después nos relocalizamos de la manera más cómoda posible: Eva apoyando la cabeza en mi hombro y yo mullendo mi chaqueta a modo de almohada, para descansar la cabeza en la ventanilla. Dormimos unas tres horas en aquella postura. Cuando el cuerpo está cansado es capaz de dormir hasta de pie si hace falta, y nosotros habíamos acumulado demasiadas horas de sueño y muchos quebraderos de cabeza en los últimos días.

—Recuérdame que compre un cojín cervical para ir a Miami. Tengo el cuello en rompan filas —dijo Eva automasajeándose la nuca.

—¿Cuánto falta para llegar?

—Una hora más o menos —respondió mirando mi reloj de muñeca.

—Me sigue doliendo la cabeza y estoy un poco mareado.

—Puede que estés resfriado, los cambios de temperatura son malísimos y la presión de la altitud no ayuda. En cuanto bajemos del avión y estiremos las piernas te sentirás mejor.

—Puede que sí. Oye y ¿tú porque no llevas reloj con lo previsor que eres? —le pregunté, había echado de menos mirar la hora todo este tiempo.

—Pues precisamente por eso. Antes vivía pegada a la hora, flexionaba más el codo que un golfista. Además, no soy muy de joyas y adornos, ya te habrás dado

cuenta de que nunca llevo pendientes.

—No me había dado cuenta, supongo que lo normal para mí es no llevarlos.

La maniobra de aterrizaje comenzó rápido, la última hora de vuelo se nos pasó volando (valga la redundancia), y yo agradecí que así fuera. El dolor de cabeza iba en aumento y a eso se le sumaron algunas molestias más que me tenían algo aturdido.

En cuando bajamos del avión sentí cierta debilidad en las piernas, pero no le dije nada a Eva para no alarmarla.

Una ráfaga de aire caliente me impactó directamente en la cara, hacía un calor sofocante y aquel cambio brusco de temperatura no pareció sentarme bien, provocándome un ligero mareo que me obligó a sentarme en un banco a la salida del aeropuerto.

—¿Estás bien? —me dijo Eva.

—Estoy algo mareado, nada grave.

—Estás pálido.

—Se me pasará. Creo que sí que me he resfriado y los cambios de temperatura y el estrés estarán haciendo mella en tu cuerpo.

—¿Crees que soy una debilucha? —preguntó ladeando la cabeza.

—A la vista está. Yo a ti te veo perfectamente, mi cuerpo es una roca.

—Yo también estoy pachucha, solo que lo disimulo mejor que tú. En cuanto veamos una farmacia compraremos algo y te sentirás mejor.

—Dame unos minutos. —Sentía la falta de aire y la carga de humedad en el ambiente no favorecía nada a mi estado.

—Voy pidiendo un taxi. No te muevas de aquí.

Eva se alejó un poco y me dejó a cargo de las maletas. Me senté en el banco con la cabeza hacia delante apoyada en las manos. Me encontraba realmente cansado, aquello tenía pinta de gripazo monumental.

—¿Se encuentra bien, linda? —escuché al punto que alguien posaba una mano en mi hombro.

—Sí, gracias.

—¿Necesita usted algo, agua, un coche que la lleve a alguna parte?

—No, gracias. Estoy esperando a mi novio.

—Vaya, ya me parecía raro que una mujer tan bella como usted estuviera solita. Yo venía a prestarle atención a tanta belleza. —Aquel hombre posó una de sus manos en mi muslo con toda la confianza del mundo, pasando de ser amable a ser un descarado que se tomaba demasiadas libertades.

—¿Se puede saber qué hace? —le increpé, apartándole de un manotazo

brusco la mano.

—No se me enoje, solo estaba siendo amable.

—¿A usted le parece que para ser amable con alguien es necesario tocar?

—Tranquilita, solo estaba brindándole mi amistad.

—No busco amigos, ¿lo entiende? No busco que nadie me toque porque sí. ¿Va tomándose esas libertades con todas las mujeres que se le cruzan en la vida?

—El corazón se me empezó a acelerar y también las ganas de soltarle un soplamocos a aquel hombre que había faltado el respeto a Eva. Estaba indignado. Si ella hubiera estado en su cuerpo, sería la que hubiera sufrido ese acoso así sin más. Era repulsivo.

—Solo a mujeres bellas como usted —dijo con todo el descaro, creyéndose con el poder de hacer y decir tal cosa.

—¿Cree que las mujeres necesitan hombres como usted? ¿Piensa de verdad que haciendo eso es usted más hombre, más macho?

—Yo...

—No, usted nada. Usted es un acosador y una mala persona. Usted se cree con el derecho de tocar y abusar de las mujeres solo porque ellas puedan sentir miedo de rechazarle o reprenderle por lo que hace, pero a mí no me da ningún miedo, me da verdadero asco.

—Nos ha salido guerrera la señorita —dijo entre risas a otro individuo que se acercó con una estúpida sonrisa en la cara.

—¿Qué pasa, que atacan en manada? —les dije incorporándome, sacando fuerzas de donde no las tenía—. ¿Así son menos cobardes?

—Relájese. Está muy histérica.

—¡Histérica su puta madre! —le grité muy cerca de la cara, levantando el brazo para soltarle un guantazo, pero me agarró la mano con fuerza frenando mis intenciones.

—No se atreva, o pagará las consecuencias.

—¿Quién va a pagar qué? —preguntó Eva, que llegó en ese momento.

—¿Quién es usted?

—Su novio. Suéltela o los que van a pagar muy caro las consecuencias son usted y su amigo.

—¿Qué piensan hacer? —preguntó riendo.

—¿Qué le parece esto? —dije yo, agarrando su entrepierna con mucha fuerza y estrujándole los huevos como si fueran una bola antiestrés (y yo estrés tenía por un tubo).

—Suélteme, se lo pido por la Virgen de Guadalupe. Me está haciendo mucho

daño —suplicó con los ojos rojos y encharcados en lágrimas por el dolor.

—¿Qué es lo que más le duele, que le haya tocado sin permiso o que le esté apretando los huevos al punto del estallido por compresión?

—Las dos cosas —contestó con dificultad.

—Pídame perdón a mí y a todas las mujeres de las que se ha aprovechado.

—Lo siento, siento lo que le he hecho a usted y a todas las demás mujeres.

En ese momento dejó de presionar y este se apartó, con una mueca de dolor en la cara, dirigiéndose hacia su amigo, que había observado la escena impasible mientras Eva lo flanqueaba con cara de pocos amigos.

—Piense en su madre. Ella también es una mujer, y aprenda a respetar a la gente, a toda —le grité, agarrando las maletas y alejándome de aquel lugar con Eva, que lucía en la cara una amplia sonrisa de satisfacción.

—Gracias, Axel. Gracias por defenderme a mí y a todas las mujeres.

—No era consciente hasta ahora de la clase de acoso al que estáis sometidas. Lo indefensas que os podéis sentir cuando un hombre abusa de su condición para aprovecharse de vosotras. Si no hubieras venido no sé qué podría haber pasado. Tú me has dado fuerzas para agarrarle los huevos de esa manera. Nunca hubiera puesto en peligro tu cuerpo.

—Lo has hecho muy bien. Estoy orgullosa de ti.

—Ser mujer está siendo difícil, sobre todo en ese aspecto.

—Bueno, te recuerdo que a mí casi me viola Jazmín en un cuartucho —dijo riendo.

—No es lo mismo. Ella creía que era consentido.

—Lo sé, pero me alegra ver que tu visión hacia las mujeres ha cambiado. Y no estoy diciendo que antes fueras un acosador, pero ahora empatizas más con el sexo femenino y eso termina de hacerte encantador.

—Gracias. Y ahora sin pretender resultarte menos encantador tengo que decirte que no creo que podamos ir a tomar esos tequilas. Me encuentro realmente mal.

—¿De verdad? No pensaba que fuera tan grave.

—Solo es gripe, pero necesito descansar y tomar algo si quiero estar bien para la presentación. Lo entiendes, ¿verdad?

—Por supuesto. Ese es nuestro taxi —dijo señalando un coche amarillo—. En cuanto llegemos al hotel te metes en la cama y yo iré a por medicinas.

—Te lo agradezco.

—No tienes que agradecerme nada. Es lo menos que puedo hacer por un héroe. —Eva se inclinó y me besó suavemente los labios.

Fiebre de martes noche

AQUELLA NOCHE, AXEL lo pasó bastante mal. La fiebre empezó a subirle a eso de las once y estuve a su lado ofreciéndole paños húmedos para la frente y controlando que le bajara correctamente tras tomarse los antipiréticos que había comprado. Pero no bajaba y cuando llegó a los 39° le obligué a darse una ducha templada.

Se incorporó de la cama y anduvo con dificultad. Se le veía bastante débil. Había pillado un resfriado de órdago y mi cuerpo menudo se había puesto bastante malito. Sentí pena de que fuera él quien tuviera que sufrir las consecuencias y no yo, pero, a decir verdad, yo también empezaba a encontrarme mal, aunque no de la misma manera.

Axel tenía un cuerpo fuerte y trabajado. Era, como bien había dicho él horas antes, una roca, y podía sobrellevar los síntomas de aquel resfriado con otra actitud, y suerte que así fuera, pues podía cuidar de él y de mí al mismo tiempo.

—Me preocupa pegártelo, Eva. Me siento como un despojo y no me gustaría que te sintieras así.

—No te preocupes por mí. No me vas a pegar nada que ya no tenga, pero tu cuerpo aguanta mejor.

—Te lo dije: eres una debilucha —dijo intentando reír, pero la tos se lo impidió.

—Duérmete, necesitas descansar y que los medicamentos trabajen.

—Me duelen hasta los pelos de las piernas.

—Eso no es posible porque no tengo. Me hice la fotodepilación hace un año.

—Eso no es cierto. Me has obligado a pasarme la cuchilla un par de veces.

—Lo sé —reconocí—. Solo estaba comprobando tus capacidades mentales.

—Aún las conservo.

—Venga, deja de decir tonterías y duérmete... No voy a estar toda la noche vigilándote por si quieres comentarme el estado de mis axilas o cejas.

—Tus cejas son perfectas, enmarcan muy bien tus ojos marrones.

—¡Quieres parar! —exclamé, echándole una sábana por encima. No era conveniente taparlo demasiado para no agravar la fiebre.

—¿Por qué eres tan buena conmigo?

—¿Por qué no iba a serlo?

—No lo sé, por lo capullo que he sido contigo siempre.

—Eso se te ha pasado, igual que se te va a pasar la gripe. Son virus pasajeros.

—¿Me quieres? —me preguntó mientras cerraba los ojos.

—Supongo que un poco sí.

—¿Solo un poco? —dijo en susurros.

—Un poco... —le contesté con una sonrisa, dándole un beso en la frente antes de que se quedara dormido profundamente.

Estuve unos quince minutos observando cómo dormía, me sentía intranquila. Pero el cansancio y un fuerte dolor que empezaba a anidar en mi cabeza se apoderaron de mí. Me tomé un analgésico tras darme una ducha y me acurruqué en la cama junto a Axel. Comprobé su fiebre un par de veces antes de quedarme dormida con el sonido de su respiración pausada.

A la mañana siguiente me costó abrir los párpados, los sentía pesados, incluso me costaba moverme. Tenía el cuerpo demasiado débil, era como si tuviera una fatiga extrema. Extendí el brazo con dificultad hasta la mesilla y agarré el termómetro. Me lo puse bajo la axila y esperé a que sonara el pitido para comprobar si tenía fiebre, aunque por lo que mi cuerpo estaba experimentando suponía que sí. Un 38,6° apareció en la pequeña pantalla, pero sentía que era mucho más que eso.

Me incorporé de la cama como pude y comprobé el estado de Axel que aún yacía dormido en mi lado. Cogí una pastilla y me obligué a tragármela, no tenía siquiera fuerzas para ello. Fui al baño casi a rastras, todo me daba vueltas y tenía la cabeza a punto de estallar. En cuanto llegué me dieron unas ganas enormes de vomitar. Sentía un vértigo tremendo y unos sudores fríos recorriéndome el cuerpo.

No puedo calcular cuánto tiempo estuve con la cabeza metida en el váter, pero cuando terminé de echar todo lo que llevaba dentro, incluida la pastilla, me dolía el pecho por el esfuerzo. Me agarré al toallero para levantarme, pero ese mareo infinito seguía cebándose de mí. Me arrastré literalmente a la cama. Mientras subía, Axel abrió los ojos y, con la boca pastosa, me dijo:

—Eva, ¿eres tú?

—Sí, Axel. Estoy muy enferma.

—Sabía que iba a pegártelo. Lo siento mucho.

—Estoy muy cansada, me pesa el cuerpo y apenas puedo enfocar con los ojos.

—Te entiendo. Ven, acuéstate a mi lado. Pasaremos esta gripe juntos.

Axel me brindó casi sin moverse una de las manos para ayudarme a subir a la cama, pero apenas podía hacer fuerza. Tras un minuto luchando con las resbaladizas sábanas, logré dejarme caer en una postura poco cómoda, pero lo bastante como para rendirme a aquella enfermedad.

Malos aires

PASARON TRES DÍAS HASTA que el personal del hotel desbloqueó la puerta y entraron para ver qué nos pasaba. Tres días aislados, ajenos a todo y a todos. La vida seguía marchando a nuestro alrededor, pese a que la nuestra se había quedado suspendida entre las brumas de la fiebre. En la delegación mexicana se preguntaron qué había pasado con nosotros y por qué no habíamos asistido a la presentación. Nos bombardearon a llamadas desde Barcelona que no escuchamos. Hubo conversaciones con nuestras familias preguntando por nuestro paradero. Se hizo comprobaciones sobre si habíamos subido al avión en Buenos Aires y que efectivamente habíamos llegado en perfectas condiciones a Ciudad de México. Lo último, fue ponerse en contacto con el personal del hotel que también confirmó que habíamos llegado y llevado a cabo el *checking* el martes por la tarde.

Y allí, enfermos y casi inconscientes, nos encontraron el viernes, unidos por las manos, casi sin fuerzas y algo deshidratados.

Sentí que alguien me levantaba en vilo de la cama y mis brazos cayeron a plomo, era una marioneta a expensas de aquellos que habían venido en nuestra ayuda.

No pude ver qué hicieron con Eva, apenas podía abrir los ojos y mucho menos articular palabra. Sentí que me dejaban sobre algo duro y apretaban unas correas para mantenerme en una posición rígida, y luego la velocidad. Mucha velocidad. Supuse que Eva venía detrás de mí. Las voces no paraban de repetir cosas, pero hubo una que me llegó a lo más hondo: «La chica parece estar más grave». Eva estaba muy grave y era por mi culpa, se había contagiado por cuidarme, pero no caí en la cuenta entonces de que la chica a la que se referían era yo.

En el borde del desastre

ALGUIEN ME TOCABA LAS MEJILLAS, como queriendo despertarme o comprobar que seguía con vida. Con mucho esfuerzo pude abrir una diminuta ranura y vi a mi lado una mujer de piel oscura que me sonrió, aunque yo no pude devolverle el gesto. Ni siquiera podía girar la cara para comprobar que Axel seguía junto a mí, pero sí sentí que su mano se desprendía de la mía cuando alguien me elevó de la cama entre sus brazos. Intenté visualizar de nuevo qué estaba pasando, pero solo veía luces y bultos moviéndose por la habitación y murmullos ininteligibles.

Alguien posó mi cuerpo en una camilla mientras me decía que todo iba a ir bien, pero lo cierto es que no tenía pinta de que aquello fuese una tontería que se fuera a pasar con una buena dosis de ibuprofeno. No recordaba cuándo comenzó todo, cuándo caímos los dos en ese profundo y doloroso sueño envueltos en aquella espesa fiebre. Sentía los huesos entumecidos. La debilidad era extrema y la vida se me escapaba en silencio a cada minuto que contaba, pero yo no podía hacer nada por impedirlo. Las fuerzas me habían abandonado mucho antes.

Tenía la garganta áspera y un fuerte sabor metálico me anidaba cada rincón de la boca. Escuchaba el ruido de las ruedas de la camilla y a alguien comentar que la chica estaba más grave. «Pues vaya suerte la mía», pensé. Pero, en cuanto sentí el traqueteo y me subieron a la ambulancia, recordé que aquella chica a la que se referían no era yo, era Axel, y al profundo dolor que sentía en cada parte de mi cuerpo se sumó la pena de pensar que realmente él podía estar en peligro.

—Pacientes con cuadro clínico grave. Afectados aparentemente por el dengue. Ambos con insuficiencia respiratoria. Hay que entubar. El varón presenta hemorragia gingival y estado de semiinconsciencia. La mujer se encuentra más grave, no responde a estímulos.

—Llaman a la unidad de enfermedades tropicales, rápido —dijo otra voz.

Y eso fue lo último que escuché. Dengue. Malditos mosquitos. Aquellos malditos mosquitos que habían sido testigos de nuestro amor habían sido a su vez los culpables de nuestra nueva situación. Y aquel maravilloso amanecer de

colores destellantes sería muy probablemente el último que veríamos en la vida.

Este desafortunado intercambio de conciencias nos había proporcionado la mayor aventura de nuestras vidas como colofón final de las mismas. Un final apoteósico para dos vidas de mierda. Siempre había dado por hecho que lo natural era morir de viejo, tras haber vivido una vida plena y satisfactoria, pero el Universo tenía otros planes para nosotros que, dentro de nuestra perfecta imperfección, tampoco éramos malas personas.

Y lo más triste de todo es que me iba a morir cuando había encontrado un amor verdadero y puro, sin haber podido experimentar un beso suyo con mi propia boca, o una de sus caricias con su propia mano ni con el verdadero latir del corazón que se me designó al nacer.

Mi cabeza no dejaba de pensar en esas cosas mientras me introducían en la garganta un tubo hasta los pulmones. Al poco sentí que el aire entraba de nuevo, permitiéndome respirar de forma artificial como un ser humano normal, todo lo normal que podía ser en aquel momento en que era responsable de luchar por mantener con vida un cuerpo que no era mío, pero que amaba con toda mi alma.

¿Dónde estaba ahora? ¿Qué había pasado con mi cuerpo? Si yo lograba sobrevivir y él no, ¿cómo iba a soportar haberlo perdido y verme cada día en el espejo?

No, la vida no tenía otros planes para nosotros. La vida nos tenía preparada la putada del siglo.

Sentí que una aguja entraba por mi mano mientras ejercían presión con unas vendas, pero no era capaz de soltar ni un mísero alarido de dolor. Estaba entregada a mi particular paraíso, un paraíso que encerraba miles de miedos y cientos de pesadillas, fantaseando con que Axel vendría a rescatarme y acabaríamos tomándonos unas cervezas en las Ramblas de Barcelona.

—¿Te pido también un pincho de tortilla? —decía yo

—¿Y si te pido yo a ti que vivamos juntos? —respondía él.

Ese fue el último sueño que tuve antes de que la oscuridad fuera tan grande que no hubiera espacio para nada más y me quedara sola en el borde del desastre.

Solo te ama aquel que ama tu alma

LOS HOSPITALES SE RECONOCEN por el olor aséptico de los pasillos, los fluorescentes blancos y las sábanas ásperas, pero yo andaba por él como un renacido, como un ser viviente lleno de luz sin un rumbo fijo, donde mis pies quisieran llevarme.

Me detuve a observarme en un cristal. Era yo de nuevo. Mi cara. Mis manos. ¡Mis orejas! Esas que ahora no me dejaban oír nada. No entendía muy bien qué hacía yo allí, arrastrando mis pies por el mármol frío. Eso supuse, porque no sentía nada, o sí... Solo sentía paz. Una paz serena que me acompañaba mientras vagaba por aquel lugar, ajeno a todas las personas que se cruzaban en mi camino. ¿Por qué nadie podía verme? ¿Por qué no podía sentir la huella de mis pies posándose en el suelo? ¿Por qué no escuchaba nada? De pronto, toda esa paz se desmoronó y sentí unas ganas tremendas de llorar y una soledad abrumadora.

—¿Axel, eres tú? —Aquellas palabras entraron en mi cabeza, alejando por un momento el miedo y la ansiedad.

Me giré bruscamente y la encontré a ella, a Eva, frente a mí, con la misma bata que vestía yo, irradiando felicidad, incluso diría que unos destellos dorados le brotaban de la espalda.

—Eva, eres Eva. Dime, ¿qué hacemos aquí?

—Estamos enfermos, Axel.

—¿Enfermos? No digas tonterías. Míranos, estamos perfectamente.

—No, Axel. Estamos aquí desde hace días, no sé cuántos. En este hospital.

—Pero ya no estamos enfermos, además, hemos recuperado nuestros cuerpos. ¿No estás contenta? —dije feliz.

—Sí y no. Tengo un mal presentimiento. —Eva hizo una mueca arrugando su bonita naricilla.

—¿Qué mal presentimiento? Yo creo que estamos bien. Mira, puedo bailar —dije moviéndome de un lado a otro con los brazos en alto.

—He escuchado a una enfermera decir que estabas en estado crítico y que el

doctor Moreno debía ir a verte.

—Eva, eso no puede ser. Estoy aquí, ¿no lo ves?

—Axel, he ido a verte.

—¿Adónde?

—A tu habitación. Lo cierto es que no esperaba encontrarte aquí.

—¿De qué me hablas?

—Estamos en la puerta de tu habitación, Axel. ¿No lo ves?

—Eva, no sé cuál es mi habitación. No oigo nada, solo a ti. Y nadie puede verme. Ahora mismo no estoy entendiendo nada.

—A mí tampoco pueden verme, pero yo sí puedo escucharlos. Hace días que paseo por el hospital y te visito. También voy a ver a la señora Fernanda.

—¿Quién es la señora Fernanda?

—Una mujer que está en coma desde hace meses. Su marido me ha pedido que si encuentra el camino la lleve hasta él.

—Eva, lo siento, pero no entiendo nada.

—Axel, estamos entre la vida y la muerte. Somos almas y podemos comunicarnos con otras personas que vagan por la tierra en nuestra misma situación.

—¿Hablas con los muertos?

—Soy una medio muerta y tú también.

—Pero ¿qué dices, Eva? —Extendí la mano e intenté tocarla, pero vi que mis dedos le traspasaban la mejilla.

—No te asustes, Axel. Estamos juntos aquí, ya no hay dolor ni sufrimiento.

—No hables así. Aún estamos vivos, vamos a salir de esta. Todo lo que hemos vivido no puede terminar así.

—Axel, estás muy enfermo.

—Quiero verlo.

—¿Estás seguro?

—Muy seguro. Quiero verme —aseguré con determinación.

—Entremos.

Eva estaba muy rara, cuando me hablaba no parecía ella. Parecía estar preparándose para lo peor, era como un ángel de la guarda que había venido para convencerme de que la vida se me estaba escapando de las manos, escurriéndoseme entre los dedos, pero no podía creerla.

La habitación estaba casi a oscuras. Tan solo pude ver el armazón de hierros que componían los pies del camastro, alumbrado por una tenue luz que se colaba entre los huecos de la persiana. Eva se acercó y me hizo un gesto con la mano

invitándome a andar.

Di un par de pasos y me paré. En aquella habitación no había nadie más, solo un cuerpo tendido en aquel lecho maltrecho por el paso de los años. Las máquinas, que se contaban por pares: dos a la derecha y dos a la izquierda, se conectaban mediante cables y tubos con aquella persona, dándole soporte vital.

—Acércate, Axel —me pidió desde el otro lado de la cama.

—Tengo miedo.

—No lo tengas. Eres tú, solo eres tú.

Me acerqué lentamente, apretando los ojos. Quería ver y no ver al mismo tiempo. Algo imposible.

—Ahí, párate —me indicó Eva—. Abre los ojos y mira.

Empecé a abrir los párpados lentamente y la imagen de aquella persona se iba haciendo cada vez más nítida, pero no la vi clara del todo hasta que tuve los ojos abiertos como platos por el asombro.

—Eva, este no soy yo, eres tú.

—No, Axel. No soy yo, eres tú.

—No, este —dije señalándome el pecho—, soy yo.

—Nunca llegamos a deshacer el intercambio. Mi alma sale y entra de tu cuerpo, pero no he conseguido volver a meterme en el mío.

—¿Lo has intentado?

—Unas cuantas veces.

—Entonces significa que voy a morirme. ¿Es eso lo que me estás diciendo?

—Te estoy diciendo que vamos a morir los dos.

—¿Los dos?

—Si tú mueres, yo moriré contigo. Si tú me dejas en este mundo, moriré de pena, de rabia y de dolor. Por eso he intentado entrar de nuevo en mí, para morir yo. Mi cuerpo no ha soportado la enfermedad, se está apagando, yo soy la responsable de toda esa carne que ves ahí tendida, no tú.

—Jamás dejaría que hicieras eso, ¿me oyes? Jamás. Prefiero mil veces dejar de existir a que lo hagas tú, aunque te condenes a vivir con mi cuerpo. Serás una fusión maravillosa de ambos, siempre estaremos juntos de algún modo.

—No es por tu cuerpo, Axel. No me importa llevar tu cuerpo toda la vida conmigo, lo que me importa es que tú no estés. Me daría igual que fueras un jarrón chino y yo una tetera con tal de poder estar contigo toda la vida.

—Me estás rompiendo el corazón.

—Mi corazón está roto desde el día que escuché que solo podría salvarte un trasplante, que el hígado estaba muy mal y que los riñones trabajaban bajo

mínimos. Hoy has tenido una crisis y han tenido que reanimarte, y yo lo he visto todo sin poder hacer nada.

—Eva, no llores. No puedo abrazarte, aunque lo deseo con todas mis fuerzas.

—Axel, lucha, no me dejes. No podría vivir sin ti. Te quiero.

—Ten una cosa segura, Eva. Tardé mucho en conocerte y me bastó solo un día para enamorarme de ti, pero me llevará toda una vida lograr olvidarte donde quiera que me mande la muerte.

De golpe, unas personas del servicio sanitario irrumpieron en la habitación y empezaron a tocar todos los aparatos, arrancando alguno de los cables y tubos que tenían conectado el cuerpo de Eva a la vida. Después, dos celadores entraron con una camilla y a toda velocidad trasladaron el cuerpo hasta esta, saliendo de aquella habitación como una exhalación.

Salimos detrás de ellos, corriendo para no perderlos por los pasillos del aquel hospital, hasta que entraron en un ascensor. Nos quedamos mirando las puertas cerradas, desconsolados.

—¿No podemos subir? —le pregunté.

—Solo me he atrevido a subir con gente. Porque aunque somos capaces de atravesar paredes, parece que necesitamos un suelo donde posar los pies. No sé —sacudió la cabeza—, no sé muy bien cómo funciona. Tendremos que ir por las escaleras.

—Pero ¿dónde?

Eva se encogió de hombros y me miró desolada.

—Lo siento, no lo sé —respondió, y en ese momento las puertas del ascensor se abrieron ante nosotros y un médico y un chico, con una bata igual que la nuestra, salieron. El médico pasó de largo atravesándome y una brisa cálida me invadió por dentro. El chico se detuvo a nuestra altura con el gesto desencajado. Parecía estar viéndonos.

—¡Javier! —dijo Eva.

—He venido a despedirme —dijo, y yo lo miré asombrado. Era la primera persona a la que podía oír además de Eva.

—¿Quién eres? —pregunté. Quería saber si él también podía oírme a mí.

—Es Javier. Tuvo un accidente de moto hace unos días.

—Eva, intenté regresar a mi cuerpo, pero no pude. Vi que los doctores me sacaban de la habitación y no pude encontrar el lugar adonde me llevaron.

—Lo siento —le dijo ella con el gesto contraído.

—A mí también me han sacado de la habitación. ¿Qué está pasando? ¿Qué significa eso?

—Supongo que morimos —me respondió Javier, que no tendría más de veinte años, encogiéndose de hombros, aceptando aquello con suma normalidad. Lo miré asustado y sacudí la cabeza negándome a creer sus palabras.

—Eva, dile que eso no es verdad, que aún estamos aquí. Que no vamos a morir.

Eva me miró, las lágrimas resbalándole por las mejillas, y dijo:

—Javier está muy grave. Esta mañana escuché a los médicos decir que no pasaría el día.

—Así es, compadre —dijo y acto seguido comenzó a disolverse ante nuestros ojos, haciéndose brumoso primero, disgregándose después en infinitas motas de polvo suspendidas en el aire cada vez más enrarecidas, hasta desaparecer por completo.

—¿Qué le ha pasado? —le pregunté a Eva, pensando que aquello formaba parte de la idiosincrasia de ser un medio muerto. Pero Eva lloraba.

—Supongo que se ha marchado.

Solo somos polvo de estrellas

ME INCORPORÉ DE LA CAMA con dificultad, mi tía Rosi me ayudó a hacerlo. Había pasado una semana desde que me despertaron del coma inducido y seguía sintiendo las molestias de haber estado postrado más de quince días en la cama.

—¿Qué tal estás hoy? —me preguntó acariciándome el pelo.

—Mejor, bastante mejor. ¿Cómo están sus padres?

—Destrozados —respondió, levantándose de la silla y apartando a un lado el bolso, luego me envolvió la mano entre las suyas—. No es bueno que te martirices. Tú no eres responsable de su muerte.

—Ha significado mucho para mí, se han portado muy bien.

—Ha sido duro. Nunca es agradable ver a unos padres rotos por el dolor. Pero les he transmitido todo lo que querías.

—Lo sé. Gracias, tía —dije con profunda pena, llevándome la mano a los ojos para secármelos.

—Deberías animarte. Hoy vas a salir del hospital y pronto regresarás a España.

—No puedo irme sin ella —dije abatido.

—Y no lo harás. Podemos ir a verla ahora si quieres.

Mi tía me ayudó a vestirme y a recoger mis cosas. Miré por última vez aquella habitación y me despedí de las enfermeras de planta que me llamaban el Milagrito. Y es que seguía con vida de milagro, aunque la peor parte se la hubiera llevado mi otra mitad, esa mitad que echaba de menos cada día al despertar y al acostarme. El Universo me había devuelto la vida y debía aprovecharla al máximo, dejando atrás todo aquello que la había enquistado desde hacía tiempo.

—¿Se puede? —preguntó mi tía, tras llamar con los nudillos a la puerta, para acto seguido abrirla levemente.

—Adelante —respondió una vocecilla débil, pero que conocía a la perfección.

—Axel, tienes buen aspecto. Acércate. —Sus ojos agotados buscaron los míos en la distancia.

Me aproximé hasta la cama. Hacía un par de días que no la veía. Los médicos la habían aislado para evitar cualquier contagio que pusiera en peligro el éxito del trasplante, y aún tenía miedo de acercarme demasiado a ella para no empeorar su estado, ya que se recuperaba favorablemente, pero despacio.

—¿Cómo estás, princesa?

—Soy más bien un sapo —respondió Eva, brindándome una sonrisa que iluminó todo mi mundo.

—Eso no es cierto —le repuse—. Estás preciosa. Los cables siempre te han sentado muy bien —añadí en broma.

—Os dejo solos —intervino mi tía, saliendo de la habitación.

—Tengo una buena y una mala noticia —dije mirándola con ternura.

—La mala ya la sé, solo dime la buena —me repuso Eva con una sonrisa triste.

—La buena es que pronto tú también te marcharás de aquí y podremos estar juntos como nos merecemos

—Nos lo hemos ganado, ¿verdad?

Solté una suave risa y le respondí:

—Yo diría que sí. Nos hemos portado como dos campeones, sobre todo tú, Eva. Has sido muy valiente.

—Y tú. Tú tampoco has estado nada mal, Axel —bromeó con una pequeña sonrisa esbozada.

—Al final lo conseguimos.

—Sí, lo hemos hecho —afirmó, agachando la mirada—. Pero el precio a pagar ha sido demasiado alto.

—No pienses en eso, piensa que Javier iba a morir de todos modos y en ti, una parte suya, seguirá viviendo.

—Lo sé, y le estaré agradecida toda la vida. Era un buen chico.

—La vida es así, unos vienen y otros se van, y entretanto los días fluyen transparentes. He aprendido mucho estas últimas semanas y no voy a dejarla pasar sin más. Nunca más. Tenemos delante de nuestros ojos la felicidad, pero estamos tan ciegos a veces que no queremos verla. Me he reconciliado conmigo de muchas maneras y estoy preparado para ser feliz —aseguré, necesitando abrazarla como nunca antes había necesitado abrazar a nadie.

—Hemos superado miedos, olvidado malos momentos y creado muchos nuevos que no olvidaremos jamás —dijo Eva, mirándome a los ojos,

traspasándome el alma y cargando mi cuerpo de una energía mágica que solo ella y yo podíamos producir con solo un gesto.

—Eva, no necesito el aire ni recuerdos, solo te necesito a ti para vivir. Nadie más que tú para sentir que estoy vivo y que vivo para ti.

EPÍLOGO

NOSOTROS OTRA VEZ

A UN AÑO VISTA de aquel viaje más allá de las coordenadas terrestres, muchas veces me pregunto cómo pudo suceder, por qué el Universo quiso intercambiarnos los cuerpos y cómo pudo llevarlo a cabo sin nuestro consentimiento o porque nosotros lo forzásemos a ello. Nunca había pensado que algo así pudiera pasar en realidad. Pero así fue. Y si no tuviera a Axel conmigo para recordarme que fue real, pensaría que fue un sueño y que nunca ocurrió, que todo fue producto de mi imaginación.

A veces, reímos hablando sobre esos días, el sinfín de calamidades que tuvimos que padecer buscando la forma de deshacer el hechizo que nos llevó de un lado para el otro, haciendo todo tipo de locuras, otras no tanto. A veces, lloramos, porque, aunque finalmente logramos deshacerlo, el remedio se llevó una vida por delante. Que conste, que no nos culpamos de la muerte de Javier, aquello posiblemente ya estaba escrito en su destino mucho antes de coincidir en el hospital, pero lloramos por él, porque era muy joven y no merecía morir. Tampoco nosotros lo merecíamos, y estuvimos en el borde del abismo, a punto de caer en la noche eterna. Tal vez esa fuera la única solución, llegar de puntillas a un paso de la muerte, a ese justo instante en que las almas deciden salir de sus cuerpos para volar hasta la infinidad del más allá.

Volvimos a nuestros cuerpos, pero nunca volvimos a ser los mismos, no pudimos. Nunca podríamos ser uno solo, seríamos dos, o ninguno, o un todo, por siempre. Vivir sin Axel me parecía como si me faltara una pierna, un brazo, o la cabeza, y a él le pasaba lo mismo. Un día, todavía yo estaba ingresa en aquel hospital de México que me devolvió la vida, me dijo que no era capaz de dormir si no era a mi lado, que las noches se confundían con el día, y que los sueños eran pesadillas demasiado reales, así que, tan pronto regresamos a Barcelona, él se mudó a mi apartamento recién reformado con la excusa de que tenía que cuidarme, tampoco necesitaba ninguna excusa, pero él es así.

Aquel viaje se quedó con lo que fuimos antes de subir en el avión rumbo a

Bogotá y trajo aires nuevos tras partir de Buenos Aires. Yo dejé de ser una chica insatisfecha con la vida, aburrida de sí misma, cansada de una relación que no la llevaba a nada bueno y que la conduciría sin remedio a la infelicidad. Axel, por su parte, hizo las paces consigo mismo, descubrió que era capaz de llorar y dejarse querer sin miedo, supo que podía volver a amar sin condiciones y que sentirse parte de algo no era tan malo como pensaba.

Descubrimos muchas cosas sobre nosotros mismos y sobre todo descubrimos que en el fondo no somos nada, que la fragilidad del ser humano es tan leve que puede doblegarse con un solo golpe del destino en cualquier momento, que somos miserables e insignificantes frente a la infinitud del Universo y la inmensidad del tiempo, y por eso nos recordamos cada día que hay que vivir la vida al máximo, estrujarla, desmigarla, extraer lo mejor de ella, porque puede terminarse de repente y solo dejaremos polvo de estrellas a nuestro paso fugaz.

Mientras pienso todo esto, estoy mirando una foto enmarcada que guardo como un tesoro sobre la mesita. Cada día al despertarme, la miro y le doy las gracias al rostro que me devuelve, un chico joven al que no conocía bien, pero al que no olvidaré jamás. Nunca podré agradecerle suficiente lo que hizo por mí, por nosotros, sin él saberlo. El fin de Javier fue nuestro principio, y el principio de mucho más. Del todo.

Me remuevo perezosa entre las sábanas, sintiendo que el calor del cuerpo de Axel, durmiendo a mi lado y roncando como es normal en él, me llega desde su lado de la cama, y siento la necesidad de tocarlo con mis manos, mis propias manos. Extiendo una hacia él, le envuelvo el estómago desnudo y comienzo a acariciárselo. Le escucho ronronear y al poco se da la vuelta todavía con los ojos cerrados. Entreabre el izquierdo a duras penas y me mira, mientras sus labios se curvan en una sonrisa, esa sonrisa que todavía me provoca palpitaciones y calores internos. Su mano viaja hasta mi cintura y comienza a dibujar espirales en mi piel.

Lo que viene después es fácil de imaginar, simplemente nos fundimos de ese modo maravilloso que solo nosotros podemos alcanzar. Mi piel se desintegra al tocar su piel, mi carne se derrite bajo la suya, dejamos de ser dos, volvemos a ser uno, o los dos, pero al contrario. Cada vez que hacemos el amor volvemos a experimentar el estado de comunión que sentimos la primera vez en Brasil, de entrega absoluta, y aunque parezca algo muy místico, y puede que lo sea, es puro placer. El placer más absoluto. El nirvana en nuestra cama. Mientras empuja, Axel sonrío, y yo lo miró pensando qué le hará tanta gracia.

—¿Pasa algo?

—¿Eh? No, nada —responde sin dejar de empujar. Llevamos un ritmo muy bueno.

—¿Y por qué sonríes así? —insisto. Siempre he sido un poco cansina y en ese aspecto no he cambiado.

—Pensaba que podría hacerle un chichón al pequeñín y dejarlo tonto.

—Tú sí que eres tonto. Es del tamaño de un Pin y Pon —digo riéndome y él asiente cerrando los ojos, dejándose de nuevo llevar por las sensaciones que recorren su cuerpo.

—Cuando te ríes aún me gusta más —dice acelerando el movimiento y yo subo las piernas para ahondar el contacto.

Alcanzamos el orgasmo al mismo tiempo y entonces siento que mi cuerpo está en completa paz. Ha cambiado un poco en el último año, tras el trasplante de hígado engordé un poco, no mucho, la vida sedentaria no es una buena aliada de la línea, pero necesitaba reposar y reponerme y poco a poco volví a mi vida normal. Sin embargo, aún no había conseguido recuperar mi peso cuando pasó lo que tenía que pasar, que es lo que sucede cuando uno pasa de barreras anticonceptivas. Supongo que estaba escrito en las estrellas y me quedé embarazada. Nos quedamos embarazados. Ahora mismo estamos de tres meses y pronto sabremos el sexo del bebé. Los dos tenemos claro cómo se llamará si es niño. Javier. No podría ser ningún otro, se lo debemos a la persona que me dio de nuevo la vida. Y si es niña, pues ya lo pensaremos, hay tiempo para ello, o tal vez las estrellas nos los susurrarán al oído una noche cualquiera.

—¿Se puede ser más feliz? —dice Axel, besándome la barriga, luego deja la oreja pegada—. Parece que oigo algo. Creo que me está hablando el bebé.

—No es el bebé, son mis tripas, tengo hambre —respondo y trato de incorporarme, pero él me lo impide reteniéndome en la cama.

—¿Dónde vas, doña Prisas?

—Necesito comer, tu vástago necesita alimentarse —recalco con vehemencia.

—Dale de comer a mi primogénito, yo te lo ordeno, mujer —dice sin poder aguantar la risa.

—¿Tú me lo ordenas? —me burlo con los ojos en blanco—. Aquí tú no mandas.

—Lo tengo claro —asegura y luego ladea la cabeza y se queda mirando a la banqueta que hay a los pies de la cama—. Aquí manda Fufú, siempre lo he sabido.

—Hola, Fufú —saludo a mi gatito que, tumbado sobre la banqueta, nos

observa fijamente. Siempre lo hace. Es un maruja de campeonato o un gato muy salidorro con instintos *voyeur*.

—No me gusta que nos mire mientras follamos —se queja con una mueca y le lanza un cojín a la cabeza al pobre Fufú, que sale zumbando de la habitación con el rabo entre las piernas.

—Perdona, guapo, pero nosotros no follamos, nosotros hacemos el amor —le corrijo con mojigatería.

—Sí, eso es verdad. —Axel se muerde el labio inferior en un gesto muy sexi —. Tengo mucho amor para darte en esta —añade, agarrándose con ambas manos el pene—. ¿Quieres más, princesa?

—No sé si podrás —digo para picarlo, aunque sé de sobra que sí que puede. Ahora mismo tenemos el listón en cuatro y medio en menos de dos horas. Nada mal, la verdad.

—Sabes que sí —asegura, alargando la mano para acariciarme la barriga. Últimamente está demasiado obsesionado con esa parte de mi cuerpo y ha descuidado bastante otras partes que también quieren su atención.

Entorno los ojos y me cruzo de brazos.

—Si quieres más, tendrás que ganártelo —le digo, dirigiendo una miradita significativa hacia mi sexo.

—Eso está hecho, es mi deber de caballero —dice con una sonrisa, antes de zambullir la cabeza por debajo de la sábana.

FIN